

~~1-11-8~~

3-7-3

6824

H. 335 Gr. 8^a



RELACIONES
DE LA VIDA
DEL ESCUDERO
MARCOS
DE OBREGON.

SU AUTOR

*EL MAESTRO VICENTE
Espinèl, Capellàn del Rey N. Señor,
en el Hospital Real de la Ciudad
de Ronda.*



CON LICENCIA : En Madrid. Año de 1744.



RELACIONES

DE LA VIDA

DEL ESCUDERO

M. A. R. O. S.

DE OBRAJÓN.

SU AUTOR

EL MAESTRO VICENTE

Elmael Capellán del Rey y de la

Real Hospital Real de la Ciudad

de Roma.



COMISIONADOS EN MADRID: J. B. ...

APROBACION.

POr provision, y mandamiento del Consejo Real de su Magestad, he visto, y passado un Libro llamado: *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon*. Tiene doctrina moral, junta con deleyte: sera libro de mucho provecho, y gusto; y así es mi parecer, que su Magestad le puede hacer la merced que suplica. En Madrid.

El Abad de San Bernardo.

SUMA DE LA LICENCIA.

Dieron licencia los Señores del Real Consejo para imprimir este Libro intitulado: *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon*, como consta de su original, su fecha 6. de Noviembre de 1743.

FEE DE ERRATAS.

PAG. 30. col. 1. lin. 16. golges, lee golpes. Pag. 64. col. 2. lin. 30. macha, lee mucha. Ibi. lin. penultima, necessario, lee necesario. Pag. 119. col. 1. lin. 19. dedesean, lee desean. Pag. 138. col. 1. lin. 26. moviento, lee movimiento. Pag. 148. col. 2. lin. 30. le, lee la. Pag. 159. col. 1. lin. 16. misma, lee mismo. Pag. 171. col. 2. lin. 15. lon, lee son. Pag. 182. col. 1. lin. 7. Prinpe, lee Principe. Pag. 208. col. 2. lin. 4. mararavilla, lee maravilla. Pag. 212. col. 1. lin. 30. álos, lee los. Pag. 217. col. 2. lin. 3. seber, lee saber. Pag. 220. col. 2. lin. 3. alna, lee alguna. Pag. 224. col. 1. lin. 13. manténitos, lee mantenimientos. Pag. 225. col. 2. lin. 25. consideran, lee consideracion. Pag. 228. col. 1. lin. 33 en, lee el. Pag. 252. col. 2. lin. 26. tentas, lee tantas. Pag. 253. col. 2. lin. 35. pa, lee para. Pag. 254. col. 1. lin. 5. acabas, lee acabadas. Pag. 262. col. 1. lin. 35. casaf, lee cosas.

He visto este Libro intitulado: *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon*, su Autor el Maestro Vicente Espinel, y advertidas estas erratas, corresponde à su original. Madrid, y Febrero 11. de 1744.

Por ausencia del Corrector General,

*Lic. D. Fernando de Acuña
y Figueroa.*

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Consejo este Libro intitulado: *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon*, à seis maravedis cada pliego, como consta de su original.

PROLOGO AL LECTOR.

Muchos dias, y algunos meses, y años estuve dudoso, si echaria en el corro à este pobre Escudero, desnudo de partes, y lleno de trabajos, que la confianza, y la desconfianza, me hacian una muy travada, è interior guerra. La confianza llena de errores: la desconfianza encogida de terrores; aquella muy presumptuosa, y estotra muy abatida: aquella desvaneciendo el cerebro, y esta desjarretando las fuerzas; y assi me determiné de poner por medio à la humildad, que no solamente es tan accepta à los ojos de Dios, pero à los de los mas asperos Juezes del mundo. Comuniquélo con el Licenciado Tribaldos de Toledo, muy gran Poeta Latino, y Español, docto en la lengua Griega, y Latina; y en las ordinarias, hombre de consumada verdad: y con el Maestro Fr. Hortensio Felix Paravesin, doctissimo en letras divinas, y humanas, muy gran Poeta, y Orador: y alguna parte de ello con el P. Juan Luis de la Zerda, cuyas letras, virtud, y verdad, están muy conocidas, y loadas: y con el grande ingenio de Lope de Vega, que como èl se rindiò à sujetar sus versos à mi correccion en su mocedad, yo en mi vejez me rendì à passar por su censura, y parecer: con Don Domingo Ortiz, Secretario del Supremo Consejo de Aragón, hombre de excelente ingenio, y notable juicio: con Pedro Mantuano, mozo de mucha virtud, y versado en mucha leccion de Autores graves, que me pusieron mas animo que yo tenia: y no solo me sujetè à su censura, pero à la de todos quantos encontraren alguna cosa digna de re-

prehension , suplico me adviertan de ella , que serè humilde en recibirla. El intento mio fue , vèr si acertaria à escribir en prosa algo que aprovechasse à mi Republica , deleytando , y enseñando , siguiendo aquel consejo de mi Maestro Horacio , porque han salido algunos libros de hombres doctísimos en letras , y opinion , que se abrazan tanto con sola la doctrina , que no dexan lugar donde pueda el ingenio alentarse , y recibir gusto: y otros tan enfrascados en parecerles que deleytan con burlas , y cuentos entremesibles , que después de averlos leído , rebuelto ahechado , y aun cernido , son tan fútiles , y vanos , que no dexan cosa de substancia , ni provecho para el Lector , ni de fama , y opinion para sus Autores. El P.M. Fonseca escribió excelentemente del amor de Dios , y con ser materia tan alta , tiene muchas cosas donde puede el ingenio espaciarse , y vagarse con deleyte , y gusto , que ni siempre se ha de ir con el rigor de la doctrina , ni siempre se ha de caminar con la flogedad del entretenimiento: lugar tiene la moralidad para el deleyte , y espacio el deleyte para la doctrina ; que la virtud (mirada cerca) tiene grandes gustos para quien la quiere : y el deleyte , y entretenimiento , dan mucha ocasión para considerar el fin de las cosas.

En tanto que no tuve determinacion (así por la perfecucion de la gota , como por la desconfianza mia) para sacar al theatro publico mi Escudero , un Cavallero amigo me pidió unos quadernillos de èl , y llegando à la noticia de cierto gentilhomme (à quien yo no conozco) aquella Novela de la tumba de S. Ginès, pareciendole que no avia
de

de salir à luz, la contò por suya, dicièdo, y afirmando, que à èl le avia sucedido. Que ay algunos espiritus tan fuera de la estimacion suya, que se arrojan à entretener à quien los oye, con lo que se ha de averiguar no ser suyo.

Si à alguno se le assentare bien, tratar de personas vivas, y alegar con sugetos conocidos, y presentes, digo que yo he alcanzado la Monarquìa de España tan llena y abundante de gallardos espiritus en armas, y letras, que no creo que la Romana los tuvo mayores, y me arrojò à decir, que ni tantos, ni tan grandes. Y no quiero tratar de las cosas que los Españoles han hecho en Flandes tan superiores à las antiguas, como escriviò Luis de Cabrera en su perfecto Principe, sino de los que nuestros ojos han visto cada dia, y nuestras manos han tocado, como los que hizo Don Pedro Enriquez, Conde de Fuentes, con tan increíble animo. La toma, y sacò de Amiens, que escriviò en sus Comentarios Don Diego de Villalobos, donde fue valeroso Capitan de lanzas, y Infanteria, que con un carro de heno, y un costal de nuezes, seis Capitanes tomaron una Ciudad tan grande, plantaforma, y amparo de toda Francia. La felicidad, y determinacion con que acuden al servicio de su Rey los Españoles, poniendo sus vidas à peligro de perderlas, como se viò aora en lo de la Mamora, que anduvieron nadando toda la noche, no hallando Baxèl, ni tierra donde ampararse, sobrepujando con valor à su fortuna, cosas que no se vieron en la Monarquìa Romana. Què Autores antiguos excedieron à los que ha engendrado España, en los pocos años que ha estado libre de guerras? Què Oradores fueron mayores que

Don

Don Fernando Carrillo, Don Francisco de la Cueva, el Licenciado Berrio, y otros, que con excelentísimos, y levantados conceptos persuaden la verdad de sus partes? De no leer los Autores muertos, ni advertir en los vivos, los secretos que llevan encerrados en lo que professan, nace no darles el aplauso que merecen: que no es sola la corteza la que se debe mirar, sino passar con los ojos de la consideracion mas adentro. Ni por ser los Autores mas antiguos, son mejores, ni por ser mas modernos son de menos provecho, y estimacion. Quien se contenta con sola la corteza, no saca fruto del trabajo del Autor: mas quien lo advierte con los ojos del alma, saca milagroso fruto.

Dos estudiantes iban à Salamanca desde Antequera, uno muy descuidado, otro muy curioso: uno muy enemigo de trabajar, y saber: y otro muy vigilante escudriñador de la lengua Latina; y aunque muy diferentes en todas las cosas, en una eran ambos iguales, que ambos eran pobres. Caminando una tarde del Verano por aquellos llanos, y Vegas, pereciendo de sed, llegaron à un pozo, donde aviendo refrescado, vieron una pequeña piedra escrita en letras Goticas, y à medio borradas (por la antigüedad, y por los pies de las bestias que passaban, y bebian) que decian dos veces: *Conditur unio, conditur unio*. El que sabia poco, dixo: Para qué esculpiò dos veces una cosa este borracho? (que es de ignorantes ser arrojadizos) El otro callò, que no se contentò con la corteza, y dixo: Cansado estoy, y temo la sed, no quiero cansarme mas esta tarde. Pues quedaos como poltron, dixo el otro. Quedòse, y aviendo visto las letras, despues de aver limpiado la piedra,

dra, y descortezado el entendimiento, dixo: *Unio*, quiere decir union, y *Unio*, quiere decir perla preciosissima: quierò ver que secreto ay aqui, y apalancando lo mejor que pudo, alzò la piedra, donde hallò la union del amor de los dos enamorados de Antequera, y en el cuello de ella una perla, mas gruesa que una nuez, con un collar, que le valiò quatro mil escudos: tornò à poner la piedra, y echò por otro camino.

Algo prolixo, pero importante, es el cuento, para que sepan como se han de leer los Autores, porque ni los tiempos son unos, ni las edades estàn firmes. Yo querria en lo que he escrito, que nadie se contentasse con leer la corteza, porque no ay en todo mi Escudero hoja que no lleve objeto particular, fuera de lo que suena. Y no solamente aora lo hago, sino por inclinacion natural, en los derramamientos de la juventud lo hice en burlas, y veras, edad que me pesa en el alma que aya passado, por mi, y plegue à Dios que lleguen los arrepentimientos à las culpas.



RELACION PRIMERA DE LA VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGON.

ESTE largo discurso de mi vida, ò breve relacion de mis trabajos, que para instruccion de la juventud, y no para aprobacion de mi vejez, he propuesto manifestar à los ojos del mundo; aunque el principal blanco à que va inclinado, es, à aligerar por algun espacio, con alivio, y gusto, la carga, que (con justos intentos) oprime los ombros de V. S. Ilustrisima: Lleva tambien encerrado algun secreto, no de poca substancia para el proposito, que siempre he tenido, y tengo, de mostrar en mis infortunios, y adversidades, quanto importa à los Escuderos pobres, ò poco hacendados, saber romper por las dificultades del mundo, y

oponer el pecho à los peligros del tiempo, y la fortuna, para conservar con honra, y reputacion un dòn tan precioso, como el de la vida, que nos concedió la Divina Magestad para rendirle gracias, y admirarnos, contemplando, y alabando este orden maravilloso de Cielos, y Elementos, los cursos ciertos, è innumerables de las Estrellas: la generacion, y produccion de las cosas para venir en verdadero conocimiento del universal Fabricador de todas ellas. Y aunque me coge este intento en los postreros tercios de la vida, como à hombre, que por viejo, y cansado se le hizo merced de darle una plaza tan honrada, como la de santa Cathalina de los Donados de esta Real Villa de

Madrid (donde passo lo mejor que puedo) en los intervalos que la gota me concediere, irè prosiguiendo mi discurso, guardando siempre brevedad, y honestidad: que en lo primero cumplirè con mi condicion, y inclinacion natural; y en lo segundo con la obligacion que tienen todos aquellos à quien Dios hizo merced de recibir al agua del Bautismo: Religion, que tanta limpieza, honestidad, y pureza ha professado, professa, y professarà desde su principio, y medio, hasta el ultimo fin de esta maquina elemental. Y con el ayuda de Dios procurarè, que el estilo sea tan acomodado à los gustos generales, y tan poco cansado à los particulares, que ni se dexepor pesado, ni se condene por ridiculo. Y assi, en quanto mis fuerzas bastaren, procederè deleytando al Lector, juntamente con enseñarle, imitando en esto à la provida naturaleza, que antes que produzca el fruto que cria para mantenimiento, y conservacion del individuo, muestra un verde apacible à la vista, y luego una flor, que la regala el olfato y al fruto le dà color, olor, y sabor, para aficionar al gusto que le coma, y tome de èl aquel sustento que le alienta, y recrea, para la duracion, y perpetuidad de su especie. O harè como los grandes Medicos, que no luego que llegan al enfermo le

martyrizan con la violencia del ruybarbo, ni con otras medicinas arrebatadas, sino primero disponen el humor con la blandura, y suavidad de los jaraves, para despues aplicar la purga, que ha de dexar el sugeto limpio, y libre de la corrupcion, que le aquexaba. Y si bien son muy trilladas estas comparaciones de los Medicos, y las medicinas pueden traerse muy bien entre manos, por ser faciles, è inteligibles: y mas yo, que por la excelente gracia que tengo de curar por ensalmos, puedo usar de ellos, como uso del oficio con tanta aprobacion, y opinion de todo el Pueblo, que me ha valido tanto el buen pueño en que estoy, junto con traer unas cuentas muy gruesas, unos guantes de nutria, y unos anteojos, que parecen mas de cavallo, que de hombre, y otras cosas que autorizan mi persona, que estoy tan acreditado, que toda la gente ordinaria de esta Corte, y de los Pueblos circunvecinos, acuden à mi con criaturas enfermas de mal de ojo, con doncellas opiladas, ò con heridas de cabeza, y de otras partes del cuerpo, y con otras mil enfermedades, con deseo de cobrar salud; pero curo con tal dulzura, suavidad, y ventura, que de quantos vienen à mis manos, no se mueren mas de la mitad, que es en lo que estriba mi buena opi.

opinión : porque estos no hablan palabra, y los que sanan dicen mil alabanzas de mi, aunque quedan perdigados para la recaída, que todos buelan sin remedio. Mas la gente que mas bendiciones me echâ, es la que curo de la vista corporal : porque como todos, ò la mayor parte, son pobres, y necesitados, con la fuerza de cierta confeccion, que yo sè hacer de aturia, y cardenillo, y otros simples, y con la gracia de mis manos, à cinco, ò seis vezes que vienen à ellas, los dexo con oficio, con que ganan la vida muy honradamente, alabando à Dios, y à sus Santos con muchas oraciones devotas, que aprenden, sin poderlas leer.

DESCANSO PRIMERO.

EStando pocos dias ha con los ojos altos, y humildes al Cielo, el rostro sereno, y grave, las manos sobre un muy blanco lenzuelo en los oídos del enfermo, y pronunciando con mucho silencio las palabras del ensalmo, pasó cierto Cortesano, y dixo : No puedo sufrir los embulecos de estos embufteros. Yo callè, y proseguí con mi acostumbrada compostura la medicinal oracion, y en acabandola, me dixo mi compañero : No oistes como os llamó aquel gentilhombre embuftero? El no habló conmigo (dixe yo) y de lo que à

mi no se me dice derechamente, no tengo obligacion de responder, ni hacer caso; y deseo persuadir esto à los que por la poca experiencia, ò por la condicion alterada, y presta, que naturalmente tienen, se dan por sentidos de las ignorantes libertades, de quien no tiene atrevimiento para decirlas descubiertamente, que ni llevan orden de agravió, ni arguyen animo, ni valor en quien las dice: ella es ignorancia grande, introducida de gente, que trae siempre la honra, y la vida en las manos: que no tengo yo de persuadirme, à que pues no me hablan libremente, me ofenden, aunque tengan intencion de hacerlo: que los tiros que estos hacen son como los de una escopeta, cargada de polvora, y vacia de vala, que con el ruido espantan la caza, y no hacen otra cosa. Los agravios no se han de recibir, si no van muy descubiertos, y aun de esto se ha de quitar quanto fuere posible, desapasionandose, y haciendo reflexion en si lo son, ò no, como discretísimamente lo hizo Don Gabriel Zapata, gran Cavallero, y Cortesano, y de excelentísimo gusto, que embiandole un villere de desafio à las seis de la mañana cierto Cavallero, con quien avia tenido palabras la noche antes; y aviendole despertado sus criados, por parecerles negocio gra-

ve : en leyendo el villete , dixo al que le traia : Decidle à vuestro amo , que digo yo , que para cosas que me importan de mucho gusto , no me suelo levantar hasta las doce del dia : que por què quiere , que para matarme me levante tan de mañana ? Y volviendose del otro lado , se tornò à dormir ; y aunque despues cumpliò con su obligacion , como tan gran Cavallero , se tuvo aquella respuesta por muy discreta .

Don Fernando de Toledo , el tio (que por discretissimas traversuras que hizo , le llamaron el Picaro) viniendo de Flandes , donde avia sido valeroso Soldado , y Maestro de Campo , desembarcandose de una salva en Barcelona , muy cercado de Capitanes , dixo uno de dos picaros , que estaban en la playa , en voz que el lo pudiesse oir : Este es Don Fernando el Picaro . Dixo Don Fernando , volviendo à el . En què lo echaste de ver ? Respondiò el picaro : Hasta aqui , en que lo oia decir , y aora , en que no os aveis corrido de ello . Dixo Don Fernando muerto de risa : Hasta honra me haces , pues me tienes por cabeza de tan honrada profesion como la tuya . Afsi , que aun de aquellas injurias , que derechamente vienen à ofendernos , avemos de procurar por los mismos filos , hacer triaca del veneno , gusto del disgusto , donay-

re de la pesadumbtè , y risa de la ofensa . Que pues procura un hombre entender por donde camina una espada , los circulos , y medios , la fortaleza , y flaqueza , la ofensa , y la defensa , y lo exercita con grandissima perseverancia , hasta hacerse muy diestro , para que no le maten , ò hieran : por què no se exercitarà en lo que estorva à venir à tan miserable estado , que es la paciencia ? Que pnesta la colera en su punto , y vistas dos espadas desnudas , una con otra han de herir , ò huir ; cosa que por tan infame se ha tenido siempre en todas las Naciones del mundo : y si con mucho menos trabajo , y exercicio se puede hacer un hombre diestro en la paciencia , que es quien refrena los impetus bestiales de la colera , la potencia de los poderosos , la braveza de los valientes , la descortesia de los sobervios ignorantes , y ataja otros mil inconvenientes : por què no se procurará esto , por no llegar à lo otro ? En Italia dicen , que la paciencia es manjar de poltrones . Mas esto se entien- de de una paciencia viciosa , que el que la professa , por comer , beber , y holgar , sufre cosas indignas de imaginar entre hombres . Aqui se trata de la pacien- cia , que acicala , y afina las vir- tudes , y la que asegura la vida , la quietud del animo , y la paz del cuerpo ; y la que enseña , à que

que no se tenga por injuria la que no lo es, ni lleva modo de poderse estimar por tal: que en solo el uso de esta divina virtud se aprende, como se han de rechazar los agravios paliados; como se han de resistir los descubiertos; que caso se debe hacer de los que se dicen en ausencia, que es otro yerro notable, que anda derramado entre la gente, que ni sabe sufrir, ni lo quiere aprender, que asi se ofenden de un agravio encañado por arcaduces, como de una cuchillada en el rostro, como si huviesse alguno en el mundo (por justo que sea) que tenga las ausencias sin alguna calumnia. Y porque la materia de fuyo es algo pesada, quiero aligerarla con decir lo que me pasó sirviendo al mas defazonado colerico del mundo; porque tras de muchos infortunios, que toda mi vida he sufrido, me vine à hallar desacomodado al cabo de mi vejez: de manera, que porque no me prendiesen por vagamundo, huve de encomendarme à un amigo mio, Cantor de la Capilla del Obispo (que estos todo lo conocen, sino es à si propios) y el me acomodò por Escudero, y Ayo de un Medico, y su muger, tan semejante el uno al otro en la vanidad de valentia, y hermosura, que no les quedò que repartir en los vecinos, con los quales me passaron lances harto dignos de saberse.

Llamabase el Doctor Sagredo, hombre mozo, de muy gentil disposicion, algo loquaz, y aun loco, mas colerico, y facil de enojarse, que gozque de Panadero; presumptuoso, y estimador de su persona, y (para que no se echassen à perder dos casaf, sino una) casado con una muger de su misma condicion, moza, y muy hermosa, alta de cuerpo, cogida de cintura, delgada, y no flaca, derecha de espaldas, el movimiento con mucho donayre, ojos negros, y grandes, pestaña larga, cabello castaño, que tiraba un poco à rubio, briosa, y no muy poco sobervia, vana, y presumtuosa. Llevòme à su casa el buen Doctor, y lo primero que encontrè fuè una mula muy flaca, en una cavalleriza tan ajustada con ella, que si tuviera alas, no pudiera caber dentro. Subimos una escalerilla, y representòseme luego la sala, donde estaba la seño-ra Doña Mergelina de Aybar, que así se llamaba, à quien yo mirè de muy buena gana, que aunque viejo, incapaz de semejantes apetitos, por razon, y por edad, la mirè como à hermosa, que à todos ojos es la hermosura agradable. Dixo el Doctor: Veis aqui à quien aveis de servir, que es mi muger. Yo le dixe:

dixe: Por cierto bien merece tan gentil dama à tal galàn. Ella respondiò , como muger hermosa ignorante , ò por mejor decir, preguntò : Quien os mete à vos en effo ? Señora (dixe yo) adviérta V.m. que quando la llamé gentil, no quise decir, que no era Christiana, sino que tenia muy gentil talle, y cuerpo. Que bien os entendi (dixo ella) sino que no quiero que nadie se me atreva à decirme requiebros. Es la honra del mundo (dixo el Doctor) servidla con guiso, y cuidado, que yo os lo pagaré muy bien. Miré la casa muy de espacio (aunque se podia ver muy de presto) porque no ví en toda ella, sino es un espejo muy grande, en un poyo muy pequeño de una ventana, y unas redomillas que lo acompañaban, con un cofrecillo pequenuelo: y mirando à un rincon, ví un montante, con ciertas espadas de esgrima, dagas, y espadas blancas, una rodela, y broquel. Dixome el Doctor: Qué os parece de mi recamara? Miradla bien, que en Alcalá era temida aquella espada. No miraba (dixe yo) sino adonde estaban los libros, que soy aficionado à ellos. Estos son, dixo, mis Galenos, y mis Avicennas, que por la negra, y la blanca, nadie me igualò en Alcalá, y que no se menedò contra mi hombre de noche, que no fuesse lastimado de mis manos. Luego

V. m. (dixe yo) mas aprendiò à matar, que à sanar. Yo aprendi (respondiò èl) lo que los demás Medicos: y por aver poco que vine de mis estudios, no me he reparado de libros, que bien parecen en los profesores de las facultades, tener cada uno los de la suya. Pero dexemos effo, y llevad à vuestra Ama à Missa, que es ya tarde. Púose su manto mi señora Doña Mergelina, y llevèla, ò acompañela hasta S. Andrés, que vivian en la Moreria Vieja, y en el camino (como es costumbre) muchos de los que la topaban, le decian alguna cosa de su buen talle, y rostro: à lo qual ella respondiò tan acedamente, que todos iban disgustados de sus respuestas. Yo le decia: Mire, señora, que ya que no responda bien, à lo menos tiene obligacion de callar, como muger principal, que en el silencio no puede aver que notar. No soy yo muger (decia ella) à quien nadie ha de perder el respeto. Si alguno le decia, que era muy hermosa, ella le decia: Y èl hermoso majadero. Dixole un dia un mozalvillo, no de mal talle: Así se me tornen las pulgas en la cama: al qual muy de propósito respondiò: Debe de dormir en alguna zahurda el lechon. Era tan descortès, y sacudida, que todos lo iban de sus respuestas, y ella lo quedaba de mis representaciones. A cierto Clerigo de San

San Andrés, pequeño de cuerpo, y grande de animo, conocido mio, que yendo muy puído con una sobrepelliz muy blanca, porque le dixo, que no saliese de casa à hacer el oficio de la muerte, le replicò: Tambien habla el escarabajo hinchado: que con aquel sacudimiento tenia mucho donayre, y gusto en qualquiera materia. Yo (entre muchas vezes que la reprehendi su vanidad) me arrojè una à decirle todo lo que me pareció, que aunque ella estaba confiada en su buen parecer, quise ver si podia enmendarla con el mio, y le dixè: Vuessamerced usa de su hermosura lo peor del mundo; porque pudiendo ser querida, y loada de quantos andan en èl, quiere ser aborrecida de todos: quien dice hermosura, dice apacibilidad, dulzura, suavidad de condicion, y trato: y mezclandola con sobervia, y desapacibilidad, se viene à convertir en odio, lo que avia de ser amor: que un don tan excelente, como la hermosura, concedido por merced de Dios, es razon que tenga alguna correspondencia con el animo, que si no parece lo uno à lo otro, arguye mal entendimiento, ò poco agradecimiento à la merced que Dios hace à quien lo dà. Hermosura con mala condicion, es una fuente clarissima, que tiene por guarda una vivora, y es sobrelcritto,

y carta de recomendacion, que en abriendola tiene un demonio dentro. Ay en el mundo quien quiera ser aborrecido? Ay quien quiera ser estimado en poco? No por cierto. Pues quien tiene consigo por que le amen, y estimen, por que quiere que le aborrezcan, y menosprecien? Es por fuerza, que la hermosura ha de estar acompañada con vanidad, desdorada con ignorancia, y conservada con locura? Por que quando se mira V. m. al espejo, no procura, que lo interior se parezca à lo exterior? Pues adviértote, que suele el tiempo (y aun Dios) castigar de manera las vanidades, que los montes se allanan, y las torres vienen al suelo. Quantas hermosuras se han visto, y ven cada dia en esta maquina, ò exemplo del mundo, rendidas à mil desdichas, y calamidades, por saltarles el gobierno, y cordura? Que aunque la hermosura (el tiempo que dura) es querida, y estimada, en marchitandose, no le queda otra prenda, sino las que grangeò, y el credito, y amistades, que à fuerza de buen termino conquistò, quando estaba en su fuerza, y vigor. Y es el mundo de tan baxa condicion, que à nadie acaricia por lo que tuvo, sino por lo que tiene. Que hermosura se ha visto, que no se estrague con el tiempo? Que vanidad, que no venga à dar en mil baxios? Que esti-

estimacion propia, que no padezca mil hazares? Cierito, que fuerabien, que como ay para las mugeres maestros de danzar, y baylar, los huviesse tambien de defengañio, y que como se enseña el movimiento del cuerpo, se enseñasse la constancia del animo. Yo digo, y aun aconsejo à V. m. lo que, como hombre de experiencia, me parece que es razon, y lleva camino. Mire no la castigue su presumpcion, y demasiada estimacion de su persona. Estas, y otras muchas cosas le dixè, y decia cada dia; pero ella se estubo siempre en sus trece; y quien no admite consejo para escarmentar en cabeza ajena, seràle forzoso escarmentar en la suya, por seguir las inclinaciones propias, como sucediò à la señora Doña Mergelina, teniendo las suyas por ley, y al tiempo por verdugo de ellas, de esta manera.

Venia casi todas las noches à visitarme un mocito Barbero, conocido mio, que tenia bonita voz, y garganta: trala consigo una guitarra, con que sentado al umbral de la puerta, cantaba algunas tonadillas, à que yo le llevaba un mal contrabajo, pero bien concertado (que no ay dos voces, que si entonan, y cantan verdad, no parezcan bien) de manera, que con el concierto, y la voz del mozo, que era razonable, juntabamos la vecin-

dad à oir nuestra armonia. El mozuelo tañia siempre la guitarra, no tanto por mostrar que lo sabia, como por rascarse con el movimiento las muñecas de las manos, que tenia llenas de una sarna perruna. Mi ama se ponìa siempre à escuchar la musica en el corredorcillo; y el Doctor, como venia cansado de hacer sus visitas (aunque tenia pocas) no reparaba en la musica, ni en el cuidado con que su muger se ponìa à oirla. Como el mozuelo era continuo todas las noches en venir à cantar, si alguna faltaba, mi ama lo echaba menos, preguntaba por èl, con alguna demonstracion de gustar de su voz. Vino à parecerle tan bien el cantar, que quando el mozuelo subia un punto de voz, ella baxaba otro de gravedad, hasta llegar à los umbrales de la puerta, para oirle mas cerca las consonancias; que la música instrumental de sala, tanto mas tiene de dulzura, y suavidad, quanto menos de vozeria, y ruido: que, como el Juez, que es el oido, està muy cerca, percibe mejor, y mas atentamente las especies que embia al alma, formadas con el plauso de la media voz. El mozuelo dexò de venir cinco, ò seis noches, por no sè que remedio, que tomaba para curarse, y las cosas que son muy ordinarias, en faltando, hacen mucha falta; y asì, mi ama cada noche

noche preguntaba por él. Yo le respondí, mas por cortesía, que por falta que él hiciere: Señora, este mozuelo es oficial de un Barbero, y como sirve, no puede siempre estar desocupado: fuera de que agora se esta curando un poquillo de sarna que tiene. Qué haceis (dixo ella) de aniquilarle, y disminuirle, mozuelo, barbero, sarna; pues á fee que no falta quien con todas estas, que vos le poneis, le quiera bien. Bien puede ser (dixeyo) que el pobrecillo es humilde, y facil para lo que le quieren mandar; y cierto que muchas vezes le guardo yo de mi racion un bocadillo que cene, porque no todas vezes ha cenado. En verdad (dixo ella) que á tan buena obra os ayude yo: y de alli adelante, siempre le tenia guardado un regalillo todas las noches que venia: una de las quales entrò queixandose, porque de una ventana le avian arrojado no sè que desapacible á las narices: á las queixas fuyas saliò mi ama al corredor, y baxò al patio, estandose limpiando el mozuelo, y con grande piedad le ayudò á limpiar, y sahumò con una pastilla, echando mil maldiciones á quien tal le avia parado. Fuese el mozuelo con su trabajo, sintiendolo la señora Doña Mergelina, tan llena de colera, como de piedad, y con harta mas demonstracion, de la que yo quisiera, loando la

paciencia del mozuelo, y agravando la culpa de quien le avia salpicado con tanto extremo, que me obligò á preguntarle: por que lo sentia tanto, siendo sucedido inadvertidamente, y sin malicia? A que me respondió: No quereis que sienta ofensa hecha á un corderillo, como este? A una paloma sin hiel, á un mocito tan humilde, y apacible, que aun quejarse no sabe de una cosa tan mal hecha? Cierito, que quisiera ser hombre en este punto para vengarle, y luego muger para regalarle, y acariciarle. Señora (le dixeyo) que novedad es esta? Qué mudanza de rigor en blandura? De quando acá piadosa? De quando acá sensible? De quando acá blanda, y amorosa? Desde que vos (respondió ella) venisteis á mi casa, que truxisteis este veneno embuelto en una guitarra; desde que me reprehendisteis mis desdenes; desde que viendo mi bronca, y aspera condicion, quise ver si podia quedar en un medio licito, y honesto, y he venido de un extremo á otro: de aspera, y desdenosa, á mansa, y amorosa: de desamorada, y tibia, á tierna de corazon: de sacudida, y soberbia, á humilde, y apacible: de altiva, y desvanecida, á rendida, y sujeta. O pobre de mi (dixeyo) que agora me quedaba por llevar una carga tan pesada como esta! Qué culpa puedo yo tener

ner en sus accidentes de V. m. ò que parte en sus inclinaciones? Ay quien sea superior en voluntades ajenas? Ay quien pueda ser Profeta en las cosas, que han de suceder à los gustos, y apetitos? Pero pues por mi comenzò la culpa, por mi se atajarà el daño, porque no venga à ser mayor, con hacer, que él no buelva mas à esta casa, ò irme yo à otra; que si con la ocasion creció lo que yo no pude pensar, con atajarla, tornaràn las cosas à su principio. No lo digo (dixo ella) por tanto, padre de mi alma, que la culpa yo la tengo (si ay culpa en los actos de voluntad) no os enojeis por mis inadvertencias, que estoy en tiempo de hacer, y decir muchas: antes os admirad de las pocas que vieredes, y oyeredes en mi: ni hagais lo que aveis dicho, si quereis mi vida, como mi honra; porque estoy en tiempo, que con poca mas contradicion, harè algun borron, que tizne mi reputacion, y la dexe mas negra que mi ventura: no estoy para que me desampareis, ni para admitir reprehension, sino para pedir socorro, y ayuda. Bien me deciad vos, que mi presumpcion, y vanidad avian de caer de su trono: quanto me podeis repetir, y traer à la memoria, yo lo doy por dicho, y lo confieso: favorecedme, y no me desampareis **en esta ocasion, y no me mateis**

con decir, que os ireis de esta casa: y con esto, y otras cosas que dixo, llorò tan tiernamente, cubriendo el rostro con un lienzo, que por poco fuera menester quien nos consolara à entrambos: y si fuè grande la reprehension, que le di por sobervia, mayor fue el consuelo que le di por afligida: mas animandome en lo que era mas razon, acudiendo à mi obligacion, à su consuelo, y honra de su casa, le dixe, con la mayor demostracion que pude: Es posible, que en tan extraordinaria condicion ha podido caber tanta mudanza, y q̄ por ojos tan llenos de hermosura, y desdenes ayan salido tan piadosas lagrimas, y que por mexillas tan recatadas aya corrido un licor tan precioso, que siendo bastante à enternecer las entrañas de Dios, se aya derramado, y echado à mal por un miserable hombre? Y yà que se avia de precipitar, y arrojarfe, y desdecir de sí propria, no hiciera eleccion de una persona de muchas partes, y merecimientos? Yà que se rinda, quien no podia ser rendida, avia de ser de una sabandija tan desventurada? Que se rinda la hermosura à la fealdad, la limpieza à la inmundicia, y asquerosidad, no sè que me diga de tal eleccion, y tan abominable gusto. O quan engañados (dixo ella) estàn los hombres, en pensar que **las mugeres se enamoran por elec-**

elección, ni por gentileza de cuerpo, ò hermosura de rostro, ni por mas, ò menos pàrtes, grandeza de linage, sobervia de estado, abundancia de riquezas; (trato de lo que verdaderamente es amor) pues para que se defengañen, sepan, que en las mugeres el amor es una voluntad continuada, que de la vista crece, y con la comunicacion se cria, y conserva, sin hacer eleccion de este, ni de aquel; y la que no se guardare de esto, caerà sin duda de esta continuacion ha nacido mi llama, y con ella se ha criado, hasta ser tan grande, que me tiene ciegos los ojos para ver otra còsa, y las orejas cerradas, para admitir reprehension, y la voluntad incapaz de recibir otro fello. Y quanto mas lo deshaceis, y aniquilais, tanto mas se enciende la voluntad, y el deseo. Por ventura los Barberos son de diferente metal, que los demàs hombres, para que aniquileis un oficio, que tanta merced hace à los hombres, en tornarlos de viejos mozos? Llamaisle sarnoso, por unas rascaduras que tienen las muñecas, que parecen hojas de clavel? No echais de ver aquella honestidad de rostro? La humildad de sus ojos? La gracia con que mueve aquella voz, y garganta? No me le deshagais, ni reprehendais mi gusto, que no està para contradecirlo, ni rechazarlo. Ojalà

(dixe yo) fuera pelota, que yo la chazàra, y rechazàra. Pero pues ha llegado à tan estrecho passò, harè con V. m. lo que con mis amigos, que es, en la eleccion aconsejarles lo mejor que sè, y en la determinacion ayudarles lo mejor que puedo. Dixele esto por no desconsolarla, hasta que poco à poco fuesse perdiendo el cariño, que pudiera traerla à ofensa de Dios, y de su marido, y con esto me apartè aquella noche de ella, espantandome de ver, quan poderosa es la comunicacion, y considerando quan mal hacen los hombres, que donde tienen prendas que les duela, consienten visitas ordinarias, ò comunicaciones que duren: y quanto peor hacen los padres, que dan à sus hijas Maestros de danzar, ò tañer, cantar, ò baylar, si han de faltar un punto de su presencia, y aun es menos daño que no lo sepan: que si han de ser casadas, bastaes dár gusto à sus maridos, criar sus hijos, y gobernar su casa; y si han de ser Monjas, aprendanlo en el Monasterio; que la razon de estàr algunas disgustadas, quizà es por aver yà tenido fuera comunicaciones de devociones, que por honestas que sean, son de hombres, y mugeres, sujetos al comun orden de naturaleza.

DESCANSO III.

EL dia siguiente vino el mozuelo mas temprano de lo que solia , puesto un cuello al uso , como hombre que se veia favorecido de tan gallarda muger. Sucedió, que dentro de tres, ó quatro dias vinieron à llamar al Doctor Sagredo, su marido, y mi amo, para ir à curar un Cavallero estrangero, que estaba enfermo en Caravanchel , ofreciendole mucho interès por la cura: de que èl recibió mucho contento por el provecho, y ella mucho mas por el gusto. Cogió su mula , y Lacayo , y un braco, que siempre le acompañaba , y à las quatro de la tarde diò con su persona en Caravanchel. Ella, vista la buena ocasion , hizome aderezar de cenar , lo mejor que fue posible , regalandome con palabras , y prometiendome obras, no entendiendo que yo le estorvaria la execucion de su mal intento: vino el mozuelo al anochecer, y comenzando à cantar, como solia , ella le dixo, que no era licito, ni parecia bien à la vecindad (estando su marido ausente) cantar à la puerta ; y así mandò , que entrasse mas dentro. Mandò sentar al mozuelo à la mesa , deseando , que la cena fuesse breve , porque la noche fuesse larga. Pero apenas se comenzó la cena , quando entrò el

braco haciendo mil fiestas à su ama con las narices , y la cola. El Doctor viene (dixo ella) desdichada de mi! que harèmos, que no puede llegar lexos , pues ha llegado el perro? Yo cogi al mozuelo , y pusele en un rincon de la sala , cubriendolo con una tabla (que avia de ser estante para los libros) de suerte , que no se podia parecer , quando entrò el Doctor por la puerta , diciendole : Ay bellaqueria semejante: que embien à llamar à un hombre como yo , y por otra parte llamen à otro Medico ! Vive Dios , si en años atrás me cogieran , que no se avian de burlar conmigo. Pues de esto teneis pena (dixo ella) marido mio? No vale mas dormir en vuestra cama , y en vuestra quietud , que desvelaros en velar un enfermo? Que hijos teneis , que os pidan pan? Vengais muy en hora buena , que aunque pensè tener diferente noche , con todo esto, me diò el espiritu , que avia de suceder esto , y así tuve, por sí, ò por no , aderezada la cena. Ay tal muger en el mundo (dixo el Doctor) yà me aveis quitado todo el enojo que traia. Vayanse con el diablo ellos , y sus dineros , que mas aprecio veros contenta , que quanto interès ay en la tierra. Quantos engaños (dixe yo entre mi) ay de estos en el mundo? Y quantas , à fuerza de artificio , y bondad fingi-

fingida , se hacen cabezas de sus cascas , que merecen tenerlas quitadas de los ombros ? Apeñóse de la rucia el Doctor , y el Lacayo pusola en razon , y fuesse à su posada con su muger , que le daban racion , y quitacion. Sentóse el Doctor à cenar , muy sin enojo , loando mucho el cuidado de su muger. El diablo del braco (que por la fuerza que estos animalejos tienen en el olfato) no hacia sino oler la tabla que encubria el mozuelo , rascando , y gruñendo de manera , que el Doctor lo echò de ver , y preguntò , que avia detrás de la tabla ? Yo de presto respondi : Creo que està alli un quarto de carne. Tornò el braco à gruñir , y aun ladrar algo mas alto : mi amo lo mirò con mas cuidado que hasta alli : yo echè de ver el daño que avia de suceder , si no se remediaba ; y conociendo la condicion del Doctor , di en una buena advertencia , que fue decir , que iba por unas azeytunas Sevillanas (de que eran muy amigos) y estuveme al pie de la escalerilla esperando su determinacion : el braco no dexaba de rascar , y ladrar ; tanto , que mi amo dixo , que queria ver por que perseveraba tanto el perro en ladrar. Entonces yo puseme en la puerta , y comencè à dar voces , diciendo : Señor , que me quitan la capa : señor Doctor Sagredo , que me capean ladrones :

èl con su acostumbrada colera , y natural presteza , se levantò corriendo , y de camino arrebatò una espada , poniendose de dos saltos en la puerta y preguntando por los ladrones , yo le respondi , que como oyeron nombrar al Doctor Sagredo , echaron à huir por la calle arriba como un rayo. El fue luego en seguimientto suyo , y ella echò al mozuelo de casa , sin capa , y sin sombrero , poniendo el quarto de carne detrás de la tabla , como yo le avia dado la advertencia. Hasta aqui bien avia caminado el negocio , mas el mozuelo iba tan turbado , lleno de miedo , y temblor , que no pudo llegar à la puerta de la calle tan presto , que no topasse mi amo con èl à la buelta. Aqui fue menester valernos de la presteza , en remediar este segundo daño , que tenia mas evidencia que el primero : y así , antes que èl preguntasse cosa , le dixè : Tambien han capeado , y querido matar à este pobre mocito , y por esso se colò aqui dentro huyendo , que de temor no osia ir à su casa : mire V. m. que lastima tan grande , y como es muy de colericos la piedad , tuvola mi amo del mozuelo , y dixo : No tengais miedo , que en casa del Doctor Sagredo estais , donde nadie os osará ofender. Ofender (dixè yo) en oyendo nombrar al Doctor Sagredo , les nacieron alas en los pies.

pies. Yo os aseguro (dixo el Doctor) si los alcanzara, que os avia de vengar à vos, y à mi Escudero de manera, que para siempre no capearan mas. Mi ama, que estaba hasta allí turbada, y temblando en el corredor, como vió que presto reparado el daño, y vuelta en piedad la que avia de ser sangrienta colera, ayudò à la compassion del marido, de muy buena gana, diciendo: Ay lastima como esta! No dexeis ir à esse pobre mozo, bastante los tragos en que se ha visto, no le maren esos ladrones. No le dexarè (dixo el Doctor) hasta que le acompañe. Y como sucedió esto, gentilhombre? Iba, señor (respondió el mozo) à hacer una sangria por Juan de Vergara mi amo, à cierta señora, del tobillo, y con harto gusto; pero como no duerme este Angel de los pies aguileros, sucedió lo que vuestra merced ha visto. Que no faltará ocasion para hacerla (dixo la señora) folsieguese agora, hermano, que en casa del Doctor Sagredo està. Subios acá (dixo el Doctor) que en cenando, yo vos llevaré à vuestra casa. El braco, aunque salió à los ladrones imaginados, no por el ruido dexò de tornar à la tema de su tabla; y si antes avia rascadola por el mozuelo, entonces lo hacia por la tentacion de sus narices contra la carne. Mi amo, como vió perseverar al braco, fue à la

tabla, y hallò el quarto de carne detrás de ella, con que se foflegò, loando mucho el aliento de su perro. Ella; aunque se avia librado de estos trances, todavia curando en su intento, me diò à entender, que no dexasse ir al mozuelo, que era lo que yo mas aborrecia. Cenaron, y el que primero avia sido cabecera de mesa, despues comió en la mano, como gavilán, y no como galán en la mesa, que la fuerza puede mas que el gusto. En cenando, quiso el Doctor llevarle à su casa, y aunque yo le ayudè, mi ama dixo, que no queria que fuesse à ponerse en riesgo de topar con los capeadores, especialmente aviendo de passar por el passadizo de San Andrés, donde suele aver tantos capeadores retraidos; y aunque esto (dixo) para vuestro animo es poco, serà para mi de mucho daño, porque estoy en sospecha de preñada, y podria sucederme algun accidente, ò susto, que pudiesse mi vida en cuidado; que esse mocito podrá dormir con el Escudero, que es conocido suyo, y por la mañana irse à su casa. Alto (dixo el Doctor) pues vos gustais de esto, sea en hora buena; yo me quiero acostar, que estoy un poco cansado. Fueronse à la cama juntos (que siempre llevaba la muger por delante) aunque como ella vivia con diferentes pensamientos, no diò lugar al sueño, hasta

hasta que dió en una traza endiablada, que le costó pesadumbre, y le pudiera costar la vida. La sala era tan pequeña, que desde mi cama a la suya no avia quatro passos, y qualquiera movimiento que se hacia en la una, se sentia en la otra: y así no le pareció bien lo que por aqui podia intentar. La mula era de manera inquieta, que en viendose suelta, alborotaba toda la vecindad, antes que pudiesen cogerla. Parecióle à la señora Doña Mergelina, que desatandola, podría bolver à la cama antes que su marido despertasse, para ir à ponerla en razon, y en el espacio que se avia de gastar en cogerla, y travarla, le tendria ella para destravar su persona. Y como las mugeres son faciles en sus determinaciones, en sintiendo al marido dormido, levantóse passo à passo de la cama, y yendo à la cavalleriza, desató la mula, entendiendo, que pudiera bolver à la cama, antes que la mula hiciesse ruido, y el marido despertasse, con que tendria lugar para executar su intento. Pero parece, que la mula, y él se concertaron; la mula en salir presto de la cavalleriza, haciendo ruido con los pies, y él en sentirlo tan presto, que se levantó en un instante de la cama, dando al diablo la mula, y à quien se la avia vendido: y si no se entràra la muger en la cavalleriza,

topàra con ella el marido. El cogió una muy gentil vara de membrillo, y pegòle à la mula, que huyendo a su estrecha cavalleriza, apenas cupiera, por la huespeda que hallò dentro. Ella no tuvo donde encubrirse, por la estrechez, sino con la misma mula, de fuerte que alcanzó (como la vara era cimbreña) gran parte de los muchos varazos, que le dió con los tercios posteriores en aquellas blancas, y regaladas carnes. Yo estaba en la escalera, como si aguardàra al verdugo, que me echàra de ella, turbado, y sin consejo: porque veía lo que passaba, sin poder remediarlo. El brazo sintiendo el ruido, y oliendo carne nueva en mi cama, comenzó à darle buenos mordiscones al mozuelo, y à ladrarle: de fuerte, que la muger en manos del marido, y el mozuelo en los dientes del brazo, pagaron lo que aún no avian comedido. Yo, viendo la execucion de su colera, sin saber lo que hacia, le dixè: Mire V. lo que hace, que quantos palos dà en la mula, los dà en el rostro de mi señora, que la quiere de manera, por andar vuestra merced en ella, que no consiente, que la toque el Sol. Agradeced, señora mula, lo que me han dicho de vuestra ama, que hasta la mañana os estuviera pegando. Ay con que travar esta mula? Yo respondi: En esse corralillo ha-

llará vueſſa merced una foguilla, que yo eſtoy con un dolorcillo de hijada, y no me atrevo à ſalir: aſi como fue por ella, puſeme à la puerta, haciendo pala à la ſeñora, y ſubiòſe à ſu cama callando, aunque laſtimada. Yo (como ſiempre procurè, que no llegaffe la ofenſa à execucion) aunque no iba con mucho guſto para ello, en ſaliendo el Doctor, le tomè la foguilla, y embièlo à la cama. Travè la mula, y ſubime à repoſar à la mia, donde hallè al mozuelo quexandose del braco, y à ella en la ſuya llorando tiernamente: y preguntandole el marido la cauſa, reſpondiò muy enojada: Vueſtras coleras, y arrebatamientos, que como tan de repente os alborotaſteis, y yo eſtaba en lo mejor del ſueño, ſobrefaltada, y deſpavorida, caí detrás de la cama, y di con el roſtro en mil baratijas, que eſtàn aqui, con que me he laſtimado muy bien. Soſſegòla el marido lo mejor que pudo, y pudo muy bien; porque las mugeres honradas, quando tropiezan, y no caen en el yerro, caen en la quenta, que aviendo de ſer muy eſtrecha, es de perdones; y como viò que à tres vè la vencida, y ella lo quedò, ſaliendo mal de ellas, no quiſo probar la quarta. Al mozuelo, con los peligros, y los dientes del braco, ſe le quitò el poco amor, y deſvanecimiento, como por la mano.

DESCANSO IV.

COMO toda la noche, haſta alli, avia ſido tan inquieta, y llena de diſguſtos, peſadumbres, y alteraciones, eſteſos propios de ſemejantes devaneos, fundados en deſhonor, ofenſa, y pecado, lo que haſta la mañana quedaba, ſe durmiò tan profundamente, que ſiendo yo de poquiſſimo ſueño, no deſpertè, haſta que por la mañana dieron golpes à la puerta, llamando al Doctor para cierta viſita muy neceſſaria. Alzè el roſtro, y vi, que el Sol viſitaba ya mi apoſento, que en mi vida le mirè de mas mala gana, y llamè al laſtimado mozuelo, que mas parecia embeleſado, que dormido; y hallandolo con determinacion de no tórnar à las burlas paſſadas, le dixè: Pues el mayor peligro queda por paſſar, ſi no vivis con cuidado, y recato: que aunque es verdad, que vos actualmente no aveis hecho ofenſa en eſta caſa, y los deſeos, yà que manchan la conciencia, no eſtragan la honra, con todo eſſo, para la reputacion de ella, y ſeguridad vueſtra, importa guardar el ſecreto, que como muchacho de poca experiencia, podiades revelar, pareciendoos, que ſon lances muy dignos de ſaberſe, y que diciendolos por cifras no ſe entenderian, que es un

Un engaño en que caen todos los habladores : pues adviértoos, que no os vâ menos que la vida en saber callar , ò la muerte en querer hablar. Ningun delito se ha cometido por callar , y por hablar se comeren cada dia muchos : el hablar es de todos los hombres , y el callar de solos los discretos : yo creo , que quantas muertes se hacen , sin saber los autores , nacen de ofensas de la lengua : el guardar el secreto es virtud , y al que no le guarda por virtuoso , le hacen , que le guarde por peligroso : el callar à tiempo es muy alabado : porque lo contrario es muy aborrecido : hablar lo que se ha de callar , nos precipita en el peligro , y en la muerte , y lo contrario asegura el daño , y preserva la vida , y quietud. Nadie se ha visto reventar por guardar el secreto , ni ahogado por tragar lo que vâ à decir : las abejas pican à su gusto , pero dexan el aguijón , y la vida , y à los que dicen el secreto que les importa callar , les sucede lo mismo ; y en resolución , el callar es excelentissima virtud , y tan estimada entre los hombres , que de la suerte que se admiran de ver hablar bien à un papagayo , que no lo sabia , se admiran de ver callar bien à un hombre , que sabe hablar. Y para no cansaros mas , si no callaredes , porque es razon , callareis por el peligro en que os po-

neis , tratando de la honra de un hombre tan valiente como el Doctor. Con estas , y otras muchas cosas que le dixe , lo embiè à su casa , con mas temor que amor , ò mas temeroso , que enamorado. El Doctor se vistiò tan de priessa , que no tuvo lugar de mirar el señalado rostro de su muger , que lo primero que hizo , antes de vestirse , y sin aguardar à poner los pies en las mulillas , fue à mirarse al espejo ; y viendose el sobreescrito con algunos borrones , lo sintiò de manera , que en muchos dias no se quitò del rostro un rebozo , que (como era tan apacible , y suave) parecia mas que le trata por gala , que por necesidad. En estando para poderla hablar , me lleguè adonde estaba aderezandose el temeroso rostro , y lastimandome de los muchos cardenales , que le alcancè à ver (que en personas muy blancas , de qualquier accidente se hacen) le dixe , con la mayor blandura que pude , y supe : Què le parece de su buena ventura ? Què tal lo ha sido , pues en quantas vezes la ha probado , la ha guardado de que los pensamientos no viniessen à la execucion de las obras , para que su honra (yâ que ha estado para despeñarse) quedasse salva en un aprieto tan grande , que arrojandose con tan determinada voluntad , le ha puesto tantos impedimentos para la caída , y

tantas ayudas para el arrepentimiento. Si cayera en un rio muy hondo, y saliera sin mojar-se la ropa, no lo tuviera à milagro, y cosa nunca vista? Si se arrojara entre mil espadas desnudas, sin salir herida, no le pareciera obra de la mano de Dios? Pues crea, y tenga por cierto, que ha sido tanta evidencia de la misericordia divina, usada con V.m. y con su marido, pues de su misma voluntad la ha librado: que la mas poderosa fuerza que ay contra nosotros, es la voluntad propia, ella nos rinde, y hace al entendimiento tan esclavo, que no le dexa libertad para conocer la razon, ò à lo menos para bolver por ella: pues la voluntad depravada rindiò un pecho tan libre: ella misma, con el arrepentimiento, y la razon, le han de bolver à su libertad. El arrepentirse, y bolver sobre si, es de animos valerosos: el escarmiento nos hace recatados, como la determinacion arrojadizo. Quando la voluntad nos arroja con atrevimiento, el mal suceso lo remedia con temor: mejor es arrepentirse temprano, que llorar tarde. Un mal principio arrojado, mejora el medio, y asegura el fin: mas vale (considerando este mal suceso) detenerse, que perseverando, esperar que se mejore. Dichoso aquel à quien le viene el escarmiento antes que el daño: los malos intentos, al

principio errados, engendra recato para los venideros: quien no yerra, no tiene de que enmendarse; mas quien yerra, tiene en que mejorarse, que Dios juzgò por mejor que huviesse males, porque les siguiesen los arrepentimientos, que tener el mundo sin ellos, que mas grandeza suya es sacar de los males bienes, que conservar el mundo sin males. Ojalà, quantos males se cometen, tuviesen tan ruines principios como este, que los males serian menores por el escarmiento. Vuestra merced buelva en si, estimando su hermosura, igualmente con su honra, que este daño tengo yo atajado, y le atajarè mas. A todas estas cosas que yo le decia, estuvo destilando unas lagrimas tan honestas, y vergonzosas por las rosadas mejillas, que enternecieran al mas tyrano executor del mundo. Mas alzando el temeroso rostro, despues de averse enjugado con un lienzo la humedad, que lo avia bañado, con voz un poco baxa, me dixo lo siguiente: Quisiera que fuera posible sacarme el corazon, y ponerle en vuestras manos, para que se viera el efecto que ha hecho en el vuestra justa reprehension, y fuera para mi algun descuento de mis desdichas, si me creyerades, como os he creído, no solo para admitir el consejo, sino para obedecerlo, y ponerlo en execucion: que

que quien oye de buena gana, enmendarse quiere. No digo que totalmente estoy fuera del caso, que como estos accidentes tienen su asiento en el alma, no pueden desampararla tan presto; pero como el amor, y el desamor nunca paran en el medio (porque en el modo de engañarse van por una misma senda) así yo voy pasando de un extremo à otro; porque despues que me vi acardenalado, y lastimado el rostro, por quien tanta honra me hace todo el mundo, se me ha revestido un odio mortal contra quien ha sido la causa dello. Fuera de lo que esta noche, en lo poco que mis ojos descansaron, soñè, que estando cogiendo una hermosa, y olorosa manzana del mismo arbol, al tiempo que con los dedos la apretè, salió de ella mucho humo, y una culebra tan grande, que me diò dos bueltas al cuerpo por la parte del corazon, y me apretaba tanto, que pensè morir: y como ninguno de los circunstantes se atreviese à quitarmela, un hombre anciano llegò, y la matò con sola su saliva, echada en la cabeza de la culebra, y que al punto cayò muerta, dexandome libre, y despier-ta del sueño. Y haciendo reflexion sobre èl, à pocas bueltas le di alcance: de modo, que con los malos principios, y la buena consideracion, vine à cobrar mi honra, y vida, y à tener mi

corazon en el extremo de odio, que tenia de amor, por vuestros buenos, y saludables consejos. Por donde, si hasta aqui aveis sido mi Escudero, de aqui adelante seais mi padre, y consejero: y si alguna cosa aveis visto en mi, que sea en vuestros ojos agradable, por ella os pido, y ruego, que no me dexeis, ni desampareis en esta ocasion, ni en todo el restante, que os queda de vida, que el amor que yo tengo à vuestra persona es tan grande, como el cuidado que vos aveis tenido con mi honra: el desengaño me ha cogido antes que el gusto me assalariasse; aunque la voluntad se doblò, la honra quedò en pie. Si el sentimiento fuera obra, yo confesàra mi flaqueza por infamia: quien tiene aliento para asirse tropezando, tambien lo tendrà para levantarse cayendo: quien se arrepiente, cerca està de la enmienda, ni me desanimo por tierna, ni me acobardo por derribada. Si està en mi quien pudo derribarme, por què no lo estarà para levantarme? Sin consejo me rendi, pero con èl tengo de librarme. Si me dexè llevar sin persuasion agena, por què no bolverè en mi por la vuestra? Para caer fui sola, y para levantarme somos vos, y yo: mas agradece el enfermo la medicina que le cura, que no el consejo que le preserva. No admiti primero

Vuestro saludable consejo , y agora me rindo al cautiverio de vuestra medicina. Al enfermo que no se ayuda , no le aprovechan los remedios : mas al que se esfuerza , y buelve en si , todo le alivia , y alienta. La caridad ha de comenzar de si propria. Si yo no me quiero à mi bien , què importa que me quiera quien no està en mi ? Si yo aborrezco la salud , en vano trabaja quien me la procura. Mas si yo deseo convalecer , la mitad del camino tengo andado. Quien obedece al consejo , a certar desea : y quien no replica à la reprehension , no està lexos de convertirse. Quando la culebra despide el pellejo , renovarle quiere : no ay mas cierta señal para venir el fruto , que caer la flor , ni mayores muestras del arrepentimiento , que aborrecer el daño , y conocer el desengaño. Yo lo conozco , padre de mi alma , y estoy con deseo de levantarme , y determinacion de no tornar à caer : ayudadme con vuestro consejo , y consuelo , para que buelva en mi , cobre lo perdido , y remedie lo passado , me anime en lo presente , y arme para lo venidero. Mas iba à decir la hermosa escarmentada , sino que por llamar el marido à la puerta , fue necessario dexar la mas que apacible disculpa , ò enmienda. Entrò el Doctor , y ella se fingió de la enojada , cubriendose el lastimado

(aunque bello) rostro , haciendo algunos melindres fingidos , para que la desenojasse , que amandola tan tiernamente , facil era el hacerlo. Viò el rostro , y fintiòlo mucho mas que ella : y despues de averse blandamente disculpado , le dixo : Amiga , sacaos un poco de sangre. Para què (dixeyo) se ha de sangrar ? Respondió el Doctor : Por la caída. Pues cayó (preguntè yo) de la Torre de San Salvador , para que se saque la sangre ? Sabeis poco (dixo el Doctor) que de aquella contusion del lapso , aviendose removido las partes hypocondricas , y renes , podria sobrevenir un profluvium sanguinis irreparable , y del livòr del rostro quedar una cicatriz perpetua. Y luego , dixeyo , vendrà el arturo meridional à circunferencia metaphysica del vejetativo corporal , y evaquarse la sangre del hepate. Què decis (dixo el Doctor) que no os entiendo ? No me entiende (dixeyo) pues menos entiende su muger à V. m. que para decir , que del golpe de la caída puede venir algun flux de sangre , y quedar señal en el rostro , se han de decir tantas pedanterias , contusion , lapso , hypocondrios , profluvio , cicatriz , y livòr. Pongase un poco de balsamo , ò unguento blanco , ò zume de hojas de rabano , y riase de lo demàs. Y aun creo que es lo mejor , dixo ella riendo ,

mas es lo peor, que se me ha quitado la gana del comer. Poneos (dixo el Doctor) unos absyntios en la boca del ventriculo, y echaois un clistel, que con esto, y una fricacion en las partes inferiores, junto con la exoneracion del ventriculo, cessarà todo esso. Otra vez, dixey yo, que no se podria acabar con los Medicos mozos, que hablen en su lenguaje, que los entiendan. Pues que quereis vos, dixo el Doctor, que hablen los hombres doctos como los ignorantes? Quanto à la substancia, dixey yo, no por cierto; pero quanto al lenguaje, por que no hablaràn como los entiendan? Al Conde de Lemos Don Pedro de Castro, el de las grandes fuerzas, yendo à visitar su Estado à Galicia, como era tan grande, y grueso, y muy bebedor de agua, del cansancio del camino le diò una enfermedad, que los Medicos llaman hermorrois; y como no iba preparado de Medico, dixole Diego de Osma: aqui ay uno, que desea tomar el pulso à V. S. dias ha. Pues llamadle, dixo el Conde: llamaronle, y el buen hombre que supo la enfermedad, fue muy preparado de retorica medicinal, pareciendole que por alli entraria en la voluntad del Conde, y vistiendose una ropa muy raida, entre azul, y negra, y una sortija, que parecia remate de akladador, entrò por la

sala donde estava el Conde, diciendo: Beso las manos à su Señoria; y el Conde: Vengais en horabuena Doctor. Prosiguiò el Medico: Dicenme, que su Señoria esta malo del orificio. El Conde, que tenia extremado gusto de bueno, conociòle luego, y preguntòle: Doctor, que quiere decir orificio, Platero de oro, ò que? Señor, dixo el Doctor, orificio es aquella parte, por donde se inundan, exoneran, y expelen las inmundicias interiores, que restan de la decoccion del mantenimiento. Declaraos mas Doctor, que no os entiendo, dixo el Conde; y el Medico: Señor, orificio se dice de os oris, y facio facis, quasi os faciens; porque como tenemos una boca general, por donde entra el mantenimiento, tenemos otra por donde sale el residuo. El Conde, aunque enfermo, pereciendo de nisa, le dixo: pues esse de este modo se llama en Castellano (nombrandolo por su nombre) audad, que no sois buen Medico, pues lo echais todo en retorica vana: de manera, que por donde pensò acreditarle con el Conde, se echò à perder: èl se fuè corrido, y el Conde quedo de manera riendo, que hacia temblar la cama, y aun la sala: yo creo cierto, que es alivio para los enfermos, que el Medico hable en lenguaje que le entiendan, para no poner en cuidado al pobre paciente. Tien-

nen fuera de esto, obligacion de ser dulces, y afables, de semblante alegre, y de palabras amorosas: es bien que les digan algunos donayres, y cuentecillos breves, con que les alegren: sean cortes, limpios, y olorosos, acaricien tanto al enfermo, que parezca, que sola aquella visita es la que les dà cuidado: miren si tienen bien hecha la cama, con asseo, y limpieza, y hagan lo que el Doctor Luis del Valle, que à todos, juntamente con hacerles sacramentar, los alienta con buenas esperanzas de salud, que ay algunos tan ignorantes en la buena policia, y trato, que sin està una persona enferma, por encarecer su trabajo, y subir su ganancia, dicen al enfermo que està peligroso, para que lo està de veras: y es bien, que pues se tienen por ministros de naturaleza, lo sean en todo. No digo mil descuidos que ay en el conocimiento de las enfermedades, y en la aplicacion de las medicinas. Es muy de Medicos viejos (dixo mi amo) andar tan despacio como vos quereis, y mirar en essas niñerías: yà los Neotericos vamos por otro camino, que para lo que es curar tenemos el metodo de purgar, y sangrar, con algunos remedios empiricos, de que nos valemos: y aun por esto (dixe yo) huyo de curarme con Medicos mozos: porque un amigo mio, que lo era en edad, y en

experiencia, muy gentil estudiante, aviendose acreditado conmigo con ciertos aforismos de Hipocrates, que sabia de memoria, traidos en buena ocasion, y pronunciados à lo melindroso, me entreguè en sus manos la primera vez que me diò la gota, de las cuales sali con veinte y dos sudores, y unciones, y me las estuviera dando hasta agora, si yo propio no me hallàra el pulso con intercadencias: y con decir que aviamos errado la cura (como si yo tambien la huviera errado) me dexò, y se apartò de mi confuso, y corrido: mas yo, con la recia complexion que tengo, y con gobernarne bien, en convalenciendo me encontrè con èl en la Plazuela del Angel cara à cara, la suya de color de pimienta, y la mia de gualda; y me huve con èl de manera, que saliò de mi legua peor que yo de sus manos. Los grandes Medicos que yo he conocido, y conozco, en llegando al enfermo procuran con gran cuidado saber el origen, causa, y estado de la enfermedad, y el humor predominante del paciente, para no curar al colerico como al flematico, y al sanguino como al melancolico: y aun si es posible (aunque no ay ciencia de particulares) saber la calidad oculta del enfermo, y de esta manera se acierta la cura, y se acreditan los Medicos. No he visto en mi vida

Vida, dixo el Doctor, Escudero tan Licenciado. Pues mas tengo de licencioso, (dixe yo) porque en viendo una verdad defamparada, me arrojé en su ayuda con la vida, y el alma. Qué sabeis vos de intercadencias (dixo el Doctor) y qué señales teneis de gota, pues os aveis escapado de lo uno, y no padeceis lo otro? Las intercadencias (respondi yo) otras vezes las he tenido, que me he visto con enfermedades apretadas; pero no me he defanimado, antes à un Medico mozo, y muy galán, que me curó en Malaga, le animé, porque se turbó hallandome las en el pulso (que en esto yo fui Medico, y el paciente) y aunque me digan, que es calidad propia de mi pulso, ellas tienen todas las partes de intercadencias. Y aviendome escapado de esta ardentissima fiebre de que me curé con un cantaró de agua fria, que me eché à pechos, me quedaron unas grandissimas ventosidades: para lo qual me dió un remedio Tudesco, que si yo le guardára, hicieran tanta burla de mi los muchachos, como yo hice de él: porque à un hombre colerico, y nacido en region calida, le mandó, que en toda su vida no bebiesse gota de agua, y de la gota me preservó con un consejo de Cicerón, que dice, que la verdadera salud consiste en usar de los mantenimientos, que aprove-

chan, y huir de los que nos dañan: no uso de mantenimientos humedos, no bebo entre comida, y comida, no ceno, bebo agua, y no vino, hago todas las mañanas una fricacion antes de levantarme de la cama, con grande vehemencia, desde la cabeza, discuriendo por todos los miembros, hasta los pies, y quando me siento cargado, hago un boquito: con esto, y la templanza en otras cosas, me preservó de la gota. Perdoneme V. Señoria Ilustrissima, si le canso con estas niñerías, que me passaron con este Medico, que las digo, porque quizá encontrarà con ellas alguno, à quien aprovechen. Dixome el Doctor entonces: Por vuestra vida, que me digais si aveis estudiado, y adonde, que procedeis con tan buena gracia en todo, que me avéis aficionado de manera, que si fuera un gran Principe, no os apartàra de mi lado un punto. Lo mismo, dixo ella, os ruego yo, padre de mi vida, y así os la dé Dios muy larga, que nos deis cuenta de vuestra vida, que vos procedeis de modo, que será grandissimo entretenimiento al Doctor por el entendimiento, y à mi por la voluntad. Contar desdichas (dixe yo) no es bueno para muchas vezes: acordarse de infelicidades el que está caído, puede traerlo à desesperacion. Una diferencia ay entre la prof-

peridad, y la adversidad, que la memoria de las desdichas en la adversidad, entristeze mas: pero en la prosperidad aumenta el gusto. No se le ha de pedir al que todavia está en miserias, que cuente las que ha passado: por que es renovarle la llaga, que ya se iba cerrando, con traerle à la memoria lo que desea olvidar. El que se ha escapado de la tormenta, no se contenta con solo verse fuera della, sino con besar la tierra: pero el que está todavia padeciendo el naufragio, solamente se acuerda de lo presente, que solicita el remedio: por que aunque yo tengo condicion de pobre, tengo animo de rico, y si no me desanimo por caido, no tengo de que animarme por levantado; y no son mis trabajos para contados muchas vezes.

DESCANSO V.

MAs como la privacion pue-
de tanto con las mugeres,
por el mismo caso que yo lo reu-
saba, mi ama procuraba mas,
que lo dixesse; que como tenia
pecho noble, y le parecia que la
tenia obligada en alguna mane-
ra, sacaba fuerzas de flaqueza,
y buscaba modos como darme à
entender, que estaba de mi agra-
decidissima. Que esta diferencia
hace un pecho liso, y sencillo, à
uno de mala raza, y cosecha, que
el bueno, aun el bien imaginado

agradece, mas el bronco, y des-
abrido, no solamente no agrade-
ce, pero busca modos como
desagradecer el bien recibido:
pero quanto mas mi ama se es-
forzaba por dar à entender su
agradecimiento, tanto mas me
ofendia yo en que pensasse que
avia hecho algo en servirle; que
el saber flaquezas ajenas, que, ò
todas las cometemos, ò estamos
naturalmente dispuestos à ello,
no ha de ser parte para estimar
en menos à aquellos de quien las
sabemos: saber el secreto ageno,
ò es acaso, ò por confianza que
hacen de nosotros: si es acaso, la
misma naturaleza nos enseña, que
puede suceder lo mismo por no-
sotros: y si es por confianza, ya
entra en guardarle la reputacion
del que lo sabe. Encubrir faltas
ajenas es de Angeles, y descu-
brirlas es de perros, que ladran
quando mas dañan. Querer sa-
ber secretos ajenos, nace de pe-
chos sin merecimientos, que lo
que no pueden merecer por sí,
quieren merecerlo à costa ajenas:
quien quiere saber faltas aje-
nas, quiere estar mal con todo
el mundo, y que se publiquen
las suyas. Dichosos aquellos, à
cuya noticia no han llegado las
faltas ajenas, que ni ofenderàn,
ni seràn ofendidos. Ay algunos
animos tan fuera del orden natu-
ral, que les parece que han al-
canzado una gran joya, quando
saben alguna falta de su proximo:
pues

pues no se persuada à entender, quien tiene tan abominable costumbre, que no ay contratretas para semejantes desafueros, que todos traen el castigo por sombra; y no ay mala intencion, que no tenga su semejante, ò peor. Un Frayle, aunque no muy docto, bien intencionado, preguntando en un escrutinio, si sabia faltas, ò descuido de sus compañeros, respondió que no; porque si las avia oïdo, ò no avia reparado en ellas, ò las avia dexado olvidar; y si venian por relacion, ò no las avia oïdo, ò no las avia creïdo. Y otro, aviendo desacreditado à todos los compañeros, por acreditarse à sí en el escrutinio, saliò mas culpado que todos. Este almacèn de palabras he traïdo, para decir el rezelo, que mi ama debia tener, pareciendole, que podia revelar su secreto, ò que à lo menos le querria tener (como dicen) el pie sobre el pescuezo: y asì, prosiguiendo en su intento, dixo, que por mi buen termino, y trato, quisiera perpetuarme en su casa, para tenerme en lugar de padre, queriendome casar con una parienta suya, doncella, y de muy buena gracia, y de poca edad: y declarandose con su marido, y conmigo, encareciendo la bondad, y virtud de la moza, y quan bien me estaria para el regalo de mi vejez casarme con ella, yo le di-

xe: Señora, no harè effo por todas las cosas del mundo, porque quien se casa viejo, presto dà el pellejo: y riendose ella, proseguì, diciendo, que en Italia traen un refrancete à este modo: Que el que casa viejo tiene el mal del cabrito, ò que se muere presto, ò viene à ser cabron. Jesus (dixo mi ama) pues effo ha de imaginar un hombre tan honrado como vos? Señora (dixeyo) lo que veo, y he visto siempre, es, que al viejo que se casa con moza, todos los miembros del cuerpo se le vàn consumiendo, sino es la frente, que le crece mas. Las mozas son alegres de corazon, y regocijadas en compaña, andan siempre jugando, y saltando como ciervas, y los maridos como ciervos, siendo viejos. No es tan perseguida la liebre de los galgos, como la muger del viejo de los passeantes: no ay mozo en todo el lugar, que no sea su paciente, ni vieja rezadera, que no sea su conocida: en todas las Iglesias tiene devociones, ò por huir del marido, ò por visitar las comadres: si es pobre el marido, se anda quejando de èl: si es rico, à pocas bueltas le dexa como el Invierno à la cornicabra, con solo el fruto en la frente. He rehusado en mi mocedad tomar esta carga sobre mis ombros, y la avia de tomar agora sobre mi cabeza? Dios me guarde mi juicio.

cio , bien me estoy solo ; y à me sè governar con la soledad , no quiero entrar en nuevos cuidados ; à fuera consejos vanos. A todo esto el Doctor estaba perezando de risa , y su muger pensando en la rèplica que avia de hacer ; y asì , con muy gran donayre , y desemboltura , dixo à su marido , y à mi : Cada dia vemos cosas nuevas , bien es vivir para experimentar condiciones : el primer viejo sois , que he visto , y oido decir , que aya rehusado casamiento de niña : todos apetecen la compaõia de sangre nueva , para conservacion de la suya : à los arboles viejos , con un engerto nuevo los remozan : à las plantas , porque no se hielèn , les ponen abrigo : la palma , si no tiene junto à si su compaõiera , no lleva fruta : la soledad , què bien puede traer , sino melancolia , y aun desesperacion ? Todos los animales , racionales , y brutos , apetecen la compaõia. No seais como aquel bestial Filosofo , que aviendole preguntado , qual era buena edad para casarse , respondió , que quando era mozo era temprano , y quando viejo tarde. Mirad , que fuera de ser para mi grande gusto , para vuestra comodidad es bien vivir con abrigo. Yo confieso , le dixè , que tan elegantes razones , dichas con tanta gracia , y estilo , persuadieran à qualquiera , que no estuyera con tanta experiencia

de las cosas del mundo , y tan hecho à la soledad como yo ; pero verdades tan apuradas , no admiten persuasiones retoricar : porque casarse un viejo con una muchacha , si ella es como debe ser , es dexar hijos huerfanos , y pobres , y en pocos años venir à ser entrambos de una misma edad , porque naturaleza vè siempre tras su conservacion , y el viejo conserva la suya , consumièdo la juventud de la pobre muchacha : y si no es de esta suerte , tiene puestos los ojos en lo que ha de heredar , y la voluntad , è intencion , en el marido que ha de escoger. Mas què tal pareciera yo con mis blancas canas , junto à una niña rubia , y blanca , bien puesta , y hermosa , que quando alzàra los ojos à mirarme el copete , lo viera mas liso que el carcañal , las entradas como el colodrillo de la ocasion , la barba mas crespa , y cana , que la del Cid ? Esto no os dè pena (dixo ella) que Juan de Vergara tiene una tinta tan negra , y fina , que à quantos hombres , y mugeres entran en su casa con canas , los pone de manera , que à la salida no los conocen. Ni aun ellos propios se conocen à si mismos , dixè yo , con un engaõio como esse ; y creo cierto , que nace esta flaqueza de no conocer nuestra hechura ; porque disfrazar , y entretener las canas , no sè de què sirve , si-

no de una ocupacion de zurradores, que no rehusan traer las manos como evano de Portugal. Y realmente, los que lo hacen tienen tanta ventura, que à nadie engañan, sino à si solos, porque todos lo saben: de modo, que les añaden muchos mas años de los que tienen, y ellos no se defengañan, hasta que por alguna enfermedad dexan de teñirse, y se hallan, quando se miran la barba, como urraca ahorcada. Pues si la tinta no acierta à ser del color de la barba, que es muy ordinario, en dandoles el Sol, hace visos como el arco del Cielo. Si con el teñir se reparara la flaqueza de la vista, se cobrara la falta de los dientes, se cobrara la fuerza de piernas, y brazos, ò se entretuvieran los años para engañar à la muerte, todos lo hicieramos; pero haze la muerte con los teñidos, como la zorra con el asno de Cumas, que se vistió una piel de leon, para espantar à los animales, y parecer con seguridad: mas la zorra, viendole andar tan de espacio, miròle à las patas, y dixo: Asno sois vos. Assi la muerte, mira à los teñidos, y les dice: Viejo sois vos. Tíñase quien quisiere, que yo tengo por mejor lo claro que lo obscuro, el dia que la noche, lo blanco que lo negro. Mas quiero parecer paloma, que no cuervo: mas hermoso es el marfil, que el evano. Si como las

barbas passan de negras à blancas, passaran de blancas à negras, quanto mas odiosas fueran por el color tapetado? En fin, la plata es mas alegre que el evano, no basta cañado, sino tiznado? Andad (dixo mi ama) que con esso se dissimulan algunos años, y sin esso no se pueden negar. Aunque los hombres de bien (dixe yo) jamás han de mentir, en todas las cosas del mundo puede aprovechar una mentira, sino es en los años, y en el juego; porque ni los años pueden ser menos por negarlos, ni la ganancia se ha de quitar por confessarla. Pero bolviendo à nuestro proposito, que el matrimonio es cosa santissima, no se puede negar, ni yo lo niego; que el no apetererlo yo, nace de la incapacidad mia, y no de la excelencia suya; apetezcalo quien està en edad, y disposicion para ello, con la igualdad que la misma naturaleza pide, que ni sean ambos niños, ni ambos viejos, ni el viejo, y ella niña; ni ella vieja, ni el niño. Sobre lo qual ay diversas opiniones entre filosofos; y la mas cierta es, que el varon sea mayor que la muger diez, ò doce años; pero que tenga yo cinquenta años, y mi señora muger quince, ò diez y seis, es como querer, que un contrabaxo, y un tiple canten una misma voz, que por fuerza han de ir aparrados ocho puntos

el uno del otro. Pues nunca aveis sido enamorado? (dixo mi ama) Y tanto (dixé yo) que he compuesto coplas, y reñido penden- cias, que la mocedad está llena de mil inconsideraciones, y dis- parates. No lo serán (dixo ella) que los hombres de buen dis- curso, fazonan las cosas dife- rentemente que los demás. Re- niégo, dixé yo, de exercicio que ha de traer à un hombre hecho lechuzca, guardando cementerios, sufriendo frios, y serenos, inco- modidades, y peligros tan ordi- narios, como suceden de noche, y aun cosas dignas de callarse. El que anda de noche ve los daños ajenos, y no conoce los suyos, consume presto la moce- dad, y se desacredita para la ve- jéz: venise de noche cosas que se juzgan por malas, no siendolo; que de temores, y espantos cuen- tan los que pasean de noche, que vistos de dia nos provocarian à risa. Acuerdome, que teniendo cierto requiebro al barrio de San Ginès, con otro juicio tal como el mio era entonces, Martes de Carnestolendas por la tarde, me embiò à decir la señora, q̄ le lle- vasse algo bueno para despedirse de la carne, que en estos dias ay libertad para pedirlo, y aun para negarlo; pero por usar de fi- neza, por ser la primera cosa que hacia en su servicio, vendi cier- tas cosillas, que me hicieron har- ta falta: y en acabandose la gri-

ta de geringas, y naranjazos, y el martyrio perruno, causado de las mazas (de quien sin saber por què, huye hasta reventar) di conmigo en un tabernaculo de la gula, donde henchi un paño de manos con una empanada, un par de perdizes, un conejo, y frutillas de sartén, y arandolo muy bien, caminé à darlo por una ventana, à mas de las once de la noche; y como el dia si- guiente (por ser Miercoles de Ceniza) era dia de mucha reco- leccion (aunque todo el pasado avia sido alegria para los mucha- chos, y trabajos para los perros, avia silencio general) de suerte, que aunque yo iba bien carga- do, no me podia ver nadie: lle- gando à la plazuela de San Gi- nès, senti que venia la Ronda, y retirème debaxo de aquel co- berrizo, donde suele aver una tumba para los aniversarios, y exequias; y antes que pudiesen llegar à mi los de la Ronda, me- ti el paño de manos, atado co- mo estava, por un agujeto gran- de, que tenia la tumba por la parte de abaxo; y sacando un Rosario, que siempre traygo con- migo, comencè à fingir que re- zaba. Llegò la ronda, y pensan- do que fuesse algun retraido, asieron de mi, preguntando, què hacia alli? Llegò el Alcalde, y visto el Rosario, y mi poca tur- bacion (que importa mucho en qualquiera ocasion no pertur-

barse el animo) dixo, que me dexassen, y me recogiesse: hice que me iba, y en transponiendo la ronda, tornè por mi paño de manos, y cena à la negra tumba, donde lo avia dexado, y (aunque con un poco de temor, por la hora, y la soledad) alarguè la mano, y brazo todo lo que pude alcanzar, y no topè con el paño, ni con lo que estaba en èl: de lo qual quedè temblando, y helado: y es de creer, que me causaria horrible miedo una cosa tan espantosa, en un cementerio, debaxo de una tumba, à mas de las onze de la noche, y con tan gran silencio, que parecia se avia acabado el mundo: pues junto con esto, senti dentro en la tumba tan gran ruido de hierro, que se me representaron mil cadenas, y otras tantas animas, padeciendo su purgatorio en aquel mismo lugar. Fuè tanta mi turbacion, y desfiento, que se me olvidò el amor, y la cena, y quifiera hallarme mil leguas de allí: pero lo mejor que pude, ò lo menos mal que acertè, bolvi las espaldas, y fuime poco à poco, arrimandome à la pared, pareciendome, que iba tràs mi un exercito de difuntos: pues yendo con esta turbacion, me senti por detrás tirar de la capa desanimandome de manera, que di un golpazo con mi persona en el suelo, y con los hocicos en la guarnicion de la espa-

da: bolvi à mirar, si era algun cadaver descarnado, y no vi otra cosa, sino mi capa asida al calvario, que està en aquella pared; con esto respirè un poco, y fufi cobrando aliento, y descansando el temor del clavo, y de la capa, pero no el de la tumba. Sentème, y mirè al rededor a vèr si avia cosa que pudiesse acompañar, y descansè, porque estaba tan cansado, que lo huve menester, que no lo estuviera mas, si huviera andado cien leguas por los altos, y baxos de Sierramorena. Hice reflexion sobre lo passado, considerando, què cuenta daria yo de mi el dia siguiente, contando lo que avia sucedido, sin aver visto cosa que fuèsse de momento: porque decir un terror tan horrible, sin aver averiguado el fundamento, era desacreditarme, y quedar en fama de cobarde, ò mentiroso: dexar de contarlo, era quedar en opinion de miserable con la señora Daifa, aviendo gastado lo que no tenia, sin decir el fin que tuvo. Por otra parte veia, que si fuera algun difunto, no tenia necesidad de mi pobre cena: pues hombre no podia estàr tan abreviado, que no topàra con èl quando estendì el brazo; al fin hice mi cuenta de esta manera. Si es demonio, mostrandole la señal de la Cruz huirà; si es anima, sabrè si pide algunos sufragios: y si es hombre, tan buenas manos, y espada tengo co-

mo èl ; y con esta resolucion, fui-me animosamente à la tumba, desembaynè la espada , y rotteando la capa al brazo, dixè con muy gentil determinacion: Yo te conjuro, y mando de parte del Cura de èsta Iglesia , que si eres cosa mala te salgas de este lugar sagrado : y si eres anima, que andas en pena, que me reveles, què quieres, ò què has menester (y el ruido del hierro , con mi conjuro andaba mas agudo) una, dos, y tres vezes te lo digo, y torno à decir ; pero quanto mas le decia, tantos mas golgès de hierro sonaban en la tumba, que me hacian temblar. Visto que mi conjuro no era valido , y que si dexaba enfriar la determinacion que tenia, tornaria de nuevo el temor à desanimarme , puseme la espada entre los dientes, y con ambas manos así de la tumba por el agujero de abaxo, y en alzandola saliò corriendo por entre mis piernas un perrazo negro, con un cencerro atado à la cola, que huyendo de los muchachos se avia recogido à descansar à sagrado ; y como despues de aver reposado oliò la comida, retiròla para sù, y sacò el vientre de mal año : pero con el grande, y no pensado ruido, que hizo falliendo, fue tanto mi espanto, que como èl fue huyendo por una parte, yo fuera por otra, sino por un espinillazo, que al salir me diò con el cencerro , de que no

me pude menear tan presto : pero fue tanta la passion de risa, que (despues de quitado el dolor) me diò, que siempre que me acuerdo de ello (aunque sea à solas, y por la calle) no puedo dexar de dár alguna demonstracion. Fue menester , que el Doctor , y su muger acabassen de reir , para proseguir el intento, para que truxe el cuento : y aviendolo solemnizado , les dixè: No se podra creer lo que yo me holguè de averiguar aquella duda, que en tanta confusion me avia de poner para contar lo que no avia visto , por donde pusiera mal nombre à aquel lugar , como lo han hecho otros muchos, que por no averiguar los temores, ò las causas de ellos, desacreditan mil lugares, y quedan siempre desacreditados por temerosos, y espantables, sin aver causa para ello , mas de aver visto alguna extraordinaria cosa , y sin averiguarla, vãn à contar mil desalumbramiètos, y disparates. Uno dixò, que avia visto un cavallo lleno de cadenas, y descabezado, y era una bestia , que venia del prado à su casa, con las travas de hierro. Son infinitos los disparates que en esto se dicen : de manera , que no ay poblacion, donde no ay un lugar desacreditado por temeroso ; y ninguno, si no es burlando, ò haciendo donayre , dice la verdad. En Ronda ay un passo temeroso, despues que

que se subió una mona en un tejado, que con la maza, y cadena atoró, ó encalló en una canal; y desde allí echaba tejas à quantos passaban, y todo es de esta manera. Solas dos cosas hallo yo, que pueden hacer mal de noche, que son los hombres, y los ferros, que los unos pueden quitar la vida, y los otros la vista.

DESCANSO VI.

AL tiempo que me iba hallando mejor con el Doctor Sagredo; y mi señora Doña Mergelina de Aybar, por el amor que me tenían (como mi fuerte ha sido siempre variable, hecha, y acostumbrada à mudanzas de fortuna, y exercitada en ellas toda mi vida) vinieron à llamar de un Pueblo de Castilla la Vieja al Doctor Sagredo con un gran salario, el qual no pudo reusar, por averlo menester, y para exercitar lo que avia estudiado, que ni la grandeza del ingenio, ni el continuo estudio hacen à un hombre docto, si le falta experiencia, que es la que fazona los documentos de las escuelas, fosiéga las bachillerias, que hacen al ingenio confiado, por las filoterias de la Dialectica, que realmente no podemos decir que tenemos entero conocimiento de la ciencia, hasta que conocemos los efectos de las causas que enseña la experiencia,

que con ella se comienza à saber la verdad. Mas sabe un experimentado sin letras, que un Letrado sin experiencia: la qual faltaba al Doctor Sagredo, y así le estuvo bien aceptar aquel partido, por esto, y por repararse de las cosas necessarias, para la conservacion de la vida humana. Aceptado el partido, pidieronme con toda la fuerza possible, que me fuesse con ellos: lo qual yo hiciera, sino fuera, que no me atrevi à los frios de Castilla la Vieja, que estando un hombre en los postreros tercios de la vida, no se ha de atrever à hacer lo que hace en la mocedad. El frio es enemigo de la naturaleza, y aunque uno muera de ardentísimas fiebres, al fin queda frio. Las acciones del viejo son tardas, por la falta del calor: como la mocedad es calida, y humeda, la vejez es fria, y seca: por falta de calor viene la vejez, y por esto han de huir los viejos de regiones frias, como yo lo hice, que me quede defacomodado, por no ir adonde me acabasse el frio en breve tiempo. Fueronse, y quedeme solo, y sin arrimo, que me pudiesse valer: que los que dexan passar los verdes años, sin acordarse de la vejez, han de sufrir estos, y otros mayores daños, y trabajos. Nadie se prometa esperanzas de vida, ni piense, que sin diligencia puede assegurarla, que ay tan poco de
la

la mocedad à la vejez, como de la vejez à la muerte: no puede creerlo sino quien ha entregado sus años à la dilacion de las esperanzas. Cada dia, que se passa en ociosidad, es uno menos en la vida, y muchos en la costumbre, que se va haciendo. Siendo estudiante en Salamanca el Licenciado Alonso Rodriguez Navarro, varon de singular prudencia, y ingenio, le hallè una noche durmiendo sobre un libro, y diciendole, que mirasse lo que hacia, que se quemaba las pestañas, respondió, que apelaria para el tiempo, que le dièse otras; pero que si perdía el tiempo, no tenía para quien apelar, sino para el arrepentimiento. Al mismo, preguntandole, por qué camino avia venido à ser tan bien quisto en su Ciudad, que es Murcia; respondió, que haciendo placer, y disimulando desagradecimientos: pero que nunca llegaron à engendrar en su pecho arrepentimientos, de aver hecho el bien: que los hombres de bien no han de hacer cosas, de que se deban arrepentir; y así el arrepentimiento viene tarde, y es bien recibido; aprovecha para el reparo de la vida, que como el arrepentimiento sigue à los daños sucedidos por propia culpa, viene acompañado con asomos de virtud, nacida del escarmiento, y ayudados de la prudencia. Mas no ay arrepentimiento que ven-

ga tarde, como sea bien recibido. Quatro efectos suelen resultar del tiempo mal gastado, y peor pasado, dexamiento de sí propio, desesperacion de cobrar lo perdido, confusion vergonzosa, arrepentimiento voluntario: estos dos postreros arguyen buen animo, y estar cercanos à la enmienda: pero entiendese, que como el yerro fue con tiempo, el arrepentimiento no ha de ser sin tiempo: que si el mucho tiempo se pasó presto, el poco se passará volando; y llegará tarde el arrepentimiento, como el tiempo, que se passa al descuido con gusto, no se cuenta por horas, como el que se passa trabajando, no se echa de ver, hasta que es pasado. Yo quedè solo, y pobre, y para reparo de mis necesidades, me topò mi suerte con cierto hidalgo, que se avia retirado à vivir à una Aldea, y avia venido à buscar un Maestro, ò Ayo para dos niños, que tenia de poca edad: y preguntandome, si queria criarlos, le respondi, que criar niños era oficio de amas, y no de escuderos: rióse, y dixo: Buen gusto teneis; à fee de Cavallero, que aveis de ir conmigo: no os hallareis bien en mi casa? Yo respondi: Agora sí, pero despues no sè. Por qué? (preguntò el hidalgo) Porque hasta tomar el tiempo à las cosas, (dixè yo) no se puede responder afirmativamente; y no se ha de pre-

preguntar à los criados, si quieren servir, sino si saben servir, que el querer servir arguye necesidad, y saber servir habilidad, y experiencia en el ministerio que los quieren: de aqui nace, que muchos criados, à pocos dias de servicio, ò se despiden, ò los despiden, porque entraron à servir por necesidad, y no por habilidad, como tambien algunos Estudiantes perdidos, que en viendo se rematados, entran en Religion, tan llenos de necedad, como de necesidad, y à pocos lances, ò desamparan el habito, ò el habito los desampara: primero se ha de inquirir, y escudriñar si es bueno, y suficiente el criado para el cargo que le quieren dar, que no si tiene voluntad de servir; porque de tener criados ociosos, y que no saben acudir al oficio para que fueron recibidos, fuera del gasto impertinente, se siguen otros mayores inconvenientes. Aunque cierto Principe de estos Reynos, diciendole un Mayordomo suyo, que reformasse su casa, porque tenia muchos criados impertinentes, respondió: El impertinente sois vos, que los valdios me agradecen, y honran, y nosotros, pagandoles, les parece, que me hacen mucha merced en servirme; y el que no obliga con buenas obras, ni es amado, ni ama, y en las buenas se parece un hombre à Dios. Parcceme (di-

xo el hidalgo) que quien sabe esto, sabrà tambien servir en lo que le mandaren; especialmente, que mi hijo el mayor os podrá hacer bien en algun tiempo, que tiene accion, y expectativa à un Mayorazgo de parte de su madre, que agora posee su abuela; y del hijo mayor, à quien le viene, no tiene sino dos nietecillos enfermizos, y muriendo ellos, y su padre, queda mi hijo por heredero. Esto es (dixe yo) como el que deseando hartarse de datiles, fue à Berberia por una planta de palma, y comprò un pedazo de tierra en que la plantò, y està esperando todavia que dè el fruto: y asì, yo tengo de esperar tres vidas, estando lamia en los ultimos tercios, para la poca merced que se aguarda de quien aun no tiene esperanza: que como ella vive entre la seguridad, y el temor, es necesario, que tenga larga vida, quien se sustenta de ella, que no ay cosa que mas la vaya consumiendo, que una esperanza muy dilatada: y es de creer, que el que se vâ à passar la suya entre robles, y jarales, ni la tiene muy cerca, ni muy cierta; que por no martyrizarme con ellos, ni verme en los tragos en que ponen à quien los sigue, he tenido por mejor, y mas seguro, abrazarme con la pobreza, que abrazarme con la esperanza. Esta (dixo el hidalgo) es la cuenta de los pe-

dos, que por no esperar, ni sufrir, quieren ser pobres toda la vida. Y que mayor pobreza, (dixó yo) que andar bebiendo los vientos, echando trazas, acortando la vida, y apresurando la muerte, viviendo sin gusto, con aquella infaciable hambre, y perpetua sed de buscar hacienda, y honra: que la riqueza, ó viene por diligencia buscada, ó por herencia poseída, ó por antojo de la fortuna prestada: si por diligencia, no dà lugar à otra cosa de virtud: y si por herencia, ordinariamente se posee acompañada de vicios, y embidiada de parientes: si por antojo, ó arrojamiento de la fortuna, hace al hombre olvidarfe de lo que antes era, y de qualquier manera que sea, todos en la muerte se despiden de mala gana de la hacienda, y de las honras, que por ella les hacian. Una diferencia hallo en la muerte del rico, y la del pobre, que el rico à todos los dexa queixosos, y el pobre piadosos.

DESCANSO VII.

PArece (dixó el hidalgo) que nos avemos apartado de mi principal intento, que es la crianza, y doctrina de mis hijos, en que consiste salir industriados en virtud, valor, estimacion, y cortésia, que son cosas, que han de resplandecer en los hombres

nobles, y principales. Acerca de la materia de criar los hijos ay tantas cosas que advertir, y tantas que observar, que aun de los propios padres que los engendraron, no se puede muchas vezes confiar la doctrina, que ellos han menester; porque las costumbres corrompidas, ó mal arraygadas en el principio de los padres, destruyen los successores de las casas nobles, y ordinarias. Si los antecessores saben los hijos que fueron cazadores, los hijos quieren serlo: si fueron valientes, hacen lo mismo: si se dexaron llevar de algun vicio, que los hijos lo sepan, siguen el mismo camino; y para corregir, y enmendar vicios heredados de sus mayores, casi es menester, y aun necessario, que no conozcan à los padres, que seria lo mas acertado sepultar las memorias de algunos linages, que por ellos se van imitando lo que oyeron decir de sus mayores, que mas valiera que no lo oyeran, para que no lo imitaran. Y de aqui nace, que suban unos en virtud, y merecimientos, no aviendo à quien imitar en su linage, por la educacion valerosa, que se imprimió en los verdes años, y otros baxen al mismo centro de la flaqueza, y miseria humana, degenerando de la virtud heredada, ó por la imitacion adulterada de los ascendientes, ó por la depravada doc-

doctrina, impresa, y sembrada en los tiernos años, que es tan poderosa, que de una yerva tan humilde como la chicoria, se viene, por la crianza, à hacer una hortaliza tan excelente como la escarola, y de un ciprés tan eminente, y alto, por sembrarlo, ò plantarlo en una maceta, ò tiesto, se hace un arbolito enano, y miserable, por no haberlo ayudado con la buena educación. Si à los animales de su naturaleza bravos, nacidos en incultos montes, y breñas, como son javalies, lobos, y otros semejantes, los crían, y regalan entre gentes, vienen à ser mansos, y comunicables; y si à los domésticos los dexan con libertad irse à los montes, y criarse sin ver gente, vienen à ser tan feroces como las mismas naturales fieras. En tiempo del potentísimo Rey Phelipe Tercero anduvo una leona en los patios de los Consejos, y jugaban los pajes con ella, y si le hacian mal, se amparaba con llegarle à las piernas de un hombre. Yo la ví echarse à los pies de las criaturas, y porque no la tuviessen miedo, se arrojaba à sus pies. Y en tiempo del prudentísimo Phelipe Segundo, en Gibraltar se fue un lechon al monte, que está sobre la Ciudad, y vino à ser tan fiero dentro de quatro, ò cinco años, que anduvo libre en el monte, que à quantos perros

le echaban para matarle, los destripaba: que es tan poderosa la crianza, que hace de lo malo bueno, y de lo bueno mejor: de lo inculto, y montaraz, urbano, y manso: y por el contrario, de lo tratable, y sujeto, intratable, y feróz. Bien se (dixo el hidalgo) que es importantísimo el cuidado de criar bien los hijos, porque de ahí viene la vida, y honra suya, y la quietud, y descanso de sus padres, que como han de conservar en ellos su mismo ser, y especie, al passo que los aman, desean su proceder, y termino, y la imitación de sus progenitores. Sabemos, que dixo aquel Rey de Macedonia que tenia por tan gran merced del Cielo aver nacido su hijo en tiempo de Aristoteles, para que fuese su Maestro, como tener quien le sucediese en el Reyno. De tal suerte (dixe yo) han de ser los Maestros, ò Ayo, que con la aprobacion de su vida, y costumbres enseñen mas que con los preceptos morales, llenos de superflua vanidad, que muchas vezes enseña mas el Maestro por acreditarle à sí, y por mostrar jactancia, que por mostrar virtud, y fundamentar al discipulo en valor, bondad, y humildad: la doctrina llena de este deseofanto de acertar el camino de la verdad, al buen natural perficiona, y à la mala inclinacion corrige. Al hijo del

Cavallero, hansele de enseñar con las letras juntamente virtudes, que refieran aquellas del origen, que trae la antigüedad de sus passados, humildad con valor, y estimacion sin desvanecimiento; cortesia con el superior, amistad con el igual, llaneza, y bondad con el inferior; grandeza de animo para las cosas arduas, y difíciles de cometer; desprecio voluntario de las que no pueden aumentar sus merecimientos. La zorra un tiempo puso escuela de enseñar à cazar, y como el lobo se hallaba viejo, y sin presas, rogòle, que le enseñasse un hijo, que le parecia, que avia de ser valeroso para mantenerlo à èl, y à su madre en su vejez: la zorra, hallando en que vengarse de los agravios, que el lobo le avia hecho, con mucha presteza, y buen gusto recibió el pupilo. Lo primero que hizo fuè, apartarle de sus atrevidas inclinaciones, que eran de acometer à reses grandes, y enseñarle las raposerias, que ella solia usar por su natural instinto; y diòse tan buena maña, que en menos de un año el lobillo salió grandísimo cazador de gallinas. Embiòsele al padre por muy habil, y diestro en el oficio: holgòse el padre, y la madre, pensando que tenian un hijo, que avia de assolar la campiña de ganado. Embiaronle à buscar la vida, para matar

la hambre, que avian padecido; y aviendo tardado dia y medio, bolviò con una gallina, y muchos mordiscones, y palos, que le avian dado. Viendo el lobo la mala doctrina, que avia aprendido, dixo: Al fin nadie puede enseñar lo que no sabe. Dexème engañar de la zorra, por no trabajar con mi hijo: porque la poltroneria hace buen rostro à la mentira, y hame salido à los ojos, lo que no mirè con los de la consideracion. Hijo, andad acá, y mostrandole unas ternerillas cerca de un cortijo, le dixo: Aquella es la caza que aveis de aprehender, y cazar. Apenas acabò de mostrarfelas, quando inconsideradamente cerrò con ellas: porque las madres, que yà los avian olido, en un momento pusieron los hijos en medio, y todas puestas en muela, hicieron trincheras de sus cuernos, y el pobre lobillo, que pensò llevar presa, quedò preso, porque le recibieron con las picas, ò picos de su herramienta, y lo echaron tan alto, que quando cayò, no fue para levantarse mas: el padre, que con su ancianidad no pudo vengar la muerte de su hijo, se bolviò à su guarida, diciendo: La mala doctrina no tiene medicina; costumbres de mal Maestro, sacan hijo siniestro. De aqui quedaron los odios para siempre confirmados entre la zorra, y el lobo: y así ella no

và à buscar la vida , fino adonde el lobo no se atreve , que es à las poblaciones , porque alli no pueden encontrarse. Mucho gustàra (dixo el hidalgo) yà que aveis traído tan à proposito el cuento , que alargassemos un poco mas la materia , para que averiguemos como se podria elegir el Maestro , que ha de ser el guion del cuerpo , y alma del hijo ageno , que ha de criar con mas cuidado que si fuera suyo , y enseñarle para conseguir el verdadero camino , que le guie à la perfeccion de Cavallero Christiano , que de Cavallero solamente , yà tenemos entendido el modo que todos siguen. Este modo de Cavallero (dixen yo) està muy cargado de obligaciones , por la significacion que traen consigo , de que podrà ser tratar despues , si el tiempo nos diere lugar ; porque ni la materia quiere brevedad , ni yo tengo espacio para ser largo : y alargando la que tenemos comenzada , digo , que la primera , y principal parte que ha de tener el que ha de ser Maestro de algun Principe , ò gran Cavallero es , que tenga experiencia con madurez de edad , que por lo menos tenga los azeros de la juventud gastados : edad , en que con dificultad puede ser sabio , y prudente un hombre , por faltar el tiempo que nos hace previstos , y recatados. Mas si fuere

mozo , sea tal , que le alaben los viejos experimentados en ciencia , y bondad , aunque la mocedad es tan sujeta à variedades , impaciencias , furores , y otros inconvenientes arrebatados , que si no es con mucho valor , y entereza de virtud experimentada , y conocida , tendria por mejor elegir para Maestro un viejo cansado del mundo , y con buena opinion , que à un mozo , que và entrando en el , y con buenas esperanzas , que al fin de aquel se tiene la seguridad que basta , y de este la confianza que puede mudarse. En los viejos và creciendo siempre el desengaño , y la ciencia , y disminuyendose la fuerza , se levanta la contemplacion : y en el mozo và creciendo la confianza , y el desvanecimiento , fuerza , y estimacion propia : de modo , que tiene necesidad de ageno consejo , y amigable sofrenada , que en nuestros tiempos se han visto en algunos sugetos dignos de estimacion por su nacimiento , tan exorbitantes vicios , y desdichas , por la imprudencia de Maestros mozos , destemplados , y lascivos , que dà horror removerlas en la memoria : à las quales infelicitades no diera lugar la doctrina de un Maestro viejo , cansado de dar , y recibir heridas , yà sanas , del trato , y comunicacion del mundo. Que de darles Maestros , no elegidos por capa-

capacidad, y partes dignas de tal oficio; sino mozos recibidos por favor, y ruegos, armados de un poco de hypoeresia, fueren venir à dar en cosas indignas de imaginarse. Hà de ser el Maestro lleno de mansedumbre, con gravedad, para que juntamente le amen, y estimen, y haga el mismo efecto en el discipulo; no perdiendole un punto de su vista, si no fuere los raros disputados para el gusto de sus padres, ò quando el niño le tuviere con sus iguales: y en el entretenimiento se halle presente el Maestro, alentandole, y mostrándole el modo con que se ha de haber en el passatiempo, no haciendo lo que yo vi hacer à un pedante, Maestro de un gran Cavallero, niño de muy gallardo entendimiento, hijo de un gran Principe, que aviendo concertado con otros sus iguales en edad, y calidad un juego de gallos dia de Carnestolendas, salio tambien el barbaro pedante con su capifayo, ò armas de guadamacil sobre la sotana, con mas barbas que Esculapio, diciendo à los niños: Derrorsum heus sinistrorsum, y desembaynando su alfange de haro de cedazo, descolorido todo el rostro, iba con tanta furia contra el gallo, como si fuera contra Morato Arraez, diciendo à grandes voces: Non te peto, pilcem peto, cur me fugis galle? De la qual pedanteria

el quedó muy niño, y contento, y los que lo oyeron, llenos de risa y burla. Yo me llegué, y le dixé: Mire señor Licenciado, que por tener poca memoria los gallos, se les olvida el latin. El respondió muy presto: Nunquam dicerunt, nisi roncantes excitare. Este, con mil impertinentes bachillerias, llenas de ignorancias Gramaticales, dexó al Cavallero estragado su buen natural: dieronle otro Maestro cuerdo, poco, ò nada hablador, modesto, y de buena compostura, y en pocos dias enmendó los borrones, que el otro le avia enseñado, que con muchas reglas, mal sabidas, y peor enseñadas, y à voces repetidas, le avia estragado, y estroto con pocas, y muy calladas lo reparó. Parecieron à dos hermanos, el uno muy colerico, y el otro muy reposado, y lleno de fantimonia, que ganaban la vida con un pollino: el colerico le daba mil voces, y palos, y el jumento no por esso hacia mas movimiento que antes. El reposado no le decia mas que: Harre, valgate Jesus, y hincabale un aguijon de un gеме por las ancas, con que le hacia volar. La modestia del Maestro, y las otras partes buenas, se imprimen, y son como espejo en que se mira el discipulo; y la imprudencia, y poco valor, es causa de menosprecio para con el Maestro, y incapaz para lo demás: y assi, lo

lo que avia de ser doctrina, viene à ser passatiempo: y si se passa, no puede cobrarse; y en este poco se le puede enseñar con brevedad la lengua Latina, sin cargarle de preceptos, que los mismos Maestros, ò no los saben, ò los han olvidado: de suerte, que en sabiendo declinar, y conjugar, les lean libros importantes, así para la lengua Latina, como para las costumbres, y todo lo demás tengo por tiempo mal gastado: porque las diferencias, ò propiedades de nombres, y verbos, se pueden declarar en los libros que se fueren leyendo, sin hacer lo que los Cirujanos, que detienen la cura, porque dure la ganancia: que en esto realmente son culpados los Maestros de lenguas que se aprenden por reglas, porque faltaron los que las hablan; porque las ordinarias facilmente se aprenden con oïrias à los que las hablan; y los que las aprenden para saberlas, y no para enseñarlas, con que entiendan el libro que les leyeren, sabrán mas que sus Maestros. Y volviendo al exemplo de la zorra, sea el Maestro de buen nacimiento, ò crianza, templado, vergonzoso, verdadero, secreto, humilde, con valor, callado, no lisongero, ni hablador, que como dicho tengo, enseñe mas con la vida, y costumbres, que con las palabras; ò à lo menos, que se parezca lo uno

à lo otro, para que no le abata al discipulo los pensamientos bien heredados, à presas mal arraygadas, por la ignorante doctrina, que la virtud ha de crecer con el discipulo, de manera, que con enseñarle modestia, no le enseñen encogimiento, que le desjarrete el valor del animo con que nació. La educacion de los Cavalleros ha de ser como la de losalcones, que elalcon, que se cria encerrado, no sale con aquella fiereza, y aliento, con que sale el que se cria donde le dè el ayre, como le criaban sus padres. Hase de criar elalcon en lugar alto, en donde gozando la pureza del ayre, pueda ver las aves, à quien despues se ha de abatir. El que se cria encerrado (fuera de ser mas tardio en el oficio para que le crien) no sale con aquel corage, y determinacion, que el otro que se criò al ayre. Así el Cavallero que se ha de criar, para imitar la grandeza de sus progenitores (aunque se crie lleno de virtud, y modestia) aquel recogimiento, no ha de ser encogimiento de animo, sino (como arriba dixè) ha de tener valor con humildad; estimacion sin desvanecimiento; cortesia, y circunspeccion en todos sus actos: de suerte, que no le falte cosa para cabal señor; que esto quiere decir Cavallero, compuesto de esta voz, cabal, y hero, que en Latin quiere decir,

Señor. Así, que Cavallero es cabal hero, ò cabal Señor, que no le falta cosa, para serlo; y digan otros lo que quisieren, que la filosofia Christiana nos dà lugar, y licencia para dar sentido, que tenga olor de virtud. Mucha satisfaccion, y gusto (dixo el hidalgo) he recibido con el buen discurso que aveis hecho: satisfaccion en la doctrina, que realmente va encaminada à la verdad Christiana, y gusto de las ignorancias de aquèl pedante. Mas quanto à la derivacion de Cavallero, es muy sabido, que se dice de cavallo, porque sustentan cavallo, y andan à cavallo, y pelean à cavallo. Si por essa razon fuera (dixe yo) tambien se llamàra Cavallero el playero, ò harriero, que trae cavallas de la mar; y tambien se dice el que va en un jumento, ò azemila, que va cavallero, que realmente no es cavallo, y parece, que en essa opinion es improprio. Tambien (dixo el hidalgo) llamaron Equus al Cavallero, de esta palabra equus, que quiere decir cavallo. Tampoco (dixe yo) concedo lo uno, como lo otro: porque los Romanos siempre dieron los nombres à las cosas, que significassen la misma obra para que las criaban. Como à los Consules les dieron este nombre de Consulo, que quiere decir aconsejar, y mirar por el bien de la Republica.

Y así al Cavallero, no creó que le dieron el nombre de equus, por cavallo, sino de æquus, æquua, æquum, por cosa igual, cabal, y justa, como tiene obligacion de serlo: quien ha de ser cabeza, y modelo de las costumbres que han de imitar los miembros inferiores de la Republica, aunque realmente se van deslizando algunos de sus obligaciones, quizá entendiendo, que el Cavallero quiere decir alcavallero de los mercaderes; sacandolo de su propia significacion, y de la entereza, y firmeza que ha de guardar en todas sus acciones, que por esso al baluarte le llaman cavallero, porque ha de estar siempre firme, è immutable à la fuerza de los contrarios, y al impetu de la artilleria, como el Cavallero lo ha de estar à resistir las injusticias, y agravios, que se hacen à los inferiores, y oprimidos; y haciendo al contrario, van contra su calidad, y contra las obligaciones, que heredaron de sus passados.

DESCANSO VIII.

Toda esta platica, ò conversacion passò, estando este hidalgo, y yo, echados de pechos sobre el guardalado de la Puente Segoviana, mirando àzia la casa del campo, por donde vimos assomar un buen atajo de bacas, que nos interrumpió la con-

conversacion, y viendolas, le dixe: Aquellas bacas han de passar por esta Puente, mas apiñadas, y mas aprieſſa que vienen por aquella parte; por eſſo, no aguardèmos aqui el imperu con que han de passar. No temais (dixo el hidalgo) que yo os guardarè à vos, y à mi. Guardese à ſi (dixe yo) que à mi aquella pared, que baxa de la Puente al rio me guardará, porque yo no me entiendo con gente que no habla, ni sè reñir con quien trae armas dobles en la frente. Fuera de lo que dicen: Dios me libre de bellacos en quadrilla. Hafe de reñir con uno, que ſi le digo, teneos allà, me entienda: reñir con un animal bruto, es dár ocasion, que se ría quien lo mira, y quando salga bien de ello, no ha hecho nada. No se ha de poner un hombre en peligro que no le importa mucho: defenderse del peligro es de hombres, y ponerse en él, es de brutos. El temor es guarda de la vida, y la temeridad es correo de la muerte. Què honra, ò provecho se puede sacar de matar un buey (quando se haga por ventura) ſino tener que pagar à su dueño? Si yo puedo estar ſeguro, por què tengo de poner mi ſeguridad en peligro? Con todo eſto que yo le dixe, èl se quedó haciendo piernas, y yo con las mias me puse, lo mas preſto que pude, detras de la eſquina. Venia por la Puente ade-

lante una mula con dos cueros de vino de S. Martin, y un negro ataffado en medio de ellos, y aunque venia un poco aprieſſa delante de los bueyes, con el impetu que venian (por la prieſſa que los baqueros les dieron) cogieron à la mula en medio: al tiempo que llegaron à emparejar con mi negro hidalgo, la mula era malicioſa, y como se viò cercada de cuernos, comenzo à tirar puñadas, y cozes de manera, que arrojò à el negro, y à los dos cueros encima de la herramienta de un novillejo harto alegre, y que comenzando à uſar de ſus armas, arrojò el un cuero por la Puente al rio en medio de muchas lavanderas. El hidalgo, por librar al negro, y defenderse à ſi, puſo mano à ſu eſpada, y afirmandose contra el novillo, le tirò una eſtocada uñas à baxo, con que hizo al otro cuero dos clary boyas, que alegraron harto à la gente lacayuna: pero no fue tan de valde, que no le traxesse por delante, aſido por las cuchilladas de las calzas, que de puro manidas, no pudiendo reſiſtir à la violencia de los cuernos, se rindieron, y èl quedó arrimado al guardalado de la Puente, con algunos chichoncillos en la cabeza, diciendo: Si traxera las nuevas, buen lance avia echado. En paſſando la manada (que fue en un instante) acudieron los gentiles-hombres, guiones de la gente de

à cavallo , y acometiendo por los orificios de los hijares al cuerpo sin aliento , en un instante le dexaron sin gota de sangre. Las lavanderas acudieron al que avia caído en el rio , cada una con su jarrillo , que llevando uno en las tripas , y otro en la mano , le dexaron la boca al ayre , y el señor cuero callar ; al negro medio deslomado le pusieron sobre la mula , no se lo que fue de él. Yo acudi à mi hidalgo , no à darle en cara , el no aver seguido mi consejo , sino à limpiarle , y consolarle , diciendo , que lo avia hecho muy como valiente hidalgo. Que es yerro al afligido , y corrido , reprehenderle lo que no tiene remedio : con la reciente pesadumbre , à nadie se ha de decir : Bien os decia yo ; que en el daño hecho , es mala la corrección temprana : al que està compungido de su daño , no se ha de dar en cara lo que dexò de hacer , que el se tiene consigo la penitencia de su yerro : y en semejantes sucesos , el empacho , y verguenza son castigos de la confianza. El se puso muy hueco del consuelo que yo le di , en alabarte de su disparate , aunque se le echò de ver la confusion que tenia en el rostro. Con todo esto me agradeciò lo que le dixè , y para alegrarlo , le mostrè el estrago que los lacayos hacian en el cuero , y la alegria de las lavanderas , que le echaban mil

bendiciones al novillò , rogando à Dios , que cada dia sucediesse lo mismo. Y en aviendo ellos , y ellas concluido con dexar los pellejos sin alma , se tornaron à su costumbre antigua. Los lacayos à decir mal de sus amos , y del gobierno de la Republica , y las lavanderas à murmurar de doncellas , y Religiosos. Lastimosa cosa , que pasando toda la vida en pobreza , trabajo , y miseria , con que pueden ganar à Dios la voluntad , venga à hallar alivio , y descanso en los brazos de la murmuracion ! Que es tan poco humilde nuestra naturaleza , que ordinariamente la pobreza se rinde à la embidia , como si el repartimiento de las partes superiores , dependiesse de sola la diligencia humana , sin orden de la voluntad Divina , y que se aborrezca por cosa infame , lo que tanto amò el Autor de la vida. Los pobres son piadosos para otros pobres , pero no para los ricos ; y si considerassen con los ojos del alma , quanto mas cargados de obligaciones estàn , y cuydados los ricos , que los pobres , sin duda no trocarian su muerte por la del rico , que al rico todos procuran derribarle , y al pobre nadie le tiene embidia : y con todo esto , su mayor consuelo es murmurar del que ven acrecentado , ò en mejor estado que el suyo ; pero dexemos agora à los
la-

Jacayos gobernar el mundo, y à las lavanderas aniquilar, y deshacer lo mejor que ay en èl. El hidalgo (aunque algo defabrido del suceso) con grandes veras me comenzò à persuadir, que fuesse con èl, y yo à considerar, si me estaba bien; porque quanto à lo primero, yo echaba de ver, que el andar vagamundo, y ocioso, era cosa perniciosa para conservar la reputacion, y sustentar la vida, que aunque es asì, que la ocupacion cansa al cuerpo, la ociosidad fatiga el espiritu, y el que trabaja, piensa en lo que hace de bien, y el ocioso en lo que puede hacer de mal. Gracia del Cielo es menester para que el ocioso se ocupe en cosas de virtud, y mucha fuerza de mala inclinacion, para que el ocupado se exercite en el vicio. Muchas vezes oì decir al Doctor Cetina, (gran Juez) que aborrecia las ocupaciones de su oficio, por no saber faltas ajenas, y por otra parte las deteaba, por no estàr ocioso. Quanto à lo segundo, consideraba, que no era cordura salir de Madrid, adonde todo sobra, por ir à una Aldea, donde todo falta, que en las grandes Republicas, el que es conocido, aunque anochezca sin dineros, sabe, que el dia siguiente no ha de morir de hambre. En los pueblos pequeños, en faltando lo proprio, no ay espe-

ranza de lo ageno: el perro, que no es de muchas bodas, siempre anda flaco. Si el conejo tiene dos puertas en su vivir, puede salvarse; pero si no tiene mas de una, luego es cazado. El hombre que no sabe nadar, en un charco se ahoga; pero el que sabe entrar, y salir en la mar, no se anega. Lo tercero, veia tan inclinado al buen hidalgo à llevarme consigo, y à mi tan agradecido à quien me quiere bien, que no sabia negárselo: que el agradecer el amor, y las buenas obras, ès de pechos nobles; y la ingratitud de tyranos: el que no agradece, no merece tener amigos: nada tienen los hombres, que no sea recibido: y asì, desde nuestro nacimiento avemos de comenzar à agradecer. Tras de todo esto considerè mi estado, y la obligacion natural que tengo à mi propio. El buen hidalgo era no muy rico, y de sus acciones descubria estrechez de corazon: no parecia liberal: pobreza, y miseria en un sugeto, aunque son para en uno, no quiero que sean para mi: yo naturalmente soy enemigo de la escasez, y aun creo, que la misma naturaleza la aborrece, siendo, como es, prodiga en dar: y à este hidalgo se le echaba de ver, que no era escaso por pobreza, sino por inclinacion; pero con todo èsto me aventurè à no negarle lo que me pedia. Fuime

con él à casa de cierto Titulo, con quien professaba parentesco, ò amistad; porque él tenia necesidad de algun regalo, por las burlas que le avian pasado con el novillo, y en entrando, dixo à un despenfero de la casa, que me regalasse: él entendió sin duda, que me reglasse, y así lo hizo: de manera, que de pura dieta casi se me vino à juntar el pecho con el espinazo. Era yà tarde, y mostròme el dicho despenfero un tinelo, donde comian los criados mas importantes de la casa, como son gentileshombres, y pajes. Llegòse la hora de cenar, y el tinelo estava mas obscuro, que la ultima cubierta del navio. Entrò cierto galanete, aunque no alto de cuerpo, de razonable talle, trigueño de rostro, ceja arqueada, casi de hechura de mariposa de seda, buena expedicion de lengua, pocos conceptos, y muchas palabras, mas lleno de hambre, que de hidalguia; y como viò tan lóbrego el aposento, dixo: Ola, trae aqui velas. Vino un picaro, con mas andrajos que un molino de papel, con un cabo de vela Portuguesa, y hincòla en un agujero de la misma mesa tinear, que si no tuviera nudo la madera, la hincàra en la pared. Pusieron en ella unos manteles desvirados, que parecian delantal de zarrador. Sacò aquel galàn una servillera de la faltrique-

ra, no mas limpia; pero mas agujerada, que cubierta de salvadera, y por gran cosa dixo. Mas ha de veinte años que la tengo conmigo: lo uno, por no ensuciarme con estos manteles: lo otro, porque me la diò cierta señora, que no quiero decir mas. Pusieronles à cada uno un rabano, cuyas hojas fueron la ensalada; y el rabano el sello estomacal. Yo les dixe, que estaban seguros de la fatigosa passion de orina, así por el uso de las hojas, como por la templanza en la comida, que no les dieron à cenar, sino unos boses salpimentados con hollin, y salpimienta. Respondió aquel entonadillo: Siempre en casa de mis padres oí alabar esta virtud de la templanza, y por averme criado con ella, soy templado en todas mis acciones. Sino es en hablar, dixo otro gentilhomme, y prosiguió, que los hidalgos tan honrados, y bien nacidos como yo, no se han de enseñar à ser glotonos, que no saben en lo que se han de ver, en paz, ò en guerra. No se halla, que mi padre comiesse mas de una vez al dia, y con mucha templanza (sino era quando le combidaba el Duque de Alva, grande amigo suyo, que entonces comia mas que quantos avia en la mesa, por ser tan gran Cortesano, tan discreto, y decidor, que entretenia solo à una sala de gente) y con todo

todo esto nos dexò muy pobres. No me espanto de esto, dixe yo, que el caudal eran palabras, la resulta sería viento: que quando el hablar no se acompaña con el hacer, como se queda en la primera parte, nunca se ve el fruto de la segunda. La dulzura, y gracia de la lengua satisface tanto à su dueño, que todo se va en vanagloria para sí, y detraction para los demás. Y en resolucion, la lengua es la mas cierta señal de lo interior del alma, que la mucha loquacidad, no dexa cosa en ella, que no lo echa fuera. A todo esto, yo esperaba mi cena, que segun se tardaba, me parecia, que servia ya en Palacio. Assomò mi pensamiento con un platillo de mondongo, mas frio que las gracias de Mari-Angola. Tomèlo, y despedazèlo, que no avia con que cortarlo, y al olor que subió de tripa mal lavada, dixo aquel hablador: En viendo este genero de comida, siento un olor ambarino, que me consueta el alma, porque lo comiamos siempre en mi Aldea, hecho por las manos de una hermana mia, que sino fuera por unos cabellejos, mas rubios que el oro, que se le caian encima, lo podia comer un Ermitaño: à mi me oliò de manera, que deseaba que el picaro me lo quitara de delante, y combidèle à aquel hidalgo con él; diciendo que avia cenado, èl

lo probò, y aprobò, y alabando el picante de la pimienta, y cebolla, y la limpieza de las manos que lo avian hecho, se acabò, junto con el cabo de vela. Comenzò este à decir: Picaro, trae aqui velas. Quales velas? preguntò el picaro: vayase à pasear, y dexè las velas. A fee de hidalgo, dixo aquel gentil-hombre, que os tengo de hacer quitar la racion. Esto fuera, dixo el picaro, si me la huvieran dado; pero la que no se ha dado, mal se puede quitar, que como sabe, ha mas de quatro meses, que no se dà racion en esta casa. O villano, dixo el otro, deshonra buenos; y tal has de decir? Los mal nacidos, como este, infaman las casas de los Señores, que no saben tener paciencia, ni sufrir un mal dia, luego echan las faltas en la calle, no se contentan con el respeto que los tienen por servir à quien sirven: mal callarades vos lo que yo he callado, y sufrierades lo que yo he sufrido, y huvierades hecho lo que yo he hecho, supliendo sus faltas, gastando mi hacienda, prestando mi dinero, y diciendo muchas mentiras, por disculpar sus descuidos. Los bien nacidos tienen consideracion à las muchas obligaciones de los Señores: si oy no tienen, mañana les sobra, y pagan junto lo que no dàn por menudo. Señor, dixo el picaro, yo no tengo las

in.

inteligencias que V. m. que se va à las casas de juego. Atajóle de presto el gentilhombre, diciendo: Es verdad, que yo juego de ordinario, que aun no ha mas de esta tarde, que ganè dineros, y ciertas joyuelas, y una cadenilla de oro. Pues como no tiene para velas? dixo el picaro: Porque di, respondiò, todo el dinero de varato. No es mucho, dixo el picaro, si es verdad esto, que de quantas vezes lo recibe, lo dà una. Yo, picaro, dixo el mozalvillo. Como su padre, respondiò el picaro. Mi padre, dixo el galàn, tomabalo, porque se lo daban, y lo merecia. Y V. m. dixo el picaro, porque lo pide, y no lo merece. A toda esta pendencia, y otra que se avia travado entre dos pajes sobre la antigüedad del asiento, estaba à obscuras el lobrego tinelo: y yo espantado, dixè al mozuelo que callasse, y tuviesse respeto, que à los que tienen officio superior en casa de los Señores, no se les avian de atrever de aquella manera. Dexelo V. m. dixo otro gentilhombre, que si el picaro habla, por todos habla: que si jugando sentencian una causa, que no sea en su favor, luego dice, que lo hacen porque le den varato: Fuera de ser el que nos pone à todos en mal con el Señor: conragraciador general, y celebrador, y reidor de lo que el Señor dice: arcadúz de la ore-

ja, manantial de chismes, estafeta de lo que no passa en todo el mundo. Si dice algo, èl lo celebra, y quiere que se lo celebren todos: si otro dice, ò hace algo bueno, lo procura derribar; y deshacer; y si malo, à pura risa lo perfigue; y si alguno le parece, que se le va entrando al Señor en la voluntad, por mil caminos le descompone. Estas, y otras muchas cosas le dixera yo de mi persona à la fuya, con cinco palmos de espada. Quando yo esperaba una grande pendencia, el habladorcillo diò una gran carcaxada de risa, con que el otro se indignò mucho mas, y dixo: Luego no es verdad lo que digo? Y el otro con una risa falsa, le dixo: Esto, y mucho mas es verdad: y V. m. sabe poco de Palacio, que aqui el doblez, y la ficcion estàn en su lugar: no ay verdad, sino lisonja, y mentira, y el que no la trata, no puede valer en Palacio. Desde que naci me criè en èl, y aunque mi padre me avisaba de esto mismo, nunca le vi medrar, sino quando decia mal de algun ausente, que como sea dicho con donayre (como èl lo decia) alegra el animo, endulza el oïdo, atrae la voluntad, saca risa de los pechos melancolicos. Y llevaràse el diablo, dixè yo, à quien lo dice, à quien lo escucha, à quien incita à que se diga, à quien tiene tan ruin opinion;

nion , y à quien lo consiente, pudiendo estorvar que no se diga. Y querer nadie hacer ley de su mala condicion , y costumbre en las cosas de Palacio , es yerro notable , y digno de castigo , que todos estos son actos, que tienen su principal descendencia , y origen de la antiquissima casa de la embidia. Passion infame , engendada en pechos, que piensan que el bien ageno ha de redundar en daño suyo, desnudos de partes , y merecimientos: la qual embidia es la mas perniciosa de todas ; porque como tiene su fundamento en pesar del bien ageno , todo el tiempo que dura en aquel la prosperidad , dura en este la malicia , y sin tassa , ni eleccion: porque el mismo en quien se halla tan abominable inclinacion , à todos se opone : al menor , porque no le le iguale , y al igual , porque no le dexé atrás ; y al mayor , porque no le sujete. Què templado está à lo viejo , dixo el hablador. Y què destemplado está el à lo moderno , dixe yo. Y prosiguió , diciendo : Entre los Religiosos , y Religiosas , puede negarme , que no son muy ordinarias las embidias sobre las elecciones de Superiores , y officios ? Quando las aya , que pocas vezes las ay , dixe yo , al fin son sobre cosas honradas , de mucha calidad , è importancia para su Religion , y cada uno sigue el

vando , que mas le parece conveniente para cosas de tanta substancia ; pero en Palacio , sobre què es la embidia , sino sobre unas calzas viejas , que desechò el Señor , por mas que viejas ? O sobre hacerle Secretario de lo que es publico en la boca de todos ? Pues quiero que entiendan los habladores , y cizañeros de Palacio , que yà con su argenteria falsa pueden traer enlabiado al Señor , en tanto que por la tierna edad se dexa llevar de conragiadores , que al fin son descendientes de sangres alimentadas con virtud , y valor de animo , y han de caer en la cuenta , mejor que en el yerro , y conocer lo que es bien , y mal , y premiarlo conforme à la intencion con que ha corrido. Preguntò aquel gentilhomme : Pues no ha de tener el Principe criados , que por la reputacion del Señor , sepan cumplir de palabra con los Mercaderes , y entretener los acreedores à quien deben ? Effen , dixe yo , es lo que menos importa à los Señores ; porque los tales criados , no mienten por entretener las trampas de los Señores , sino por dilatar las que ellos hicieron à bueltas de ellas. Mas pregunto : Es forzoso , que por estar un hombre ocioso , y vicioso , ha de servir toda la vida , sujeto à las costumbres envejecidas de los que no pretenden mas de vivir,

y morir; y por levantarse tarde, y exercitar la poltroneria, han de estar todo el dia arrimados à la pared, como anima de gigante en puerta de taberna? Bien se, que no han de ser todos Soldados, ni todos Estudiantes, Oficiales, y Sacerdotes, que servirse tienen las gentes de las gentes, y los Principes de los hombres, que sean hombres, que no profesan la adulacion por comer, y holgar. Estudien, lean, aprendan algo de virtud, que no ha de ser todo congraciarse con el Señor, derribando al uno, defacreditando al otro, y amenazando à aquel, y enfadando à todos, sobre cosas, que no tienen mas calidad, ni cantidad, que comer, y passarse, y à la vezèz contar historias, que ni las vieron, ni las leyeron, ni aun quizà las oyeron, que la necesidad los hace inventores. Yà se me iba desatando el frenillo contra la vida de Palacio, como el estomago estaba defocupado, y las partes organicas obraban mas defembuertamente, quando entraron hachas encendidas, alumbrando toda la casa, que sirvió la visita, de que por una faetia entrasse la luz à la mesa de los doce pajes, y acudiendo cada uno à sus obligaciones, quedè tan solo, que pude defamparar las mias en el tineo, y desliceme, lo mas calladamente que pude sin despedirme de nadie, ni ha-

blar palabra, bolviendo de quando en quando el rostro atrás, por ver si me seguian, por la costa que avia hecho en el regalo mondonguil, que no comi, ni comiera, y en verme libre de aquel carnero de huesos mundos, entendì que me avia escapado de alguna mazmorra de Argel. Fuime à mi posadilla, que aunque pequeña, me hallè con una docena de amigos, que me restituyeron mi libertad, que los libros hacen libre à quien los quiere bien. Con ellos me consolè de la prision que se me aparejaba, y satisfice la hambre con un pedazo de pán conservado en una servilleta, y à la dieta, con un capitulo, que encontrè en alabanza de el ayuno. O libros, fieles consejeros, amigos sin adulacion, defpertadores del entendimiento, maestros de el alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir, y centinelas para bien morir! Quantos hombres de obscuro suelo aveis levantado à las cumbres mas altas del mundo? Y quantos aveis subido hasta las sillas de el Cielo? O libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo! Reposè aquella noche muy poco; porque como el sueño, que se diò para descanso de el cuerpo, se hace de vapores calidos, y humedos, que suben de el estomago, y manjar al cerebro, y yo estaba

cafi en ayunas , fue tan poco mi sueño , que á las seis de la mañana estaba ya vestido. Santiagueme , y encomendandome al Autor de la vida , fuime á un humilladero de el bendito Angel de la Guarda , que está de la otra parte de la Puente Segoviana. El dia amaneció claro , y el Sol grande , y de color amarillazo. Fuera de esto , en un rebaño de ovejas , que encontrè cerca de la Puente , vi que los carneros se topaban unos con otros , y de quando en quando alzaban los rostros al Cielo ; echè de ver la tempestad que amenazaba el dia , dime priesa por volver presto. Fui á rezar , y en acabando , llegò el Ermitaño á mi (que pareció ser hombre de buen discurso) y me dixo : No hará tan buen dia oy , como hizo el del Bienaventurado San Isidro , si V. m. se hallò aqui. Si me hallè , dixe yo , y he conocido las mismas señales del mal tiempo , por donde este dia no se parecerá al otro. Cierto , dixo el Ermitaño , que mirè desde este alto , y se me representò con la mucha cantidad que avia de coches , y carros , una hermosa flota de Navios de alto bordo , que me traxo á la memoria algunas que he visto en España , y fuera de ella. En el mismo concepto , dixe yo , estuve aquel dia , que venia con un poco de gota , con el espacio , y remanso que requiere tal

enfermedad , y me acordè de la Armada de Santander , que tan hermosa apariencia tuvo , y tan mal se logró. Llegando al medio de la Puente , me llamaron para subir en un coche dos Cavalleros del Habito Eclesiastico , de muy gallardos entendimientos , acompañados de prudencia , y bondad. Subi , y apenas estuve en el coche , quando se alborotaron los cavallos , por una supercheria que usò un hombre de acavallo con un hidalgo de à pie , de muy buena suerte , sobre aver sido estorvo , para no hablar á su comodidad con una cuadrilla de cien mugeres , que ocupaban un coche ageno ; que en cogiendole prestado , cabe dentro todo un linage , y toda una vecindad. Alborotada la flota carrozal , llegóse cerca de nosotros el autor de la pesadumbre , muy ufano de lo que avia hecho. Dixo-le uno de aquellos dos Cavalleros , Bernardo de Oviedo : Si fuera licito á los hombres hacer todo lo que pueden , no se fuera V. m. riendo de la sinrazon que ha hecho. Respondió el otro : V. m. no debe de saber , qué cosa es ser enamorado. A lo menos , dixo Bernardo , sè , que el amor no enseña á hacer cosas ruines. Pasò acafo por alli el Maestro Franco con su mula , y dixo al agressor : No se desconsuele V. m. que por lo menos ha grangeado la voluntad de doce mugeres ,

que con essa hazaña, y doce pas-
teles de costa, irán à decir, que
V. m. es un Alexandro, y un Sci-
pion. Hueiganse conmigo, dixo
el valiente, pues vive Dios, que
si no fueran Clerigos, avia de
passar el negocio adelante. Pues
por esso, dixo el Maestro Franco,
lo hizo Dios mejor, que sin que-
dar V. m. descomulgado, nos ha
dado harta materia para reir. A
todo esto estaba muy colerico
cierto gentilhombre, que iba
alli, de buena conversacion, y
poca substancia, y dixo: Es pos-
sible, que ha tenido aquel hi-
dalgo paciencia para no vengar-
se de su agravio, aunque le hi-
cieran pedazos? De qual agrava-
vio? dixo Bernardo. El anduvo
muy bien en no hacer diligencia
donde no avia de aprovechar: y
los agravios, que no caen sobre
materia, no tocan à la honra, ni
aun à la ropa, si bien perturban
el animo. Jugando suelen decir
mil disparates los que pierden,
como decir: Qualquiera que se
huelga que pierda, miente, y es
un cornudo. Hase de reir de es-
to, porque nadie dió materia
para la desmentida; y llamase
materia la ocasion de agravio,
hecho con palabras, ò con obras,
sobre que cayga la venganza. Si
dandole à un jumento de vara-
zos, le alcanzan à dár à un hom-
bre: ò si jugando al mallo, ò à
los trucos, le aciertan à dár un pa-
lo, no tiene de que sentirse, por-

que aquel agravio no ca yò sobre
materia: y la paciencia en seme-
jantes casos, arguye mucho va-
lor de animo. Ea, señor, dixo el
otro, que la paciencia en tan no-
torias injurias, descubre pocos
higados, en quien ordinariamen-
te la tiene. Por tres cosas, dixo
Luis de Oviedo, tiene un hom-
bre paciencia notable: ò por no
entender bien las cosas del mun-
do, ò por templanza natural de
condicion, ò por virtud adqui-
rida de muchos actos: y el que
sin estas tres cosas sufre injurias,
que no puede remediar, mani-
fiesta invencible animo para ellas,
y menosprecio para quien las ha-
ce. Al tiempo que acababa esta
conversacion con el Ermitaño,
vi todo el Cielo rebuelto, y
turbado: fuime à despedir pa-
ra irme, y èl me detuvo, di-
ciendo, que antes que acabasse
de passar la Puente me cogeria
la borrasca: dentro de poco espac-
cio fue tan grande la tempestad
de truenos, relampagos, y
rayos, que la creciente, en me-
nos de media hora, casi vino à
cubrir los ojos de la Puente, y
fue forzoso cerrar las puertas
de el humilladero, que comba-
tidas de el ayre, hicieron mucho
en no rendirse à su violencia. Me-
jor està V. m. aqui, dixo el Ermi-
taño, que no en el camino. Qué
mejor, dixè yo, que estando en
la casa de el mismo defensor de
nuestras almas, y cuerpos, cria-
do

do para esso de la inefable bondad del Eterno Padre, mas bien guardados estamos que fuera de ella. Guarda, à quien no solamente la heredad de Dios reverencia, y conoce: pero aun la antigüedad, ciega de la lumbre de la Fe, tuvo grande veneracion, dedicandole Templos, y levantandole Altares, en nombre de el Genio, que assi llamaban los antiguos al benditissimo Angel Custodio. Jesus, y que continuos, y civiles truenos! que gruesa piedral que perseverancia tan grande! Desde que yo vine à Castilla, nunca entendi, que fuera tan sujeta à tempestades tan defatadas, como las que muchas veces he visto: que en mi tierra, por ser llena de grandes montañas muy altas, y sujetas à la fuerza de los vientos, no es tan de admirar, que se vean estos tan arrebatados turbiones, mezclados con vientos, y granizo. De donde es vuestra merced? dixo el Ermitaño. Yo, señor, respondí, soy de Ronda, Ciudad puesta sobre muy altos riscos, y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de Ponientes, y Levantes furiosos: de manera, que si fueran los edificios como estos, se los llevarán las tormentas. Nunca he sabido hasta agora, dixo el Ermitaño, de donde fué vuestra merced, aunque le conocí en Sevilla, y le comuniqué en Flandes, y en

Italia. Miréle con cuidado, y haciendo reflexion, conocile (que avia sido Soldado donde dixo) holguéme, y abracéle, y supe de él, que se avia retirado à la soledad de los montes, algunos años avia, à servir à Dios; y por aver enfermado, se vino à poblado, ó cerca de él, à passar la vida eremitica, dandole à Dios lo que le quedaba. Aunque la furia del argavieslo no durò mas de una hora, el agua que tras él se siguiò, durò sin cessar hasta el dia siguiente, con furia de vientos deshechos. El buen Ermitaño se hallò con carbón, encendió un brasero, y hizome quedar à comer con él, de lo que Dios le avia embiado por mano de gente muy devora, de que ay mucha abundancia en Madrid.

DESCANSO IX.

CErradas las puertas del humilladero, para defensa del viento; y encendido el carbón para la del frio, estaba el lugar abrigado, y apacible; que el armonia, que el ayre hace, con el ruido de las canales, produce una consonancia agradable para las orejas, y no para el cuerpo, que en esso se diferenciaba el oído del tacto; que ay cosas que todas son buenas, y oídas son malas, y al contrario. Comimos, y encerrados todo el dia, con la obscuridad, la noche,

y dia fueron todo noche. Tornò el Ermitaño à repetir su primera pregunta , y como estabamos ociosos , y encerrados , sin tener otra ocupacion , tratamos de lo que se nos ofreciò. Preguntòme donde avia estudiado , y como me avia divertido tanto por el mundo , siendo de una Ciudad tan apartada del concurso ordinario , y que para la cortedad de la vida humana , tiene bastantes , y sobrados regalos para passar con alguna quietud ? Yo le respondi à todo lo que me preguntò : Aunque aquellos altos riesgos , y peñas levantadas (por la falta de la comunicacion) despertadora de la ociosidad , y engendradora de amistades , no son muy conocidos , con todo efficia tan gallardos espíritus , que ellos mismos apetecen la comunicacion de las grandes Ciudades , y Universidades , que purifican los ingenios , y los hinchen de doctrina , por donde ay vivos en este tiempo varones , con cuya salud se alegra , con tanta aprobacion de hombres doctos , que no tienen necesidad de la mia. Tuvimos alli un gran Maestro de Gramatica , llamado Juan Causino , no de los que dicen aora Preceptores , sino de aquellos , à quien la antigüedad diò nombre de Gramaticos , que sabian generalmente de todas las ciencias , doctíssimo en las humanas letras , virtuoso en las costum-

bres , dechado que obligaba à que se las imitassen , las quales enseñò , juntamente con la lengua Latina , en que hacia muy elegantes versos. Era naturalmente manco de ambas manos , pero de los mas respetados , y temidos , à fuerza de virtud propia : lo qual grangeò con enseñar silencio , mas que hablar , porque decia èl muchas vezes , que el hablar era para las ocasiones forzofas , y el callar para siempre. De esto , y la lengua Latina , sino fui de los mejores discipulos , tampoco fui de los peores. Estando yo razonablemente instruido en la lengua Latina , de manera , que sabia entender una epygrama , y componer otra , y adornado con un poco de musica (que siempre han tenido entre si algun parentesco estas dos Facultades) por la inquietud natural , que siempre tengo , y he tenido , quise ir adonde pudiesse aprender alguna cosa , que me adornasse , y perficionasse el natural talento , que Dios , y naturaleza me avian concedido. Mi padre , viendo mi deseò , è inclinacion , no me hizo resistencia , antes me habló à su modo , con la sencillez que por allà se usa , diciendo : Hijo , mi costilla no alcanza à mas de lo que he hecho , id à buscar vuestra ventura : Dios os guie , y haga hombre de bien ; y con esto me echò su bendicion , y me

me dió lo que pudo , y una espada de Bilbao , que pesaba mas que yo , que en todo el camino no me sirvió , si no de estorvo. Partime para Cordova (aunque lleguè entero) que es donde acude el harriero de Salamanca , y alli vienen de toda aquella comarca los Estudiantes que quieren encaminarse para la dicha Universidad. Fuime al Meson del Potro , donde el dicho harriero tenia posada : holguè-me de vèr à Cordova la Llana , como muchacho inclinado à trafagar el mundo. Fulme luego à vèr la Iglesia Mayor , por oir la musica , donde me di à conocer à algunas personas , assi por acompañar à mi soledad , como por tratar gente , de quien poder aprender : que realmente , con la poca experiencia , y averme apartado , poco avia , de mis padres , y hermanos (acto que engendra encogimiento en los mas gallardos espíritus) viendo que en aquella ausencia era forzoso , y que la fortuna nos acomete con cobardia , animème lo mejor que pude , diciendo : La pobreza me sacò , ò por mejor decir , me echò de casa de mis padres ; què quenta darìa yo de mi , si me tornasse à ella ? Si los pobres no se alientan , y animan à si propios , quien los ha de animar , y alentar ? Y si los ricos acometen las dificultades , los pobres , por què no acometeràn

las dificultades , y aun los imposibles , si es posible ? Entenezcome con la memoria de mis hermanos ; pero esta se ha de olvidar con el deseo de poderles hacer bien : y si no pudiere , à lo menos avrè hecho de mi parte lo posible , y obligatorio. No se vienen las cosas sin trabajo : quien no se anima por cobarde , se queda en los principios de la dificultad : si no hago mas que mis vecinos , tan ignorante me quedarè como ellos : animo ; que Dios me ha de ayudar. Fuime à mi posada , ò à la del Meson del Potro , y pufeme à comer lo que yo pude , que era dia de pescado , en sentandome à la mesa , llegòse cerca de mi un gran marchante , que los ay en Cordova muy finos , que debia ser vagamundo , y me oyò hablar en la Iglesia Mayor , ò el diablo hablaba en èl , y dixome : Señor Soldado , bien pensará V. m. que no le han conocido : pues sepa , que està su fama por acà esparcida muchos dias ha , Yo soy un poco varo , y no poco , crein èlo , y le dixè : V. m. conoceme ? Y èl me respondiò : De nombre , y fama muchos dias ha : y diciendo esto , sentòse junto à mi , y me dixò : V. m. se llama fulano , y es gran Latino , Poeta , y Musico : desvanecime mucho , y combidèlo , si queria comer ; èl no se hizo de rogar , y echò mano de un par de huevos , y unos

pezes, y comiòlos: yo pedi mas, y èl dixo: Señora huespeda, (porque no posaba en aquella posada) no sabe V. m. lo que tiene en su casa; sepa, que es el mas habil mozo que ay en toda la Andalucia: à mi diòme mas vanidad, y yo à èl mas comida, y dixo: Como en esta Ciudad se crian siempre tan buenos ingenios, tienen noticia de todos los que ay buenos en toda esta comarca. V. m. no bebe vino? No señor, respondi yo. Hace mal, dixo èl, porque es yà hombrecito, y para caminos, y ventas, donde suele aver malas aguas, importa beber vino: fuera de ir V. m. à Salamanca, tierra frigidissima, donde un jarro de agua suele corromper à un hombre: el vino templado con agua, dà esfuerzo al corazon, color al rostro, quita la melancolia, alivia en el camino, dà corage al mas cobarde, templa al higado, y haze olvidar todos los pesares: tanto me dixo del vino, que me hizo traer de lo fino media azumbre, que èl bebiesse, que yo no me atrevi. Bebiò el buen hombre, y tornò à mis alabanzas, y yo à oirlas de muy buena voluntad, y al sabor de ellas, à traer mas comida: tornò à beber, y à combidar à otros tan desengañados como èl, diciendo, que yo era un Alexandro: y mirando àzia mi, dixo: No me harto de ver à V. m. que V. m.

es fulano. Aqui està un hidalgo, tan amigo de hombres de ingenio, que darà por ver en su casa à V. m. docientos ducados. Yà yo no cabia en mi de hinchado con tantas alabanzas; y acabando de comer, le preguntè quien era aquel Cavallero. El dixo: Vamos à su casa, que quiero poner à V. m. con èl. Fuimos, y siguiendole aquellos amigos suyos, y del vino, y yendo por el barrio de San Pedro, topamos en una casa grande un hombre ciego, que parecia hombre principal, y riendose el bellacòn, me dixo: Este es el hidalgo, que darà docientos ducados por ver à V. m. Yo corrido de la burla, le dixè: Y aun por veros à vos en la horca, los diera yo de muy buena gana. Ellos se fueron; y yo quedè muy colerico, y medio afrentado con la burla; y aunque dixo verdad, que el ciego bien diera por verme todo quanto tenia. Esta fue la primera baza de mis desengaños, y el principio de conocer, que no se ha de fiar nadie de palabras lisongeras, que traen el castigo al pie de la obra. De que podia yo desvanecerme, pues no tenia virtud adquirida en que fundar mi vanidad? La poca edad està llena de mil desconciertos, y desalumbamientos: los que poco saben, facilmente se dexan llevar de la adulacion. Yo me dexè engañar con aquello que desca-

deceba huiera en mi ; pero no es de espantar , que un hombre sencillo , y sin experiencia sea engañado de un hombre cauteloso , mas será digno de castigo , si se dexa engañar segunda vez. No tenia de que correrme por lo hecho , sino de que aprender para adelante , à desapasionarme de las cosas del mundo ; pero al fin me lastimò la burla de manera , que no siendo amigo de venganzas , quise probar la mano , à ver si sabia dár una traza , para que me la pagasse aquel burlador. Avia otros Estudiantes esperando al mismo harriero , hiceme camarada con ellos , y comenzamos à passear juntos. Yo me quitè el vestido de camino , y me vestì una sotanilla , y ferreruelo negro de muy gentil ventidoseno de Segovia , y traxelo de manera , que los Estudiantes lo conociesen bien , y luego me tornè à poner de camino. El bellaco del burlador vino à la tarde , riendose mucho , y yo mas ; porque no entendiese , que me avia corrido , dixele : Que queria por mi amigo à hombre de tan buen gusto , y entre los dos , y sus amigos , reimos el disimulo con que avia comido , y hablado. El tenia conocimiento (no muy sencillo) en una casa , donde se daba de comer razonablemente , y à precio conuenible ; y assì me dixo , que queria que comiesse yo allí siem-

pre , porque nos harian cortesias ; yo le dixè : Si harè , con tal que V. m. coma conmigo ; pero estoy esperando un Mercader , que acude à las ferias de Ronda , para quien traygo una libranza de cien ducados , y hasta que èl venga , no lo puedo passar muy bien. No le de à V. m. pena , dixò èl , pensando que tenia lance , que yo harè , que le sien quanto quisiere. Eßo no , dixè yo , que tiemblo de tratar de fiar , ni ser fiado , que por ài se perdiò mi padre. Yo le darè à V. m. una muy gentil prenda , sobre que nos sien , hasta que venga este Mercader. Sea en horabuena , dixò el buen hombre. Fuime à mi casa , y doblando muy bien àquel ferreruelo de ventidoseno , llamèle à solas , de que èl se holgò mucho , y diselo , para que le llevasse por prenda , yendo yo con èl : vifese dár , y comenzamos à comer sobre èl , el bellacòn , y los dos estudiantes : y yo estuve siempre alerta , que no pudiesse entrar sin mi à la casa donde comiamos , porque no me hiciesse alguna treta , como lo tenia pensado , que de la mia no tenia sospecha. Vino el harriero de Salamanca , y tratamos de irnos. El redomadazo , como no pudo hacer treta , con el cuydado que yo tenia , à lo menos pidiòse à la buena muger una docena de reales sobre el ferreruelo , porque dixo , que queria

ir fuera: no pudo decirselo, sin que yo lo entendiessé; dixele: Pues se vâ fuera V. m. digale à essa señora, que si yo viniere por el ferreruelo con el dinero, me lo dè; y assi lo hizo, que su intencion era desaparecerse, hasta que se huviesse ido el harriero, y quedar se con la prenda. Desapareciòse, y yo fui à un Juez, y le dixé con gran sentimiento, y palabras, que pudieran moverle, que como avia sido Estudiante, era facil el persuadirle, quexandome: Señor, yo soy Estudiante, y estoy de camino para Salamanca, aviendo quinze dias, que estoy aqui esperando al harriero, hanme hurtado un ferreruelo, que me llegó à veinte ducados, tengo noticia que està en cierta casa, suplico à V. m. porque no me desavie de ir con el harriero, pues sabe V. m. como tan gran Estudiante, y Letrado, en que caen estas cosas, me mande con justicia restituir el ferreruelo, que el que lo hurtò aguardò al punto crudo, porque me faltasse tiempo para cobrarlo, y gozar mas de su bellaqueria. No le valdrà, dixò el Juez, que à semejantes trazas, sè yo acudir con justicia, y diligencia. Què grande maldad! que à un pobre Estudiante, que quizá no llevaba otra cosa con que honrar se en Salamanca, le querian desaviar, quedandose con su hacien-

da hurtada. Diò luego à un Alguacil, y Escrivano comission, para que hiciessé la diligencia. Yo reparti entre los dos ocho reales, con que se les encendiò el deseo de cumplir con lo mandado por el Juez. Fui con los dos Estudiantes à la buena muger (Dios me lo perdone) y dexando à la puerta el Escrivano, y Alguacil, dixele que me sacasse el ferreruelo. Sacòlo, vieronlo los Estudiantes, y conocieron ser el mio. Entraron el Alguacil, y Escrivano; y tomados los testigos, la muger, dixò: Que no queria dâr el ferreruelo, sino à quien se lo avia empeñado, que era un conocido suyo, hombre muy honrado. El Escrivano se hizo depositario de èl, y en llegando al Juez con la informacion, mandò entregarme mi ferreruelo, dando mandamiento de prision contra el bellaconazo, que antes no parecia, por lo que me queria hacer, despues no pareciò, por lo que querian hacer con èl. Fuimonos con el harriero, aviendo comido à costa suya, lo dexamos en este trance, con que reimos todo el camino. No alabo yo el aver hecho esta pesada burla, que al fin fue venganza, cosa indigna de un valeroso pecho, y que realmente en esta edad no la hiciera; pero quien hace mal à quien no se lo merece, què espera, sino venganza, y castigo? Estos hombres vagamun-

DESCANSO X.

mundos, y ociosos, que se quieren sustentar, y alimentar de sangre ajena, merecen que toda la Republica sea su fiscal, y verdugo. El ocioso siempre piensa en hacer mal, ò en defenderse del que ha hecho, y en no pensando en esto, està triste, y melancólico. La melancolia facilissimamente acomete à los holgazanes. Què contento queda uno de estos, quando ha puesto en execucion una maldad: y què presto buelve à estàr en su mala intencion: la misma vida que trae el ocioso, lo trae arrastrando: por mas infelice tengo à un hombre ocioso, que à un enfermo: porque este tiene esperanza de salud, y la procura con todos los medios posibles; mas los ociosos, y vagamundos, nunca desean salir de su mal estado; como el que està en galeras muchos años no se halla fuera de aquella miseria, assi el ocioso, en ocupandolo, no se halla fuera de su ruin vida. Què disgustos passa, quando juega, y pierde! Què desesperacion siente, quando ve à los virtuosos bien puestos! Què carcoma infernal le acomete, quando se ve incapaz de merecer lo que el otro alcanza! Dios nos libre de tan abominable vicio, origen, y principio de pobreza, poca estimacion, olvido de la honra, y ofensa

de la Magestad de

Dios. *(con)*

FUimos caminando con el harriero, la mitad del camino al pie de la letra, y la otra como tercios de pescado. Quando à el harriero se le antojaba, que era mozo tiesezuelo, de condicion desapacible, enseñado à perder el respeto à los Estudiantes novatos; y assi nos quiso hacer una burla en un Pueblo pequeño, y en parte la hizo; lo uno por llevar sus mulos descansados; y lo otro, porque pensò, quedandose solo, derribar la fortaleza de una mugercita de buena gracia, que iba en nuestra compania, destituyendola de el arrimo, y apoyo, que llevaba con cierto Oficial, que se avia de casar con ella. Fingió que le avian hurtado un zurrón de dineros, y que la justicia venia à prendernos à todos, para darnos tormento, hasta averiguar quien lo tenia: y junto con esto, jurò que nos avia de dexar en la carcel, y caminar con sus mulos lo que pudiesse, que para muchachos sin experiencia, qualquiera temor de estos bastaba: creimoslo, como si fuera verdad averiguada, y encareciòlo de manera, que nos hizo andar toda aquella noche (tràs lo que aviamos caminado el dia antes) cinco, ò seis leguas, y no caminando, sino huyendo por dehesas, y montañas, fuera de camino, sin

H guia,

guia , que nos pudiesse alumbrar por donde ibamos, y el se quedó riendo , importunando con requiebros, y mal lenguaje à la pobre muger , sola , y sin defensa; pero no le sucedió como pensaba , porque el ruido que el avia hecho, avia sido por medio de un Alguacilejo amigo suyo: y la muger como valerosa , despues de averse defendido de la violencia que con ella quiso usar, tuvo modo como escabullirse de el, y yendose à el Alcade, le dixo con grandissima accion de palabras, y sentimiento , que aquel harriero avia hecho una estratagemas, y maraña muy perniciosas, por aprovecharse de ella, y quitarle el remedio que consigo traia , creyòlo el buen hombre; así por conocer la desvergüenza, y mal trato de el harriero, como por atajar el daño , que à la pobre muger le podia suceder ; y afeandole este caso , y la inhumanidad que avia usado con los Estudiantes , le mandò que diese fianzas , que llevaria muy regalada à la muger , sin hacerle agravio , ni ofensa , y que no le castigaba muy gravemente, por no desaviar la jornada à los Estudiantes : y amonestòle , que mirasse como procedia , porque le castigaria con todo rigor , sin tener respeto à cosa alguna , si por el camino iba haciendo insolencias : y mandòle con esto, que se aviasse muy de mañana,

para recoger à los cansados , y hambrientos Estudiantes. O harrieros , impia gente, y sin caridad , crueles contra su misma naturaleza ! No conocen à nadie, mas de en quanto le están quitando el dinero. Y así los castiga Dios , porque tienen muchas posadas , y pocos amigos. Todos los generos de gente aman la piedad , sino son estos. El dia que no hacen alguna burla à los caminantes , no están en sí: Tratan con bestias , y así se van convirtiendo en su naturaleza. No se ha visto, que llevando bestias vacias, aliviassen del trabajo, y cansancio del camino à algun miserable ; parece , que les falta el uso de la razon natural , como à este , que no pudiera uno de ley contraria , usar con nosotros mas exorbitante bellaqueria, que hacernos huir de noche , cansados de aver caminado el dia antes, sin mas ocasion que cometer dos enormes maldades. Ibamos buyendo , y por no ser sentidos, y en tropa , dividimonos cada qual por donde mejor le pareció. Yo seguí una medio vereda, que estaba bien cubierta de arboles , hice quanto pude de mi parte , por no quedarme mas atrás de los otros : pero mi cansancio era de modo , que en poco espacio à ninguno de todos sentia. Puse el oido en la tierra (que de este modo se oyen mejor los passos , aunque estén algo le-

tos) no sentia cosa que me hiciese compañia. Traspuseme un poco , y luego dime priessa à andar , bolviendome àzia atràs, pensando que iba adelante ; y así, quanto mas andaba , y me apresuraba , menos esperanza tenia de alcanzar los compañeros: àzia las espaldas me parecia, que oia perros ladrar algo le-xos, que como los compañeros iban à priessa , alteraban estos animalejos. Como no estaba exercitado en caminos , y el dia antes se avia trabajado en esso, el sueño (como descanso general de todos los miembros) solicitaba sus horas diputadas: y no pudiendo yà mas conmigo, rendime al cansancio , y al sueño. Topème con un alcornoque bien ancho de tronco , y por una parte descorchado, de suerte, que formaba un arrimo , a modo de alacena , donde pude arrimar , y reclinar las molidas espaldas. Dexème dormir , pero como no se duerme bien sentado, caíme de lado , como una cosa muerta. Despertè al cabo de un rato, porque parecia que me andaban hormigas por el rostro , limpiè-las con la mano , y bolvime del otro lado; tornè à recordar, porque senti lo mismo; pero como el cansancio era tanto , y el sueño tan profundo , aunque algo temeroso de la soledad en que me veía , dexème caer tercera vez en el mismo lugar. No mu-

cho despues (aunque el sueño no mide el tiempo) despertè à una tristissima , y muy cansada voz de un ay , que (al parecer) salia de las entrañas de la tierra, que hizo en las mias tal armonia, que por poco me faltara el aliento, y la vida: mas teniendo la respiracion, así por el temor, como por tornar à escuchar con atencion la dolorosa voz , senti otra mas cerca de mi , que como avia unas matas un poco altas , no veía el instrumento de donde salia. Yà yo estaba casi para espirar , ò para hacer alguna flaqueza indigna de hombre de pecho, quando muy cerca de mi , tanto, que veía el bulto , sonò tercera vez la voz , diciendo : Ay de mi, mas infelice , y sola , que quantas padecen cautiverio , y servidumbre en las mazmorras de crueles , è inclementes Moros! Ay de mi , la mas desventurada, que las que han visto despedazar sus hijos en su presencia! Ay, mas sin remedio , y consuelo, que las yà condenadas por sentencia de riguroso Juez ! O sitio maldito , arbol descomulgado , testigos de dos muertes, por quien yo diera mil vidas , si las tuviera. Què exequias hará , quien desea morir sin ellas , siendo homicida de si propia ? Con què llanto podrè entregarme à la rabiosa muerte , que tanto huye de mi ? Quantos dias , y noches vengo à ver si puedo acompa-

ñar à estos despedazados miembros? Yo me levante, y estando ella muy junto à mi, sin hacer movimiento, y yo temblando, me dixo: Eres à caso sombra, que vienes embiada de la region de los muertos, à llevarme à la compania de mi esposo, y de mi amigo? Si eres de allà, yà sabes, que en este mismo lugar adonde estàs, mi amante diò la muerte à mi esposo, sin consentimiento mio, por gozarme à solas, y con libertad: y que en esse mismo arbol; el amante que me avia quedado para consuelo, pagò la culpa de su delito. Veslo ài sobre ti colgado, siendo mantenimiento de aves, y animales. Yo escandalizado, alcè el rostro, y vi (porque yà comenzaba à amanecer) à aquel, cuyos gusanos andaban por mi rostro, quando yo pensaba que eran hormigas: y confieso, que con el horrendo espectáculo de la desesperada muger, y con el hediente espantajo del arbol, si no huviera luz, me cayera muerto, cortado, y sin fuerzas: mas para no hacerlo, me ayudò el oir los cencerros, y campanillas de la requa del harriero, que yà salia del Pueblo; porque (como arriba dixè) pensando, que iba delante, me iba àzia atrás, y à èl le hicieron salir mas de mañana que solia, porque fuesse à recoger los engañados Estudiantes. Y prosiguiendo la miserable

muger, dixo: Y si eres cosa de este mundo, huye de este execrable lugar, y dexame proseguir mis acostumbradas exequias, desesperado mantenimiento, con que me desayuno todas las mañanas: y bien pudo dudar la irremediable muger, si yo era fantasma, ò vision horrible de los olvidados sepulcros, porque el temor me avia chupado los cartillos, alargando el rostro, y teñido el color de rojo en pagizo: la falta del sueño me tenia hundidos los ojos à lo ultimo del colodrillo: la hambre, prolongado el pescuezo vara y media: y el cansancio desjarretado piernas, y brazos: el ferreruelo tenia hecho turbante sobre la cabeza: miren que figura para no juzgarme por del otro mundo: y no digo lo demàs por mi honra: No pude responderle palabra, ni ofrecerle ningun favor, porque para mi le avia menester. No acertaba à apartarme de aquella mas que horrible muger, de ojos encarnizados, y hundidos: nariz prolongada, rostro arrugado, y hambriento: dientes amarillos, labios negros, barba aguzada, el cuello, que parecia lengua de baca: torciase las manos, que parecian dos manojos de culebras, y todo lo demàs à esta traza. El temor me tenia travado el entendimiento, y el entendimiento las demàs acciones, que podian aprovechar-

me para partirme de ella ; pero alentandome lo mejor que pude, (y pude muy mal) fui moviendo los pies , como toro desjarretado , maldiciendo la soledad , y à quien quiere andar sin compañía , considerando , que bien puede traer , sino es estas cosas , y otras peores. Què temores no trae ? Què imaginations no engendra ? Què males no causa ? Què desesperaciones no ofrece ? Los que tienen aborrecida la vida , buscan la soledad para acabarla de presto. Quien huye la compañía , no quiere ser aconsejado en su mal. Ay mas apacible cosa , que la compañía ? Ni mas odiosa que la soledad ? Quantas desdichas , quantos robos , quantas muertes suceden cada dia , por ir sin compañía ? Quantas venganzas se ponen en execucion , que no se pondrian , sino por la soledad ? Al solo nadie le va à la mano en el mal , ni le ayuda en el bien. Ay del solo , que si cae , no ay quien le ayude à levantar. Andese quien quisiere solo , que la soledad solo es buena para Santos , ò para Poetas , que los unos tratan con Dios , que los acompaña , y los otros con su imaginacion , que los desvanece.

DESCANSO XI.

CON estas solitarias consideraciones lleguè al camino , donde viendome el harriero , con mas blandas palabras que solia , parò la requa , y con cortesia , y afabilidad me dixo , que subiesse , doliendose mucho de la mala noche que aviamos padecido. Y aun si bien lo supierades , dixe yo : y preguntando à la muger que venia con el , què novedad era aquella , respondió lo referido. Los demàs , con el marido de la buena muger , hallamos ya hartos de dormir , y comer. Yo , aunque me preguntaron , como me avia quedado atrás , no respondi mas , de que avia errado el camino. Del cuento sucedido no les dixe palabra : lo uno , por pensar que pudiera aver sido ilusion del enemigo del genero humano. Lo otro , porque las cosas tan extraordinarias , hacen diferentes efectos en los que las oyen , y el mas cierto es reirse , y dár matraca à quien las cuenta. Las cosas en que puede ponerse duda , no se han de decir , sino à los muy particulares amigos , ò à los discretos , que las reciben como ellas son. No todos tienen capacidad para oír cosas graves. Verdades , que pueden escandalizar , y alborotar los pechos , quando no es necesario , no se han de decir.

Yo

 *** *** ***
 *** *** ***

Yo rebentaba por hablar ; pero consideraba , que me ponía à peligro de no ser creído. Mas vale callar , que dár ocasion de incredulidad , ò murmuracion. La admiracion dà ocasion al silencio , y de esta vez quise ver , si podia enseñarme à callar. Fuimos nuestro camino , sin suceder cosa notable , yo callando , y los demàs preguntandome la causa : yo respondia , no mas de que era condicion natural mia ; pero en todo el camino no se apartò de mi imaginacion la muger , el arbol , la fruta , y la cama llena de gusanos , hasta que llegamos à Salamanca , donde la grandeza de aquella Universidad hizo que me olvidasse de todo lo pasado. Alegròse mi alma de ver , que los ojos gozassen lo que tenían los oídos , y los deseos llenos de la soberbia fama de aquellas Academias , que han puesto silencio à quantasha avido en el mundo. Vi aquellas quatro columnas , sobre quien estriva el gobierno universal de toda la Europa , las vasas , que defienden la verdad Catholica. Vi al Padre Mancio , cuyo nombre estaba , y esta esparcido en todo lo descubierto , y otros excelentissimos sugetos , con cuya doctrina se conservan las Facultades en su fuerza , y vigor. Vi al Abad Salinas , el ciego , el mas docto varon en musica especulativa , que ha conocido la an-

tiguedad , no solamente en el genero Diatonico , y Cromatico , sino tambien en el armonico , de quien tan poca noticia se tiene oy , a quien despues sucedió en el mismo lugar Bernardo Clavijo , doctissimo en entender , y obrar , oy Organista de Phelipo Tercero. En comenzando à beber del agua de Tormes fria dissiima , y à comer de aquel regalado pan , me quaxè de sarna , como les sucede à todos los buenos comedores : de manera , que estudiando una noche la leccion de Sumulas , me comencè à rascar los muslos , al sabor de unos carboncillos , que tenia encendidos en un tiesto de cantaro , y quando bolvi en mi , los hallè tan desollados , que con el agua que destilaban , me quedè hecho una alquitara , y por quinze dias me negaron la obediencia , y respeto : daño , en que ordinariamente caen los principiantes en Salamanca ; porque como el pan es blanco , candial , y bien sazonado , y el agua delgada , y fria , sin consideracion comen , y beben , hasta cargar se unos de la perruna , y otros de la gruessa : y assi es menester , que los que comienzan nuevos en Salamanca , vivan con cuidado en esto , porque tambien suelen acudir unas camaras de sangre algo peligrosas : y aunque en todas las partes donde ay mudanzas de aguas , y manti-

mientos , se ha de entrar con recato en el uso de ellos , mas particularmente se ha de hacer en Salamanca: lo uno por la frialdad , y sutileza del agua ; y lo otro , porque los estudiantes van hechos al regalo de sus casas , y de sus padres , y tierras , y con la poca edad se recibe mas facilmente el daño : fuera de que entrando con este cuidado , la templanza es la que conserva la salud , y aviva el ingenio. Los repletos de comida , y bebida , están incapaces de acudir à cosas de entendimiento , y prudencia : y realmente la templanza dà mas gusto à los mantenimientos de él , que ellos en sí tienen , y con ella se templa la luxuria en los mozos ; pero yo me huve tan destempladamente con el pan , y agua de Salamanca , que por la Natividad de nuestro Redemptor me dieron unas grandísimas calenturas ; llamè al Doctor Medina , Cathedratico de Prima , doctísimo de aquella Universidad , y lo primero que hizo , fue mandar , que me quitassen el agua. Yo le dixè , que mirasse que era colerico , y muy encendido de sangre ; y él me respondió (como si dixera una grande hazaña fuya :) Yà saben , que el Doctor Medina quita el agua à los enfermos. Creció la calentura , y no el remedio : comenzò à darme unos cordiales , que no aprovecharon cosa ; porque la

salud de los colericos con calenturas , solo consiste en darles agua fria à sus tiempos , y sangrias moderadas , y consistiendo la salud mia en no negarme el agua , no me la dexaron en todo el aposento. Dieronme unos baños con veinte suiedades , y dexaronse alli una artefilla , en que me los avian dado : yo me vi tan impaciente , y tan acosado de la sed , que me levantè como pude à buscar agua , y como no la hallè , peguè con la artefilla del agua , que estava fria como un hielo , y à dos golpes que bebi , la dexè en el asiento , y la panza como vela latina con el viento en popa ; pero durò poco , porque dentro de un quarto de hora comenzò el estomago à basquear , y arrojò tanta cantidad de bocanadas , que de vacia la barriga , la doblaba como alforza un lado sobre otro. Vino à la mañana el Doctor , y viò el artefilla mas llena que la dexò , porque en ella misma descargò el nublado. Preguntòme , como me hallaba : respondile , que muerto de hambre. Mirò el pulso , y hallòle sin calentura : admiròse de ver la mudanza , y dixo : O milagroso baño ! No se ha inventado tal medicina en el mundo , no le he dado à hombre , que no le haga notable provecho. Abranle tomado , dixè , como yo. Este baño , dixo el Doctor , alienta , y refresca , con-

for-

fortandó las partes interiores. Y como se le dà V. m. dixè yo , à los demàs? Tibio , respondiò el , y bañando todo el cuerpo por defuera. Pues dèsele , dixè yo , frio , y bebido , que afsi lo tomè yo , y les aprovecharà mucho mas , y contèle el caso , y dixo: Rectum ab errore , repitiendolo quatro , ò cinco vezes; y haciendose cruces , se fue , y me dexò sano. Ay Medicos tan crueles , que à un pobre enfermo , colerico , fogoso , le dexan , que se le abrafe el higado , y se le sequen los huesos , pareciendoles que negandole el agua , acabarán mas presto con la enfermedad , y el enfermo. Aquel refràn , que dicen , al que es de vida , el agua le es medicina , se ha de entender de esta manera , que aquel (de vida) sea participio : de manera , que al que es de vida el agua , y al que se le debe el agua , à esse le es medicina , que no al otro. Y siendo afsi , à quien se le debe mas que à un colerico con calentura ? Y essa otra significacion ordinaria la tengo por burla , y modo de hablar de gracia. En Ronda conoci yo un tejero , que avia quarenta y quatro años que no probaba el agua , que decia por donayre : Que el no avia de beber licor , donde se ensuciaban las ranas. Vino una vez con tanta sed , y cansancio , que para quitarla bebiò un jarro de agua fria , que dentro de veinte

y quatro horas se puso como el barro con quien trataba. A este no se le debia el agua. Lo uno , por no estar acostumbrado à ella. Lo otro , porque su estomago no era de hombre colerico , y al que es de vida , el agua le es medicina.

DESCANSO XII.

SI los trabajos , y necesidades , que los Estudiantes pasan , no los llevasse la buena edad en que los coge , no avia vida para sufrir tantas miserias , y defcomodidades , como se pasan ordinariamente ; pero con ser en la puericia , y adolescencia , edad tan quitada de cuidados , y sentimientos , se hace gusto del acibar , rifa , y passatiempo de la necesidad , con que se va passando aquel espacio , en que se fazona , è hinche de doctrina el entendimiento , que con la esperanza del premio todo se hace sufrible. Ninguno ay , que no se prometa grandes cosas en los primeros años , que en comenzando à gustar , ò digustarse de la macha correspondencia , por la tardanza de los harrieros , ò de el olvido de los padres , y parientes , por la mayor parte se encogen , y desaniman , especialmente aquellos que por ser pobres , no tienen quien les acuda con lo necesserio , ò parte de ello : que cierto desjarreta

mucho la necesidad al que con buenos pensamientos comienza los estudios. La falta de mantenimientos, el carecer de libros, la desnudez, la poca estimacion que consigo traen estas cosas, tiene muchos, y grandes ingenios acobardados, arrinconados, y aun distraídos por la privacion de sus esperanzas malogradas. Yo confieso de mi, que la inquietud natural mia, junta con la poca ayuda que tuve, me quebraron las fuerzas de la voluntad, para trabajar tanto como fuera razon. Y como en esta edad los alientos de la mocedad están tan dispuestos para el mantenimiento, nunca se ve un hombre harto. Acuerdome, que despues de aver comido la racion del pupilage de Galvez, me comi seis pasteles de à ocho en una Pasteleria excelentissima, que avia en el desafiadero. Miren que alientos estos para las necesidades de Salamanca. Estabamos despues de esto tres compañeros al barrio de San Vicente, tan abundantes de necesidad, que el menos desamparado de las armas Reales era yo, por ciertas lecciones de cantar que yo daba, y aun las daba, porque se pagaban tan mal, que antes eran dadas, que pagadas, y aun dadas al diablo. Consolabamonos con la igualdad de la provision; y aunque parezcan niñerías, indignas de este lugar, y aun de

acordarse, y tratarse, tengo de decir alguna, para que no se desanimen los que se vieren con ingenio, y pobreza, y con defecto de saber, que haciendo gusto de la necesidad, puede llevarse la penuria, que de ordinario se passa en los estudios: ver passar à otros mayores trabajos, disminuye la fuerza de los nuestros. Misérias, y necesidades ajenas (aunque sean contadas para exemplo) en parte consuelan à los afligidos. Qué trabajos puede tener un Estudiante, que no los aya mucho mayores? El trabajo, y necesidad que toca à muchos, y muchos le llevan, se hace sufrible, aligera, y alivia las cargas de todos. Quanto mas, que el que con buen animo acomete al trabajo, la mitad tiene hecho, y al fin los valerosos animos atropellan las forzofas necesidades. Digolo, porque las que passaron mis compañeros, y yo fueron de manera, que pudieran consolar à los Estudiantes mas llenos de misérias del mundo: y entre otras contare una, que puede servir de risa, y de consuelo. Hallamonos una noche (entre otras muchas) tan rematados de dineros, y paciencia, que nos salimos de casa medio desesperados, sin cenar, sin luz para alumbrarnos, sin lumbre para calentarnos, haciendo un frio, que en echando el agua en la calle se tornaba cristal. Yo fui

en casa de cierto discipulo , y diòmo un par de huevos , y un panecillo : vine muy contento à casa , y hallè à mis compañeros temblando de frio , y muertos de hambre (como dicen los muchachos) que no osaban desembolver un poco de rescoldo , que se avia guardado para su menester , dixè lo que traia , salieron à buscar algunas serillas para avivar el rescoldo : vinieron presto muy contentos , por averse hallado un leño bien largo : pusieronle al rescoldo que avia quedado , y soplamos quanto pudimos todos tres , y el leño no se queria encender : tornamos à soplar una , y otra vez ; pero quedandose el leño sin encender , se hinchò el aposento de un humo muy hediondo . Echè un papel en el rescoldo , para que diera luz en el aposento , y en encendiendose , descubriò , que el leño era un muy descarnado zancarron de un mulo , que por poco nos hiciera rebentar de asco : y si antes no cenamos , por no tener què , despues no cenamos por esso , y por la nausea de nuestros estomagos , que huvo alguno , que purgò por dos partes lo que no avia comido , ni cenado , hasta echar sangre por la boca , y el que lo traxo , quiso costarse la mano . Bien confieso , que no son estas cosas para contarse ; pero como sean para consuelo de afligidos , y mi principal intento sea enseñar à

tener paciencia , à sufrir trabajos , y à padecer desventuras , puede llevarse con lo demás que cuento . Todo lo que se escribe , para doctrina nuestra se escribe ; y aunque sea de cosas humildes , se ha de recibir para el efecto que se dice . Y avemos de pensar , que ni en los exemplos de cosas grandes ay siempre provecho , ni que en las pequeñas falta doctrina . Tan bien se reciben las fabelas de Hyfopo , como las estratagemas de Cornelio Tacito . Mas gusto se halla en un higo , que en una calabaza : assi contè una niñeria como esta , porque para decir necesidades de Estudiantes , que son de hambre , desnudèz , y mal passar , tambien las historias exemplos han de ser de pobreza , para consolar à quien la padece . No parò aqui la mala ventura de aquella noche , porque estando à la puerta de la calle , por no poder sufrir el pestilencial olor del leño mular , passò rondando el Corregidor (que al presente era) Don Enrique de Bolaños , muy gran Cavallero , cortès , y de muy buen gusto , y nos dixo : Qué gente ? Yo me quitè el sombrero , y descubri el rostro , y haciendo una gran reverencia respondì : Estudiantes somos , que nuestra misma casa nos ha echado en la calle . Mis compañeros se estuvieron con sus sombreros , y cebaderas , sin hacer cortesia à

la justicia. Indignóse el Corregidor, y dixo: Llevad presos à estos desvergonzados. Ellos, como ignorantes, dixerón: Si nos llevarán presos, nos soltarán un pie à la Franceia, asieronlos, y llevaronlos por la calle de Santa Ana abaxo. Yo, con la mayor humildad que pude, le dixe: Suplico à V.m. se sirva, de no llevar à la carcel à estos miserables, que si V.m. supiesse como estan, no los culparia. Tengo de vér, dixo el Corregidor, si puedo enseñar buena crianza à algunos Estudiantes. A estos, dixe yo, con darles de cenar, y quitarles el frio, los hará V.m. mas corteses, que à un Indio Mexicano, y junto con esto (viendo que me escuchaba de buena gana) le contè lo passado de los huevos, y de la humarada, que procedió de el sacrificio acemilar. Rióse de el cuento (que tenia mucha apacibilidad) y à costa de ciertas espaldas que avia quitado à ciertos escolares vagamundos, les inchò el vientre de pasteles, y marrana, y de lo de la tabernilla, y à mi me hizo mucha merced de alli adelante. Dixeles à mis compañeros: Amigos, muy mal anduvisteis con el Corregidor. Por qué, preguntaron ellos, es nuestro Juez? Respondi yo: Porque à las personas constituidas en dignidad, sean, ò no sean superiores nuestros, tenemos obligacion de tratarlos con reverencia, y cor-

tesia: y no solo à estos, sino à todos los mas poderosos, ò por officios, ò por nobleza, ò por hacienda: porque siendoles bien criados, y humildes, en cierta forma los igualamos con nosotros, y haciendo al contrario, nos damos por enemigos de los que nos pueden agraviar muy à su salvo. Dios criò el mundo con estos grados de superioridad, que en el Cielo ay unos Angeles superiores à otros: y en el mundo se van imitando estos mismos grados de personas, para que los inferiores obedezcamos à los superiores. Y ya que no seamos capaces de conocernos à nosotros propios, seamoslo de conocer à quien puede, vale, y tiene mas que nosotros. Esta humildad, y cortesia es forzosa para conservar la quietud, y asegurar la vida. Es muy gran yerro querer ajustar nuestras fuerzas con las de los poderosos, usar del rigor de nuestra condicion, con quien es mas cierto el perder que el ganar. La humildad con los poderosos, es el fundamento de la paz; y la soberbia la destruccion de nuestro sosiego, que al fin pueden todo lo que quieren en la Republica. En esta vida passè tres, ò quatro años, hasta que se me diò una plaza en el Colegio de San Pelayo, estando entonces alli el señor Don Juan de Llanos Valdès, que quando esto se escribe, es del Consejo Supremo de la

Inquisicion, en compañia de sus hermanos, tan grandes Estudiantes, como Cavalleros: y el señor Vigil de Quiñones, que à fuerza de virtud, y merecimientos es aora Obispo de Valladolid, donde tenemos conclusiones todos los Sabados; y pudiera yo aprovecharme, si la necesidad de mis padres, y el deseo que yo tenia de servirles, no me sacara con una carta fuya para ir à heredar cierta hacienda, de que un pariente me queria hacer donacion, ò Capellanía.

DESCANSO XIII.

SALI de Salamanca, sin el dinero que bastara para dexar de ser peon, y como era por fuerza el serlo, acordandome de la poca poblacion que avia en Sierramorena, por aquella parte de la Hinojosa, que avia quince leguas sin poblado, y por no dexar de ver à Madrid, y à Toledo, vine por esta maquina: pasè por Toledo, y Ciudad-Real, donde una Monja muy virtuosa, y principal, llamada Doña Ana Carrillo, me regalò, y ayudò para el camino. Saliendo de Ciudad-Real, me encontrè con un mozo de muy buen talle, que parecia estrangero: fuimos caminando àzia Almodovar del Campo, y topamos con dos gentiles hombres en el camino, que llevaban entre los dos un muy

gallardo macho, remudando à vezes de quando en quando. Travamos conversacion con ellos, y parece que se inclinaron à no dexarnos atrás. Colegi de su modo de proceder, que traian lengua de dos mercaderes, que iban à la feria de Ronda con muy gentil dinero, que à mi me diò gusto, por ser aquel mi viage. No me pareció bien, y con gran cuidado les mirè à las manos, y à las bocas. Entramos en una misma posada, y como yo llevaba tragada la malicia, y andaba sobre aviso, no hablaban palabra, que fingiendome dormido, no se la entendiese. El uno de ellos no hacia sino entrar, y salir en la posada, hasta que ya topò con la de los Mercaderes. En amaneciendo cogiò el uno de ellos una cavalgadura, y se partiò delante, llevando para cierto efecto una graciosísima fortija; que no pudieron dár la traza sin que yo la oyese. Fuese aquel delantero, como criado, y quedòte estotro como señor. Muy por la mañana aderezò su macho, y estuvo con mucho cuidado aguardando à que passassen los Mercaderes: en passando, hizose encontradizo con ellos, y preguntòles con grande comedimiento, adonde caminaban, y respondiendoles ellos, que à la feria de Ronda, hizo grandes demonstraciones de holgarte, diciendo: Mejor

me ha sucedido que pensaba , en averme encontrado con tan principal compañia ; porque voy à la misma feria à comprar un atajuelo de docientas , ò trecientas bacas , y por no aver andado este camino , à lo menos de las Ventas nuevas adelante: iba con algun rezelo de mil daños , que fuelen suceder à los que llevan dinerillo : y aviendo encontrado con vuestras mercedes , irè muy consolado , assi por la buena compañia , como porque vuestras mercedes me encaminaràn allà , (pues tienen mas inteligencias que yo) para lo que voy à comprar , ellos le ofrecieron de ayudarle , y hacerle amistad en la feria , por ser muy conocidos en la Ciudad. Estos dos vellacones , que iban en seguimiento de los Mercaderes (à lo que despues entendi) eran de un genero de fulleros , que entre ellos llaman donilleros : fueron riendo por el camino , porque el fullero era grande hablador , y les iba diciendo cuentos , con que los entretenia con mucha gracia , y donayre. Yo , por no perderlos hasta ver el fin , andaba lo mas que podia , asiendome de quando en quando al estrivo , ò al tranzado del macho , que como dixe , que iba à la feria de Ronda , y era natural de allà , los Mercaderes me animaban , y esperaban à ratos. Llegando cerca de cierta venta , que la mitad

del año està desamparada , puesta en una ladera à mano derecha como subimos , el fullero sacò de la faltriguera ciertos mostachones , que por la mucha especia llaman la sed à tiro de arcabuz , y diò à cada Mercader uno : y como era por el mes de Mayo , quando llegaron à emparejar con la venta , que estava medio calda , y sin gente , iban yà pereciendo de sed , dixo el fullero : Aqui dentro ay una fuenteica muy fresca , entremos à cumplir con los mostachones : y si vuestras mercedes quieren , aqui llevo una bota de muy gentil vino de Ciudad-Real , con que podemos hacer satisfaccion al llamamiento. Apearonse , y entrò el fullero primero en la venta , llegó à la fuente , y siguiendole los Mercaderes , baxòse à beber , y dixo con grande admiracion : Ay ! què es esto que me he hallado aqui ? Y alzò la fortija , que el ladron de su compañero avia dexado en la fuente. O que graciosa fortija , dixeron los Mercaderes , sin duda que algun Cavallero se la quitò para lavarse las manos , y se la dexò olvidada : cada qual se holgàra de averse la hallado. Todos tres , dixo el vellacon del fullero , la hallamos , y de todos tres ha de ser. Pues què haremos de ella ? dixo un Mercader. Echarla à una quinola , dixo el fullero , en llegando à la venta.

y à quien Dios se la diere , San Pedro se la bendiga. Bien dice vuestra merced , dixerón los Mercaderes , y à fee que si la gana qualquiera de los dos , se ha de emplear muy bien. Pero cierto la fortijuela era de mucha codicia , porque al rededor tenia doce diamantes , aunque pequeños , muy finos , y en lugar de piedra un rubí de hechura de corazon , que à qualquiera aficionara , labrado todo con mil donayres. Fueron todos muy codiciosos de ella , tratando por todo el camino los Mercaderes del descuido del que la avia perdido , y el bellacon del cuydado del que la avia dexado , haciendo mil monerías con ella , para ponerles mas codicia. Llegaron à Venras-Nuevas , y no parando en la primera , llegaron à la segunda , por hallarse mas cerca del Puerto. Apearonse , y el bellacon sacò la bota de vino añejo de Ciudad-Real , de mas ojas que un Calepino , de que bebieron de muy buena gana. En comiendo un bocado de priesa , por codicia que cada uno tenia de la fortija , que les estaba haciendo del ojo , con el bocado en la boca , preguntaron al huesped si tenia unos naypes para echar una rifa ? Dixo que no , y el ladron del compañero , haciendose bobo , dixo : Yo llevo aqui unas no sè quantas barajas , que me encomendaron en mi Pueblo , y por

las muchas que allà se levantan sobre ellas , no las llevo de muy buena gana. Si sus mercedes me las pagan , yo se las darè. Mostrad acá , dixo el fullero , que estos señores , y yo , os las pagaremos muy bien. Diòles una baraja hecha à su modo , y como el licor de Ciudad-Real se arrima tanto al corazon , y humèa para el cerebro , alegraronse , y con mucho gusto echaron la rifa à quatro quinolas. El fullero les dexò llegar à cada uno à tres , sin aver tomado ninguna para sí ; y en dos passantes que echò una de su mano , y otra del que tenia al lado , hizo las quatro , y arrebatò la fortija , haciendo grandes algazaras con ella. Picaronse de esto , y dixerón : Juguemos dineros. El fullero , con cierta focaronería , negando al principio , dixo , que no queria poner en peligro el su dinero , ò las bacas que se avian de comprar de él : pero al fin persuadido , jugò , teniendo mas gana el que los otros , que con palabras que tenia hechas à proposito , los iba haciendo picar. Pedía que les diessen de beber de la olorosa bota , que estaba metida en parte fresca , y en calentandose las orejas , echaban dobles como granizo ; de suerte , que se estuvieron toda la tarde jugando , una vez ganando el fullero , y otra dexando ganar à los Mercaderes , por disimular la fulleria ; y

quejandose à vezes, decia: Vuestras mercedes me han de ganar aqui esta tarde quatro, ò cinco mil escudos, segun estoy de picado. Al tiempo que entramos en la venta al mocito, y yo, nos dixeran, que alli no se daba posada à gente que no traia cavaladuras. Recibimos con humildad la notificacion, y paramonos à descansar un poco. Mi compañero afligido preguntò: Pues que avemos de hacer, para esperar el fin, y suceso de esta grande aventura? Yo le respondi: Dexadme, que yo conjurarè à la ventera, de manera, que no nos eche de la venta. Pues es endemoniada, dixo el, ò bruja? A lo menos, dixe yo, pareçelo: pero no digo yo, sino con el conjuro general de las mugeres. Qual es? preguntò el otro. Agora lo vereis, dixe yo: Llegueme à la Ventera, que era una muger coxa, y mal trazada: tenia las narizes tan romas, que si se reia, quedaba sin ellas: los ojos parecian de capirote de deciplinante: echaba un tufo de ajos, y vino, por unos dientes entrefacados, y pardos, bastante à auyentar todas las vivoras de Sierramorena, las manos parecian manojos de patatas; solo tenia que notar la limpieza, que parecia aver salido del naufragio de los Condes de Cartiòn. Con todo esto me lleguè à ella, y le dixe: Que desdicha fue la que traxo à estas so-

ledades à una muger de tan buena gracia como V. merced? Que despacio està, dixo ella, el señor Estudiante. No he cierto, no he cierto, dixe yo, sino que desde el punto que lleguè aqui, puse los ojos en V. m. para consolarme del cansancio del camino. No haga burla, dixo ella, de las mal vestidas. Yo no hago tal, sino que me parece V. m, muy hermosa. Hermosa, dixo ella, como gata lagañosa. Pareciome que ya iba creyendo, y dixele: Pues miren con que gracia, y donayre responde, Cierta que es igual el rostro con la habla, y todo es con mucho gusto. Y como Deo gracias, dixo ella, si conocieran à una hermanamia, que tengo tabernera en las ventas de Alcolea, dixeran esto de veras, que por solo oirla echar pullas, van à beber à su casa quantos pasan. Y V. m. dixe yo, como no se acerca àzia Cordova? Porque señor, dixo esta, unos tienen ventura, y otros tienen ventrada. Pues es posible, dixe yo, que no ha avido quien saque à V. m. de tan mal officio? Y respondiò ella. Estase la carne en el gravato por falta de gato. Pues à fee, dixe yo, que si me hallara en disposicion que avia de hacerlo: porque me dà lastima ver entre estos riscos, y montañas à una muger de tan buenas partes. Pues calle V. m. dixo ella, que mi marido, y yo, les avemos de quitar el dinero à estos que

que-

quedaron con él, y por la mañana haremos lo que nos pareciere; y si acaso mi marido bolvere à decir à la noche que se saigan de la venta, vayanse por la puerta trasera del corral; que yo se la dexaré abierta. Fuese, y mi compañero me preguntó: Què es del conjuro? Què mayor conjuro quereis, dixè yo, que aver llamado hermosa à una bestia, que parece panza de bacca, con su zumaque, y menudillos. Conjuro es esse, dixo, que puede servir de malilla en todo el mundo. En tanto que passamos esta conversacion, se llegó la noche, y la desesperacion de los Mercaderes: porque con las trampas, que el fullero iba haciendo, y con los tragos de quando en quando de Ciudad Real; los fue chupando la plata; y oro, y los zarrones, en que renian el dinero. Los Mercaderes quedaron dados al diablo, y maldiciendo la venta, y quien à ella los avia traído, se bolveron à dormir à la que avian dexado atrás, con intencion de bolverse à Toledo. El huesped, que no era lerdo, entendiò muy bien la bellaqueria: yo estaba para rebentar, por lo que avia oído la noche antes, y por lo que avia visto entonces. Estuve determinado de revelarles la malidad, porque bolverdose los Mercaderes, me faltaba el bien, que me avian prometido hacer

por el camino; pero considerè, que decir el secreto que estaba en duda, era desacreditar à los fulleros, y à mi ponerme en peligro; que no siendo una cosa sabida, tenemos obligacion de callarla, como secreto natural. La seguridad consiste en el silencio, y en estas ocasiones, y otras semejantes, hafe de advertir el peligro de ambas partes. Yo callè contra mi voluntad, y el ventero, que era un bellaco redomado, dissimulò, y callò, como yo, y el otro. Los señores fulleros quedaron muy contentos; pero fueron tan miserables, que no dieron varato à nadie, por donde se aumentò en el ventero el deseo de hurtarles la ganancia, y en mí de bolverse à sus dueños. El ventero, que realmente lo sintiò, les diò à entender, que recibíó mucho gusto en ver los Mercaderes despojados, y haciendoles grandes zalemas, les diò un aposento, que tenia aderezado para los Mercaderes, donde estaba un arcàz muy grande con tres llaves, que les diò para guardar su dinero, y ropa. Era el arcàz de una madera muy maciza, y de tablas gruesas, que hacia pared con la cavalleriza, que me puse en cuidado, imaginando, què traza podia tener para hurtarles el dinero de un arcàz cerrado con tres llaves, y por ningún camino podia moverse de don;

donde estaba. Habló con la muger de secreto, mirando con cuidado si los veían hablar. En cenando muy solemnemente los fulleros, aviendo hecho el pancho de perdizes, y vino de Ciudad-Real, se atrancaron en su aposento, y se cerraron, de manera, que no podía entrarles una bruja. En siendo una hora de la noche, ó poco menos, el Ventero dixo: Los que no tienen cavalgaduras saigan de la venta, que ya que no ay harrieros, querèmos dormir sin cuidado. Salimos aquel mocito, y yo, y dando buelta por las espaldas de la venta, hallamos abierta la puerta de el corral, y entramos en el pajar. Yo andaba pensando con cuidado, como diablos, ó con qué modo, ó traza podian hacer tiro à los fulleros. Veía que en el aposento no podian entrar, por estar muy bien encerrados, y el arcaz muy bien guardado. Trazer salteadores para el efecto, no era negocio seguro, sino muy peligroso, entrar, y matarlos, no podian, porque eran menos que ellos; pues querer minar el aposento con pólvora era para todos peligroso. Y no pude dár en el modo, hasta que entre once, y doce, estando ellos durmiendo al mejor sueño, vinieron el Ventero, y la Ventera muy passo entre passo, alumbrando ella con un cabo de vela: el marido comenzó à desviar con mucho silencio un gran monton

de estiercol, que estaba en la cavalleriza arrimado al aposento de los fulleros. A pocas bueltas se descubrió la tabla de el arcaz, que servia de pared al aposento. Mirè con gran cuidado, y vi, que la tabla de el arcaz estaba por la parte de arriba asida con tres, ó quatro goznes, y por la parte de abaxo con dos tornillos, cada uno en su esquina. Quitò el Ventero los tornillos, y en quitandolos, mando à la muger que llevasse de allí la vela, porque no entrasse la luz en el aposento: ella la llevó, y yo fui muy poco à poco al Ventero, al tiempo que tenia la tabla alzada, y los zurrone en las manos, y con voz baja, ó por mejor decir, entre dientes, le dixe: Dad acá estos zurrone, y tornar à poner los tornillos: èl me los dio pensando que era su muger, y salime con ellos, y con mi compañero, por la puerta del corral, que mientras tornaba à poner el monton de estiercol, hubo lugar para todo, y anduvimos un ratillo à priesa àzia tras, cada uno con su zurrone, no por el camino Real, sino por un lado à la parte de arriba, con todo el silencio posible. Yà estabamos casi frontero de la otra venta, adonde los Mercaderes se avian buuelto à dormir, y nos sentamos à descansar un poco, que el recelo, y temor aumentan el cansancio. Yo le dixe al compañero: Què pensais que

traemos aqui ? nuestra total destrucción , porque à ninguna parte podemos llegar , donde no nos pidan muy estrecha cuenta de este dinero , que como èl de fuyo es goloso , y codicioso , ò por la parte que le puede caber , ò por congraciarse , qualquiera darà noticia à la justicia de dos mozos caminantes de à pie , cansados , y hambrientos , y con dos zurrone de moneda , y el tormento serà forzoso , no dando buena cuenta de lo que se pregunta : pues esconderlo para bolver por èl , tampoco atinarèmos nosotros , como los demàs ; y andar mucho por aqui , darà sospecha de algun daño , y el menos que nos puede suceder , es caer en manos de dos ladrones , que nos quiten el dinero , y la vida : ponerse à peligro por ganar dineros , muchos lo hacen ; pero poner en peligro la vida , honra , y dinero , ningun hombre de juicio lo ha de hacer ; y assì , mi principal intento fue , bolver este dinero à sus dueños , para tener tanta parte en èl como ellos , sin peligro de las vidas , y sin daño de las conciencias . Y aqui viene bien , quien hurta al ladrón , &c. Esta , y otras muchas cosas le dixe , para defarraygarle cierta golosina , que se le avia pegado , que como lo llevaba à cuestras , avia contraído no sè què parentesco **con la sangre del corazon ; pero**

al fin le pareció muy bien . Fuimos à la venta , y aunque era muy de madrugada , dimos golpes à la puerta , diciendo , que veniamos con un despacho de mucha importancia , para unos señores Mercaderes de Toledo , que estaban dentro . Ellos lo oyeron , y hicieron al Ventero que abriessè . Encendiò luz , y entramos en el aposento cargados , y sin hablarles palabra arrojamos los gatos sobre una mesa , que si fueran de algalia , no regalaran tanto las narizes , como estos regalaron las orejas . Què es esto ? dixerón los Mercaderes . Su dinero , respondi yo , que ha buuelto al Cesar lo que era fuyo . Contamosles el caso , y dixeles ; que antes que en la otra venta se levantassen , passafemos el puerto . De buena ventura mia , venian mulas de retorno àzia Sevilla . Los Mercaderes alegres , y agradecidísimos del caso , para mi , y para el otro mozo tomaron dos mulas , y caminando , passamos el Puerto , sin que lo sintiessen en las ventas . Encumbramos el Puerto , y baxamos à otra , que està en lo mas baxo , no mal proveída , adonde estuvimos todo el dia descansando , y durmiendo , por la falta de sueño , y mucha pesadumbre que les avia causado la pérdida de su dinero : y à la tarde supimos , que el Ventero **(como martyrizando à su muger,**

no supo cosa del hurto, porque no osó decir, que nos avia dexado dentro) sospechando, que los fulleros le avian hecho la trétra, que el no entendió, fue à dár avilo à la Hermandad, de la vida, y trato de aquellos hombres, y como tenian dos zurrone de dinero mal ganado: y vino la Hermandad, y como no hallò los dineros, ni los zurrone que el Ventero avia dicho, en el arcáz: à él por desatinado, ò loco, ò porque avia cargado demasiado, y à los fulleros por gente sospechosa, que tan tarde se estaban en la venta, y à la muger por suspensa, y callada, que no supo dár razon de sí, les hicieron pagar las costas, sin averiguar el secreto. Holgamonos mucho con el suceso, de manera, que los Mercaderes lo querian oír por momentos, que segun pareció, hallaron mas dinero dentro de los zurrone, que avian dexado: y con donayre decia el uno de ellos: No quiera Dios, que yo lleve dinero ageno en mi poder, gástese por el camino en perdizes, y conejos, que no quiero tener que restituir; y así se hizo con beneplacito de todos. Yo considerè à solas conmigo, y aun lo comuniqué con uno de los Mercaderes, quan mal se logra lo mal ganado, y quanto peor se goza lo adquirido con juegos de ventaja, donde se aventura la

reputacion, sin assegurar la ganancia, que está sujeta à quantos la ven, y à quantos lo imaginan, y à los ausentes, à quien toca la distribucion de la estafa, que rassadamente les queda para consumir en los tabernaculos de la gula, fiestas de Baco, y sacrificios de Venus, sin aprovechar la sumision, y cortesía fingida, para engañar al que quieren defollar, ò al que yá tienen defollado: que si bien quisiesen los hombres sencillos advertir à las cautelas, enredos, y marañas de estos apacibles lobos, echarian de ver, que una cortesía sin tiempo, una amistad sin sazón, ni conocimiento, un comedimiento no acostumbrado, unas ceremonias no debidas, traen consigo mas daño, que provecho, para aquel con quien se usan; porque si son los hombres de tan ruin condicion, que aun à la cortesía debida acuden de mala gana, à quien tiene obligación, porque no se ha de entender, que la novedad de cortesías extraordinarias, traen consigo algun secreto, especialmente no teniendo partes por donde se le deban? Los fulleros tienen tambien su materia de estado, porque, ò engañan por sí, ò por amigos que tienen señalados, y diputados para el efecto. Casas de posadas, ò mesones, donde les dan el soplo de la gente nueva, à quien

pueden acometer. Tienen tambien su libro de caja, ù de memoria, de todos aquellos que acuden à favorecer su ministerio en todos los Pueblos grandes, ò pequeños; porque es officio corriente por toda España, y en las poblaciones de importancia tienen correspondencia, y avisos de las zorras comadres, para chupar la sangre à los corderos inocentes. Y aunque son tan grandes los sainetes de estos cautelosos culebrones, para chupar la sangre de los que ven inclinados al juego, que no pueden reducirse à regla cierta, el guardarse de sus trampas. Con todo esto digo, que todo lo que fuere artificio apacible, y no usado, se ha de temer, aun de los mismos amigos en materia de juego, porque se venden unos à otros. Quando combida à jugar un conocido à otro, llevandole à parte no sabida, vaya con cuidado, sea en publico, ò en secreto: y me parece que no será malo este refrancillo para este proposito: Si bien me quieres, tratame como fueres. Caminamos con todo el gusto que pudimos, mis Mercaderes, y yo, buscando por el camino ocasiones en que tenerlo. Llegamos à la Conquista, que es un Pueblecito, que se comenzaba entonces) un Domingo por la mañana, entramos à oír Missa, que la estaba diciendo un Clerigo, que

pronunciaba la lengua Latina como Gallego. La Missa era de Requiem, porque avian enterrado aquella mañana un pobre, y ayudabale un Sacristàn, que sobre un sayo pardo, muy rozagante, traía una sobrepelliz de cañamazo. Acabada la Missa, diciendo el Responso sobre la sepultura, acabò el Clerigo, diciendo: Requiescat in pace, Alleluya, Alleluya. El Sacristàn le respondió con muchos passos de garganta: Amen. Alleluya, Alleluya. Lleguème al buen hombre, y dixele: Mire, Padre, que en Missa de Requiem no ay Alleluya. Respondiòme muy confiadamente: Harre allà, señor Estudiante, no vè que es entre Pasqua, y Pasqua? Fuimonos cayendo de risa por todo el camino.

DESCANSO XIV.

Como el camino, por bueno que sea, siempre trae consigo un genero de soledad, porque ordinariamente se camina, ò por necesidad, ò por negocios forzosos, que ocupan la memoria, y distraen el gusto, procurabamos tenerle en todas las cosas que encontrabamos. Los mozos de mulas acudian à su costumbre, uno à echar pullas, otro à hacer burlas à los caminantes, otro à cantar romances viejos, qual sea su salud:

nóstras de lo que se ofrecia à la vista. Encontramos un Pastor, que passaba su ganado de un distrito à otro, pereciendo de sed, y los perros: que en Sierramorenna, por Mayo, y por todo el Verano, aunque de noche hace fresco, de dia se encienden los arboles de calor: y era tan ignorante el buen hombre, que teniendo sed, llevaba los perros atados, porque no se le perdiesen. Preguntónos si sabiamos donde huviesse agua; y yo le respondi: Pues llevando perros preguntais esto? Defatadlos, que ellos hallarán presto el agua. Y es esto así, dixo un Mercader? Es cosa muy sabida, dixe yo, y muchas vezes experimentada, y dixe al Pastor. Defatad los perros, ò el uno de ellos, y ponedle un cordelillo largo, con que lo vais siguiendo, que èl hallará fuente, arroyo, ò laguna; y así lo hizo el Pastor, de suerte, que dandole larga con el cordel, rompiò por una ladera, alzando el hozico, y se fue àzia una espesura derecho, que avia al pie de una peña, donde hallò agua, que refrescò al Pastor, y satisfizo al ganado. Y contarèles à vuestras mercedes lo que me contò en Ronda un Cavallero de muy gentil entendimiento, que se llamaba Juan de Luzòn, muy experimentado en letras humanas, y divinas. Ay dos Pueblillos en Sierra de Ronda, entre

otros muchos, uno llamado Ba-lastàr, y el otro (si bien me acuerdo) Chucar: entre los quales, andando un Cabrero Moro apacentando su ganado, apretandole la sed, y no hallando agua, ni señal donde pudiesse averla, desapareciòsele un perro, y al cabo de un rato vino mojado todo, y muy contento, coleando al amo, y haciendole muy grandes fiestas. Espantado de aquello el Cabrero, le diò muy bien de comer, y lo atò, aguardando à que le tornasse à aquejar la sed, diligentissima despertadora de la pereza. Atòle un cordelejo largo, y dexòlo ir; y siguiendo el amo, fue saltando matas, y peñas, raigandose las manos, y el rostro, y siguiòle con todas estas dificultades, hasta que entre unas grandes espesuras, se colò por la boca de una cueva, que por debaxo de altos riscos estaba naturalmente hecha, con algunos resquicios, que le daban la luz que avia menester. En medio de la cueva nacia un clarissimo arroyo, que se dividia en dos partes: bebiò el Moro, y hinchò su zaque, y admirado de la novedad, diò en una traza, à su parecer buena, que despues le costò la vida; y fue, que atajò con unas piedras el un arroyo de aquellos, echando toda el agua por una parte, para ver el dia siguiente donde iba à parar. Fuese à

su ganado, y averiguò el dia siguiente, que avia faltado el agua en Chucar. El Moro, que sabia el secreto, fuesse al Pueblo, diciendo, que si se lo pagaban bien, les daria su agua, y otra tanta mas, y contò el caso, como avia sucedido. El poco tiempo que les avia faltado el agua, los necesitò de manera, que le dieron docientos ducados, porque les dieffe su agua, y la del otro Pueblo. En recibiendo su dinero, fuè à la cueva, y soltò el agua por aquella parte. Viendose con su agua tan crecida, conociendo la inconstancia, y codicia del Cabrero, antes que los de Balastàr le corrompiesen con esperanza de mayor interès, acordaron darle garrote, quedandose con el agua toda, y el Moro sin vida, sin que hasta oy se aya sabido en què parte està el secreto: y oy se echa de ver señal, de que algun tiempo corrió por alli agua, por las guijas, y piedras que lo manifiestan. Hallo aquella encubierta cueva el aliento del perro, leal amigo, y fiel compañero, descubridor de enemigos de sus amos. Estraña fuerza de aliento (dixo un Mercader) que siendo el agua un Elemento sin olor, la venga à descubrir un perro, con solo alzar el rostro al ayre, principal movedor, y embaxador del olfato. Que son las calidades de los perros, y las excelencias que

ay en ellos, muy dignas de admiracion, no por los cuentos que se dicen de ellos, ni haciendo caso de historias atrassadas, sino por lo que vemos, y experimentamos cada dia! Què fidelidad! Què amor! Què conocimiento! A lo menos, dixeyo, tienen dos admirables virtudes (si se puede dàr este nombre en ellos) que si los hombres las tuviesen tan sentadas en el alma, como ellos en su natural inclinacion, vivirian en perpetua paz, que son humildad, y agradecimiento. O, bien notado, dixo el Mercader, ò què gallarda consideracion! Del Bienaventurado San Francisco (que fue hijo de un Mercader) se dice, que alababa mucho la humildad de los perros, deseando imitarlos en esto, por la mucha que tuvo nuestro Maestro, y Redemptor Jesu Christo. Pues en agradecimiento, dixeyo, fuera de lo que la ley natural nos enseña, lo tenemos por precepto suyo, que embiando sus santísimos Discipulos à predicar por el mundo, les mandò, que en agradecimiento del bien que les hiciesen en sus posadas, curassen los enfermos, que en ellas huviessè. Pues ay, dixo el Mercader, quien desagradezca, ò quien no sepa agradecer el bien que le hacen? Ay quien no le parezca, que no satisface al beneficio recibido? Quien ha de carecer de tan admirable virtud?

Yo creo , respondi , que nadie , sino son los avarientos , y los sobervios , que son dos generos de gente pestilencial en la Republica : los unos , porque no saben usar de caridad ; y los otros , porque siempre van contra ella . Y pues se ha ofrecido materia tan excelente , y divina virtud , como es el agradecimiento , en tanto que llegamos à Adamuz , tengo de referir un caso digno de saberse , que le passò al Autor de este libro , viniendo de Salamanca , que no ay vida de hombre ninguno , de quantos andan por el mundo , de quien no se pueda escribir una grande historia , y avrà para ella bastante materia . En una dispersion que huvo de Estudiantes en Salamanca , por cierto reencuentro que tuvo el Corregidor Don Enrique de Bolaños con la Universidad , y no con ella , sino con los Estudiantes , gente briosa , y facil de moverse para qualquiera alteracion (como se quedó la Ciudad sin Estudiantes) el Autor tambien se fue à su tierra , como los demàs , que las vacaciones estaban yà muy cerca , tiempo muy deseado , para descanso de los Estudiantes . La necesidad suya era tanta , que trillò el camino à la Apostolica . Llegò un dia al anoche- cer à las ventas de Murga , y no queriendole dár posada (por el poco provecho que avia de dexar en ellas) passò ade-

lante solo , y cantando , por hacerse compania , que la voz humana tiene propiedad maravillosa , para acompañar à quien no lleva dineros que le puedan quitar . Salieron quatro hombres , con quatro ballestas , y preguntandole de donde venia ? El respondió , que de Salamanca . Y à quien dexa atrás , preguntaron ellos ; y èl respondió : Antes todos me dexan à mi , porque ando poco . Pues como no se quedó en las ventas ? preguntaron , y èl respondió : Porque como no llevo dineros , ni cavalgadura , que les pudiera dexar provecho , me dieron vozès , que me saliesse de la venta , y yo las voy dando à Dios , porque me acompañe , y juzgue la crueldad de estos Venteros : à lo qual dixo el mas pequeño de los ballesteros , ò ballesteadores : Preguntamos esto , señor Estudiante , por ver si queda atrás quien nos pueda comprar caza , de que tenemos mucha abundancia , y pocos compradores . Y bolviendose à sus compañeros , dixo : Gran lastima me ha dado el mal trato , y crueldad , de que estos Venteros usan con la gente de apie , y mas la necesidad que he visto en este Estudiante . Llevemosle à nuestro alojamiento , que algun tiempo nos valdrà con Dios esta caridad . Harto mejor , dixo uno serà matarlo , (despues lo supe) porque no diga que nos ha encontrado ,

y espante los caminantes. Al fin el mozuelo dió, y tomó con ellos, hasta que lo llevaron consigo; porque les pareció que era lo mas sano para su negocio. Mostróse el mozuelo muy compasivo, que si bien las ruines compañías hacen prevaricar una buena inclinacion, tal vez naturaleza de una sofrenada, para recordacion del primer natural, que por mas que se olvide, de quando en quando torna à su primer principio. Fuesse con ellos, ó por mejor decir, se lo llevaron por unas espesuras, escuridades, y escondrijos, llenos de rebueltas, y dificultades, que como yá era de noche, y sonaba en unas profundidades, despeñándose el agua, y la fuerza del viento sacudia los arboles con gran furia, y al Estudiante el temor le hacia de las matas hombres armados, que le iban à despeñar en aquella infernal hondura, iba con gran devocion mirando al Cielo, y tropezando en la tierra: pero con muy buen animo, hablando sin muestras de temor. Llegaron al fin à su habitacion, que parecia mas de zorras, que de hombres, y desembolviendo mucha cantidad de brasa, que parecia ser de muy buena leña de encina: encendieron para alumbrarse unas rajuelas de rëa, que les daba la luz bastante, que avian menester para toda la noche. La cena fue muy buenos

tassajos de venado, sino eran quizá de algun pobre caminante: El no sabia fiestas que hacerles, diciendoles cuentos, entreteniendolos con historias, alabandoles el vivir en aquella soledad, apartados del bullicio de la gente. Deciales, que el exercicio de la caza era de Cavalleros, y grandes señores, y que sin duda descendian de alguna buena sangre, pues se inclinaban à él. Si algun disparate se les caia, se lo alababa, y solemnizaba por muy gran cosa. Al uno decia, que tenia muy buen rostro, y al otro, que plantaba bien los pies: al otro, que tenia buen ingenio: al otro, que hablaba con mucha discrecion: que en semejantes confictos, la humildad, mezclada con la apacibilidad, y discrecion, à los pechos que de suyo son fieros, y aun de fieras, los buelven mansos, y amigables: La necesidad en los peligros, hace sacar fuerzas de flaqueza: y con gente de aquella traza el temor engendra sospecha, y el animo arguye sencillez. Turbarse donde (aunque se teme el daño) no estamos en él, es apresurarlo, si ha de venir: y ponerlo en dada, y sospecha si no se temia. El se huvo tan bien con los cazadores de gatos muertos, y rellenos, que le regalaron, y dieron de cenar, y dos zamarros en que durmiese, y antes que amaneciese, porque no saliese con luz, le dieron

de almózar; y facandole al camino aquel mozuelo, el menor de los quatro, le fue diciendo el peligro en que se avia visto, si no fuera por él; y en pago le rogaba, no dixesse à nadie lo que le avia sucedido: despidióse de él, y fue su camino, bolviendo atrás muchas vezes la cabeza, que aun le parecia que no estaba muy seguro de ellos. Si encontraba algun caminante, le decia, que no fuesse por aquel camino, porque le avia seguido una grandísima sierpe, que no osaba decir otra cosa, pareciendole que estaban oyendole. Al fin, para abreviar el cuento, aviendo peregrinado por España, y fuera de ella mas de veinte años, reduxose al estado que Dios le tenia señalado, fuesse à su tierra, que es Ronda; hizose Sacerdote, sirviendo una Capellania, de que le hizo merced Felipe Segundo, sapientísimo Rey de España. Despues del suceso de los salteadores veinte y dos, ó veinte y tres años, vinieron en busca de tres ladrones famosos, trayendo lengua de ellos, que estaban en Ronda, que para hurtar tenían esta astucia. Las mugeres vendian bohoneria (que todos eran cañados) entraban en las casas à vender su mercaderia, mirabanlas bien, y daban al punto à sus maridos las señas de toda la casa, y à la mañana amanecia robada. Llegò à Ronda es-

re soplo, dieron con ellos en la carcel por orden del Licenciado Morquecho de Miranda, que al presente hacia officio de Corregidor, siendo Alcalde Mayor. Y por abreviar el cuento, dióles tormento, y confessaron de plano: pidióle al Autor que los confessasse, y en entrando representósele la presencia del uno de ellos, que le hizo cosquillas en el alma; y reparando en el sentimiento que avia tenido, hallò que era el que le avia dado la vida en Sierramorena: buscando traza, como agradecer el bien que le avia hecho, y pareciendole que estaba el negocio muy adelante, para rogar por un hombre convencido por su confession: fuesse al Juez, y dixole, que si hacia justicia de aquel, perdia una grande ocasion secreta. El Juez dispuso de los otros dos, y dexò aquel, para que descubriessse una gran maquina que el Confessor le avia dicho, y apretandolo despues, à que hiciesse con el delincente que lo confessasse, le respondió: Señor, martirizado de la piedad, y movido de el agradecimiento, fingi à V.m. lo que sabe: Este hombre me librò de la muerte, ha venido à mis manos, querria pagarle el bien que me hizo: y à los Juezes tambien los acompaña la misericordia como la justicia, suplico à V.m. por las entrañas de Dios, que se compadezca de el trabajo

de un hombre tan piadoso como este. Respondió, estoy pensando como satisfacer à vuestra demanda, y à mi reputacion, y al bien de esse hombre, que por piadoso lo merece; él no está ratificado, y en las cosas criminales tenemos ley del Reyno, que nos dà licencia para poder comutar la pena de muerte en galeras; yo os siento tan ansiado, por agradecerle el bien que os hizo, que quiero aprovecharme de esta ley; pues no ay parte, y echarlo à galeras, donde purgue su pecado. Hincóse de rodillas, agradeciendo à Dios, y al Juez tan piadosa causa: llevó la nueva al casi muerto preso; que respiró, y volvió en sí, como de la muerte à la vida, y el Autor quedó contentíssimo de aver mostrado su agradecimiento en tan apretada ocasion, que siempre las buenas obras tienen guardado su premio en este, y en el otro mundo. Extraño suceso, y digno de memoria! (dixeron los Mercaderes) que santa cosa es hacer bien, que cierto la buena obra es la prission de el corazón noble. Qué buen fruto coge quien siembra buenas obras! Que como el vestido cubre el cuerpo, las buenas obras son coberturas del alma. Qué contento quedaria esse hombre quando hizo este bien! como queda sabroso el brazo quando acierta un tiro, assi lo queda el alma quando hace una buena

obra. En esta conversacion, el acabarse el cuento, y descubrir à Adamuz fue à un mismo tiempo, lugar apacible, puesto en el principio, ó fin de Sierramorena, en jurisdiccion de el Marqués del Carpio, y al mismo tiempo se descubrieron aquellos fertiles campos de el Andaluzia, tan celebrada de la antigüedad por los campos Eliseos, reposo de las almas Bienaventuradas: Posamos, y reposamos aquella noche en Adamuz.

DESCANSO XV.

EL día siguiente, por ciertos respetos, me fue forzoso (por llegar primero à Malaga, que à Ronda) apartarme de los Mercaderes, tomando la via del Carpio; y ellos lo hicieron tambien conmigo, que me dieron uno de los machos en que iban, y dineros fiando de mi que se lo llevaria à la feria à buen tiempo, y ellos se fueron con las mulas de retorno en que yo avia venido hasta allí: el macho era endiablado, que ni se dexaba herir, ni poner la silla, y por momentos se echaba con la carga, aunque con la compañía avia disimulado algo de su malicia, y assi en saliendo de el lugar, por verse solo, y por sus ruines resabios, en el primer rebolcadero se arrojó cogiendome una pierna debaxo; de suerte, que si yo no me

me echara al mismo tiempo del otro lado, recibiera mucho daño; pero con esta prevencion pude levantarme, y llevandole del diestro, muy contra su voluntad, un ratillo, se me quitò el dolor, sin entrar el frio, que pudiera sino hiciera aquella diligencia. Echè de vèr la ruin compaña que llevaba con mi cavalgadura; pero por si otra vez se echaba, cogi un garrote, para usar de un remedio, que avia oïdo decirà un viejo; que como la experiencia los ha enseñado, saben mas que los mozos: y para semejantes actos, que no son de muchos lances, cerrados los ojos se puede seguir su parecer. Fui con gran cuidado, para otra vez que se quisiese echar, y en sintiendole que iba à caer, dile con el garrote entre ceja, y ceja con tal furia, que cayendo le vi bolver lo blanco de los ojos, bien arrepentido de averlo hecho; porque realmente pensè que lo avia muerto; pero sacando de presto pan, y mojandolo en vino, diselo, y tornò en sí, tan castigado, que nunca mas se echò, à lo menos llevandome à mi encima, aunque topò arenas donde poder hacerlo. Fui mi camino, y en llegando à un bosquecillo del Carpio, aunque pequeño, abundantissimo de conejos, y otras cazas, en la ribera de Guadalquivir; apeeme à cierta necesidad natural, y forzosa, y antes

que la comenzasse espantòse el macho, y diò à huir, por el ruido que hizo un culebron, y una zorra, que salieron de un zarzal, y matas muy espesas, que avia junto al camino, que debian de estàr ambos en una cueva, que la culebra con ningun animal hace amistad sino con la zorra. Ella diò por una parte, y la culebra tràs el macho, que como supe despues, à quantos passaban acababa, porque avian muerto su compaña: arrojèle una piedra, no pensando que sucediera lo que sucediò, que como la piedra iba por el ayre, corriò mas que la culebra, y diòle en el espinazo, de que bolviò con tal furia contra mi, que sino me pusiera de la otra parte del camino, dexando en medio mucha arena, lo passara muy mal, que como no se podia aprovechar de las conchillas, que le sirven de pies en el arena, como en lo duro, y liso, no se atreviò à atravesar el camino; pero quanto yo corria por la una vanda, ella corria por la otra, con mas de una vara de cuello alzado de la tierra, y vibrando la lengua muy aprieta, y haciendo cinco, ò seis de ella. Iba yo de manera, que yà no sentia la falta del macho, sino la persecucion de la culebra, que me tenia sin aliento, lleno de sudor, y cansancio. Los silvos no eran formados, ni agudos, sino baxos, y continuados, casi al

modo q̄ pronunciamos acá las xx. Llegué à una parte del camino, adonde avia piedras para tirarle. Parème, así por descansar, como por aprovecharme de las piedras; pero ella viendo mi temor, quiso passar por la arena para acometerme, por donde tuve yo esperanza de librarme de ella; porque en entrando, no pudo aprovecharse de las conchuelas, ni moverse, sino muy poco: animandome yo lo mejor que pude, le tiré tantas piedras, que casi le vine à enterrar en ellas, y acertandole con una, despues de averle escupido muchas vezes àzia la cabeza (que es veneno contra ellas) la acerté con una piedra media vara arriba de la cola, donde tienen el principal movimiento, de que no pudo menearse mas, y acudiendo con otras muchas, le majé la cabeza, y me senté à descansar. Passaron por alli dos hombres, que iban camino de Adamuz, y me contaron lo que arriba dixé: Midieronla, y tenia diez pies de largo, y de grueso mas que muñeca ordinaria. Abrieronla, y hallaronle dentro dos muy gentiles gazapos, que estas serpientes son muy voraces, y poco bebedoras, aunque passan mucho tiempo sin mantenimiento; y así hacen tarde la digestion, que en el poco movimiento que ella hacia, bien se echaba de ver, que estaba pesa-

da. Considerè en el rato que estuve descansando, que de cosas ay en el mundo, que contrastan la vida del hombre. Que hasta un animal sin pies, ni alas le persigue, y le comenzó à perseguir desde su principio, antes que otro animal ninguno, ò porque no piense el hombre que se le dió el dominio, y jurisdiccion de la tierra, sin pensión, ni trabajo, ò porque con la razon sepa distinguir lo malo de lo bueno, y guardarse de lo que le puede dañar: mediante la qual razon conoce, y sabe conocer el mantenimiento provechoso, y desechar el nocivo. Huir de los animales bravos, y servirse de los mansos; pero los feroces, y dañosos avisan del mal que pueden hacer, ò con las uñas, ò con los cuernos, ò con los dientes, ò con los picos. Mas que un animal sin pies, sin uñas, sin cuernos como este, sea tan horrendo, y abominable, que atemericé con solo mirarle! Ordenacion fue de Dios, para sujetar la soberbia del hombre, y desjarretarsela con la misma inmundicia, y asquerosidad de la hez de la tierra, que aun muerta la via, y me daba horror: y confieso de mi, que siempre que veo semejantes sabandijas, engendran en mi nuevo temor, y espanto; pero que no espantará ver, que una cosa que parece cerbatana, ò varal,
de

De su propio movimiento corre tanto como un cavallo? Y que con hincar la cabeza en el suelo de tan grande golpe à un hombre, que lo derribe, y aun lo mate, acometiendo à traycion, que no cara à cara? Que sea tan astuto, que se desnude el habito viejo, y se vista de nuevo? Que se cure la ceguera de sus ojos, causada de las humedades del Invierno, con refresgarle en el hinojo la Primavera? Son tan contrarios à todos los demás animales, que con ninguno hacen amistad, sino con la zorra, ò porque ambas habitan siempre en cuevas de tierra, y piedra, ò por buscar abrigo en el pelo de la zorra. Hasta aqui avia estado el Ermitaño callando, y aqui parecióle preguntar, como hombre que avia estado en soledades, y entre asperas montañas, huyendo el concurso de la gente, viviendo, y conversando animales brutos, que era la razon, porque estas sabandijas son tan espantables, como son culebras, lagartos, sapos, escuerzos, aspides, vivoras, y otras semejantes, que suelen verse? Respondile: Lo primero, que todas las cosas que no vemos, y tratamos, de ordinario traen consigo este genero de admiracion. Lo segundo, que por tener tanto de los dos Elementos graves, que son agua, y tierra, y tampoco de los Elementos

leves, que son ayre, y fuego, que casi no tienen parentesco, ni semejanza con el hombre, porque tiene de lo espiritual, en que se parece à los Angeles: y de lo corporal, en que se parece à los animales brutos: y estos en aquella parte terrestre, humeda, y fria, tienen semejanza con las sabandijas, y estas consigo solas, y con las entrañas de la tierra. Lo tercero, y ultimo, porque todos los animales, que se pueden engendrar de la putrefaccion de la tierra, sin generacion de su semejante, ni pueden ser para el servicio, ni para el gusto del hombre, à quien Dios les manda, que obedezcan, y ellos mismos huyen de su presencia, como de Señor, à quien aborrecen por la superioridad, y dominio, que tienen sobre todas, ò por la antipatia natural. Y esto baste, porque la pérdida de mi macho me dà pena, y cuidado, y priessa que lo busque. Yà que huve descanfado, y limpiadome el sudor del rostro (que lo de dentro no pude) fui buscando mi macho, ò por mejor decir, de los Mercaderes, por toda la orilla, y ribera de Guadalquivir, sin topar à persona, que me supiese dar rastro, ni nuevas de él, yendo, como iba, cargado con ferreruelo, y espada, cugin, y alforjas, que todo lo echò per alto, sino es la silla, que la llevaba en la barri-

barriga, de fuerte que yo me cargué de todo lo que el macho se descargò, y mucho mas me cargaban las matracas, que me daban los que me topaban hecho cavallo de postillon, que por no dexarlo lo sufría todo. Parème à descansar un ratillo, antes que passasse el rio, donde vi tanta abundancia de conejos, que estaban mas espesos à la orilla del rio, que liendres en jubón de harriero, que en todo el dia no dexan de venir à beber muchas manadas de ellos. Passè de la otra parte del rio, y entrème à descansar à un meson, que està antes de llegar al Pueblo, donde tampoco me supieron dar nueva de mi negro macho, aunque prometì hallazgo, haciendo diligencias con las guardas del bosque. Refresquème lo mejor que pude de mantenimiento, y bebida, con la templanza que el cansancio pedía. Pusème à la puerta del meson, para ver si passaba el macho, ò persona que de èl me diese nuevas. Mirè aquel pedazo de tierra, en el tiempo que allí estuve, que en fertilidad, y influencia del Cielo, hermosura de tierra, y agua, no he visto cosa mejor en toda la Europa: y para encarecerla de una vez, es tierra, que dà quatro frutos al año, sembrandola, y cultivandola con regadío de una hazeña, con tres ruedas, que la bañan

abundantísimamente, donde algunos años despues passò en presencia mia una desgracia muy digna de contarfe, para que se vea quanta obligacion tienen los hijos de seguir el consejo de los padres, aunque les parezca que repugna à su opinion. Y fue, que siendo Marquès del Carpio Don Luis de Haro, Cavallero muy digno de este nombre, muy gallardo de persona, y adornado de virtudes, y partes muy dignas de estimar. Vinieron alli madereros de la Sierra de Segura, con algunos millares de vigas muy gruesas: y dando el Marquès licencia, y lugar para que las passasen, alzaron la Puente de la pesquera, para que toda el agua se recogiesse à un despeñadero, ò profundidad, por donde los maderos avian de pasar. Los Gancheros eran todos mozos de muy gentiles personas, fuertes de brazos, y ligeros de pies, y piernás, grandes nadadores, y sufridores de aguas, frios, y trabajos. Quisieron hacer al Marquès una fiesta de gansos, poniendolos atados entre los dos maderos de la puerta de la pesquera; y como iba el madero despeñandose, por la violencia del grande cuerpo de el agua (puesto el Gancho sobre el madero, asía la cabeza del ganso, y tirando del pescuezo, se deslizaba de la mano, y caía en la profundidad del agua, sa-

liendo lexos de alli nadando, en que pasaron cosas de mucho gusto, y risa, aunque no sin peligro de quien la causaba, que siempre las caídas son de gusto para quien las ve, pero no para quien las da, especialmente en ejercicios tan poco usados como este. Entre estos Gancheros venia un mozo recio, de muy gentil talle, alto de cuerpo, rubio, y bien hecho de miembros, grande hacedor de su persona, y que entre todos los demás era conocido, y respetado por de tal opinion, y por de grandes fuerzas para qualquier ejercicio de hombres. Este pidió licencia à su padre, que venia en compañía de los otros, para ir à quitar el pescuezo à un ganfo, que estaba recien puesto: la qual el padre le negó, que los padres, ò por tener mas experiencia que los hijos, ò por ser hechura suya, y conocer sus inclinaciones, ò por averlos criado, y conocer de que pie cogen, ò por el amor entrañable que les tienen, son algo Profetas de los bienes, ò males de los hijos. Y así este, por ningun camino consintió, que de su voluntad fuesse el hijo à la fiesta; pero diciendo el, que no queria que lo tuviesse por menos hombre que à los demás, con importunaciones alcanzò de su padre que lo dexasse ir, aunque de muy mala gana. Y reprehendiendole algunos, por

que lo hacia tan forzado, respondió en presencia mia unas palabras llenas de gran sentimiento, y dolor, diciendo: No sabe nadie lo que es aventurar un hijo criado, y solo. El mozo fue gallardísimamente, teniendo todos los ojos puestos en el, que en asíendo el cuello del ganfo, que el pensaba con facilidad arrancar, con la fuerza grande que hizo, estuvo casi colgado de las manos, hasta que el madero llegaba yà al cabo, en cuyo remate, ò cabeza deslizando se le la mano, cayò, y diò de celebró sumergiendose en el profundo del charco, sin que mas pareciese hasta el dia siguiente, con grande espanto, y compasión de todos los circunstantes, quedando el padre (que lo estaba mirando) en éxtasis. Todos los Gancheros nadando le buscaron, y lo hallaron el dia siguiente. Que pareció en cierta manera, castigo de la desobediencia que tuvo al mandamiento del padre, y exemplo para quantos le vieron. Fue contra el precepto, y consejo paternal, del qual tienen necesidad todos los que desean acertar. Passò este caso en este mismo lugar, y en presencia del Marqués Don Luis de Haro, y de su hijo el Marqués Don Diego Lopez de Haro, que quando esto se escribe están vivos, y mas mozos que el Autor, en cuya compañía se ha-

llo presente à este infelice successo. Y porque no avrà lugar de contarle adelante, se dice aqui, por encargar à los hijos, que aunque les parezca, que saben mas que los padres (en razon de la superioridad, que Dios les dió sobre ellos, y representando la persona del verdadero Padre) los han de obedecer, resperar, y creer, que en quanto à las costumbres morales, saben mas que ellos; porque con esto se merece con el universal Padre de todas las criaturas. Y bolviendo al estado presente, y la pena que me daba la falta de mi macho, aquella tarde no pude saber de él, y assi me quedè aquella noche en el meson, sin esperanza de poderlo hallar.

DESCANSO XVI.

A Maneciò el Sol el dia siguiente con unos rayos entre verdes, y cetrinos, señal de agua, y yo sin macho, ni esperanza de hallarlo. Fuime al Pueblo à las nueve, ò à las diez, y vi, que unos Gitanos estaban vendiendo un macho, muy hechas las crines, y el tranzado de arràs, con su jalma, y demàs aderezos, encareciendo la mansedumbre, y el passo, con mil embelecocos de palabras. Hacia el Gitano mil gerigonzas sobre el macho, de manera, que tenia ya muchos golosos, que le que-

rian comprar. Lleguè me cerca, y vi, que era del color del mio; pero desconocilo en verlo tan manso, seguro, remozado de crines, y cola. Vi que se dexaba tocar à todas las partes del cuerpo, sin alterarse, y assi no me atrevi à pensar, que pudiera ser el mio. Alzabanle los pies, y manos, dandole palmadas en el pecho, y en las ancas, estando él con mucha paciencia, y mansedumbre: yo estaba desconfiado de que pudiera ser el mio; pero fuime por un lado dissimuladamente, y puseme delante de él, aunque detrás del Gitano, y en viendome, amusgò las orejas, por el conocimiento, ò por el temor que me tenia. Espantè me de ver tan subita, y no esperada mudanza, y vi, que realmente era mi macho: mas no pude imaginar como le podia cobrar sin dár testigos, ò evidencia de como era mio, y assi no me arrojè à decir que era hurtado, y decia entre mi: Es posible, que sean estos Gitanos tan grandes embusteros, que en menos de veinte y quatro horas ayan hecho este macho de jalma, y le ayan disfrazado de manera, que me ha puesto en duda el conocimiento de él, y que lo ayan hecho mas manso, que una oveja, siendo peor que un tigre, y que no tenga yo modo para cobrarlo, manifestando mi justicia. Pero detuyeme un poco, y lleguè me

me con los demás à ver el macho, y alabandole, preguntè si era Gallego. Respondiò el Gitano: V.m. ceñor, à fee que sabe mucho de bestiaz, y ha conocido bien la bondad de loz mejorez quatro piez, que ay en toda la Andalucía. No ez Gallego, mi ceñor, cino de llezcaz, que alli lo troquè por un quartago Cordovèz, y aqui traygo el teztimonio. Serà levantado, dixè yo entre mi, y junto con esto lo mostrò. Ofreciòfeme traza para cobrarlo facilmente, y llegueme à un hidalgo, à quien vi que todos respetaban, que era de los antiguos criados de aquella casa, llamado Angulo, y le dixè: Señor, este macho me han hurtado estos Gitanos, y aunque trae jalma, es de filla: y aunque parece que traen testimonio, es falso. A lo qual me dixò el hidalgo: Mire señor Estudiante, que conocemos este Gitano de muchos tiempos acá, y nos ha tratado siempre verdad. Pues agora, respondi yo, no la trata, y haciendo V.m. las diligencias que yo le suplicarè, se verà con evidencia la verdad que tengo dicha, y V.m. està inclinado à comprarlo, porque le parece manso, siendo peor que un demonio. Pues paede ser fingida, preguntò el hidalgo, aquella mansedumbre, y bondad? Si señor, respondi yo, porque lo han emborrachado: y no ay bestia tan feròz, ni mali-

cioso, que echandole de grado, ò por fuerza, una azumbre de vino en las tripas, no se amanse mas que una oveja: y por esto haga vueffa merced lo que yo le suplicarè, y saldrà de este engaño, viendo que el macho es malicioso, y que es mio. Y lo primero digo à V. m. que se lo lleguen à comprar, y digale esto, y esto, hablandole algo al oïdo, è informandole de todo lo conveniente. Fueffe el hidalgo despues de bien informado al Gitano, y mirando al macho, le dixò: Yo estoy muy contento de esta bestia, y la comprarà, si tuviera filla, y freno, porque teago de hacer un viage muy largo. El Gitano se holgò mucho de ello, y traxo luego la filla, y freno, diciendo, que era el mayor caminador del mundo, y que por pensar que para el campo se venderia mas presto, le avia puesto la jalma. En viendo el hidalgo la filla, y el freno, hallò que conformaba con las señas que yo le avia dado, y haciendo lo que yo le avia dicho al oïdo, llevòlo à su casa, assegurado à los Gitanos, que lo queria probar: y tuvo lo, hasta tanto que se gastaron los humos del vino, encerrado en su casa. Hecho esto, llamò al Gitano, y dixole, que subiesse en el macho, y caminasse un quarto de legua fuera del Pueblo. Subiò aunque era muy fuelto, con mucha difi-

cultad, por la poca seguridad del macho, que gastada la suavidad del vino, tornò à su ruin natural, y caminando como un viento, en saliendo de las casas, con la misma furia que llevaba diò consigo, y con el Gitano en tierra, y cogiendole una pierna debaxo, se rebolcò de manera, que fue bien necessaria la ligereza del Gitano, para que no se la quebrasse. Acudiò aquel hidalgo desengañado yà de la bellaqueria, y le dixo riendose: Què desgracia es esta Maldonado? Señor, dixo el Gitano, como està holgado, y mal herrado, se echa con la carga: y riendose mas el hidalgo, dixo: Pues alzadle los pies, y veamos si ha menester herradura. Alzòle un pie, y diòle una patada en el carrillo izquierdo, con que le dexò señalada la herradura, y los clavos, y le dixo el hidalgo: Mal se conoce lo que no se ha criado, hermano Maldonado, si vos huvierades tratado, y conocido esta bestia, ni os engañarades, ni nos engañarades. En lo ageno dura poco la possession: ibades con aquel refràn: **Quien no te conoce te compre.** Por què pensabades que os preguntò el dueño si era Gallego, sino porque como tal os avia de dar la coç que os diò: vos queriades herrarlo, mas èl no os errò à vos: cogisteis ayer el macho, y queriades oy venderlo? **huelgo-me de saber que tambien sois Ni-**

gromantico, pues desde ayer aveis venido de Illescas. Señor, dixo el Gitano, yo hice como Gitano, y su merced ha de sufrir como Cavallero: bien echè de ver, que este señor sabia de bestias. Descubierro el hurto con la evidencia possible, me dieron mi macho, y me aviè camino de Malaga, passando por Luzena, donde llegando un poco tarde, reposè, y comi un bocado, y pensando llegar aquella noche à Benamexi, cuyo camino yo no sabia, partime con la relacion que me dieron. Las leguas son mas largas de lo que yo pensaba, el camino estava lleno de lodo, porque la noche antes avia llovido muy bien. Yo por priessa que me di con mi macho, me ancheciò una legua antes de llegar à un riachuelo, que està entre Lucena, y Benamexi. Hallème confuso, por ser la noche obscura, y caminar sin guia, y sin encontrar à quien preguntar por el camino, que era Domingo en la noche, quando todos los Labradores està en sus casas. Al fin poco à poco (muchas vezes tropezando, y algunas cayendo) lleguè al rio, y en passando no hallè camino por la otra parte, por una costumbre que tienen los Labradores en aquella tierra, que es para desviar los caminantes, que no les entren por el sembrado, cabar por aquella parte por donde suelen hacer sendas

Los caminantes. Saliò del rio mi macho lo mejor que pudo , y echò à mano derecha por un cerro que tenia muchas fendas de ovejas , ù de cabras. Llegò à lo mas alto que pudo , y estaba tan empinado el cerrillo, que en acabandose la fenda, ni pude ir adelante , ni bolvèr atrás. Vime en un gran peligro , porque si queria baxar con el pie derecho, avia de rodar por la sierra abaxo , hasta llegar à un arroyo salado , donde quando bien libràra, llegàra la cabeza llena de chichones. Roguèle al macho con mucha humildad, que me hiciesse merced de estarse quedo , mientras baxaba al revès ; pero al tiempo que le mandè que bolvièsse por la fendilla que avia subido , èl iba tan cansado , que se echò , y en echandose , como el cerro estaba tan empinado, rodò hasta el arroyo salado , yo bolvi por la fenda, hasta llegar al arroyo , y fui à mi desdichado macho , y lo mejor que pude ayudèle à levantar , que estaba tan molido, que fue menester animarle con sopa en vino , y llevandole del diestro lo mas poco à poco que pude, fui considerando; que todo aquello me sucedia por no aver tenido respeto à la Fiesta, caminando , y haciendo el viage que se pudiera hacer otro dia; que al fin , como las Fiestas son para dàr gracias à Dios , y no para hacer jornadas, no puede

aver quietud para hablar con Dios de espacio. Que trabajan- do en los dias que la Iglesia tiene dedicados para Dios , no solamente no aumenta el provecho, pero por mil caminos viene el daño , como me sucediò esta noche , que yendo con mi macho à mano izquierda por una laderra arriba, yendo yo à la parte de abaxo por animarlo , deslizò , y cogiòme debaxo : aunque no fue mucho el daño , porque pude facilmente salir , y dandole sopa en vino pudo subir, hasta que descubri en lo alto del cerro un cortijo, donde me lleguè con toda la humildad del mundo: y aunque di muchos golpes , no me respondian , porque avia mucha gente, que se avia juntado alli aquella noche , por ser dia de Fiesta. Al fin di tantos golpes , que me respondiò un mozo ; y diciendole con la necesidad que venia , respondiòme, que me fuesse en hora buena : y tornandò à llamar, acudiò el Aperador del cortijo , que en todas sus acciones pareciò ser muy hombre de bien; y abriendome la puerta acudiò à mi necesidad, y al canfancio de mi macho , y dixome: Perdone vueffa merced, que por estàr dando voces sobre una serilla de higos, que estos mozos me avian hurtado , no pude responder tan presto. Pues si no es mas que por esso , dixè yo , no le dè pena , que yo le dirè quien se la

hurtò. Angel ferà V.m. respondió èl, y no hombre si me dice esso. Dexème reposar, dixè yo, y se lo dirè. Descansè un rato, y mi macho cenò lo mejor que pudo: yo cenè un muy gentil gazpacho, que cosa mas sabrosa no he visto en mi vida, que tanto tienen las comidas de bueno, quanto el estomago tiene de hambre, y de necessidad. Fuera de que el azeyte de aquella tierra, y el vino, y vinagre, es de lo mejor que ay en toda la Europa. Aviendo cenado, y estando todos los mozos al rededor, le dixè al Aperador: Este dornajo en que avemos cenado, ha de descubrir el hurto de los higos. Dixo uno entre dientes: Aun sería el diablo la venida de el Estudiante. Pedile al buen hombre un poco de azeyte, y almagra, y sin que los mozos lo viesse, untè el fuelo de el dornajo con una mezcla que hice de el azeyte, y almagra, y pedile un cencerro de las bacas, y poniendolo debaxo del dornajo, dixè con voz, que lo oyeron todos (aviendo puesto el dornajo mas adentro, donde estaba el pajar:) Passen todos uno à uno, y den una palmada en el fuelo de el dornajo: y en passando el que hurtò los higos, sonará el cencerro. Fueron todos uno à uno, y diò cada uno su palmada en la almagra, y no sonò el cencerro, que es lo que todos esperaban. Llamèlos a todos, y dixè-

les, que abriesse las palmas de las manos, las quales tenían todos enalmagradas, sino era el uno de ellos: y así les dixè à todos: Este gentil hombre hurtò los higos, que porque el cencerro no sonase, no osò poner la mano en el dornajo. El se parò colorado como un escaramujo, y los demás estuvieron toda la noche rebentando de risa, y dandole matraca, y el Aperador muy agradecido de aver hallado sus higos, y yo muy contento de el buen acogimiento: y por el buen hospedage dexè dos cuchillos damasquinos, con que por poco le corta las orejas al ladron de los higos.

DESCANSO XVII.

A Viendo descansado aquella noche, lo que parecia que bastaba para los trabajos de mi macho, fui à rogarle, que se animasse, y gruñendo alzò la pata, y al mismo tiempo dile un palo, con que se le acordò el trabajo pasado. Sossègòse luego, y echèle la silla; caminè à Benamexi, que estava muy cerca; y aunque quise passar sin que me viesse el Señor de Benamexi, el bellaco del macho se arrojò en su casa, y fue forzoso descansar allí un rato. Al fin, por abreviar el cuento, lleguè à Malaga, ò por mejor decir, parème à vista de ella en un alto, que llaman la cuesta de

de Zambará. Fue tan grande el consuelo que recibí de la vista de ella, y la fragancia que traía el viento, regalándose por aquellas maravillosas huertas, llenas de todas especies de naranjos, y limones, llenas de azahar todo el año, que me pareció ver un pedazo de parayso; porque no ay en toda la redondéz de aquel Orizonte, cosa que no deleyte los cinco sentidos. Los ojos se entretienen con la vista de mar, y tierra, llena de tanta diversidad de arboles hermosísimos, como se hallan en todas las partes que producen semejantes plantas, con la vista del sitio, y edificios, así de casas particulares, como de Templos excellentísimos: especialmente la Iglesia mayor, que no se conoce mas alegre Templo en todo lo descubierta. A los oídos deleyta, con grande admiración la abundancia de los pajarillos, que imitándose unos à otros, no cesan en todo el día, y la noche su dulcísima armonia, con un arte sin arte, que como no tienen consonancia, ni dissonancia, es una confusión dulcísima, que mueve à contemplación del univèrsal Hacedor de todas las cosas. Los mantenimientos abundantes, y substanciosos para el gusto, y la salud. El trato de la gente muy apacible, afable, y cortésano, y todo es de manera, que se pudiera hacer un grande libro de las ex-

celencias de Malagá, y no es mi intento reparar en esto. Negociè à lo que venia en aquella Santa Iglesia, de donde se pueden sacar muchos sugetos para Obispos, y Oidores, y para gobernar el mundo: entre los quales hallè un Prebendado amigo mio, hombre bien nacido, de grandes, y superiores partes, muy digno de estimarse, apasionado, porque sin razon le ofendian las ausencias, hombres, que por ningun camino podian correr parejas con èl. Que de la misma manera, que la envidia no se halla, ni se cria, sino en pechos olvidados de la buena educacion, y partes, así acomete siempre à los que las poseen, y resplandecen en actos de ciencia, y virtud. Que les parece, que reconocer superioridad, y ventaja à quien se la tiene, es perder el derecho que tienen à la descortesia, à quien se crian subordinados, por falta de buen entendimiento, y sobra de mala voluntad. Quexabase, que aviendo hecho grandes bienes à un hombre, que siempre avia tenido pocos, ò ningunos, y aviendole librado de cosas, de que èl por ningun camino tuviera trazas, ni modo para librarse, no solo no le agradecia, pero buscaba caminos por donde pudiesse obscurecer las buenas obras recibidas. Vilo con determinación de bolver la oja, y vengarse de èl por la mejor via q̄ pudiesse: pero

atajéle con advertirle , que arrepentirse del bien que avia hecho , no cabe en animos nobles. Pues hacer mal , dixé , à quien hicistes bien , arguye poca firmeza , y constancia en el valor del animo. Vengaros por Tribunales , es yerro notable , porque nunca las ofensas manchan , hasta que lleguen à tan miserable estado : especialmente , que si vos me decis , que es hombre desadornado de partes heredadas , ò adquiridas , que agradecimiento os ha de tener à vos , si no agradece à Dios averle puesto en el estado que no merecia , ni pensò merecer? Y preguntoos , quien hizo mal , èl , ò vos? Respondiòme : Claro està , que èl. Pues enojese èl , dixé yo , que hizo tan gran maldad , como no agradecer : que vos ; que no hizisteis mal , no tenéis de que sentirnos , sino de que estàr muy contento. Y no queráis desmerecer con Dios la buena obra que hicisteis. Consolòse de manera , que si avia sido mi amigo hasta allí , por este consejo creció mucho mas la amistad. Y realmente , la quietud del animo no admite alteraciones advenedizas de pechos , è intenciones , en quien se assienta mal la paz , y tranquilidad del alma. Hanse de huír semejantes reencontros , por el mejor medio que fuere posible. Y si es forzosa la comunicacion , como sucede en Comunidades , usar de

ella en solo aquello , que no puede escusarse , llevando siempre por guia la justicia , y la verdad , de manera que los que viven con cuidado de hallar en que tropezar , se corran , y confundan : y quando no sucediere , como se desea , y como seria razon , à lo menos quedara muy seguro en su conciencia , y desapaisionado , quien assi lo huviere hecho. Que el hombre constante , y de animo quieto , à si propio se ha de temer , y guardarse de si , mas que de los contrarios. Si le ofenden con razon , calle por si propio , y enmiendese de la culpa : y si le murmuraren sin ella , consuelese , viendo que està libre de calumnia. De fuerte , que por todos caminos , el silencio es refugio , y acogida de los agravios con malicia. Pero tornando à lo primero , por que pensais , le dixé , que dicen ordinariamente : Nunca falta un Gil que me perfiga? Que no dicen un Don Francisco , ni un Don Pedro , sino un Gil : es , porque nunca son perseguidores , sino hombres baxos ; como Gil Manzano , Gil Perez. Ni para verdugos , y comitres buscan , sino hombres infames , y baxos , enemigos de piedad , bestias crueles , sin respeto , ni verguenza , inclinados à perseguir à la gente , que ven levantarse en actos de virtud , como este miserable de quien os quexais. De estos la comuni-

DESCANSO XVIII.

cacion , por ningun camino es buena , porque no son capaces de hacer bien , ni pueden dexar de hacer mal : lo qual se ataja , no conociendolos , para que no lo hagan. Pues fuele passar , dixo , por cerca de mi sin quitarme el sombrero. Eſſo , dixe yo , ò ſerà por deſcuido , ò por deſcortesia. Si por deſcortesia , enojeſe , como tengo dicho , conſigo propio , porque ha hecho mal , y no os enojeis vos por los pecados del otro , que fue deſcortès , y mal criado. Que vos no os aveis de alterar , no aviendo cometido culpa : y ſi lo hace por deſcuido , conſigo trae la diſculpa ; porque los que caen en eſta inadvertencia , no podemos juzgar ſi vãn penſativos , ò ocupados por imaginaciones de negocios , que pueden ſuceder por muchas coſas , è inculpados , de que no podemos ſer juezes , ni tener ciencia , ni rãzon de ſentirnos , y alterarernos. Y en eſto de las cortesias , no tenemos de que enfadarnos. Lo uno , porque el no uſarla con nosotros , no es por culpa nueſtra. Lo otro , porque quien dà , no dà mas de lo que tiene , y quien no tiene cortesia , no es mucho que no la dè : y la regla general es , que en ninguna manera avemos de tomar aſſiduo de lo que no ſucede por culpa nueſtra , que los deſcorteses ſu caſtigo tienen acercade quien los conoce.

SAliendo de Malaga , me parè entre aquellos naranjos , y limones ; cuya fragancia de olor con gran ſuavidad conforta el corazon , y puſeme à mirar , y conſiderar la excelencia de aquella poblacion , que aſi por la influencia del Cielo , como por el ſitio de la tierra , excede à todas las de Europa en aquella cantidad , que ſu diſtrito abraza. Y eſtando en eſta contemplacion , vi venir àzia mi una coſa , que parecia hombre ſobre una mula , hablando entre ſi à ſolas , con movimiento de brazos , menços de roſtro , y alteracion de voz , como ſi fuera hablando con alguna docena de caminantes. Bolvi la rienda à mi macho , picandole con toda la prietiſſa poſſible , antes que pudiesſe llegar à mi , porque le conoci la enfermedad , que para huir de un hablador de eſtos , querria tener , no ſolamente pies de galgo , pero alas de paloma : y ſi ellos ſupieſſen quan odioſos ſon à quantos los oyen , huirian de ſi propios. Que la loquacidad , fuera de ſer enfadoſa , y caſada , deſcubre facilmente la ſiaqueza del entendimiento , ſueña como vaſo vacio de ſubſtancia , y manifieta la poca prudencia del ſugeto , y tiene tan buena gracia con las gentes , que

jamás son creídos en cosas que digan; porque aunque sea verdad, và tan derramada, ahogada, y desconocida entre tantas palabras, como el olor de una rosa entre muchas matas de ruda. Son estos habladores como el elecho, que ni dà flor, ni fruta: son el raudal de un molino, que à todos los dexa fordos, y siempre èl està corriendo. No ay toro suelto en el cofo, que tanto me haga huir, como un palabrero de estos: y en resoluciòn, no ay buen rato en ellos, sino quando duermen, como me sucediò con este, que por mucha priesa que me di à huir, me alcanzò, y saludò, como el verdugo, por las espaldas; y apenas le huve respondido, quando me preguntò adonde iba, y de donde era. A lo primero le respondi, mas à lo segundo no me diò lugar à que le respondiesse; y prosiguiendo me dixo: Preguntado de donde es V. merced: Porque yo soy del Reyno de Murcia, aunque mis padres fueron Montañeses, de un linage que llaman los Collados. A lo menos no callados: mirèle mientras iba hartandose de hablar, (si pudo ser) que tenia razonable cuerpo, y talle, aunque era con un gran defecto, que era zurdo, y queria parecer derecho. Que aunque la fealdad del zurdo es grande, tengo por peor la del que disfrazado quiere disfra-

zar la falta natural: porque arguye doblèz, y artificio en lo interior de la condicion, y siendo este genero de hombres tan conocidos por este defecto, como los euaucos por el de las barbas, así quieren persuadir, à que no lo son, como estorros, à que no han llegado à edad de barbar: y los unos, y los otros, con querer negarlo, ò dissimularlo, dan à entender, quan grande falta es, pues la niegan. Este buen hombre, jugando de una, y otra mano, y arqueando las cejas, que tenia grandes, con dos rayas entre ellas profundas; ojos, aunque no pequeños; cerrados siempre que hablaba, como si con los ojos se oyera, y todo el rostro acabronado, quiero decir, libre, alto, y desvergonzado, dixo mil disparates: à que yo nunca estave atento, porque le conocí luego. Contò valentias fuyas, à las quales yo estuve tan atento, como à todo lo demàs: de fuerte, que nunca me diò lugar para responder à lo que me avia preguntado, hasta que aviendo andado dos leguas, como de tanto hablar avia gastado la humedad del cerebro, labios, y lengua, en una venta, que la llaman del Pilarejo, pidiò un jarro de agua, y en comenzando à beber, le respondi à su pregunta, diciendolo: De Ronda. Quitòse el jarro de la boca, y dixome; Huelgo-

me (pórque voy àzia allà) de llevar tan buena compañía. Tornò el jarro à la boca, y mientras acabò de beber, le dixè: Antes es la peor del mundo, porque no hablarè palabra en todo el camino. Esta virtud del silencio, dixo, tiene V. merced? Serà prudente, y muy estimado de todo el mundo, que del poco hablar, se conoce la prudencia de los sabios, que es una virtud con que un hombre assegura los daños, que por su causa sola pueden venir. Yo no soy amigo de hablar: quando dan tormento à alguno, si no habla, ni confiesa, lo tienen por valeroso, por aver callado lo que le avia de dañar. En un banquete, los callados comen mas, y mejor que los otros, y hablan menos, porque oveja que vala, bocado pierde, aunque yo no soy amigo de hablar. El sueño, tan importante para la salud, y vida, ha de ser con silencio. Quando alguno està escondido (como suele suceder) en casa agena, por callar se salva, aunque se le salga algun estornudo. Que el silencio es virtud sin trabajo, que no es menester cansarse con libros para callar. El callado està notando lo que los otros hablan, para darfelo despues en cara. Yo no soy amigo de hablar. Con estos disparates, y otros tan materiales, iba alabando el silencio, y cansandome à mi; y profi-

guiendo con su inclinacion, dixo: Yo no soy amigo de hablar, sino por entretener en el camino à V. m. que me parece hombre principal, voy aliviando el cansancio. Yo busquè mil invenciones para libratme de èl, y seguir mi camino à solas; pero no fue posible dexarlo, y al fin le dixè: Señor, yo tengo necesidad de apartarme à la mano izquierda, y passar este rio, porque tengo que hacer en Coin. Pues por tan desconversable me tiene V. m. dixo èl, que no le avia de acompañar? El prosiguiò, y como no salió bien lo primero, fuime divirtiendome con los ruiseñores, que nos daban musica por el camino, admirandome de ver con quanto cuidado se vàn poniendo delante de los hombres, para que oygan la melodía de su canto: à vezes llevando el canto llano con la quietud del thenor, y luego con la disminucion del tiple, combidando al contrabaxo à que haga el fundamento, sobre que vàn las voces, saliendo à vezes sin pensar con el contra alto. Concierto no imitado de los hombres, sino enseñado à los hombres, à quien sirven con gran cuidado de darles gusto, pues en la orilla de aquel rio, y en qualquiera parte que los aya, tanto con mas excelencia usan de su armonía, quanto mas cerca se hallan de los hombres. Con esto pude dis-

simular, y sufrir algun tanto la gotera, y continuacion de este impertinente hablador, hasta que llegamos à una venta, donde fue forzoso comer. En acabando, yo me hize enfermo, por quedarme sin èl, mas èl dixo: Juntos salimos de Malaga, juntos avemos de llegar à Ronda, que como yo callaba, y èl hablaba quanto queria, le parecia bien para compania. Vime cansado, arajado, y molido; porque aunque confieso de mi, que se usar de la paciencia en muchas cosas, se que no la tengo para oir hablar mucho, y prolixamente, y asi me determinè à usar del remedio contra los habladores, que es hablar mas que ellos. En acabando de comer el buen hombre, estendiendo los brazos con un gran bostezo, comenzò à decir: Por aqui passò el Rey Don Fernando, y su gente, quando despues de ganada Ronda, vino sobre Malaga: y aviendole faltado los mantenimientos, por los muchos gastos que se le avian recrecido, y por aver acosado à los Pueblos circunvecinos, con los continuos reencuentros, trazas, y estratagemas, de que avia usado por ganar à Ronda, estuvieron dos, ò tres dias los Soldados sin recibir mantenimiento, por donde pensaron perecer de hambre. Yo le atajè con gran furia, diciendo: Y aun yo me acuerdo, que lo oir contar à mi

visabuelo, que avia traído de la campiña de los Pueblos circunvecinos de Christianos de Ronda, una gran manada de ganado de cerda, de que agora ay mas abundancia, que en toda España, para mantenimiento del Real: como se huviesse acabado yà todo el ganado bacuno, y quedassen algunos cochinos, mandò el Rey Catholico, que le guardassen una docena de ellos, y que por ningun camino tocassen à ellos, por ser grandes, y largos, para casta. Como los Soldados, gente sin paciencia, se veian perecer de hambre, y la provision que esperaban se tardaba; aunque estaban atrincherados, y cercados de enemigos de toda la Hoya de Malaga, donde por fuerza avian de vivir con recato: vieron dos, ò tres camaradas, que se avian desmandado los puercos àzia la espesura de estos arboles, por la ribera del rio, que como llevaban seguridad, y salvoconducto, nadie tocaba à ellos. Acudiò un Arcaucero de la camarada, y por entre las ramas le encerrò dos valas en el cuerpo à un cochino de aquellos. Arma, dixeron todos, arma, enemigos, arma. Pufose todo el Real en arma, los Soldados arrastraron el puercò àzia su tienda, y metieronlo entre la ropa de un baul. Acudieron à todas las partes, por donde se podia temer flaqueza, ò

peligro; porque en semejantes ocasiones, ninguno, sino las centinelas, puede disparar arcabuz: y como hallaron seguridad, mandóse, que se hiciesse pesquisa por un Sargento mayor, á donde, y por qué se avia disparado el arcabuz: echóse de ver, que avia sido por la muerte del cochino. Los tres Soldados, con los pies borraron el rastro de la sangre, y embolviéndole entre sus vestidos, y camisas, lo encerraron en el suelo del baúl, que le sirvió de sepulcro, hasta que llegó el Sargento mayor, y informándose de tienda en tienda, llegando á la de los Soldados, y negando ellos lo del cochino, llegó el Sargento mayor á mirar detrás del baúl, y en meneandolo, el cochino, de lo entrañable de las tripas, en contrabaxo dió un profundo gruñido, porque no era muerto, y segundó con otro mas recio. El Sargento mayor, que se enteró en el caso, y padecia tanta hambre como ellos, mirólos sin hablar palabra. Ellos erizado el cabello, temblandoles las manos, y confuso el rostro, quando entendieron que los avia de ahorcar, ó hacer otro castigo muy grave. El Sargento mayor, poniendo el dedo en la boca, les dixo: Embienme mi parte, y comamos todos. Con mucha disimulacion tornó á su pesquisa de tienda en tienda, y quando lle-

gó la suya, halló entre unos trapos sucios la parte del cochino, que le pareció que avia venido del Cielo. Entonces, dixo el hablador: Pues á proposito de esto contaré, y al momento atájele con decir: Pues no paró aqui, ni he contado la mitad del cuento, y diciendo mil disparates, semejantes á los pasados, lo rendi de manera, que cogió su mula, y se fue camino de Alora, sin despedirse, y yo me quedé en la venta de Don Sancho, descansando de lo mucho que avia hablado, y avia sufrido hablar, que con ser el medio con que se entienden los hombres unos con otros, la demasia destruye el buen fin, para que fue concedido á los hombres, y no á los demás animales: la comunicacion del hablar, y la dulzura de la lengua, que tantas excelencias tiene, que esta es el interprete del alma, satisfactora á lo que le preguntan, exortadora al bien, consoladora en el mal, relatora fiel de las sentencias, medianera en las amistades, agradable para el oído, en la soledad compañera, declamadora para persuadir, y voz para comunicarnos. Dexo otros muchos provechos, que aunque son materiales, son muy necesarios, como es traer la lengua el mantenimiento de una parte á otra, para que si está muy caliente, se temple: y si

está frío, se caliente, y baxe al estomago, de manera, que lo abrace bien. Mas qué asquerosa, y babosa fuera la boca, si no huviera lengua, que recogiera la saliva, que sin licencia se destila del cerebro, y sube del estomago? Cómo se pudiera arrancar la fíema del pecho, sino ayudara la lengua? Quien negará la gracia que tiene para pedir, y la desgracia para despedir? Maravillosas propiedades tiene para lo material.

DESCANSO XIX.

Pero quien, ó cómo, podrá decir las calidades de la lengua, aunque ella propia tuviese su libre alvedrio, sin tener dependencia de otra parte, para hablar de sí? Dicen algunos, que es de hechura de hierro de lanza, y engañanse, porque ni es tan ancha por lo ancho, ni tan puntiaguda por el remate. A mi me parece que tiene hechura de cabeza de culebra: y quien quisiere advertir en ello, veala mirandose à un espejo, y hallará lo que digo: verá el facil movimiento que tiene, mas veloz que todos los demás miembros del cuerpo, como de su movimiento propio se alarga, y se encoge, se ensangosta, y ensancha, con qué ligereza sirve à lo alto de la boca, y baxa à lo baxo, y se mueve al un labio, y al otro, como sale

à fuera, y buelve à dentro, sin ver con que se alarga, ni adonde se encoge; y mirandola con todos estos accidentes, parece vivora que está à la boca de su cueva, para salir, ó no salir. Y en fin sale, teniendo en su guarda, y defensa los dos adarves de dientes, y labios, que le estorvan la libertad del hablar; pero no por esto dexa de hablar quanto le mandan, y algunas vezes mucho mas de lo que le mandan. Vicio infame, y que ordinariamente se halla en gente muy humilde, como pescaderas, y lavanderas: y si son hombres, son semejantes en nacimiento, y costumbres, que si pensassen quanto importa, para la quietud de la vida, y la seguridad de la muerte, antes querrian ser mudos que hablar tanto, y tan mal. Mil vezes he pensado, por qué llaman à estos destenguados, teniendo tan larga la lengua. Y dexadas otras razones, digo, que como hablan tanto, y tan mal, parece que han de tener la lengua gastada, y consumida de hablar: y por esto les llaman destenguados, siendo lenguados, y aun acedias, pues tantas engendran en quien los sufre. Y dixé que parece la lengua cabeza de culebra, porque tan dispuesta se halla para picar, ó morder, como para alabar, ó persuadir. Mas quan dulce cosa es decir bien! Qué de amigos se tragean por ello, y qué

què de enemigos por lo contrario. En quantas pesadumbres suceden en el mundo avria templanza, y moderacion, si lo huviesse en la lengua, que por ella se travan quantas pependencias suceden en las Comunidades, ò Cabildos. Què facil cosa es conceder una verdad, y què dificultoso contradecirla! Pues al fin no se ha de dà razon conveniente para derribarla. El contradecir la verdad, por salir (como dicen) cada uno con la suya, bien se echa de vèr que es estimarla en poco, y su misma reputacion: que aunque por algunos respetos le dexan salir con su intencion, al fin todos echan de vèr la vanidad que sustentaba, y èl queda corrido, y arrepentido; y à todos los que se aprovechan mal de la lengua, les viene luego el pesar al pie de la obra. Tristes de aquellos que ponen su justicia en la confianza de su ruin lengua, que si por esse camino la alcanzan, toda la vida passan con escrupulo, y la muerte sin restitucion. (quizà me engaño) Todas las heridas que un hombre dà con el brazo, paran alli donde se recibe el daño. Si ofende con la pisada, no passa de alli el daño. Pero la herida que hace la lengua (como dice el doctissimo Pedro de Valencia) và cundiendo, y estendiendose de la misma manera, que el movimiento que hace una piedra en un charco de

agua, que à todas partes se và estendiendo, ò como la voz que se dà al ayre, que à todas partes corre, y và creciendo: que la palabra una vez echada, no sabe bolverse à su dueño, ni es señor de lo que pudo retener en si, y lo dexò ir. Lllaman satyrico de pocos años à esta parte, al que tiene ruin lengua: mas impropriamente, que no tiene lo uno parentesco con lo otro: porque las satyras no nacen de la ponzoña de la lengua, sino del zelo de reprehender un vicio, que por ser insensible èl en si, se reprehende en quien lo tiene. Mas la hambre, y sed de la ruin lengua, no tiene discurso, como el que compone la satyra: y si lo tuviesse, ò espacio para pensar los inconvenientes, no se arrojaria tan facilmente contra la honra del proximo. Aquel Philosopho, que preguntandole qual era el animal mas ponzoso en la mordedura, respondiò, que de los bravos el maldiciente, y de los mansos el lisonjero: no declarò qual se llama verdaderamente lisonjero, que realmente la lisonja es una mentira, dicha con blandura en alabanza del presente: como si à un hombre ignorante le llamassen sabio, ò à la muger fea la llamassen hermosa. Esta es realmente adulacion, y conocida lisonja, y es grande maldad decirla, y mayor ignorancia contentarla; pero no se llamarà

lisonja à la muger que es medianamente hermosa, y parece bien, llamarla muy hermosa; ni al hombre que tiene razonable talle, decirle que es gentil hombre; ni lo ferà al que canta à gusto de quien le oye, decirle que es un Orfeo; ni al que es muy razonable Poeta, decirle que es un Horacio, que algo se ha de añadir, para que los animos se alien-ten à passar adelante con los actos de virtud; porque si la honra es el premio de la virtud (como lo es) cómo sabrà el virtuoso la opinion que tiene en el Pueblo, sino se lo dicen en su cara, y le animan, para que prosiga en merecer mas, y mas cada dia? Así, que decirle bien de si propio al que tiene en que fundarlo, no es lisonja, sino dexarlo sabroso, para que no cesse en su buen proposito; y el que lo dice, sabiendo decir, se acredita de afable, y de juez que conoce lo que se debe à las buenas partes. Quien ferà tan inhumano, que tenga por lisonja decirle à Lope de Vega, que no ha avido en la antigüedad mas excelente ingenio por el camino que ha seguido? Ni tan bruto, que porque el otro sabe echar quatro pullas con donayre, diga que es gran Poeta? Todos estos son oficios de la lengua, que si es como la de aquel hablador, todo lo destruye, y todo lo daña, así solapando el mal, como des-

acreditando el bien, porque en la demasia es imposible haber los actos de justicia, y mas si el hablar mucho cabe en una muger ignorante, y hermosa, que para un hombre de recogimiento, y estudio, hace mas ruido, y ocupa mas en una casa, que un corral de docientas gallinas. El hablar mucho està lleno de mil inconvenientes, y pocos habladores, ò ningunos he visto enmendados, porque quanto mas viven, y duran, crece mas la licencia del hablar, y el parecerles que lo pueden hacer. El hablar con moderacion regala el oido, cria voluntad, y amor en quien lo oye, y hace una armonia en el oyente, que no ay quatro voces concertadas, que así lo suspendan. Mas que fuera de la musica de voces, sino huviera lengua que pronunciara las sylabas, y formara los puntos? Parecieran los Musicos bacas en acequias, ò azudas en procession. Y aunque yo use mal del precepto que doy en hablar poco, no puedo dexar de condenar un genero de gentes, que en comenzando à hablar, son como rueda de cohetes, que hasta que ha despedido toda la polvora, no para. Son descorteses, sino oyen lo que les responden, y se hacen odiosos à todo el mundo. Hase de hablar lo necessario, respondiendo, y dando lugar à que se responda con silencio justo, ò ajustado con la conversacion, si pu-

DESCANSO XX.

pudiere ser con agudeza , y donayre: si no , à lo menos con cordura, moderacion , y aplauso, no pensando que se lo han de hablar todo. Como divinamente hace Doña Ana de Zuazo , que usa de la lengua para cantar , y hablar con gracia, concedida del Cielo para milagro de la tierra. O como Doña Maria Carrion, que sino fuera con tantas ventajas hermosa, con sola la cordura, y gracia de su lengua , pudiera ser estimada en el mundo. No quiero traer en consecuencia de esto à los grandes Oradores , como es el Maestro Santiago, Pico de Oro , al Padre Fray Gregorio de Pedrosa, el Padre Fray Placido Tosantos, y el Maestro Ortenso, divino ingenio, el Padre Salablanca , tan semejante en la vida à la excelencia de sus palabras : y otros excelentissimos sujetos , que parece que hablan con lenguas de Angeles, mas que de hombres. Pero para reprehender el mucho hablar , he yo hablado demasado , por persuadir à quien tiene esta falta , que se reforme en ella. Aquella noche descansè en un Pueblo que està cerca del camino , que llaman Cazarabonela, abundantissimo de naranjas , y limones, con muchas aguas, y frescuras, aunque al pie de muy
altas peñas.

Por la mañana tomè el camino por entre aquellas asperezas de riscos , y arboles muy espesos, donde vi una estrañez, entre muchas que ay en todo aquel distrito, que nacia de una peña un gran caño de agua , que salia con mucha furia àzia fuera, como si fuera hecho à mano, mirando al Oriente , muy templada , mas caliente que fria , y en bolviendo la punta del peñasco, salia otro caño correspondiente à este , muy helado , que miraba al Poniente : en lo primero el romero florido , y à dos passos aun sin hojas: y todo quanto ay por ai es de esta manera. Unas zarzas sin hojas, y otras con moras verdes , y poco adelante con moras negras. Todo quanto mira à Malaga muy de Primavera : y quanto mira à Ronda muy de Invierno , y asì es todo el camino. Por entre aquellos arboles muy lleno el camino de manantiales , y aguas , que se despeñan de aquellas altissimas breñas , y sierras, por entre muy espesas encinas, lentiscos, y robles : y como folo, imaginando en las estrañas cosas que la naturaleza cria , quando sin pensar di con una transmigracion de Gitanos, en un arroyo que llaman de las Doncellas, que me hiciera bolver atrás, sino me huvieran visto , porque se me

representò luego las muertes que sucedian entonces por los caminos, hechas por los Gitanos, y Moriscos: como el camino era poco usado, y yo me vi solo, y sin esperanza, que pudiera pasar gente, que me acompañara, con el mejor animo que pude, al mismo tiempo que ellos me comenzaron à pedir limosna, les dixè: Estè en hora buena la gente. Ellos estaban bebiendo agua, y yo los combidè con vino, y alarguèles una bota de Pedro Ximenez de Malaga, y el pan que traia, con que se holgaron; pero no cessaron de hablar, y pedir mas, y mas. Yo tengo costumbre, y qualquiera que caminar solo la debe tener, de trocar en el Pueblo la plata, ò oro, que ha menester para el espacio que ay de un Pueblo à otro; porque es peligrosissimo sacar oro, ò plata en las ventas, ò por el camino, y trayendo en la faltriquera menudo, saquè un puñado, con que les di, y reparti limosna (que nunca la di de mejor gana en toda mi vida) à cada uno como me pareció. Las Gitanas iban de dos en dos en unas yeguas, y quartagos muy flacos, los muchachos de tres en tres, y de quatro en quatro, en unos jumentillos coxos, y mancos. Los bellacones de los Gitanos à pie, sueltos como un viento, y entonces me parecieron muy altos, y mem-

brudos, que el temor hace las cosas mayores de lo que son: el camino es estrecho, y peligroso, lleno de raizes de los arboles, machos, y muy espesos, y el macho tropezaba quanto podia: dabantè los Gitanos palmadas en las ancas, y à mi me pareció, que me las querian dar en el alma, porque yo iba por lo mas baxo, y angosto, y los Gitanos por los lados superiores à mi, por veredillas, entredadas con mil matas de chaparros, y lentiscos, que cada momento me parecia, que me iban yà à pegar: y en medio de esta turbacion, y miedo, yendo mirando con cuidado à los lados, moviendo los ojos, sin mover el rostro, llegó un Gitano de improviso, y asió del freno, y la barbada del macho, y queriendome yo arrojar en el suelo, dixò el bellaco del Gitano. Yà ha cerrado mi ceñor. Cerrada, dixè yo entre mi, tengas la puerta del Cielo, ladron, que tal susto me has dado. Preguntaron si lo queria trocar, y aviendome atribulado del trago pasado, y de lo que podia suceder: mas considerando, que su deseo era de hurtar, y que no podia echarlos de mi, sino con esperanzas de mayor ganancia, con el mejor semblante que pude, saquè mas menudos, y repartiendolos entre ellos, dixè: Por cierto, hermanos, si hiciera de muy buena

na gana, pero dexo atrás un amigo mio Mercader, que se le ha cansado un macho, en que trae una carga de moneda, y voy al Pueblo a buscar una bestia para traerla. En oyendo decir Mercader solo, macho cansado, carga de moneda, dixeron: Vaya tu merced en hora buena, que en Ronda le serviremos la limosna que nos ha hecho. Piqué al macho, y le hize caminar por aquellas breñas, mas de lo que él quisiera. Ellos quedaron hablando en su language de gerigonza, y debieron de esperar, ó azechar al Mercader, para pedirle limosna, como suelen: que si no usara de esta estratagemina, yo lo passaba mal. Sabe Dios, quantas vezes me pesó de aver dexado la compañía del hablador, quando hablara mucho, y me enfadara, mas al fin no me pusiera en el peligro en que estuve. Que realmente para caminar, por enfadosa que sea la compañía, tiene mas de bueno, que de malo, y aunque sea muy ruin, la puede hacer buena el buen compañero, no comunicandole cosas que no sean muy justas. Y para tratar de lo que se ofrece à la vista por el camino, es buena qualquiera compañía. Que bien nos dió à entender Dios esta verdad, quando acompañó un brazo con otro, una pierna con otra, ojos, y oídos, y los demás miembros del cuerpo

humano, que todos son doblados, sino la lengua, para que sepa el hombre, que ha de oír mucho, y hablar poco. Iba bolviendo el rostro atrás, para ver si me seguian los Gitanos, que como eran muchos, podian seguirme unos, y quedar se otros; pero la misma codicia que cebó à los unos, detuvo à los otros, y así me dexaron de seguir. Llegué al Pueblo, mas cansado que llegara, si no fuera por miedo de los Gitanos. Despues vi en Sevilla castigar por ladron à uno de los Gitanos, y una de las Gitanas por hechicera en Madrid; pero despues que estuve sossegado, y sin alteracion, se me representó en aquellos Gitanos la huida de los hijos de Israel de Egypto. Iban unos Gitanillos desnudos, otros con un colete acuchillado, ó con un sayo roto sobre la carne: otro ensayandose en el juego de la correguela. Las Gitanas, una muy bien vestida, con muchas patenas, y ajorcas de plata; y las otras medio vestidas, y desnudas, y cortadas las faldas por vergonzoso lugar: llevaban una docena de jumentillos coxos, y ciegos, pero ligeros, y agudos como el viento, que los hacian caminar mas que podian. Dios me ofreció, y deparó aquella estratagemina, porque los Gitanos eran tantos, que bastaban à saquear un Pueblo de cien casas. Reposé, y comí en

aquel Pueblo , y à la noche lle-
guè à Ronda , donde hallè à mis
Mercaderes muy deseosos de
verme , y muy adelante en su
trato. Lo que alli me passò, no
es de consideracion , porque en
una feria tan caudalosa, son tan-
tos los enredos , trazas , hurtos,
y embelecos que passan , que pa-
ra cada uno es menester una his-
toria. Yo no iba à tratar , ni à
contratar , sino à negocios de
mis estudios , y visitar mis pa-
rientes ; pero serviles à los Mer-
caderes de gomecillo , para mos-
trarles algunas cosas muy nota-
bles , y dignas de ver , que tiene
aquella Ciudad , assi por natura-
leza , como por artificio , como
es el edificio famoso de la mina,
por donde se proveia de agua
siempre que estava cercada de
contrarios. Esta Ciudad fue edi-
ficada de las ruinas de Munda,
que agora llaman Ronda la Vie-
ja , Ciudad , donde tan apretado
se viò Cesar de los hijos de
Pompeyo , que confiesa el mis-
mo , que siempre peleò por ven-
cer , y alli por no ser vencido.
Està edificada sobre un risco tan
alto , que yo doy fee , que ha-
ciendo Sol en la Ciudad , en la
profundidad que està dentro de
ella misma , entre dos peñas ta-
jadas , estava lloviendo en unos
molinos , y batanes , que sirven
à la Ciudad , de donde subian
los hombres mojados : y pregun-
tandoles de que , respondian, que

llovía muy bien entre los dos
riscos , que dividen la Ciudad
del Arrabal. Digolo à fin , que
quando esta Ciudad se edificò,
por la falta que avia de fuentes
arriba, les fue forzoso hacer una
mina , rompiendo por el mismo
risco hasta el rio , que no ay en
toda ella cosa , que no sea de la
misma dureza de la piedra , en
que ay quatrocientos escalones,
poco mas , ò menos , por donde
baxaban por agua los miseros
esclavos cautivos , en el qual
trabajo morian algunos : y se
tiene por tradicion antigua, que
una Cruz que yo he visto al me-
dio de la escalera , la hizo un
Christiano (que del mismo tra-
bajo rebentò) con la uña del
dedo pulgar , tan honda , que
fuera menester mas que punta
de daga para hacerla. Es de la
misma grandeza de rayas , que
un Christo que està en la Iglesia
antigua de Cordova , hecho por
manos de otro Santo Cautivo , y
con el mismo trabajo. Algunos
han dicho , que tan insigne obra
no pudo ser hecha , sino de Ro-
manos. Pero ay en contrario
una piedra grande , que està
en el fundamento de la torre,
que llaman del omenage , que
està escrita de letras latinas , y
estàn bueltas àzia abaxo , que si
supieran leerlas , no las pusieran
al rebès. Fuera de que las calles
son todas angostas , y las casas
que se heredaron de la antigue-
dad

dad baxas, muy fuera de la coltumbre de los Romanos, y Españoles. Sea como fuere, el edificio de la mina es hecho con mucho trabajo, y cuidado, y de las mas memorables obras, que ay de la antigüedad en España, y que esta Ciudad fuesse edificada de las ruinas de Munda, en mil piedras que alli ay se echa de ver, y en algunos idolos que ay: entre los quales son excelentes dos, que ay muy maltratados, de alabastro, en las casas de Don Rodrigo de Ovalle, en que agora vive, heredadas de sus padres, y abuslos, à quien yo conoci: y aunque yo no hago officio de Historiador, no puedo dexar de decir de passo, que engañado Ambrosio de Morales, por la semejanza del nombre, dixo que Munda avia sido un lugarcillo edificado à las faldas de Sierra Bermeja, que se llama Munda, que si huviera visto esta tierra, no lo dixera. Porque à lo que dice Paulo Hircio, que ay desde Ossuna à Munda, concierta esta verdad; y con estar vivo oy el Coliseo grande, y que muestra aver sido Colonia de Romanos, que yo vi año de ochenta y seis. Junto con esto, me acuerdo, que oí decir à Juan Luzón, Cavallero de muy gentil entendimiento, y buenas letras, y à un hidalgo, nieto, y hijo de Conquistadores, que se llamaba Cardenas, que en un

cortijo fuyo, que està en el mismo sitio de Munda, arando unos gayanes, hallaron una piedra en que estaban estas letras: MUNDA IMPERATORE SABINO. Junto con esto, lo oí decir à mis abuelos, que eran hijos de Conquistadores, y tuvieron repartimiento de los Reyes Catholicos. Y esto digo, porque como se van acabando los que lo saben, quede esta verdad asentada para la posteridad. Tiene aquella Ciudad naturalmente cosas, que se pueden ir à ver, por monstruosas, de muchas leguas, por la estrañeza de aquellas altas peñas, y riscos. Es abundantissima de todo lo necessario para la vida, y assi salen pocos hombres de ella para ver el mundo; pero los que salen, assi para soldados, como para otras profesiones, prueban muy bien en qualquiera ministerio. Y porque no hago officio de Historiador, passo facilmente por estas verdades. Yo mostrè à los Mercaderes lo que pude, y los dexè con intento de ir à las Indias Occidentales.

DESCANSO XXI.

YO negociè à lo que iba, y vine à Salamanca, donde estuve hasta que se hizo una Armada en Santandèr, de donde fue General Pedro Melendez de Avilès, Adelantado de la Florida, muy gran Marinero, que por

fer para navegar, se la encomendaron. Yo con el deseo que tenia de ver mundo, desamparè los estudios, y me acogí en compañía de un amigo Capitan, que iba haciendo gente para la dicha Armada, que quien viera la gente, que se juntó en ella de Andalucia, y Castilla, juzgara que para todo el mundo bastaba; pero como la mano de Dios lo gobierna todo, y sin su incomprehensible voluntad, ni el poder de los Reyes, ni el valor de los Generales, ni la furia de los grandes Soldados es bastante para derribar la flaqueza de un miserable hombre, tuvo infelicissimo fin aquel poderoso Exercito: no en batalla, porque no llegó a esse punto, sino que se cundió una enfermedad en los Soldados, de que casi todos murieron sin salir del Puerto. Embarcóse lucidissima gente, moza, y robusta, con muy grandes esperanzas, que el gallardobrio les prometia. Yo me embarque en una zabra, con la Compañia en que fui, aunque con diferente Capitan, porque hubo reformation, y de este segundo fui yo Alferéz en Armada, de quien se dixo: Desdichada la madre, que no tuvo hijo Alferéz. Era Almirante Don Diego Maldonado, Cavallero de bonissimo gusto, en cuya gracia yo caí, y en su desgracia nunca, por cuyo respeto me dió su van-

dera el segundo Capitan. Diéronme unas tercianas dobles, que andaban fuera, y dentro de la mar: y como nunca las cosas, por poco prosperas que sean, se poseen sin embidia: dió en tenerla de mi un hidalguete de la misma compañía, que traía ocho, ó diez camaradas, que procuraban con grandes veras derribarme del oficio de Alferéz; pero quanto mas ellos ocasiones me daban para su intento, tanto mas me apartaba yo de tomarlas; porque puesto un hombre en ellas, mal sabe resistirse: y no ay remedio tan excelente para huir los males, como no aceptar el embite de las ocasiones, particularmente en la edad robusta, que yo entonces tenia, que aunque no era muy mozo, era muy colerico, y la enfermedad me hacia andar desgraciado. Por apartarme de este hidalguete, me estuve en tierra algunos dias, sin entrar en el Navio, que todo esto se ha de hacer por evitar pesadumbres: y una huespeda mia me curaba las calenturas, con darme a beber vino de Rivadavia con suciedad de ratones, que los enfermos todo lo creen, como vaya en orden de darles salud. Como yo era fogoso, mas se encendian las calenturas, y mas se encendia el odio del embidioso: de suerte, que por su causa me mandaron, que fuese al Navio: hize

hizelo, y aun estando con mi calentura, y como èl estaba puesto en su malicia, determinò con sus camaradas (con quien el pobre gastaba lo poco que tenia muy bien) de darme la ocasion à manos llenas. Yo sabía nadar, y èl no, fue tanta la ocasion, que me obligò à responder, estando èl, y sus camaradas al bordo del Navio, me desmintiò. Ofreciòseme de improvifo, si le daba un bofeton, que me ponía en peligro que los camaradas me diesen de puñaladas: y así, sin hablar palabra me abrazè con èl, y me arrojè en la mar, y dándole quatro cozes, donde los camaradas no podían ayudarle, echèlo à fondo, y dando dos braceadas, asime al bordo de la chalupa. El pobre, aviendo tragado algunos quartillos de agua, saliò àzia arriba, y lo primero que encontrò con que asirse, fue una pierna mía, que agarrò tan fuertemente, que con muchas cozes que le di con la otra, no fue posible hacer que la soltase. Los bellacones, en cuyo favor, y animo èl se avia fundado para atreverse, en lugar de favorecerle à èl, y à mi, estaban al bordo del Navio pereciendo de rifa, de verlo asido de mi pierna, y à mi asido de la chalupa. Yo di voces à los Marineros (porque èl no podía hablar) que echassen un cabo: echaronle, y baxaron dos de ellos, y

como si fuéramos dos atunes, dieron con nosotros en la chalupa, aunque à mi solo me estorbaba para salir, no dexar el otro mi pierna; pero èl, como se viò en elemento que no conocia, saliò medio ahogado: subidos arriba, le dieron al otro ciertas cozes en la barriga, con que vomitò el agua mala, y yo me enjugùè de la que avia cogido en el vestido: de suerte, que para la vida le aprovechò mas al pobre una pierna del enemigo, que doce brazos de sus amigos, que ordena el Cielo de manera las cosas, que las amistades, y favores, fundados en malos intentos, no aprovechen para el mal fin. Nadie se fie en lo que no fuere suyo, que es facil el prometer ayuda, y dudoso el darla, que cada uno en la ocasion mira su daño, y no la obligacion en que le pusieron. Dabale offadia el desprecio mio, con el favor de los otros, y en esse mismo desprecio hallò la vida, que por el favor tuvo en duda. Yo con mi determinacion deshize mi agravio, auyentè la calentura, y di que reir à toda la Armada. En confianza de ageno favor, nadie se atreva à hacer cosas mal hechas. Supolo el Adelantado, que riyo mucho de ello. Vino à vernos el Almirante, por saber que avia sido conmigo la pesadumbre, y diciendo con grandissima gracia:

Estas

Estas amistades passadas por agua, y hechas por Neptuno, yo como Almirante las confirmo: y pues saben, señores Soldados, que debaxo de vandera no ay agravio, al que lo hicierse le daràn tres tratos de cuerda, y al que lo sufriere le tendrà por muy honrado Soldado, considerado, y cuerdo. Regalò al medio muerto de temor, y à mi me llevò à comer consigo, diciendo mis disparates à quantos encontraba del Armada, que fue tan desdichada, que de casi veinte mil Soldados, que se embarcaron muy gallardos, solos trecientos quedaron de provecho, que llevò el Capitan Vanegas adonde le mandaron, que no bastò la diligencia del Conde de Olivares, Excelentissimo Ministro, capáz para gobernar un mundo, discreto, sagaz, y sabio en todas materias. Murio allí el Adelantado, y otros grandes Ministros de su Magestad, con que aquella gran maquina se acabò de deshacer. Yo dispare como los demás, que quedaron à reparar la salud con la convalecencia: que realmente todos los que no murieron, cayeron enfermos: y entendiòse, que se hizo algun daño en los mantenimientos. Sali de Santander, y tomè mi derrota por Laredo, y Portugalete: lleguè à Vilbao, donde me siguiò mi fortuna, como suele. Aunque no

iba muy recio, ni convalecido, llevaba algunas galillas de Soldado: y como aquella armada avia dado tan grande tronido, todos gustaban de ver Soldados de ella. Las mugeres particularmente, como mas noveleras, fallian à ver qualquiera Soldado que venia. Estando en una Iglesia en Vilbao, puse los ojos en mi una Vizcayna muy hermosa, (que las ay en extremo, de lindisimos rostros) yo correspondi de manera, que antes que falliesse, dixo, despues de aver hablado un gran rato, y dado, y tomado sobre cierta inclinacion, que tenia de venir à Castilla, que passase aquella noche por su casa, y que hiciesse una seña. Yo la dixe, que señas ordinarias son muy sospechosas, y asì, que en oyendo el ruido de un gato, se pudiesse à la ventana, que yo seria. Tuvelo en cuidado, y à las doce de la noche, quando me pareciò que no avia gente, fui arrimado à una pared, que hacia sombra, y con mucho silencio me puse en un rinconcillo, que estaba debaxo de su ventana, donde por la sombra no podia ser visto, y entonces hice la seña gaituna, à cuyo ruido se alborotaron los perros, y un jumento saltò su contralto. Andaba de la otra parte un hombre rambien haciendo hora, y como oyò al gato, y los perros, estando yo muy atento à la ventana, à ver si se assomaba,

cogió una piedra, y dixo en Vas-
cuence: Valga el diablo los ga-
tos, que han venido à alborotar
los perros, y jugando del brazo,
y piedra, tirò à bulto donde avia
oído el gato, y diòme en estas
costillas una pedrada, pensando
de espantar el gato. Callè, y lle-
vè lo mejor que pude mi dolor,
con que me quitò la atencion de
la ventana, y aun el amor de la
moza; porque me acordè, que
Dios lo avia permitido, por el
poco respeto que avia tenido en
la Iglesia, concertando en ella,
lo que avia de ser ofensa suya,
que en los lugares sagrados el te-
mor, y la verguenza, han de ser
freno, para no hacer semejantes
atrevimientos, que si los Tem-
plos son para ofrecer à Dios sa-
crificios, y pedirle mercedes; co-
mo las concederà, teniendole po-
co respeto en su Casa? Y quien no
tiene temor, y respeto en seme-
jantes lugares, arguye animo
desvergonzado; porque el temor
del hombre viene à redundar en
honra de Dios, y quien no lo
tuviere, tampoco vendrà à tener
fortaleza. Nadie siga mugeres en
la Iglesia, pues ay harto espacio
para verlas fuera, que se han vis-
to muy grandes castigos en hom-
bres que no han tenido respeto à
los Templos, y muy grandes
mercedes en quien ha tembla-
do de hacer descortesias en
ellos; y no solamente en la
verdadera Religion, pero aun en

el culto de los falsos dioses, ha
permitido el verdadero muy
grandes males en los tales; por-
que ya que engañados del demo-
nio piensan que vãn acertados,
son sacrilegos en lo que tienen
por bueno. Retirème por el mal
sucesso, y porque las cosas que
se han comunicado poco, no dãn
mucha pesadumbre en dexarlas;
pero como ella tenia gana de ve-
nir à Castilla, tuvo modo para
emiarme à decir con una ami-
ga suya, tan cerrada en la lengua
Castellana, como yo en la Viz-
cayna, que yà que no queria pas-
sar por su casa para hablarla, me
fuese à la salida de Vilbao para
Vitoria, que alli me hablarian.
Y los hombres, que en Pue-
blos no conocidos, y de cuyas
costumbres no tienen noticia, se
atreven à hacer su voluntad, me-
recen verse en el peligro en que
yo me vi. No ay confianza que
no estè sujeta à algun peligro:
y es grande ignorancia tenerla
en lo que no se tiene experien-
cia. Quien dice en Castilla Viz-
cayno, dice hombre sencillo,
bien intencionado; pero yo creo,
que Vilbao, como cabeza de
Reyno, y frontera, ò costa, tie-
ne, y cria algunos sugetos vaga-
mundos, que tienen algo de be-
llaqueria de Valladolid, y aun
de Sevilla: Yo fui al puesto un
poco tarde, y hallè à la señora
Vizcayna con una amiga, ò com-
pañera suya: fuimonos hablan-
do,

do, y à rãtos, ella cantando en Vafquence, porque la otra no sabia palabra en Castellano; y con la materia que ella iba tratando de su ida à Castilla, divertimonos de manera, que nos anocheció algo lexos de la Ciudad. Bolvimonos, y llegando à un molino, encontramos quatro hombres perdidos, que salian de una taberna, no de sidra, sino de muy gentil vino, que las ay por aquellos molinos arriba. Y viendo con un Castellano dos Vizcainas, gobernãronse por sus cabezas, como estaban entonces, pusieronse dos de ellos de un lado, y dos de otro, y puesta mano à sus espaldas, me comenzaron à acuchillar: yo no fui señor de mi, porque de la una parte estaba un cerro muy alto, y de la otra una pared bien alta, que baxaba à un càz de un molino. Las Vizcaynas huyeron, y yo hize todo quanto fue posible por cogerlos delante, por verme con ellos mejor: pero los bellacos eran matantes, y sabian como se avia de hacer una bellaqueria. Yo, visto que por fuerza avia de pelear, no pudiendo tomar la delantera, ni subir por el cerro, ni por los lados, arremetì con los dos, para cogerles la delantera, y al mismo tiempo todos juntos cerraron conmigo, y me arrojaron en el càz de aquel molino, y fue tan cerca del rodezno, que la corriente furiosa del

agua me llevaba à hacer pedazos, sino me asiera à una estaca, ò maderilla, que estaba hincada (aunque poco fuerte) cerca de la puerta que arajaba el agua para que fuesse al rodezno: pero era tan cerca de el, y la estaca poco fuerte, que se doblaba con el peso, y yo me iba acercando mas à perdicion: los bellacos se fueron figuiendo las mugeres, en viendome caído abaxo, y como los peligros tan improvisos carecen de consejo, yo no le tenia para valerme: la estaca se iba rindiendo, y yo llegando àzia el rodezno. Bolvi el rostro àzia el lado izquierdo, y vi un arbolillo pequeño, que se criaba de la humedad del agua, que pensè que tuviera mas fuerza que la estaca, mas no tenia fortaleza; porque la corriente no hiciese su oficio, fui cobrando espiritu, dexè la mano derecha en la estaca, y alarguè la izquierda al arbolillo, y pude asirlo de una rama. Repartido el peso entre las dos, aunque no podia resistir à la inmensa furia del agua, por estàr casi llegando con los pies al rodezno, pude mejor sustentarme, pero no bolver arriba, hasta que sacando la pierna izquierda, que estaba mas arrimado aquel lado que al derecho, topè en la paderilla con una piedra, en que pude estrivar muy bien, y haciendo fuerza con ella, ayudandome de la de los brazos,

zos , mejorème hasta poder
asir el madero, en que estaba asi-
da la puerta del desaguadero, y
encomendandolo à la mano iz-
quierda, saqué con la derecha
la daga, y metiendo el brazo de-
baxo del agua, apalanqué con la
daga, y alce la puerta tanto, que
se coló la mitad del agua, y se-
gundando, como pude, con toda
la mano derecha la levantè de
manera, que con la misma futia
que iba al rodezno, toda el agua
se despeñò por su natural cor-
riente, con que yo pude valerme
de mis pies, y subir por toda la
azequia, asiendome à las estacas
que ayudaban à la presa del mo-
lino; y como el que ha resucitado
de muerte à vida, sin capa, y espa-
da, ni sombrero, iba mirando si
era yo el que se avia visto en
tan evidente peligro; iba cor-
riendo por aquellos molinos aba-
xo, como el que se avia soltado
de la carcel, por llegar presto
donde me alentasse, y mudasse el
vestido, porque no se me en-
trasse aquella humedad en las
entrañas. Los que me encon-
traban me hablaban en Vas-
cuence, debian de preguntar si
estaba loco, yo no respondia pa-
labra, por no me poner à res-
friar. Quando llegué à mi posada
llevaba la muñeca de la mano
derecha mas gorda que el muslo,
del golpe que avia dado. Estuve-
me en la cama ocho, ò diez dias,
restaurando la bateria que avia

hecho en mi el espanto de la ya
tragada muerte, que fue el ma-
yor peligro de los que yo he pas-
sado, por ser con quien no sabe
hablar, sino hacer, y callar. Ad-
mirème de ver, que entre gente,
que tanta bondad, y sencillez
professan, se criassen tan grandes
traydores sin piedad, justicia, y
razon. En el tiempo que estuve
en la cama, me tomaba cuenta à
mi propio diciendo: Señor Mar-
cos de Obregon, de quando acà
tan descompuesto, y valiente?
Que tiene que ver estudio, con
bravezis? Muy bien guardais las
reglas de vivir que os enseñò
vuestro padre. No os acordais,
que el primero precepto que os
diò, fue que en todas las accio-
nes humanas tomassedes el pulso
à las cosas, antes que las acomet-
tiessedes? Y en el segundo, que si
las acometiades, mirassedes si po-
dia redundar en ofensa ajenas? Y
el tercero, que con vos mismo
consultassedes el fin que pueden
tener los buenos ò malos princi-
pios? Muy bien os aprovechais
de ellos: mas que bien parece
passar de Estudiante à Soldado,
professions tan honradas, y des-
pues de Soldado à Molinero, y no
à Moliacro, sino à molido? Que
poca pena le diera al bellaco del
rodezno hacerse verdugo, y
desquartzarme! Tentabame mis
piernas, y mis brazos, y como
los hallaba (aunque cansados)
buenos, daba mil gracias al ben-

dito Angel de la Guarda , que èl por su bondad , es la prudencia de los hombres , que la nueſtra no baſta para librarnos de los trabajos , y aduerſidades : pero baſtara para no ponernos en ellos , ſino que ſe adquiere eſta divina virtud tan tarde , y con tanta experiencia de trabajos , y vejez , que quando les viene à los hombres , parece que ya no la han menefter. Y la juventud eſtà tan llena de variedades , y mudanzas naturalmente , que apetece mas arrojarſe à la fortuna , y fuerte , que obedecer à la providencia. Y conieſſo , que la poca que yo tuve , me traxo à punto de perecer miſerablemente , donde avia de ſer manjar , aun no de pezes , ſino de guſarapos , ſino era que los perros del molino querian hacer algun banquete , antes que viniera à noticia del amo. Yo paſè mi trabajo lo mejòr que pude , y pude muy mal , porquè en la ſoldadeſca no avia mucho dinero , aunque ſe hacen en ella los hombres experimentados , para eſtimar la paz , y animoſos para exercitar la guerra.

DESCANSO XXII.

SAli de Vizcaya , echandole mil bendiciones , lo mas preſto que pude , por llegar à Vitoria , donde hallè un gran Cavallero , amigo mio , que ſe llama-

ba Don Felipe Lezcandò , y èl me hoſpedò , y regalò de manera , que pude repararme del trabajo paſſado ; y por no dexar de verlo todo , fui de alli à Navarra , ſiendo Condeſtable de ella un hijo del gran Duque de Alva , Don Fernando de Toledo ; pero con gran cuidado de no arrojarme à coſa que no fueſſe muy bien penſada ; porque como en cada Reyno , Ciudad , y Pueblo , ay diuerſas coſtumbres , el que no las ſabe , con vivir bien , y quietamente , cumple con la obligacion natural ; y con aquel primer documento que me diò la aſticion del molino , procurè valerme ſiempre , ſino era quando me olvidaba de èl , que como mozo tropezaba de quando en quando , principalmente en aquellas coſas , que ſolà la edad puede madurar. Quanto mas , que es tan poderoso el hacer coſtumbre en las coſas , que ellas miſmas ſe facilitan con el uſo : y quando no repugnan à la razon , no ſe han de dexar , ſino pide otra coſa la fuerza. Al fin me valì por Navarra , y Aragon de manera , que adquirì muchos amigos. Y en llegando à Zaragoza , Ciudad , y Cabeza del antiguo Reyno de Aragon , que entonces tenia no tan buena fama , como mereciera , hallè tantos amigos , y tan buenos , que mas pareci natural , que foraftero en el amor que me tenían : pero yo fui ſiempre

pre con cuidado de no mirar à ventana (que son zelosísimos los de aquel Reyno) ni tomar pedumbre con nadie, ni asir de palabras de poca importancia, que es de donde se travan las enemistades, y odios. Honróme en su casa por el tiempo que allí estuve, un gran Principe, muy amigo de musica, y de todos los actos de ingenio, ò virtud, honrandome, y acudiendome à las necesidades de naturaleza: y fue tanto el favor que me hizo, que me divertí mas de lo que fuera razon, en juegos, que hasta entonces no avia dado en ellos, que fue bastante para distraerme, y dár en aquel vicio, que me traxo mas inquieto. Que como en Palacio la ociosidad es tanta, y el exercicio en letras, y uso de las ciencias, tan poco favorecido, di en lo que todos daban. Vicio contra caridad, lleno de ira, insolente en el que gana, y de humildad forzosa en el que pierde, y que arrastra de manera à quien lo sigue, que no le dexa voluntad para otra cosa. Qual antepone el juego à la honrra; qual dexa muger, y hijos perecer de hambre: y estos son daños muy ordinarios, que ay muchos que ni se pueden, ni se sufren decir. Un hidalgo de muy buen entendimiento se viò tan lleno de trampas por el juego, y tan sujeto à la costumbre, y convertido yà el uso en naturaleza,

que reprehendiendole su misma madre, y rogandole, que dexasse el juego, y ella le alargaria toda su hacienda. (que era no poca) respondió que estava como hombre que tiene atravesada una daga, y que vive mientras la tiene, y en sacandola muere, y que en quitandole el juego se avia de morir. Pero es tanta la golosina del que gana, y tan grande la desesperacion del que pierde, que ni el uno reposa hasta perderse, ni el otro vive hasta desquitarse. El uno se inquieta con la ganancia, el otro se ahoga con la esperanza de ganar, y ambos facilmente mudan estado; pero no mudan en el de costumbre, ni se puede creer el odio infernal, que tiene el que pierde con el que le gana, aunque mas, y mas disimule; parece que en aquel punto le falta el conocimiento de la primera causa, nacido de no poderse vengar de su enemigo: quien quisiere meter cizaña entre dos grandes amigos, haga que jueguen el uno contra el otro, que no ha menester mas fuerza el diablo, para hacerlos grandes enemigos: tal es la fuerza del odio que se cobra en el juego; que de muertes infames, hechas con supercherías, y trayciones, robos, y mentiras nacen del juego. No quiero que se me representen las cosas que he visto suceder en el juego, y por el juego: solo quiero decir, que es tan poderoso,

so, que un hombre que trata de recogimiento, ò por escribir, ò por leer, ò por otros actos de virtud: si juega una vez, y pierde, ha menester ayuda del Cielo para tornar à anudar el hilo, por donde lo avia quebrado. Yo me divertí en esta materia, y la di à entender à amigos que trataban de este infame exercicio, con uno de los quales me pasó una cosa muy vergonzosa para mí, y de rifa para quien la supo. Fue, que una noche me pidió, que le acompañasse, porque iba à hablar con cierta persona, y quiso llevarme, para que le guardasse la fuya. Yo me puse como de noche, con una espada, y broquel, unos calzones, ò zaraguelles de lienzo, un capotillo de dos faldas, y otras cosas de disfráz, con que fuimos adonde me llevó, que era una casa donde avia un poyo à la puerta. Dió las once el relox, y despues las doce, que era la hora que tenia aplazada, y dixome, que lo esperasse sentado en aquel poyo, que luego saldria. Sentème bien rellanado, y musitando entre dientes, comencè à entretener el sueño lo mejor que podia, que yà era hora de ello. El dia siguiente era solemnissimo de los Apostoles: oi las dos, y luego las tres, que el buen hombre no podia salir, porque hubo estorvo para ello: yo me caia de sueño, di en passearme, y rezar, entendiendo que aprove-

charia para no dormirme, siendo cosa que mas concilia el sueño, de quantas ay en el mundo. Tornè à sentarme, porque me cansaba de tanto passear; y como avia digerido yà la cena gran rato avia, por mas que me refresgaba los ojos con saliva, no pude valerme, hasta que no se como, ni de que manera, sin querer, me quedè dormido sobre el poyo, adonde estuve, hasta que rafiendo à Missa mayor el dia siguiente, con el ruido de las campanas de la fiesta, y de la mucha gente, passando unas señoras por alli, dixeron: Què bien lo ronca el cochino! y mandaron à un Escudero que me despertasse. Despertème, y alzando los ojos con un gran bostezo, vi el Sol en medio de la calle, y oyendo la armonia de las campanas, arreboçème un capotillo que llevaba, y di à correr, no àzia mi posada, sino àzia la Placeta de Medicis, siguiendome mas de trecientos pertos, y à la buelta de una esquina topè con un ciego, que llevaba una docena de huevos en el seno, y al mismo compàs que le toquè, bolví el baculo, y alcanzème en el ombro izquierdo, y como le destilaba lo amarillo de la tortilla, decian, que le avia quebrado la hiel en el cuerpo; y yà que con mi huida llegaba cerca de la casa donde me avia de acoger, con la priessa que llevaba, y

la que me daban los perros, tropecé, y tendime à la puerta de esta señora, tan buena de nacimiento, que aviendole yo embiado dos perdizes, para que se regalasse con ellas, las echò en una necessaria, porque venian tardeadas con tocino. Parece que con estas menudencias se defautoriza la intencion, que se lleva en este discurso; pero mirado bien, para esto mismo lleva mucha substancia, que aqui no se escriven hazañas de Principes, y Generales valerosos, sino la vida de un pobre Escudero, que ha de passar por estas cosas, y otras semejantes: y por reprehender una inadvertencia tan grande, como la que hizo aquel amigo, y la que hize yo. Llevar compania de noche quien vâ à cosa hecha, tengolo por yerro; porque si vâ adonde no tiene peligro, no ha menester llevar testigo de sus mocedades: y si vâ con sospecha de algun peligro, claro està, que no ha de querer infamar una casa, y por fuerza se ha de retirar, y para huir mas desembarazado, mejor vâ solo, que acompañado: porque al fin no lleva consigo quien diga que huyò. Y aunque es lo mas sano, y seguro, no hacerlo; si se hiciere, sea à solas, no acompañado: porque las amistades de hombres se acaban, y luego se revelan los secretos. Pues la fineza que yo usè en es-

perarle, y guardarle el cuerpo, quien dirà que no fue disparate? Passaban dos horas, y acercandose el dia, què necessidad tenia yo de ponerme à padecer tormento de sueño? Què fortaleza de Rey me avia mandado que guardasse, sino la que era de un hombre perdido, para ponerme à peligro de mas de la verguenza que passè? Quando se ha de poner un hombre à tan grandes riesgos, ha de ser por conocer un evidente peligro en alguna persona, de vida, ò de honra, ò por obedecer al mandamiento de algun gran Principe, ò Republica. Pero que me ponga yo à los sucesos de fortuna, por quien està muy contento, sin tener mas cuidado de mi cuerpo, que de su alma, tengolo por fineza impertinente. Què honra, ò hacienda perdiera yo, quando me fuera à tomar el reposo, y descanso, que naturaleza pide para su conservacion? Si me culpàra en averlo dexado, le preguntàra yo, si lo dexaba en alguna mazmorra, de donde lo podia sacar con la mano, ò si me dexò èl à mi en mi lecho reposado, ò si quedaba entre enemigos de la Fè, como quedaba entre enemigos de guardarla. Siempre oï decir, que el que fuere compañero en los trabajos, tambien lo ha de ser en los gustos; pero aqui la parte del trabajo era para mi, y la del gusto para èl. La conclusion es, que

tengo por yerro llevar compañia en semejantes jornadas , y por mucho mayor acompañar à nadie en ellas ; que si llama la compañia por pusilanime , lleva la vida jugada el que le acompaña , porque à la primera ocasion huye , y lo dexa en manos de enemigos , que èl no tenia , ni temia. Y mire cada uno , si le sucediere , que es participante del daño , que el otro hiziere en ofensa agena. Yo me reparè de vestido , y de sueño (aunque avia dormido lo bastante para un hombre de bien) en aquella misma casa donde lleguè , y adonde hallè un vecino suyo muy lleno de melancolia , y tanta , que me viò dar con mi persona en el suelo , con la espada à una parte , y el broquel à otra , no conocien èl accidente de risa , como en quantos me vieron caer , que una caída es ocasionada para mucho disgusto de quien la dà , y mucha risa de quien la vè. Con todo se llegó este buen hombre , estando yà puesto de rua en casa de aquella muger , amiga del tocino ; y pareciendole que yo estaba disgustado , llegó como à consolarse conmigo , diciendome , que todos los hombres del mundo padecen trabajos , y que èl estaba tan dentro de ellos , como todos quantos vivian en èl. Yo le preguntè , què eran sus males , que tan triste lo traian , porque

siempre he sido compasivo : y èl me respondió en una palabra : Zelos. Este mal tiene? le dixè yo , no quiero preguntarle , si son averiguados , ò si es sospecha ; pero quiero decirle , que es enfermedad de mozos de poca experiencia , que si la tuviessen , sabrian que los mismos tienen unos de otros. Y si advirtiessen , que el otro de quien yo los tengo , anda rabiando de ellos por mi : consolariame con su daño , y con verte padecer , y consumirse con un perpetuo desfossiego. Què mayor consuelo puedo tener yo , que ver à mis enemigos padecer , y reirme de ellos? Porque pensar , que una muger divertida en estos tratos , se ha de contentar con lo que uno le dà , es pensar , que un fullero ha de andar bien puesto con sola la ganancia , que hace à un cuitado. Los zelos tienen al diablo en el cuerpo del que los tiene , y parece que lo traen consigo , pues à nadie hacen mal , sino à quien los mantiene , y quanto mas se callan , mas crecen. Su remedio està en tan ruin fundamento , que con averiguar la verdad , ò se mueren , ò se halla ocasion para perderlos poco à poco , apartandose de quien los causa. Yo aseguro , que son mas de quatro los zelosos , sin saber unos de otros en esta misma ocasion , y crea que se usa esto. Si son zelos de la

muger propia , es agravio que se le hace , que la mas baxa muger del mundo, estima en mas la sombra de su marido , que à todo lo restante de el. Un Principe de esta Ciudad dixo muy bien quien son los zelos, y materia tan odiosa , no se ha de traer à la memoria , sino consolarse con lo que tengo dicho , de ver que padecen por mi , lo que yo padezco por otros: que han venido las mugeres à tan infelice estado, que han privado à su misma naturaleza del gusto , que ella les concediò , porque lo han puesto en solo hurtar , y robar las haciendas , fingiendo querer à los que de desean desollar, por solo igualarse en galas , à las que de su nacimiento , por herencia de patrimonio , nacieron nobles , y honradas , ricas , y principales, que les parece no ha de aver diferencia , y desigualdad en la tierra , de mugeres à mugeres, como en el Cielo la ay de Angeles à Angeles. He mezclado esta materia con essotra, porque de la perdicion de esto viene la comunicacion de muchos , para que todos anden zelosos: y con tener cada una su docena de Angeles de guarda, pasan por moneda corriente , y honrada. Despedi al buen hombre algo consolado , y fuime à mi posada, y dentro de pocos dias me fui à Valladolid , despues de aver visito à Burgos , y toda la Rioja,

Provincia fertil , de bonissimo temperamento , y que parece en algo al Andalucia.

DESCANSO XXIII.

EN Valladolid servi al Conde de Lemos Don Pedro de Castro , el de la gran fuerza, Cavallero de excelentissimo gusto, y bondad muy suya , sin la heredada , que era , y es , quando menos , descendiente de la sangre de los Juezes de Castilla, Nuño Raura y Lain Calvo, junta con la de los Reyes de Portugal. Entrè en su gracia , y hize muy poco , porque tenia el Conde un pechazo tan generoso, manso , y apacible , que con poca diligencia se entraba en las entrañas de quien le queria. Con todo no me hallè muy bien à los principios , porque me faltaba lo que es menester para servir en Palacio , que es decir con gracia una lisonja, salpimentar una mentira , traer con blandura , y artificio un servil chisme , fingir amistades , disimular odios , que caben mal estas cosas en los pechos ingenuos , y libres. Dexo à parte el rigor , y magestad de los porteros , que ordinariamente tienen una gravedad mas seca que sus personas , y ellos lo son tanto como sus palabras.

Aunque echè de ver , que lo que mas importa es, que en presen-

fencia del Señor el criado tenga siempre el rostro alegre, y en las cosas que le mandan; y aunque no se las manden, será menester ser diligente, y solícito, y cumplir cada uno puntualmente con su ministerio. En lo primero, que estraer el rostro alegre, mal lo puede hacer un melancólico; pero para esto ay un remedio, que es no ponerse delante del Señor, sino quando estuviere el criado de buen humor: que el alegría de los criados (fuera de hacer su negocio) ayuda à vivir al Señor; y si no la muestra, piensa que està disgustado en su servicio, y así durará poco con él. Aunque este Principe mostraba tan buen pecho con sus criados, que él mismo los obligaba à andar muy contentos, y servirle con muy apacible semblante; porque haciendo todo lo que podia, y tenía obligacion de hacer, los honraba, donde quiera que se hallaba. Y siempre en esta antiquissima casa han llevado, y llevan esta grandeza de animo, y cortesía, como se ha parecido, y parece en el que aora lo posee Don Pedro de Castro, que desde niño tierno descubrió tanta excelencia de ingenio, y valor, acompañado de ingenuas virtudes, que aviendolo puesto su Rey en los mas preeminentes oficios, y cargos que provee la Monarquia de España, ha saca-

do milagroso fruto à su reputacion, siendo muy grato à su Rey, muy amado de las gentes subordinadas à su gobierno, y muy loado de las naciones Estrangeras. Estando en esta casa, y en Valladolid, se descubrió aquel gran cometa, tantos años antes pronosticado por los grandes Astrologos, amenazando à la cabeza de Portugal. Huvo tan grandes juicios sobre ella, y algunos tan impertinentes, que dieron harto que reir, entre los quales huvo uno que decia, que las cosas grandes avian de decrecer, y las pequeñas avian de crecer: llegó este juicio al de un hombrerico pequeño, que tambien en esto lo era, que estaba muy mal contento de verse, con tan apartada presencia, que trayendo unos pantuflos de cinco, o seis corchos, aun no podia lucir entre la gente. Andaba siempre pulido, y bien puesto, enamorado, y bien hablado, y aun hablador, no sin afectacion. En las conversaciones procuraba, no que sus conceptos llegasen à igualarse con los otros, sino que sus ombros se ajustasen con los de la rueda, y como no podia ser, pensando que era la culpa de las agugetas, meneaba un lado, y otro, hasta que crugian todas. Pues como llegó à su noticia la interpretacion del cometa, que las cosas pequeñas avian de crecer, se le

le encajó, que se decia por él. Que facilmente nos persuadimos á creer lo que deseamos, aunque sea tan gran disparate como este. Dixerónle, que yo era Nigromantico, y que si yo queria podia hacerle dos, ó tres dedos, ó mas; pero que avia de ser muy secreto, porque no se supiesse que yo sabia tal arte diabolica. Passando por la Plaza, haciendo mi escuderaje, con los demás gentileshombres de casa, me señalaron con el dedo, para que me conociesse. Sin averme avisado los que le tornaban loco, se llegó á mi con una retorica bien pensada, ofreciendome amistad, hacienda, y favor para toda la vida, y el fin de todo fue decir: Yá V. m. vé el agravio que naturaleza hizo á un hombre de mis partes, en dár á tan altos pensamientos tan pequeño cuerpo: yo sé, que si V. m. quiere, puede suplir esta falta, con que tendrá un esclavo para siempre jamás. Effeno, dixeyo, solo Dios puede hacerlo, que es superior á la naturaleza; y si V. m. quiere crecer por los pies, pongase mas corchos de los que trae; y si del pecho arriba, con ahorcarlo crecerá tres, ó quatro dedos. O señor, dixo él, yá venia informado, que V. m. me avia de negar este bien, por amor de mí que se disponga á ello, y en lo demás corte por donde quisiere. Vialo tan rematado en su disparate, que lo hu-

ve de reducir á las obras de naturaleza, diciendole: Señor, vos váis tras un imposible, que no solamente no es hacedero, pero os tendrán por loco, quantos supieren que dáis en esse error. Las obras de naturaleza son tan consumadas, que no sufren enmienda: nada hace en vano, todo vá fundado en razon, ni ay superfluo en ella, ni falta en lo necesario: es naturaleza como un juez, que despues que ha dado la sentencia, no puede alterarla, ni mudarla, ni es señor yá de aquel caso, sino es que apelen para otro superior. En formando naturaleza sus obras con las calidades que les dá, yá no es señora de la obra que hizo, sino es que Dios como superior, quiere mudarla, si hace grande, grande se ha de quedar; si chico, chico se ha de quedar; si monstruo, así ha de permanecer. Ni ay para que cantarse nadie, pensando imposibles. A esto replicó, diciendo: Pues no es mas dificultoso hacerse un hombre invisible, y ay quien lo hace? No es, dixeyo, sino facilísimo, que con ponerse un hombre detrás de una tapia, queda invisible, ó encubriendose con una nube. Y vos os hareis invisible con solo poner delante de vos un mosquito. Gentil consuelo, dixo, he hallado, en quien pensé tener todo lo que he deseado toda mi vida. Qué consuelo ha de hallar, dixeyo,

quien quiere ir contra las obras de la misma naturaleza, que es la que nos representa la voluntad del primer movedor, y Autor de todas las cosas? que aunque criò à todos los hombres iguales, no fue en los actos exteriores, sino en la razon del alma. Y esta es la que hace al hombre superior à todos los demás animales, que no el ser grande, ò pequeño. Si naturaleza os huviera criado desigual de miembros, como aviendoos dado piernas de gozque, tener unos brazos de gigante, ò en esta carilla de mandragora os huviera puesto unas narizes trafuladas, pudierades os quejar, pero no enmendar. Mas al fin, si fois pequeño, fois tan bien hecho, y tan igual de miembros, que teneis las orejas mayores que los pies: y quien tiene andada la mitad para una de las mas importantes virtudes que resplandecen en los hombres; por que ha de buscar quien le haga crecer. Que virtud? preguntò el. La humildad; respondi yo, que para alcanzar tan divina virtud, teneis andada la parte del cuerpo, que parece que estais siempre de rodillas, y con humillar el animo, la tendreis alcanzada toda. Si nacierades en tiempo de los Gentiles, que se usaban transformaciones, la naturaleza de enojada con vos, por no contentaros con ella, y por soberbia os huviera transformado en renacuajo, por

humillar la soberbia del animo, y cercenar la cantidad del cuerpo. A todo quanto le dixè callò, y dixò por ultimo: Atengome à la significacion de la cometa, que dice, que los pequeños han de crecer, y los grandes han de disminuirse; pero yà que V. m. se ha holgado, dandome matraca, obligacion tiene de ponerme en estado, que no me la den otros: que quien sabe decir lo uno, sabrà hacer lo otro, y esso de ser humilde, guardelo para si, que yo tengo porque estimarme en mucho, que soy hijodalgo de parte de mi abuela, que antes que se casasse con mi abuelo, avia sido casada con un hidalgo muy honrado, y tiene oy la executoria de el guardada, y à buen recaudo. De fuerte, dixè yo, que de ai os viene la vanidad, y no querer ser humilde? Sereis como los que lucen, y se regalan con hacienda agena. Agora digo, que no me espanto, que seais soberbio, teniendo mucha razon de ser humilde, y rendiros à la humildad, virtud que jamàs tuvo emulos, ni embidiosos: que todas las partes que adornan à un hombre, padecen esta mala ventura, sino es la humildad, y la pobreza, tan aborrecidas de los hombres, y tan amadas del Autor de la vida: pero si la humildad nace del conocimiento de si propio, y esto os falta à vos, por que aveis de ser humilde? Yo
no

no vine, me dixo, à oír virtudes, fino à probar encantamientos, ò cosas sobrenaturales para conseguir mi intento. Fuese el buen hombre, y luego llegaron à mi quatro amigos de buen gusto, y no poca malicia, preguntando si avia venido à mis manos con aquella demanda: respondiles, que sí, y que lo avia defengañado de aquel disparate, y defalabramiento tan grande. Por vida vuestra, dixeron, que le hagamos una burla, porque es tan gran loco, que se persuade à que pueda crecer, y le sacaremos una muy gentil merienda, riendonos un rato à costa fuya. Effen, respondí yo, no lo haré por todas las cosas del mundo, porque burias de que puede resultar escandalo general, y daño particular, ni son licitas, ni se permiten por camino alguno. Sabed, dixeron, que es la misma avaricia, y miseria, y avemos dado en esto por hacerle gastar, que lo sentira en el alma. Si essa condicion tiene, dixé yo, no le sacarán de ella, aunque le hagan llegar à la giralda; que los avarientos, y los borrachos nunca se ven hartos de lo que desean, ni apagan la sed que traen. Acuerdome, que por hacerle gastar à un hombre ciertos maleantes, se pusieron à trechos, diciendole que estava enfermo, de suerte, que quando llegó al ultimo, yà lo estava de veras, por el caso que avia he-

cho la imaginacion, y fue menester llevarle à su casa medio muerto, y de quererle hacer burla tan pesada, nació el arrepentimiento tardio para todos ellos, y grave daño para el paciente. Y en este caso sería mayor, quanto es mas imposible la obra, que para persuadir una cosa, tan contra la misma naturaleza, se han de hacer grandes embelecos, y no pueden ser sin grande daño del pobre raton, que ni ve su cuerpo, ni conoce su ignorancia. Porfiaron todavia, que le hiciessemos un engaño, que pareciesse cosa de encantamiento. Quando esso se hiciesse, pregunté yo, quien quedará mas confuso, èl en recibir esse engaño (despues de descubierta la verdad) ò yo en aver sido autor de èl? En todas las cosas se ha de considerar el fin que pueden tener, y essa ficcion, y engaño, no puede estar mucho encubierta: y para mi tengo por mejor, y mas seguro el estado del engañado, que la seguridad del engañador: porque al fin lo uno arguye sencillez, y buen pecho, y lo otro mentira, y maldad profunda. Yo no puedo tragar una mentira, ni engaño, porque se arremete à dedorar la opinion de quien se tiene por hombre de bien. Las burias han de ser pocas, y sin daño de tercero, y tales, que el mismo contra quien se hacen guste de ellas. No sabe-

mos la capacidad de cada uno, que la burla llevadera para uno, será para otro muy pesada: y las burlas no se han de juzgar por malas, ó peores de parte de quien las hace, sino de parte de quien las recibe: y si él las tomare bien, serán de sufrir: y si las tomare pesadamente, serán pesadísimas. Dábanle matraca à cierto Ordenante, por una necedad que avia dicho, y quando estuvo harto de sufrir, dixo, que queria que pecasse mortalmente quien mas se la diese: que de burlas pesadas vemos cada dia resultar agravios, que no se pensaron. Este miserable no tiene talento para llevar una burla tan pesada como esta, que por fuerza lo ha de ser. Yo no me tengo de poner en esso, porque iria contra mi propria opinion, porque es injusto, y mal hecho: y no me espantarè del que se dexa engañar, por lo que desea; pero espantariame de quien le quisiere engañar, sin esperar de ello mas gusto, que hacer mal. Fueronse, y al fin le hicieron una burla muy pesada, dandome à mi por autor de ella. Pusieronle en estrecho de ayunar tres dias, con quatro onzas de pan, y dos de passas, y almen-dras, y dos tragos de agua, y primero le tomaron la medida de su cuerpo en una pared muy blanca, poniendo para señal de su altura un clavito pequeño, ó

tachuela. Hizo su dieta; unañ hermanas fuyas le fregaban los brazos, y piernas todas las noches, y mañanas, por consejo de los maleantes: preguntabanle las pobres, despues de cansadas: Hermano, para que hace esto? Y él les respondia: Barbaras, no os entrometais en las cosas de los hombres. Todos estos tres dias de la dieta, y las fricciones, se subia à una azotea en amaneciendo, y se ponía àzia el nacimiento del Sol, haciendo ciertas señales, que le avian mandado contra las nieblas de Valladolid, que él hizo muy puntualmente, como todo lo demás. Cumplidos los tres dias, y lleno el cerebro de nieblas, vino à los bellacones con tanta cara como una calavera de mandragora, que como estaba tan chupado, y flaco, parecia mas alto. Fue uno de ellos à la pared blanca, donde se avia medido, y mudò el clavito dos dedos mas abajo, y tapò el agujero con un poco de cera blanca, que era en la cereria recién hecha blanca, y muy lisa. Embiaronle à medirse, y como topò con el colodrillo en el clavito, quedò fuera de sí de contento, entendiendo, que él avia crecido lo que el clavo avia baxado. Vino con la boca llena de rifa, que parecia mico desollado, y fuesse à echar à los pies de quien le avia hecho crecer; ellos le dixerón, que callase.

Se, porque sino se descreciera lo crecido, y que lo dificultoso quedaba por hacer. El dixo, que aunque fuese baxar al infierno, lo haria por no descrecer. Pues no es menos, dixerón elios, y aquella noche le mandaron, que entre las once, y las doce de la noche entrasse en cierto aposento por un callejon muy estrecho, que estava debaxo de unas casas lobregas, y obscuras, solo, y sin luz, y que alli le dirian lo que avia de hacer. El se turbò todo con la dificultad que le pusieron; pero al fin dixo con todo el miedo posible: Si harè, si harè. Fuese à la noche, entrando por su callejon, espeluzado el cabello, cortado de brazos, y piernas, sin oír perro, ni gato que le pudiesse hacer compania; y en llegando al aposento, salieron por las quatro esquinas debaxo la cama quatro caratulas de demonios, con quatro candelillas en las bocas, que con el temor que avia concebido, se le representò el infierno todo; porque todos los hombres muy credulosos son tambien temerosos: y como se fueron alzando los demonios, èl se fue quedando, y sin saber de sí, ni poder moverse de donde estava, cayò en el suelo, dandole tan gran corrupcion, que no se le pareció aver tenido dieta, que la colera desbaratò quanto las almendras, y passas avian detenido. El caldo,

y ellos turbados, y aun arrepentidos, no supieron que hacer, sino dexarlo, y acogerse. El bolvió à cabo de rato en sí, y hallòse rebolcado, no en su sangre, de que anduvo muy corrido, y de manera enfermo, que fue menester de veras valerse de las passas, y almendras, para no morirse, y ellos anduvieron escondidos, y ausentes. Yo me sangrè en salud, refiriendole el cuento al Conde, que le solemnizó mucho con su buen gusto, y tomò à su cargo las amistades, contando lo passado à quantos entraban en tu casa. Soffegóse el negocio con la autoridad de un tan gran Principe, aunque ellos anduvieron hartos dias inquietos, porque el hombrecito se quexò à todo el mundo, y à quien podia castigar la burla. Yo los cogi, quando huyo oportunidad, y les di à entender con la verdad, quanto importa no hacer mal, tampoco en burlas, como en veras, que de averle dado la vaya sobre su ruin talle, y cuerpo, vino à buscar tan pesado remedio: que nadie quiere oír faltas, y por mas que se hagan sufridores, y finjan rifa, no ay à quien no le pese en el alma, oír mal de sí proprio: y tanto mas, quanto mas parece verdad lo que se dice: que aun quando no lo es, ni lo parece, se le abraza el corazon à quien se dice, ora sea por dar pesadumbre, o sea

por chisme, de que era tan enemigo este Principe, que en trayendole alguna novedad de Palacio, llamaba à aquel de quien se decia, y delante del parlero se lo reprehendia: si se encogia de ombros el otro, negandolo, decia el Conde: Pues veis aqui à fulano, que me lo dixo: y así andaban todos ajustados con la lengua, y con el Conde.

DESCANSO XXIV.

Y Porque no avrá otra ocasion en que contarle, digo, que era este Principe tan enemigo de chismes, y parlerias, que en presencia mia vino cierto congraciador à decirle, que estaba tratando mal de su persona un hidalgo de Valladolid: y encareciendo mucho esta insolencia, le preguntò el Conde: Y vos que hicisteis? Yo (dixo el buen hombre) vine luego à avisar à V. Excelencia, porque al pie de la obra le embiassè el castigo que merecen ofensas hechas à tan gran Señor: Vos teneis razon (dixo el Conde:) ola, dadle à este gentilhombre una libranza de media docena de palos, muy bien dados. Pues à mi, por què? (dixo el buen hombre) No son para vos (respondiò el Conde) sino para que los lleveis al que dixo mal de mi; porque como me traxisteis lo que yo no sabia, le lleveis à èl lo que no

sabe. Y dixo à un page: Bermudez, corre, y di à fulano, que quando huviere de decir mal de mi, no sea delante de tan ruin gente, que me lo venga à decir luego: y que para castigo suyo, basta que sepa el, que yo lo se. Ambos quedaron muy bien pagados, como merecian, que aunque no se diò la libranza, quedò el pobre espantado de la merced. El Ermitaño à todo comenzò à dár cabezadas, y bofezar muy à menudo, como hombre, que estaba de mala gana en locutorio de Monjas; porque despues de la comida, todo avia sido hablar al son de las canales, que aunque pocas, con el ruido, y fuerza del ayre, hacian su figura de manera, que se echò de ver, que avia musica para toda la noche. Cenamos lo que tenia el buen hombre, que por poco que fue ayudò para reposar, y darle al sueño bastante lugar, no solamente para hacer la digestion, pero para soñar disparates, conforme à lo que se avia cenado, y al tiempo borrascoso que hacia, que realmente (aunque mas anden desvaneciéndose, y buscando interpretaciones de los sueños algunos amigos de adivinacion) ellos andan conforme à los tiempos, y à los mantenimientos, y obedeciendo al humor predominante, que es lo mas ordinario, es grande ignorancia ponerse à interpretar lo que pro-

cède de humores calientes, ò frios, humedos, ò secos. Y si alguna cosa sucediere, que sea verdad en los sueños, ò será acaso, ò representacion de Angeles, ò malos: y no ay para què divertirnos en probar la verdad de esto, que tan manifiesta, y clara la conocemos.



RELACION SEGUNDA

DE LA VIDA DEL ESCUDERO

MARCOS DE OBREGON.



Unque amanecia el dia con acabarse la furia del agua, que toda la noche avia combatido la Ermita, ò humilladero, era tanta la abundancia, que el rio avia recogido, que sobrepujando la puente, ni de la una parte, ni de la otra se podia passar, ni passaron, hasta que se fue avadando el dia siguiente. Yo quifiera irme, por parecerme, que yá el Ermitaño estaba harto de oirme hablar relaciones de mi vida; y como yo naturalmente, ni soy inclinado à hablar, ni oir hablar mucho, pareciome, que el demañado sueño del Ermitaño nacia del enfado de oirme: y como los habladores (gente sin memoria de lo que está por venir) son para mi tan odio-

fos, no querria caer en la culpa, que reprehendo, que los que tienen esta falta (aunque por sobra de palabras sin substancia) son ordinariamente cizañeros, congraciadores, chismosos, que à trueque, ò fin de hablar, no reparan en falso, ò verdadero, ni saben distinguir la mentira de la verdad, y de la misma manera que lo dicen, lo desdicen, amigogos de averiguar un chisme, y traer, y llevar adelante la opinion, soldando un yerro con otros ciento, y el menor daño que hacen, es ser grandes aduadores: no se asientan, ni reposan en cosa, con la facilidad que proceden, ni temen caer en falta, ni cobrar mala opinion, que realmente he visto, que à este vicio le siguen otros muy peores. Huyendo yo de no caer en

en fama de hablador, me quise despedir del Ermitaño, si bien el tiempo aun no daba lugar para ello; pero él me porfió que no le dexasse solo, por una grande melancolia, que le avia dado un sueño aquella noche, que afirmativamente decia: Que estando mas despierto que dormido, le avia hablado un muerto, en cuya muerte se avia hallado en Italia. Reime, y lo mejor que pude, procuré deshacerle aquella imaginacion. Preguntóme de qué me reia? Riome, (respondi) de que la aprehension de los sueños sea tan poderosa con algunas personas, que les parece, que es verdad lo que sueñan; cosa tan reprobada por el mismo Dios en muchos lugares del Testamento viejo, y recibido en el nuevo, siendo todo vanidad del cerebro, y agora de la melancolia, que ha causado la aspereza del tiempo, que junta con el poco, y no buen mantenimiento, causará esse efecto, y otros mas ridiculos. Digo, (respondió el Ermitaño) que aun agora me parece, que le tengo presente. Reime mucho mas que antes; replicóme: Luego no suelen venir los muertos à hablar con los vivos? No por cierto (respondi yo) sino quando por algun negocio de mucha importancia les dà Dios licencia para ello, como en aquel caso tan estupendo, y digno de saberse, que le pasó al Marqués de las Navas, que habló

con un muerto à quien él avia quitado la vida; pero vino à cosas que le importaban para la quietud, y reposo de su alma. Es caso que todos los que vemos en los libros antiguos, no tienen tan asentada verdad, como este (reservando aquellos, de que las divinas Letras hacen mencion) por que pasó en nuestros dias, y à un tan gran Cavallero, y tan amigo de verdad, y en presencia de testigos, que ay algunos vivos agora que ni à él, ni à ellos, aun siendo verdad, les importa nada confesarlo. A qual Marqués preguntó el Ermitaño. Al que es agora vivo (respondi yo) Don Pedro de Avila. Si no se cansa vuestra merced (dixo el buen hombre) y aun que se cansa, cuéntelo como pasó, que cosa tan espantosa, y de nuestros dias es bien que todos la sepan. Bien divulgada esta dixé yo, pero por que no se quede en el sepulcro con el muerto, es bien decirla, y hacer particular memoria de cosa, que tanta apariencia tiene de verdad, y no me afirmara en ella, si no la huviera oido de la boca de un tan gran Cavallero como el mismo Marqués, y a su hermano el señor Don Enrique de Guzman, Marqués de Povar, Gentil hombre de la Camara del Potentissimo Rey D. Phelipe III. de las Españas, en cuyo Palacio nunca ha hallado lugar la adulation, ni mentira. El caso fue assi.

Estando el Marquès preso por mandado de su Rey en San Martin de Madrid, Monasterio de la Orden de San Benito, y visitandole sus amigos grandes Cavalleros, muchas veces, ò siempre se quedaban de noche acompañandole, particularmente, el señor Don Enrique Marquès de Povar su hermano, y el señor Don Phelipe de Cordova, hijo del señor Don Diego de Cordova, Cavallerizo mayor de Phelipe Segundo; y una noche, entre muchas, dioles gana de irse à passear al Marquès, y à Don Phelipe; fueron àzia el barrio de el Lavapies, y estando hablando por una ventana, dixo el Marquès: Esperarme aqui, que voy à aquella callejuela à cierta necesidad natural: hallò en ella dos hombres en las dos esquinas, que no le dexaron passar. El Marquès dixo: Vuestras mercedes sepan, que voy con esta necesidad, y fue apassar contra su gusto. Arròjole uno de ellos una estocada, y el Marquès otra à el propio, cada uno pensò, que dexaba muerto al otro. Con el mismo movimiento, que le sacò el Marquès la espada, que tenia la guarnicion en el pecho le diò al otro una cuchillada, con que le abrió la cabeza. Quedaronse los dos, que no pudieron moverse, el de la estocada muerto, aun que en pie, y el de la herida fuera de sí. Fuese el Marquès, y lla-

mò à Don Phelipe, y fueronse à San Martin. Estando allà, pareciendole, que dormir sin averiguar bien lo que avia passado, era yerro: contòselo, y los dos determinaron de ir. Fue el Marquès con ellos, que no quiso que fuesen sin el, y hallaron alborotado el barrio, que avian muerto alli dos hombres. Bolvieronse, sin hallar en el sitio (donde avia passado) otra cosa, sino dos liezos ensangrentados. El que avia quedado con la herida fue-se à Toledo, y desde alli embió à saber si el Marquès era muerto, que lo avia conocido, quando le diò la estocada, y curandose lo mejor que pudo, vino à morir de la herida: hizo testamento antes, y como supo que el Marquès no avia recibido daño (por que la estocada avia sido al soslayo) dexòlo por su testamentario. Supo el Marquès esto por relacion de un Religioso, que se lo vino à decir, quien era el que lo dexaba por testamentario. Dentro de cinco, ò seis dias despues de muerto este hombre, estando el Marquès acostado en su cama, y Don Enrique su hermano, y Don Phelipe de Cordova en el mismo aposento en otra cama, cerrada la puerta para dormir, llegaron, y le quitaron la ropa de la misma cama. El Marquès dixo: Quitaos allà Don Enrique; y respondió la persona que era, con una voz ronca, y llena

de horror: No es Don Enrique. Escandalizado el Marquès, se levantò muy de priessa, y desembaynando la espada, que tenia à la cabecera, tirò tantas cuchilladas, que preguntò Don Phelipe: Qué es aquello? El Marquès mi hermano es (respondiò Don Enrique) que anda à cuchilladas con un muerto. El diò quantas pudo, hasta que se cansò, sin topár en cosa, sino algunas en las paredes Abrió la puerta, y tornò à verlo fuera, y con la misma priessa fue dando cuchilladas, hasta que llegó à un rincon, donde avia obscuridad, y entonces dixo la sombra: Basta, señor Marquès, basta, y vengase conmigo, que le tengo que decir. El Marquès le siguiò, y à èl los dos Cavalleros, su hermano, y Don Phelipe. Baxòle abaxo, y diciendolo el Marquès, que le queria, respondiò, que mandasse los dexassen solos, que no podia hablar delante de testigos. El, aunque de mala gana, les dixo que se quedassen, mas ellos no quisieron. Al fin la sombra se entrò en cierra boveda, donde avia hueffos de muertos: entrò el Marquès tràs de ella, y en pisando los hueffos, le fue discurrendo por los suyos tan grande temor, que le fue forzoso salir fuera à respirar, y cobrar aliento, lo qual hizo por tres veces. Lo que le queria, y pudo el Marquès con la turbacion perce-

bir, era, que en pago de la muerte que le avia dado, le hiciesse aquel bien de cumplir lo que en su testamento dexaba, que era una restitucion, y poner una hija suya en estado. Huvo en esto dades, y tomades entre el Marquès, y la sombra, segun dixeron los testigos. Y confiesa el Marquès, que siendo tan hermoso de rostro, blanco, y rojo como sus hermanos, desde esta noche quedó como està agora, sin ningun color, y quebrantado el mismo rostro. Dice, que le vino à hablar otras vezes, y que antes que le viesse le daba un frio, y temblor, que no podia sustentarle. Al fin cumplió lo que le pidió, y nunca mas le apareció. Si fue el mismo espíritu suyo, ò del Angel de su guarda, ò Angel bueno, ò malo, disputenlo los señores Theologos, que para mi bastame averlo oído de la boca de un tan gran Cavallero, como el Marquès, y Don Enrique su hermano, para tener el caso por mas cierto, y que por cosas tan particulares, que importan la salvacion de un alma, suele el Señor del Cielo, y tierra dár licencia para semejantes negocios, que no son estas de las cosas, que algunos Autores Gentiles dicen, de llamar las almas, para hacerlos preguntas, como hacia Empedocles, y Apion Gramatico, que llamó la sombra de Homero, y no osó de-
cis

oir lo que avia respondido, que estas eran artes de la Nigromancia, de que dice Ciceron, que fingian cuerpos de aquellos, que ya estaban quemados, y les daban alguna forma, ò figura, porque el espiritu por si era incapaz de ser visto, que todas eran artes del demonio, y acudia à lo que le pedian, como poderoso, permitiendoselo Dios, que sin esta permission no podia hacerlo. Y que el venir de las almas de los muertos con dispensacion de Dios, no se puede negar, aver sucedido algunas vezes: no porque andan vagando por el mundo, que sus lugares tienen señalados, ò en el Cielo ò en el Infierno, ò en el Purgatorio. Y si he sido prolijo en este quento contra mi condicion, y estilo, es, porque cosas tan graves se han de decir con la sencillez, y llaneza, con que passaron sin dorarlo, ni desdorarle. Admiracion me ha puesto el caso (dixo el Ermitaño) y estoy determinado, de apartarme de soledad, que aunque he pasado algun tiempo en ella, no he visto cosa, que me pertarbe, y aun con todo esso me he retirado de la soledad àzia el Poblado, por los temores que passaba entre los altos riscos de Sierra-morena: pero dexemos ya esta materia; y bolvamos à proseguir lo comenzado, que con la dulzura del estilo, y gracia del contrario, se olvidará la melancolia

del sueño, y de la verdad referida, luego se fue à Sevilla, donde agora vive muy recogido.

DESCANSO PRIMERO.

Tornando de nuevo à cofer, ò à anudar la conversacion passada, sentamonos al brazo, profigiendo mi comenzada relacion, porque el Ermitaño, hombre de muy buen discurso, me importunò de manera, que se echò de ver, que gustaba mucho de oir los trances de mi vida, y mostrando mucha atencion (que es lo que dà nuevo animo à las conversaciones) proseguí, lo que la noche antes avia dexado por el sueño del Ermitaño; y comencelo de muy buena gana, porque de la misma manera, que quita el gusto de hablar la descortesia de que algunos ignorantes usan, en atajar lo que un hombre va diciendo, por encajar un disparate, que se les ofrece fuera de proposito: assí la atencion dà fuerzas, y espiritu al que habla, para no cessar en su materia: yerro, en que he visto caer muchas personas; muy reprehensible en quien le tiene, porque arguye poco gusto, ò mal entendimiento. El que no quiere oir lo que otro habla, bien puede apartarse, y dàr lugar à que oyga, quien tiene gusto: que ay algunos de tan extraordinaria con-

dicion, y natural, que, ò por deslucir lo que otro habla, ò por no entenderlo, que es lo mas cierto, procuran atajarlo con poca razon, y menos cortesia. El premio del que dice bien, es la atencion que se le presta; y aunque no sea muy limado, es gran descortesia no dar aplauso à lo que dice, que al fin procura que parezca bien, y dice lo mejor que puede, y sabe. Ay un genero de gentes, que hablan con intercadencias, careciendo de hebra, y caudal, para la materia que se trata: que despues de averles respondido, aunque se aya mudado el primer motivo, acuden con lo que se les ofrece fuera de la intencion que se lleva: este es un disparate, y una inadvertencia que hace muy odioso al que lo usa, y de quien se debe huir la conversacion: porque son estorvo al que habla, y à los que oyen: y quando va con malicia de desdorar en lo que dice (que todo esto puede la embidia) es una malicia sin disculpa, y merecedora de qualquier mala correspondencia, que no se halla sino en hombres de poca substancia, assi en ingenio, como en letras. Y estendiendose à tanto, que aun en los libros, que se imprimen, no rehuya la infame, y mal nacida embidia, de usar de libertades muy conocidas. Los libros, que se han de dar à la estampa, han de llevar doctrina,

y gusto, que enseñen, y deleiten; y los que no tienen talento para esto, yà que no lo alcanzan, no se deslicen à echar pullas, con ofensa de los hombres de opinion, ò no escriban, que no ha de ser todo danzas de espaldas, que despues de hechas, no queda fruto, ni memoria de cosa que se pegue al alma. Han de llevar los libros, que se dan à la estampa, mucha pureza, y castidad de language: pureza en la eleccion de las palabras, y honestidad de conceptos, y castidad en no mezclar bastardias, que salen de la materia, como maledicencias, ò desestimacion de lo que otros hacen, especialmente quando son contra quien sabe decir, y sabe que decir, y tan mal dichas, que van señalando con el dedo, con que descubren su ignorancia; desacreditan sus eseritos, manifiestan su embidia, y declaran su malicia. Tornando à la materia del hablar, digo, que en las conversaciones ha de dar lugar à que hable el que habla, y el ha de ser tan remirado, que no se derrame, ni divierta, ni quiera hablarfelo todo, que ha de dar lugar à la respuesta. Yo, como iba historiando mi vida, no adverti, que podria el Ermitaño cansarse de oirme hablar tan diversamente; pero sucediome bien, que no solamente no se cansò, pero tornò à importunarme.

me, que prosiguiese en mi principal intento, que para esto me lo avia rogado al principio; y tornando a hablar con él, prosigui diciendo.

DESCANSO II.

Luego que por el pronostico, y significacion de aquel Cometa, ò por lo que la Magestad de Dios sabe, y fue servido, murió el Rey Don Sebastian de Portugal en aquella tan memorable batalla, donde se hallaron tres Reyes, y murieron todos tres, como sucedió el Cardenal Don Enrique, tio de Phelipe Segundo, y lo llamó a la sucesion del Reyno; toda Castilla, y Andalucia, se movió a ir sirviendo a su Rey, con el amor, y obediencia, que siempre España ha tenido a sus legitimos Reyes. Vineme de Valladolid a Madrid, y siguiendo la variedad de mi condicion, y la opinion de todos, fuime a Sevilla, con intencion de passar a Italia, ya que no pudiesse llegar a tiempo de embarcarme para Africa: estuve gozando de la grandeza de aquella insigne Ciudad, llena de mil excelencias, tesorera, y repartidora de la inmensa riqueza, que embia el Mar Oceano, sin la que dexa para si en sus profundas arenas escondida para siempre. Sossegadas, ò por mejor decir, reducidas a

mejor forma las cosas de Portugal, quedeme en Sevilla por algun tiempo, donde entre muchas cosas que me sucedieron, fué una dar en la valentia, que avia entonces, y aun creo que agora ay, una especie de gentes, que ni parecen Christianos, ni Moros, ni Gentiles, sino su Religion es, adorar en la Diosa Valentia, porque les parece, que estando en esta Cofradia, los tendrán, y respetarán por valientes, no quanto a serlo, sino quanto a parecerlo. Sucediome passando por la calle de Genova topar con uno de estos, encontrème con él, de suerte, que por passar yo por lo limpio, le hice passar por el lodo: bolvióse a mi, y con gran superioridad me dixo: Señor Marquesote, no mira como va? Yo le dixi: Perdona vueffa merced, que no lo hice a sabiendas. El replicò: Pues si lo hiciera a sabiendas, no avia de estar ya amortajado? Yo no llevaba espada, que iba como Estudiante (profesion de que siempre me he preciado) y así usé de toda la humildad posible, y él de toda la soberbia que tienen los de su profesion. Dixele: no fue tan grave el delito, que merezca tan gran castigo como esse. Dixome entonces: No debe de saber el morlaco con quien se ha encontrado, pues estése quedo, que no quiero darle mas castigo, que ponerle

quas

quarenta dedos en los carrillos (que por mi cuenta venian à ser ocho bofetadas) esperèle, y viniendo alzadas las manos, para executar el castigo, usè de una treta, que siempre me ha salido bien. Y fue, que como venia tan atento à su negocio; yo hice el mio, y asiendole la espada por la guarnicion, con toda la presteza possible se la saquè de la vayna, y con el mismo movimiento le puse los cinco dedos en la cara, y con la guarnicion le heri en el carrillo izquierdo: El que se viò desarmado, diò à correr àzia atrás, y unos jubeteros comenzaron à decir: Victor, victor el Escolar. Pero dixerõme: Vayase de aqui, que este vâ à llamar retraidos, y bolverà presto. Fuime àzia San Francisco, y el bellacon entrò muy descolorido sin espada en el corral de los naranjos, la capa arastrando, la cara llena de sangre, y preguntandole què avia sido, respondiò, que lo cercaron treinta hombres, y abrazandose con el, le sacaron la espada, y aviendole herido, à bocados se librò de ellos, y le avia sacado las narizes à uno de un bocado; y que iba por una espada, y rodela, para hacerlos pedazos à todos. Acudieron à donde avia passado el ruido, y todos los oficiales hablaron en favor mio, à lo qual dixò uno que iba entre ellos, hombre de menos que mediana estatura, zur-

do, y dobladillo de cuerpo, à quien todos pareciò que respetaban: Bien esta, esse hombrecillo debe de tener buen higado, y assi es menester hacerlos amigos, porque el herido lo es de todos los honrados de la Cofradia, y antes de dos horas estarà con los muchos si lo saben, llamen à esse pobrete. Llamaronme unos oficiales, y traxeron al otro, que para que quisièse ser amigo, fue menester llevarlos todos à la taberna de Pinto, y gastar una anega de lo de Cazalla. Todos à una voz dixerõ: Buen hijo es, bien merece entrar en la Cofradia.

DESCANSO III.

PAssado esto, como el bellacon quedó mal contento, buscò traza como vengarse, y hallola muy buena. Como yo entrè nuevo, y tenia poca experiencia de las cosas de Sevilla, recatème poco, que en las Republicas tan grandes es menester entrar con tiento, y el que no tiene conocimiento, ni experiencia de ellas, haze de valer de quien la tenga, para no hallarse atajado. Puseme espada, y en las obligaciones en que se pone, quien la ciñe, que con el desvanecimiento de la valentia, y con aver dado en Poera, y Musico, que qualquiera de las tres bastaba para derribar à otro

juicio mejor que el mio. Comencè à alear mas de lo que me estaba, y à tenerme por palseante, y galán ventanero, y enamorar quantas encontraba: de manera, que no avia Portugués mas azucarado que yo, por donde hallò mi contrario: flaqueza en mi con la de una dama de buen talle, en cuya casa él entraba, y era señor absoluto. Andando yo en la brama entre aquéllos arboles de la alameda, sentime llamar de una cierva, y acudiendo al bramido me dixo: Es posible, señor galán, que tan al desuydo vive V. m. que no ha echado de ver, que le miran con mas cuidado que el ordinario? Mirèle el rostro, y talle, y aunque le tenía estremado de bueno, con todo la creí, porque yo estaba tan desvanecido, que por este camino creyera qualquier favor, que se me diera. Prosiguió diciendo: Qué aya venido yo à tiempo, que no mire la calidad de mi persona, ni autoridad de mi marido! O mal ayan los ojos, que no se recatan, y mal ayan los pies, que salen de los umbrales de su casa, para ver sus desdichas. Qué aya entregado mi libertad, à quien no se si la estimará! Qué mire yo à quien ni me conoce, ni conozco, y que aya de rogar, quien jamas admitió ruego de nadie! Mas quiero morir, que no rendirme à quien quizá se reyrá, y despreçiará mis prendas. Y con esto fin-

giò unas lagrimas tan tiernas, que me sacò de juicio. Y enviando hecho su embeleco, me dexò, y bolvió las espaldas con grandísimo donayre, y garvo. Yo quedè helado, y abrasado de su présteza en irse, y de sus palabras en rendirme. La criada me dixo: Buena tiene V. m. à mi señora, que estas eran sus melancolias, de aqui hacen sus malas condiciones, que no ay quien en casa se averigüe con ella. Sigala V. m. y recatèfe, no le vea su marido, que es un Cavallero muy principal, y no poco zeloso: aun que jamas ha visto en mi señora ocasion para serlo. Seguila espantado, y contento de parecerme, que merecia yo mucho, estimandome interiormente en arto mas de lo que fuera razon. Entrè en su casa, que era una calle angosta, que iba à dar à la calle de las Armas, y luego me favoreció, haciendo ventana: y advirtiòme, que no diese muchos bordos que ella me avisaria de lo que avia de hacer. Anduve algunos dias en pretension pareciendome, que por su estimacion no queria rendirse luego. O engaños del mundo, y que facilmente cree un hombre las cosas, que van encaminadas à su gusto, ó à su provecho! Si mirassemos, y tanteassemos lo que mira à nuestro bien, como lo que mira à nuestro mal, no caeriamos en tantos daños, y desventuras, como suceden. En

la apariencia del gusto nos arrojamos con la esperanza del bien, y en el mal no nos recatamos, siendo tan peligroso, ò dudoso el fin de lo uno, como el de lo otro. Mas seguros vamos por el camino del daño, que ciertos por el del provecho: porque lo uno nos pone en recato, y lo otro en descuido. En el uno puede aver engaño, y en el otro està el desengaño: claro, como me sucedió, que creyendo el engaño de aquella muger, me vi en grande peligro: però à quien no engañará un rostro hermoso, y un talle gallardo, con palabras dulces, y ojos bachilleres? Al fin yo perseverè, hasta que me embió à decir con un papel amorosísimo, que me llegasse allà aquella noche. Puseme lo mas galàn que pude; cogi mi espada, y una linterna grande, que podía servir de broquel, y fuime derecho à su casa, sin considerar otra cosa mas que obedecer al gusto: hallè la puerta, y sus brazos abiertos, recibíome con todas las caricias, que yo podia desear de actos exteriores, y sencillos, y palabras dobladas: cerrò la puerta, y luego al punto llamaron à ella. Ella, sin preguntar quien llamaba, dixo: Amigo, mi marido llama, entraos en esta bodeguilla, que luego se tornará à ir. Entrème con mi linterna encendida: cerraron la puerta de la bodeguilla con cerrojo, y de-

xaronme muy bien encerrado. El aposentillo estava casi todo lleno de farnientos, y chamiza seca; avia un pozo, que correspondia à lo alto, con su cubo colgando: puseme à escuchar lo que hablaban, porque de aver cerrado la puerta, sospechè no bien: preguntòle la señora al marido fingido. Ya tengo cerrado à este hombre, que se ha de hacer? El respondió. (aunque pàsso) en voz que lo pude conocer, que era mi contrario: Abrasarlo, ò ahogarlo en esse pozo, que este es el que me sacò la espada de la vayna. Luego se me representò la traza para salir salvo de su cautela: que el peligro, descubridor de grandes secretos, y el temor de la muerte levantan la imaginacion à cosas nunca pensadas. Tapè con una tabla el brocal del pozo, y de aquella chamiza, y farnientos secos, lleaguè cantidad à la puerta de la bodeguilla, y con la linterna, que aun no la avia apagado, encendilos. La puertecilla estava tan seca, que comenzò luego à arder con la ayuda de la leña, saliendo muchas llamaradas de la chamiza por debaxo de la puerta: metime en el cubo del pozo, y asìme à la foga muy bien, que como estava tapado el pozo, iba seguro yo. Comenzò toda la gente à dár voces: Fuego, fuego, agua, saquen agua del pozo: tiraron de la foga para sacar agua,

Y como pesaba el cubo demasadamente por estar yo dentro, llegaronse muchos vecinos à tirar de la foga, y tanto, y con tanta fuerza tiraron, que al fin me subieron arriba. Añime muy bien al brocal del pozo: yo debía de estar con el rostro palido de la turbacion, y con esto, y hacerles un gesto de abominable demonio, desmayaron todos, diciendo, que era un diablo lo que sacaron del pozo. Acabè de salir, y escabullime entre la gente lo mejor que pude (y pude muy bien, porque como estaban turbados, no me echaron de ver) dexandoles la casa encendida, y llevando mi persona libre, que vine à hallar la vida donde era tan facil el perderla, como en un pozo, y encerrado en tanta estrechez, como en una bodeguilla, llena de curianas.

DESCANSO IV.

MI enemigo tomò, para vengarse de mi, por instrumento una muger hermosa; que al fin todas tienen fuerza natural, para mover corazones (tambien como criaturas) con ficcion, y lagrimas: pero como nacieron para llorar, saben enternecer. Maldiga Dios sus determinaciones; que tan resueltas son para executar, quanto se les pone en la testa, que por el mismo caso que no lo pueden con fuerza, lo hacen

con astucia, y embeléco. Tienen tan grande fuerza, en decir lo que quieren, y nosotros tanta flaqueza en creerlas, que parece, que para esto solo nacimos. Muchas he visto, de muy justificada vida, pero aun en estas he hallado desigualdades de condiciones, y conocido algunas muy honradas de sus personas, que lo son por solo decir mal de las que tienen alguna flaqueza. Y en resolucion, pocas ay que se escapan de algun azar. Librème del daño, que pudiera suceder, ò èa que ya me vi; pero no de las manos de un Alguacil, que se avia llegado al ruido, y como me viò ir corriendo, añime, mas yo con mucha presteza le dixè: Què hace vuesa merced? quiere, que muramos ambos à las manos de este demonio, que està en esta casa? Huya, y pongase en cobro, que viene matando à quantos encuentra. El me soltò, y diò à correr, porque como avia oido decir de el demonio del pozo, como yo se lo afirmè, se confirmò en ello. Yo no parè, hasta llegar à tomar descanso à la sombra de dos amigos, Hercules, y Cesar, que estàn en dos altísimas columnas: à la entrada de la Alameda, que hizo aquel gran Cavallero Don Francisco Zapata, Conde de Barajas, que tantas deshizo en Sevilla. Pero no acabaron aqui las de aquella noche, que estando descansando, senti

á las espaldas de aquella calle á la Garvancera en un malvar muy alto, que allí se hace, un ruido muy grande, moviendose las malvas, sin ver quien las movia, que por ser de noche, y estar solo en lugar muy sujeto á melancollia, me causó alguna: mas llegandome cerca con la espada desembaynada, no vi cosa, sino el movimiento de las malvas, y algun ruido entre unas piedras, que avia en el malvar, hasta que salieron fuera luchando una culebra, y un gato: la culebra procurando ceñir al gato por el cuerpo, y el gato puesto sobre los pies, y hiriendo á la culebra con las uñas por entre las conchuelas, que duró algun espacio: pero la culebra no pudiendo resistir las uñas del gato, se tornó á las malvas, y el gato como diestro, dando un salto, le cogió la delantera, y con el mismo movimiento, masticandole la cabeza, retiróse antes que la culebra le diese con todo el cuerpo: y lo hiciera, sino se retirara, porque con el golpe dió en unas piedras con la parte del lomo, adonde tiene la fuerza, de que no pudo mas moverse, y llegando el gato la acabó de matar. Dióme que considerar la destreza del gato, viendo quan cierta tiene la herida, mas que los demás animales, por donde yo fui aficionado desde allí á los gatos, aviendo sido siempre enemigo de ellos, por-

que aunque no tienen tanto conocimiento, ni amor, como los perros, son de gran seguridad contra las savandijas, que se aparezcan en las casas. Yo me fui á reposar aquella noche, admirado, y corrido del doblez, que tan pesadamente usó conmigo aquella mi enamorada, que lo sea del diablo, y no del que salió del pozo; que la apacibilidad, que promete el rostro de una muger hermosa sea capaz de tan pesado engaño, y que con tanta facilidad se rinde á un mal consejo, es cosa que aun no acabo de creerla. Que se apiade un hombre á unas lagrimas de una muger, es mucha nobleza, pero que ella las finja por mal fin, parece abominacion. Rendirse á la hermosura es cosa natural, pero rendirse la hermosura al engaño, es contra razon, y aun contra naturaleza. Y un animo, como el de un hombre, que hace cara á un Exército entero se rinda á una muger, que huye de un raton, es cosa que espanta. Dios me libre de sus rebueltas, y me guarde de sus doblezes, que aun sin gusto suelen tenerlos: por dar á entender, que son queridas, y desdeñosas, que las aman, y que no las estiman, que la regalan, y que ellas hacen burla de quien las sirve.

DESCANSO V.

Yo no quedè tan seguro de lo pasado, que no fue necesario, vivir con mucho cuidado de las tretas de aquel valiente, porque si antes estaba sentido del despojo de la tajante hoja, despues lo estubo de averle salido tan à su costa la burla; que pensò hacerme. Yo, para mas seguridad mia, acudì à favorecerme de la casa de un gran Cavallero, que esta junto à Omnium Sanctorum en la Feria, que en todas mis travessuras, y sucessos me fue amparo, y refugio. Embiòme à desafiar el valiente con un valiente amigo suyo, estando yo en la dicha casa del señor Marqués del Algava Don Luis de Guzmán, y sus criados, que tenia muchos, y muy honrados, me quitaron de la obligacion (por ser mis amigos) que por la descortesia de aver perdido el respeto à la casa, le embiaron à la suya sin narizes, dexando la espalda, broquel, y daga para merienda de los mozos de cocina. Hizo de manera el mal fin (mal fin le de su suerte) que vino à saber un Alcalde de la justicia, grande enemigo mio (si estaba engañada, Dios lo sabe) que yo avia pegado fuego à la casa de su Daya, que por andar zeloso injustamente de mi, por momentos me llevaba preso: y aunque yo pro-

curè siempre vencerle en corte-
sia, y quitarle la ocasion, que lo
traia con pecho vengativo, como
debia de tener el animo poco no-
ble, no hacia caso del buen ter-
mino, y humildad, de que yo usa-
ba con èl: que los animos poco
levantados (en viendose superio-
res à su enemigo) procuran ven-
garse como pueden, sin mirar, si
les està bien, ò mal. Mas los va-
lerosos animos, con ser señores
de la venganza, tienen por grati-
deza, no hacer caso de ella. Este
que digo, en viendo que pudo
satisfacer à su barbaro apetito,
con la relacion que le diò mi
enemigo, luego puso por obra la
execucion de sus malas entrañas.
haciendo corchete, y explorador
à la misma parte, que tuvo harto
cuidado de seguirme los passos,
de modo que yo lo vine à saber
por medio de amigos, suyos, y
mios. Sabido esto, que el Alcalde
de la Justicia, aviendo incrimina-
do el delito, diciendo, que era
incendario, como hombre, que
no tenia mas de una oreja, y esta
inficionada, no admitiò adverten-
cia, ni consejo que se le daba.
Dixo, que me avia de facar de la
Iglesia, en qualquiera que me
hallasse, porque el delito de in-
cendario era muy grave. No lo
hiciera el q̄ agora està en el mis-
mo oficio, que es justissimo Juez,
Christiano, y discreto, y de gran
consideracion en quanto dice, y
hace, no precipitado, ni atroja-

dizo, fino muy templado, y considerado en todas sus acciones, Justino de Chaves: que ay algunos Juezes, aunque pocos, que no quieren dexar delicto para el Tribunal de Dios, que parece, que los elige el demonio, para hacer por manos de ellos lo que no puede por las suyas, que se las tiene Dios atadas. En sabiendo, que este Juez andaba conmigo tan tyrano, mudème de trage con un vestido viejo, y malo, para andar disfrazado, yo le traia junto à su persona una espia, que me avisasse de todo, porque yo no me apartaba de Omnium Sanctorum, donde el Sacristan era mi amigo; con quien avia tratado lo que avia de hacer, si viniesse à sacarme. Vino à avisarme de esto el amigo, y para esta empresà traia consigo al Toledanillo, corchete endiablado: y yo jurè, que le avia de hacer una burla, que me avia de llevar à cuestas à mi casa. Luego pareció venir con tanta priesa, que por poco no pudiera executar mi traza. Di al Sacristan capa, ropilla, y espada, quedandome en un jubon viejo, y sucio, y atandome à la cabeza un lienzo muy roto, y ensangrentado, echème entre unos pobres muy asquerosos, que estaban à la puerta pidiendo limosna: llegò muy furioso à buscarme en la Iglesia, el Sacristan la cerrò antes que llegasse, y jurò (y con

verdad) que no avia en toda ella retraido, ni otra gente, sino aquellos pobres, que à nadie dexaban oir Missa, y que si queria sacar algun retraido, èl se lo daria en las manos, echandolos de alli. Luego èl comenzò à echarlos, diciendolos: Vosotros algunos delinquentazos debeis de ser. Y à mi, porque dixo el Sacristan, que estava tullido, y que no podia menearme, le dixo al Toledanillo, que me llevasse de alli, aviendole dicho el Sacristan, que yo tenia mucho dinero, de que se podia aprovechar, con que le puso codicia de llevarme à cuestas. Mientras que su amo andaba rebolviendo los Altares, y Coro, y esteras de la Sacristia, yo le iba diciendo: En verdad, señor, que me hueigo, que no entrassedes allà, porque aquel hombre, que vàn à sacar, tiene jurado de mataros, que sabiendo que sois muy hombre, èl lo es tanto que tiene yà dos corchetes en fal, y lo mismo harà de vos si os coge: Bien voy aqui de essa manera (dixo el Toledanillo) Y yo: Daos priesa, antes que embie por vos el Teniente, y èl lo hizo de muy buena gana, porque esta gente, ò porque no les và nada en ello, ò porque quieren guardar su vida, huyen de semejantes peligros. El amo, como no hallò la presa que buscaba, y porque el Sacristan le dixo, que se le daria pacifica-

mente, no llamó al Toledanillo. El me llevó paseando por toda la alameda, y el barrio del Duque hasta la calle de San Eloy, donde era mi posada; yo le animaba diciendo, que fuera de que se lo avia de pagar muy bien, hacia una obra de misericordia: Venian dos conocidos míos träs él pereciendo de risa, y él no offaba preguntarles de què se reían, hasta que llegando adonde le pareció, que yá estaba fuera de peligro, preguntóles: De què se rien voacedes? Ellos le respondieron sonriendo: De la carga que llevais, que es el que ibades à sacar de la Iglesia. El sobresaltado, soltóme luego en el suelo, y yo encarandome à él, le dixè: Pues què pensaba el ladrón, que avia de cogerme el diñero? Agradezca, que no le visitè las tripas por el pescuezo, quando me traía à cuestras hecho San Christoval. En este tiempo andaba el Señor Juez riñendo con el Sacristán, porque le diefe se el retraido. El dixò: Yá yo cumplí mi palabra, cón darfeio al Toledanillo, que lo llevó à cuestras. Rieronse tanto los circunstantes con la burla hecha al Toledanillo (por ser tan bravo corchete) que se olvidò el enojo del juez, por lo que le alcanzaba de la burla, viendo la que se avia hecho à su corchete: y él, por no dar à entender su corrimiento, disimuló, por

la parte que le tocaba. Esto es, para que los Ministros de Justicia entiendan, que ni todo ha de suceder como ellos quieren, ni los delinquentes lo han de remitir todo à las manos, como suelen en Sevilla: ni hacer resistencias, que si una vez sucede bien, treinta les sucede mal. Los Juezes nunca pierdan el respeto à los Templos, porque les sucede lo que à los perros, que andan buscando la vida, que si muchas vezes comen, alguna los vienèn à coger entre puertas. Debe proceder el Juez con los delinquentes de manera, que no parezca, que la justicia, y venganza se conforman para un fin, que se han de averiguar las verdades, oyendo à ambas partes: ni ha de creer, que uno es malo, porque se lo diga quien no es bueno. Juez apasionado, no lo ha de ser en su negocio propio, porque la passion hace mayores los delitos del enemigo. Como es dificultoso juzgar por malo aquello que nos delejta, así es imposible juzgar por bueno lo que abotrecemos: que mal podrá guardar la autoridad de la Ley, quien quiere hacerla de su condicion en odio, ó en amor. Muy confuso se halla un Juez, quando le apelan la sentencia que diò con passion, no siendo yá señor de ella. Los delinquentes han de usar de todos los medios humanos, y divinos,

antes que hacer una resistencia, y quien la hace en confianza del favor que tiene, merece que le falte quando lo ha menester, como sucede. No puede aver causa (si no es por salvar la vida) que obligue à un hombre à tan barbaro delito, que no se halla sino en hombres desconfiados de la vida, y honra. La humildad con los Ministros de Justicia, arguye valor, y animo noble, en que consiste el fundamento de la paz, y concordia. Y si à los tales, que se persuaden, à que son poderosos para quanto quieren, los tratamos con sobervia; como podremos conservarnos con ellos? Huir de ellos, quando nos figuen, no es falta de animo, sino reconocimiento de superioridad: y el que de ellos es bien considerado, huelgase de ver, que el delinquente le tiene respeto en huir, ò en retraerse, sin querer perseguirle ni apretarle mas de lo que es justicia, y razon. Yo no me pude hacer amigo de este hombre, y assi me determinè (por no resistirme, ni huir) de hacerle esta burla, que se tuvo por acertada, tanto como reida, con que èl me dexò, y el otro se foflegò en perseguirme. Yo para quitarme de todo, determinè de arrimarme à algun favor poderoso, en cuya sombra pudiera descansar. Andaba entonces en Sevilla un gran Principe, de gallardissimo talle, muy

gentilhombre de cuerpo, hermoso de rostro, con gran mansedumbre de condicion, y consumada bondad, mas de Angel, que de hombres, amiguissimo de hacer bien, amado, y admirado en aquella republica, por estas, y otras muchas partes que en su persona resplandecian: sobrino del Arzobispo, que entonces era en Sevilla, que era Marquès de Denia. Yo me determinè de buscar modo, como entrar en la gracia de este Principe, y comunicandolo con cierto amigo le dixè: No es posible, sino que este gran señor me ha de recibir en su favor, y gracia. En que lo hechais de ver, (dixo mi amigo) y respondi yo: En que yo le soy grandemente apasionado, y perpetuo historiador de sus admirables virtudes: y no es posible, sino que la constelacion que me obliga à este excesivo amor, à èl le incline à serme agradecido. Sucediòme como yo me lo tenia imaginado, porque estando en el corral de los naranjos, y passando por alli este gran Principe, me determinè à hablarle, lo mas cortesmente que yo pude, y supe. Parò el coche, y oyòme con entrañas piadosissimas, haciendome la merced que yo deseaba, y mandandome que le viesse. Recibido en su gracia, no me sucediò cosa mal en Sevilla, ni mis emulos tuvieron brio, ni atrevimiento mas contra mí, que el fa-

favor de los Principes, y grandes señores es poderoso para vivir con quietud en la Republica, quien quiere ampararse de su valor, y reclinarsé à su sombra. Y es cordura el hacerlo, aunque no sea mas de por imitar sus nativas costumbres, que exceden con gran ventaja à las de la gente ordinaria, que como en las plantas, las mas bien cultivadas dan mejor, y mas abundante fruto: assi entre los hombres, los mas bien instruidos dan mayor, y mas claro exemplo de vida, y costumbres, como son los Principes, y señores, criados desde su niñez en costumbres loables, no derramados entre la ignorancia del libre vulgo, que entre los Cavalleros està, y se usa la verdadera cortesía, de ellos se aprende el buen trato, y crianza, con lo que se debe dar à cada uno; en ellos se halla la discreta dissimulacion, y paciencia, y quando ha lugar el perderla, que como tratan siempre con gente que sabe, todos saben. Los que huyen el trato de los Cavalleros, no pueden entrar en la verdadera nobleza, que consiste en la practica, y no en la theorica, y con ella se aprende el respeto que se les ha de tener, para tratar con la nobleza, ignorada de todo el

vulgo.

DESCANSO VI.

ESTRUE en Sevilla algun tiempo viviendo de noche, y de dia inquieto con pendencias, y enemistades. (efectos de la ociosidad, raiz de los vicios, y sepulcro de las virtudes) Torné en mi, y halléme atrás de lo que avia professado, que en la ociosidad, no solamente se olvida lo trabajado, pero se hace un durissimo habito, para bolver à ello. El que pierde caminando la verdadera fenda, quanto mas se aleja, tanto mas dificultosamente buelve à cobrarla: el que hace costumbre en la ociosidad, tarde, ò nunca olvida los refabios, que de ella se siguen. En quatro cosas gasta la vida el ocioso, en dormir sin tiempo, en comer sin sazón, en solicitar quietas, en murmurar de todos. Llorame el corazon gotas de sangre, quando veo prerdas de valerosos Capitanes, y de doctissimos varones, rendidas à un vicio tan poltron, como la ociosidad: quexate el ocioso de su desdicha, y murmura de la dicha, del que con gran diligencia ha vendido la fuerza de su fortuna: tiene embidia de lo que el pudiera aver grangeado con ella. El ocioso, ni come con gusto, ni duerme con quietud, ni descansa con reposo, que la floxedad viene à ser verdugo, y azote del de-

xamiento, y pereza del ocioso. Determiné de apartarme de este vicio poitron, que en Sevilla me atrastraba, y para esto ruve modo de passar à Italia, en servicio del Duque de Medina-Sidonia, que en un Galeon Aragozes embiaba mucha parte de sus criados à Milán. Alcánzada esta buena gracia, detuvéme en Sevilla, hasta que fue tiempo de partir. En este espacio vinieron algunos Portugueses, de los que en Africa se avian hallado en aquel desdichado conflicto del Rey Sebastian, muchos de los quales rescato Phelipe Segundo. Travé amistad con algunos de ellos, y como tienen tanta presteza en las agudezas del ingenio, pasé con ellos bonissimos ratos. Estaba un Cavallero Portugués, amigo mio, haciendose la barba con un mal oficial, que con mala mano, y peor navaja, le rapaba de manera, que le llevaba los cueros del rostro. Alzó el fuyo el Portugués, y le dixo: Señor Barbero, si desfollades, desfollades dulcemente, mais si rapades, rapades muito mal. Estando un amigo mio, y yo à la puerta de una Iglesia, que se llama Omnium Sanctorum, pasó un Cavallero Portugués con seis pajes, y dos lacayos, muy bien vestidos à la Castellana, y quitandose la gorra à la Iglesia, quitamosela nosotros à él, usando de cortesía. Bolvió, como

afrentado, y me dixo: Ollaí senhor Castillano, non vos tirei à vos à barrera, se naon a o Santissimo Sacramento: Dixe yo, pues yo se la quitè à V. m. Compungido de esta respuesta, dixo el Portugués: Ainda vos à tirei à vos senhor Castillano. Venia por la calle del Atambor un Portugués con un Castillano; y como el Portugués iba enamorando las ventanas, no vió un hóyo, donde metió los pies, y se tendió de brúzas, dixole el Castillano: Dios te ayude; y respondió el Portugués: Xa naon podè. Estando jugando tres Castellanos con un Portugués à la primera, los engañó agudissimamente, que aviendolo dado despues de quinolada la baraja cinquenta y cinco, dixo con desprecio del naype, entre sí, como lo pudiesen oír, Os años de Mafoma. Los demás, que estaban bien puestos, y lo vieron passar, embidaron su resto. El quiso, y echando el uno cinquenta, y los demás lo que tenian, arrojó el Portugués sus cinquenta y cinco puntos, y arrebatóles el resto: dixo el uno de ellos: Como dixo V. m. que tenia los de Mahoma, que son quarenta y ocho años, si tenia cinquenta y cinco? Respondió el Portugués: Eu cudei, que Mafoma era mas vello. Y yo pensè que Mahoma era mas viejo; Otros excelentissimos cuentos, y agudezas pudiera traer, que

por evitar proligidad, los dexo. Vino en este tiempo una grandissima peste en Sevilla, y mandose por materia de estado que matasen todos los perros, y gatos por que no llevassen el daño de una casa à otra. Yo procurando assentar mi vida, fuime à Sanlucar à casa del Duque de Medina-Sidonia, y navegando por el rio, fue tanta la abundancia de gatos, y perros, que avia ahogados en todas aquellas quince leguas, que algunas vezes fue necessario detener el barco, ò echarlo por otra parte.

DESCANSO VII.

EMbarcamonos en Sanlucar, no con mucho tiempo. Pasamos à vista de Gibraltar por el estrecho, que lo era tanto por alguna parte, que con la mano parecia poderse alcanzar la una, y otra parte. Vimos el zalpe tan memorable, por la antigüedad, y mas memorable por el hachero, ò atalaya, que entonces tenia, y muchos años despues, de tan increíble, y perspicaz vista, que en todo el tiempo que él tuvo aquel oficio, la costa de Andalucia no ha recibido daño de las fronteras de Teruan, porque en armando las Galeotas en Africa las via desde el Peñon, y avisaba con los hachos, ò humadas. Yo soy testigo, que estando una vez en el Peñon algunos Cavalleros de

Ronda, y de Gibraltar, dixo Martin Lopez: (que assi se llamaba el hachero) Mañana al anochecer avrà rebato; porque se estan armando Galeotas en el rio de Teruan, que son mas de veinte leguas; y yo creo que por mucho que se encarezcan las cosas, que hizo con la vista Lince (que fue hombre, y no animal, como algunos piensan) y no sobrepujaron à las de Martin Lopez: realmente lo tenían mas los cofarios, que al focorro que contra ellos venia. Quiero de passo declarar una opinion, que anda derramada entre la gente, poco aficionada à leer, engañada en pensar, que lo que llaman columnas de Hercules, sean algunas, que él mismo puso en el estrecho de Gibraltar. Con otro mayor desalumbamiento, que dicen ser las que mandò poner en la Alameda de Sevilla Don Francisco Zapata, primer Conde de Barajas: Pero la verdad es, que estas dos columnas son, la una el Peñon de Gibraltar, tan alto, que se disminuyen à la vista los baxeles de alto bordo, que pasan por allí. La otra columna es otro cerro muy alto en Africa, correspondientes el uno al otro. Dícelo assi Pomponio Mela de *Situ orbis*. Bolviendo al proposito, digo, que passamos à la vista de Marbella, Malaga, Cartagena, y Alicante, hasta que engolfandonos, llegamos à las Islas Balea-

res, donde no fuimos recibidos, por la ruin fama, que avia de peste en Poniente, de manera, que desde Mallorca nos afeccionaron tres, ò quatro piezas. Faltònos viento, y anduvimos dando bordos en aquella costa, hasta que vimos encender quince hachos, que nos pusieron en mucho cuidado, porque como en Argel se cundió la fama de la riqueza que llevaba el Galeon de un tan gran Principe, salieron en corso quince Galeotas à buscar nos, que hicieron mucho daño à toda la costa, y lo pudieran hacer en nosotros, si el viento les favoreciera, permitiendolo Dios. Con el aviso que nos dieron de las Atalayas, engolfamosnos, fortificando las obras muertas, y las demás partes, que tenían necesidad, con sacas de lana, y otras cosas, que para el proposito se llevaron. Repartieronse los lugares, y puestos, como les pareció à los Capitanes, y Soldados viejos que el Galeon llevaba. Puestos en orden, aguardamos las Galeotas, que ya se venian descubriendo con el fuyo de media luna, que como al Galeon le faltaba el viento, y ellos venian valerosamente batiendo los remos, llegaron tan cerca, que nos podiamos cañonear. Estando ya con determinacion de morir, ò echarlas à fondo, disparò nuestro Galeon dos piezas tan venturosas, que desaparecie-

ron una de las quince Galeotas; y en el mismo punto nos vino un viento en popa tan desatado, que en un instante perdimos de vista las Galeotas. Esforzòse el viento tan demasadamente, que nos quebrò el arbol de la mesana, rompiendo las velas, y jarcias de lo demás con tanta furia, que nos puso en menos de doce horas sobre la Ciudad de Frigus en Francia, y sobreviniendo otro viento contrario por proa, anduvimos perdidos, bolviendo àzia atrás con la misma priessa que aviamos caminado. El Galeon era muy gran velero, y fuerte, bastante para no perdernos, y con solo el trinquete de proa pudimos vandearnos con la gran fortaleza del Galeon. Y al tercero dia de la borrasca comenzò la popa à defencaxarse, y à crugir, à modo de persona que se quexa. Con esto comenzaron à defmayar los Marineros, determinados de dexarnos, y entrarse de secreto en el Barcon, que venia amarrado à la popa. Pero siendo sentidos de los Soldados que no venian mareados, se lo estorvaron. Viendo el peligro, todos determinamos de confesarnos, y encomendarnos à Dios: pero llegando à hacerlo con dos Frayles, que venian en el Galeon, estaban tan mareados, que nos daban con el bomito en las barbas, y pecho, y como las ondas inclinaban el Navio a una parte,

y à otra, caian los de la vanda sobre los de la otra, y luego aquellos sobre estos otros. Andaba una mona saltando de jarcia en jarcia, y de arbol en arbol, hablando en su language, hasta que passando una furiosissima ola por encima del Navio, se la llevò, y nos dexò à todos bien refrescados. Anduvo la pobre mona pidiendo socorro muy grande rato sobre el agua, que al fin se la tragò. Llevaban los Marineros un papagayo muy enjaulado en la gavia, que iba diciendo siempre: Còmo estás Loro? como cautivo, perro, perro, perro, que nunca con mas verdad lo dixo, que entonces. Apartònos Dios de resulta segunda vez junto à Mallorca, à una Isleta, que llaman la Cabrera, y al revolver de una punta, yendo yà un poco consolados, nos arrojaron unas montañas de agua otra vez en alta mar, donde tornamos de nuevo à padecer la misma tormenta. Algunos de los Marineros cargaron demasiadamente, y echaronse junto al fogon del Navio, por fosegar un poco: soplò tan recio el viento, que les echò el fuego encima, que tenian muy guardado, que à unos se les entrò en la carne, y à otros les abrasò las barbas, y rostros, quitandoles el sueño, y adormecimiento del vino. Yo me vi en peligro de morir, porque al tiempo que se quebrò el arbol de la

mesana, por temor del viento, aviamos atado (mis camaradas, y yo) el transportin al arbol, y quando se quebrò, arrojò el transportin en alto, y à cada uno por su parte. Yo quedè asido al bordo del Galeon, colgado de las manos, por la parte de fuera, y si no me socorrieran presto, me fuera al profundo del agua: y si se rompiera quatro dedos mas abaxo, con la cox nos echàra hasta las nubes. Mearonse los Marineros, ò la mayor parte de ellos. Estabamos sin gobierno, aunque venia entre ellos un Contramaestre muy alentado, con una barbaza, que le llegaba hasta la cinta, de que se preciaba mucho, y subiendo por las jarcias àzia la gavia, à poner en cobro su papagayo, con la fuerza del viento se le desvanecò la barbaza, que llevaba cogida, y asiendo se à un cordel de aquellos de las jarcias, quedò colgado de ella como Absalòn de los cabellos. Pero asiendo se, como gran Marinero, al entena, lo sumergió tres veces por un lado por la mitad del Navio, y pereciera si otro Marinero no subiera por las mismas jarcias, y le cortàra la barbaza, que dexandola anudada donde se avia asido, y ayudandole, baxò vivo, aunque muy corrido de verse sin su barba. Tornamos à proejar lo mejor que fue posible, que xandose siempre la popa, y al fin

tomamos el Puerto de la Cabrera, Isleta despoblada, sin habitantes, ni comunicada, si no es de Mallorca, quando traen mantenimientos para quatro, ò cinco personas, que guardan aquel Castillo fuerte y alto: mas porque no ocupen aquella Isla los Turcos, que por la necesidad que ay de él. Avia estado mareado todo este tiempo el Mayordomo, ò Contador, que gobernaba los criados del Duque, y bolviendo en sí fue luego à visitar lo que venia à su cargo, y hallando menos ciertos pilones de azucar, como no parecieron, dixo: Yo fabré presto quien se los comió (si están comidos) y fue así, porque el dia siguiente comenzaron à dár la vanda todos, que no se daban mano à vaciar, lo que avian hinchido, que como avian metido tan abundantemente del azucar, les corrompió el vientre en tanto estremo, que en quince dias no bolvieron en su primera figura. Al Contramaestre no le vimos el rostro en muchos, por verse defamparado de su barbaza, que debe ser en Grecia de mucha calidad una cola de frison en la barba de un hombre. Al fin nos recibieron en aquella Isleta, que por falta de comunicacion, no sabian, que veniamos de tierra zpestada: y aunque lo supieran, nos recibieran, por ver gente, que los tenian por fuerza, sin ver ni hablar sino con aquellas for-

das olas, que están siempre batiendo los peñascos, donde está el Castillo edificado. Detuvimosnos allí quince ò veinte dias, ò mas, haciendo arboles, reparando jarcias, y remendando velas, padeciendo calor entre Mayo, y Junio, sin aver en toda la Isleta donde valerse contra la fuerza del calor, ni fuente donde refrescarnos, sino el algibe, ò cisterna, de donde bebian los pobres encerrados. Esta Isleta es de seis, ò siete leguas en circuito, toda de piedras, muy poca tierra, y esta sin arboles, sino unas matillas, que no suben arriba de la cintura. Ay unas lagartijas grandes, y negras, que no huyen de la gente, aves muy pocas, porque como no ay agua donde refrescarse, no paran allí.

DESCANSO VIII.

COMO el calor era tan grande, y yo he sido siempre fogoso, llamé à un amigo, y fuimos saltando de peña en peña, por buscar algun lugar, que, ò por verde, ò humedo nos pudiesse alentar, y aliviar de la navegacion, y trabajo pasado, de que salimos muy necesitados. Yendo saltando de una peña en otra, espantados de ver tan avarienta à la naturaleza, en tener aquel sitio con tan cansada sequedad, traxo una bocanada de ayre tan celestial olor de madres
fela

Selvas, que pareció lo embiaba Dios para refrigerio, y consuelo de nuestro cansancio. Bolvi el rostro àzia la parte de Oriente, de donde venia la fragancia, y vi en medio de aquellas continuas peñas una frescura milagrosa, de verde, y florida: porque se vieron de lexos las flores de la madre selva tan grandes, apacibles, y olorosas, como las ay en toda la Andaluzia. Llegamos, saltando de piedra en piedra, como cabras, y hallamos una cueva, en cuya boca se criaban aquellas cordiales matas de celestial olor. Y aunque era de entrada angosta, allà abaxo se estendia con mucho espacio, destilando de lo alto de la cueva por muchas partes, un agua tan suave, y fria, que nos obligò à embiar al Galeon por sogas, para baxar à recrearnos en ella. Baxamos, aunque con dificultad, y hallamos abaxo una estancia muy apacible, y fresca: porque del agua, que se destilaba, se formaban diversas cosas, y hacian à naturaleza perfectissima, con la variedad de tan estrañas figuras: avia organos, figuras de Patriarcas, conejos, y otras diversas cosas, que con la continuacion de caer el agua se iban formando à maravilla: de esta destilacion se venian à juntar un arroyuelo, que entre muy menuda, y rubia arena combidaba à beber de él, lo qual hicimos con

grandissimo gusto. El sitio era de gran deleyte, porque si mirabamos arriba, viamos la boca de la cueva cubierta de flores de madre selva, que se descolgaban àzia abaxo, esparciendo en la cueva una fragancia de mas que humano olor. Si mirabamos abaxo el sitio donde estabamos, viamos el agua fresca, y aun fria, y el suelo con asientos, donde podiamos descansar, en tiempo de tan excesivo calor, con espacio para pasearnos. Embiamos por nuestra comida, y una guitarra, con que nos entretuvimos con grandissimo contento, cantando, y tañendo, como los hijos de Israel en su destierro. Fuimos à la noche à dormir al castillo, aunque siempre quedaba guarda en el Galeon. Diximos al Castellano como aviamos hallado aquella cueva, que era un hombre de horrible aspecto, y ojos encarnizados, pocas palabras, y sin rifa, que dixeron aver sido cabeza de vandoleros, y por esso lo tenian en aquel Castillo, siendo guarda de él. Y respondendonos en language Catalàn muy cerrado: Mirad por vosotros, que tambien los Turcos saben essa cueva: no fue parte esta advertencia, para que dexassemos de ir cada dia à visitar aquella regalada habitacion, comiendo, y festeando en ella. Hicimoslo diez, ò doce dias arreo. Aviendo un dia

dia comido , y estando festeando, vimos assomar por la boca de la cueva bonetes colorados, y alquizeles blancos: pusimonos en pie, y al mismo punto que nos vieron (de que venian descuidados) dixo uno en lengua Castellana muy clara, y bien pronunciada: Rendios perros. Quedaron mis compañeros abortos, de ver en lengua Castellana bonetes Turcos: dixo el uno: Gente de nuestro Galeon debe de ser, que nos quiere burlar. Habló otro Turco, y dixo: Rendid prexto, que Torco extar. Pusieron los tres compañeros mano à las espadas, queriendose defender. Yo les dixè: De que sirve essa defensa, si nos pueden dexar aqui anegados à pura piedra, quanto mas con las escopetas que vemos? Y à ellos les dixè: Yo me rindo al que habló Español, y todos à todos: y vuestras mercedes pueden baxar à refrescarse, ò sino subiremosles agua, pues somos sus esclavos. Dixo el Turco Español: No es menester, que ya baxamos. Rogamos à Dios interiormente que lo supiesen los de el Galeon, obedeciendo à nuestra fortuna. Mis compañeros muy tristes, y yo muy en el caso, porque en todas las desdichas, que à los hombres suceden, no ay remedio mas importante que la paciencia. Yo aunque la tenia, fingiendo buen semblante, sentia lo

que puede sentir, el que aviendose sido siempre libre, entraba en esclavitud. La fortuna se ha de vencer con buen animo: no ay mas infeliz hombre, que el que siempre ha sido dichoso, porque siente las desdichas con mayor affliccion. Deciales à mis compañeros, que para estimar el bien era menester experimentar algun mal, y llevar este trabajo con paciencia, para que fuesse menor. Paseme à recibir con buen semblante à los Turcos que iban baxando, y en llegando al que hablaba Español, con mayor sumission, y humildad, llamandole Cavallero principal, dandole à entender, que lo avia conocido, de que el se hoigò mucho, y dixo à los Turcos sus compañeros, que yo le conocia por noble, y principal, porque el, como despues supe, era de los Moriscos mas estimados del Reyno de Valencia, que se avia ido à renegar, llevando muy gentil pella de plata, y oro. Viendo que aprovechaba la lisonja de averle llamado Cavallero, y noble, profegui, diciendole mas, y mas vanidades, porque el venia por Cabo de dos Galeotas suyas, que de las quinze avian quedado, por falta de temporal, escondidas en una caleta, adonde aquel mismo dia nos llevaron maniatados, sin tener remedio por entonces, y zongorroando con la guitarra, apartome mi

amo, y dixo de secreto: Profigue en lo que has comenzado, que yo soy Cabo de estas Galeotas, y à mi me aprovecharà para la reputacion, y à ti para buen tratamiento. Hicelo con mucho cuidado, diciendo, como el que no lo oyesse, que era de muy principales parientes, nobles, y Cavalleros. Fue tan poca nuestra fuerte, que les vino luego buen tiempo, y bolviendo las proas àzia Argel: iban navegando con viento en popa, sin tocar à los remos. Quitaronnos el traje Español, y nos vistieron como miserables galeotas, y echados al remo los demas compañeros, à mi me dexò el Cabo para su servicio. Por no ir callados, con el manso viento que nos guiaba, me preguntò mi amo como me llamaba, quien era, y què profesion, ò oficio tenia. A lo primero le dixè, que yo me llamaba Marcos de Obregon, hijo de Montañeses del Valle de Cayon. Los demas, por ir ocupados en oír cantar à un Turquillo, que lo hacía graciosamente, no pudieron oír lo que tratamos: y así le preguntè, antes de responderle, si era Christiano, ò hijo de Christianos, porque su persona, y talle, y la hermosura de un mocito hijo suyo, daban muestras de ser Españoles. El me respondió de muy buena gana: lo uno, porque la tenia de tratar con Christianos; lo otro, porque los de-

mas iban muy atentos al musiquillo, y así me dixo que era bautizado, hijo de padres Christianos, y que su venida en Argel no fue por estar mal con la Religion, que bien sabia que era la verdadera, en quien se avia de salvar las almas, sino que yo (dixo) nací con animo, y espíritu de Español, y no pude sufrir los agravios, que cada dia recibia de gente muy inferior à mi persona, las supercherias, que usaban con mi persona, con mi hacienda, que no era poca, siendo yo descendiente de muy antiguos Christianos, como los demas, que tambien se han passado, y pasan cada dia, no solamente del Reyno de Valencia, de donde yo soy, sino de Granada, y de toda España. Lastimabame mucho, como los demas, de no ser recibido à las dignidades, y officios de Magistrados, y de honras superiores, y ver que durasse aquella infamia para siempre y, que para deshacer esta injuria no bastasse tener obras exteriores, y interiores de Christiano. Que un hombre, que ni por nacimiento, ni por partes heredadas, ò adquiridas, se levantaba del suelo dos dedos, se atreviesse à llamar con nombres infames à un hombre muy Christiano, y muy Cavallero. Y sobre todo, ver quan lexos estaba el remedio de todas estas cosas. Que me podràs tu decir de esto? Lo

uno (respondi yo) que la Iglesia ha considerado esto con mucho acuerdo: y lo otro, quien tiene Fe del Bautismo, no se ha de rendir, ni acobardar por ningun accidente, y trabajo que le venga, para apartarse de ella. Todo esto te confieso yo (dixo el Turco) pero que paciencia humana podrá sufrir, que un hombre baxo, sin partes, ni nacimiento, que por ser muy obscuro su linage, se ha olvidado en la Republica su principio, y se ha perdido la memoria de sus passados, se desvanezca, haciendose superior à los hombres de mayores merecimientos, y partes que las tuyas? De estas cosas (respondi yo) como Dios es el verdadero Juez, y à que confienta el agravio aqui, no negará el premio allá, si puede aver agravio, no digo en los estatutos passados en las cosas de la Iglesia, que esto va muy justificado, sino en la intencion dañada del que quiere infamar, à los que ve que se van levantando, y creciendo en las cosas superiores, y de mayor estimacion. Estos (dixo el Moro) como ni pueden llegar à igualar à los de tan grandes merecimientos, tomando ocasion de prevaricar los estatutos con mala intencion, no para fortificarlos, ni para servir à Dios, ni à la Iglesia, sino para preciarfe de cattas viejas, como dicen. Y pareciendoles, que es

una grande hazaña levantar un testimonio, derraman una fama, que lleva la embidia de lengua en lengua, hasta echar por el suelo aquello que ve mas encumbrado, que como su origen fue siempre tan obscuro, que no se vio sugeto en él, que lo ennobleciese, y à la pobreza nadie le tiene embidia, quedanfe sin saber que son, teniendolos por Christianos viejos, por no ser conocidos, ni tener noticia, que tal gente huviese en el mundo. La Iglesia (dixe yo) no hace los estatutos, para que se quite la honra à los proximos sino para servirfe la Religion lo mejor que sea posible, conservandola en virtud, y bondad conocida. Ibame à replicar mi amo: pero dexando el Turquillo de cantar, dixome, que callasse, y tornome à preguntar lo primero: respondile à todo con brevedad, diciendo: Yo soy Montañes, de junto à Santander, del Valle de Cayon, aunque naci en el Andaluzia, llámome Marcos de Obregon: no tengo officio, porque en España los hidalgos no lo aprenden, que mas quieren padecer necesidades, ò servir, que ser Oficiales, que la nobleza de las Montañas fue ganada por armas, y conservada con servicios, hechos à los Reyes: y no se han de manchar con hacer officios baxos, que allá con lo poco que tienen se sustentan tan passando lo peor que pueden,

den, conservando las leyes de hidalguia, que es andar rotos, y descolidos, con guantes, y calzas atacadas, yo hare (dixo mi amo) que sepais officio muy bien. Y respondió un compañero de los míos, que estaba al remo: Esto à lo menos no lo hare yo, ni se ha de decir en España, que un hidalgo de la Casa de los Mantillas usò Oficio en Argel. Pues perro (dixo mi amo) estas al remo, y tratas de vanidades? Dadle à esse hidalgo cinquenta palos. Suplico à V.m. (dixe yo) perdóne su ignorancia, y desvanecimiento, que ni èl sabe mas, ni es hidalgo, ni tiene mas de ello que aquella estimacion, no quanto à hacer las obras de tal: sino quanto à decir, que lo es, por comer sin trabajar. Y no es el primer vagamundo, que ha avido en aquella casa, si es de ella, y à èl le dixè: Pues barbaro, estamos en tiempo, y estado, que podamos rehusarlo que nos mandaren? Agora es, quando hemos de aprender à ser humildes, que la obediencia nos ata la voluntad al gusto ageno. La voluntad subordinada no puede tener eleccion. En el punto que un hombre pierde la libertad, no es señor de sus acciones. Solo un remedio puede aver, para ser un pòco libre, que es, exercitar la paciencia, y humildad, y no esperar à hacer por fuerza lo que por fuerza se ha de hacer. Si desde luego no se comienza à

hacer havito en la paciencia haremoslo en el castigo. Que el obedecer al superior, es hacerlo esclavo nuestro. Como la humildad engendra amor, assi la soberbia engendra odio. La estimacion del esclavo ha de nacer del gusto del señor, y este adquiere con apacible humildad. Aqui somos esclavos, y si nos humillaremos à cumplir con nuestra obligacion, nos trataràn como à libres, y no como à esclavos. O que bien hablas (dixo nuestro amo) y como he gustado de encontrar contigo, para que seas Maestro de mi hijo, que hasta que encontrasse un Christiano como tu no se le he dado, porque por acà no hai quien sepa la doctrina, que entre Christianos se enseña à los de poca edad. Por cierto (dixe yo) èl es tan vella criatura, que quisiera yo valer, y saber mucho, para hacerle grande hombre, pero faltale una cosa, para ser tan hermoso, y gallardo. Estuvieron atentos à esto los demas Moros, y preguntò el padre: Pues què le falta? Respondi yo: Lo que sobra à V.m. Què me sobra à mi (dixo el padre) El Bautismo (respondi yo) que no lo ha menester. Fue à arrebatat un garrote, para pegarme, y al mismo compas arrebatè yo al muchacho, para reparar con èl. Cayosele el palo de las manos con que rieron todos, y al padre se le templò el enojo, que pudiera tener,

ner . descargando el palo en su hijo. Fingiose muy del enojado, por cumplir con los compañeros, ò Soldados, que realmente lo tenían por gran observador de la religion perruna, ò Turquesa. Aunque yo lo sentí, en lo poco que le comuniqué, inclinado à tornarse à la verdad Catholica. Por què (dixo) pensais vosotros, que vine yo de España à Argel, sino para destruir todas estas Costas, como lo he hecho siempre que he podido? y tengo de hacer mucho mas mal de lo que he hecho. Como lo sintieron enojado, quisieron echarme al remo. (y èl dixo) Dexadlo, que cada uno tiene obligacion de bolver por su Religion: y este, quando sea Turco, hará lo mismo que hace aora. Si harè, (dixe yo) pero no siendo Moro; y para sossegar mas su enojo, mandome, que tomasse una guitarra, que sacamos de la cueva: hicelo, acordandome de cantar de los hijos de Israèl, quando iban en su cautiverio. Fueron con el viento en popa, mientras yo cantaba con mi guitarra, muy alegres, sin alteracion del mar, ni estorvo de enemigos, hasta que descubrieron las torres de la Costa de Argel, y luego la Ciudad, que como los tenían por perdidos, hicieron grandes alegrías en viendo que eran las Galeotas del renegado. Llegaron al Puerto, y fue tan grande el recibimiento

por verle venir, y venir con presisa, que le hicieron grandes algazaras; tocaron trompetas, y xabebas, y otros instrumentos que usan, mas para confusion, y trulla, que para apacibilidad de los oídos. Salieronle à recibir su muger, y una hija muy Española en el talle, y garvo: blanca, y rubia, con bellos ojos verdes, que realmente parecia mas nacida en Francia, que criada en Argel, algo aguileña, el rostro alegre, y muy apacible; y en todas las demás partes muy hermosa. El renegado, que era hombre cuerdo, enseñaba à todos sus hijos la lengua Española, en la qual le habló la hija con alguna terneza de lagrimas, que corrian por las rosadas mejillas, que como les avian dado malas nuevas, el gozo le sacò aquéllas lagrimas del corazon. Yo les hice una humillacion muy grande, primero à la hija, que à la madre, que naturaleza me inclinò à ella con grande violencia, dixele à mi amo: Yo, señor, tengo por muy venturosa mi prision, pues junto con aver topado con tan grande Cavallero, me ha traído à ser esclavo de tal hija, y muger, que mas parecen Angeles, que criaturas del suelo. Ay padre mio, (dixo la doncella) y què cortesés son los Españoles. Pueden (dixo el padre) enseñar cortesía à todas las Naciones del mundo: y este

es esclavo en mayor grado, porque es noble, hijodalgo Montañés, y muy discreto. Y como lo parece (dixo la hija) pues por que lo trae con tan mal traje? hagale vuestra merced que se visita a la Española. Todo se hará, hija mia (respondió el Padre) reposemos agora el canfancio de la mar, y à que aveimos venido libres, y salvos.

DESCANSO IX.

HALLÈ un agradable alvergue en hija, y madre; pero mucho mas en la hija, porque como avia oïdo decir à su padre muchos bienes de España, y los habitadores de ella, que naturaleza la llevaba por este camino. Regalabame mas que à los demás esclavos: pero servia con mas gusto que ellos, así por lo que avia visto, como porque no iba de mala gana à Argel, por ver un hermano mio, que estaba cautivo en èl: y fui venturoso, en que antes que preguntasse por èl, supe, que avia incitado à otros esclavos, para que tomando un barco (despues de aver muerto à sus amos) se arrojassen à la fortuna, ò por mejor decir à la voluntad de Dios, y no atreviendose los demás èl, puso en execucion su intento, y sucediòle tan bien, que vino à España, y despues murió sobre Yaclet, que si supieran ser mi her-

mano, quizá yo lo pasàra mal. Yo servi à mis amos con el mayor gusto, y diligencia que podia; y mi servicio les era mas grato que el de los otros Cautivos, porque hacia de la necesidad virtud; y como al principio les ganè la voluntad, con facilidad los conservè despues: tratabalos con mucho respeto, y cortesia, martyrizando mi voluntad, y forzandola à lo que no era inclinado, que es à servir, que à los hombres, naturalmente libres, el tiempo, y la necesidad les enseña lo que han de hacer. Sufria mas de lo que mi condicion me enseñaba, que el rendirse à la fuerza, yo creo, que es de animos valerosos, y nobles. Poco valor, y menos prudencia tiene, el que no sabe obedecer al tiempo. Servir bien, quien por fuerza ha de servir, es ganarle à la fortuna por la mano; y obedecer mal al superior, es poner en duda el gusto, y la vida. Y al fin vive con seguridad, quien hace lo que puede, sirviendo. Aunque yo me via regalado de mis amos (no por effo dexaba de repartir con los demás Cautivos) y ellos conmigo su trabajo, y para sossegar la envidia, se han de hacer estas diligencias, y otras mayores. Que no ay gente, que mas se gobierne por ella, que esclavos, perseguidores de sus iguales, y solapadores de la honra, y hacienda

de sus dueños. Pocos he visto de los que han pasado por este miserable estado, que no tengan algun resabio infame. Junto con el buen tratamiento que se me hacia, echè de ver en mi ama la doncella, que siempre que passaba por donde pudiesse verla, hacia movimiento en el color del rostro, y en el moviento de las manos, que parecia alguna vez que tocaba tecla. Al principio atribuialo à la mucha honestidad fuya: pero con la mucha perseverancia, y con la experiencia que yo tenia de semejantes accidentes (que no era poca) le conocí la enfermedad. Mandabame un millon de cosas cada dia, que ni à ella le tocaba el mandarlas, ni à mi el hacerlas: pero yo confieso, que me holgaba en el alma de servirla, y de que me mandasse muchas mas: todas quantas niñerías venian à mis manos, ò yò hacia, venian à parar en las suyas, diciendo que eran de España, tanto, que una vez poniendosele el rostro como una amapola, me dixo, que quando no huviera venido de España otra cosa, sino quien se las daba, bastaba para ella: y luego echò à correr, y se escondió. Yo con estos favores enterneciame demasadamente: pero mirè el estado en que me via, y que aviendo de buscar la libertad del cuerpo, iba perdiendo la del alma; y que el menor daño, que me

podia suceder, era quedarme por yerno en casa, bolvia sobre mi, y me reprehendia conmigo à solas: pero quanto mas me contradecia, hallaba en mi menos resistencia. Y el remedio de estas passiones mas consiste en dexarlas estàr, que en escarbarlas, buscando el olvido, ò camino para èl. Echaba de ver, que el tiempo, que estas passiones entran en un hombre, le arrebatan de modo, que le dexan incapaz para otra cosa. Y aunque me persuadia, à que por entretenerme, podia llevar aquella dulce carga, la experiencia me avia enseñado, que el amor es Rey: que en dandole possession, se alza con la fortaleza; pero hacia-me contradiccion en mi propio, pensar cómo podia ser desagraciado, quien siempre se preciò de lo contrario. Aunque para esto se me ponía por delante la sospecha, que podian tener los padres, si vian alguna demonstracion de buena correspondencia. Apartabame de esto estàr entre enemigos de la nacion, y de la Fe. El acudir mal al amor, que el padre me mostraba, que me avia entregado su hijo, para que le enseñasse: y sobre todo, y mas que todo, no ser ella bautizada. Resolvime al fin, de que aunque me abrasse no avia de mirarla con cuidado. La pobre doncella, que sintió novedad en mi, llevò-lo con mucha melancolia de

razon, sentimiento, y ojos arcaduces, y lumbreras, del alma, color mudado de rostro, suspension en las palabras, y encogimiento en el trato. Preguntabanla que tenia? Y respondia que era enfermedad, que ni la avia tenido, ni conocido, ni sabia decir, que fuesse. Preguntabanla, si queria alguna cosa? Respondia que era imposible lo que deseaba, que era solamente ver à España, y esto entrè rifa, y tristeza, vino à ser melancolia de manera que hizo cama contra su voluntad, porque no podia ser visitada, de quien ella queria, ni entraban allà, sino es las mugeres solamente, y aquellos eunucos: gente vigilantissima, que como sea, para quitar el gusto, sirven con gran cuidado, que estas doncellitas no tienen experiencia del mundo, ni saben gobernar sus pasiones, y apetitos. En faltandoles aquello, que miran con buenos ojos, y mejor voluntad, les parece, que les ha faltado Cielo, y tierra, y se rinden à qualquier borro, por fastisfacer à las ansias, que padecen. Y asì, las que usan de ser miradas, es lo mas sano, ò casarlas, ò quitarlas la ocasion de ver, y ser vistas: mas impresion hace la passion en la sangre nueva, que en los pechos, que se han de guardar. A los sembrados, si quando estàn granados, les falta el agua, no les hace mucha falta: pero si les falta, quando estàn

tiernos luego se marchitan, y paran amarillos, y todas las cosas naturales van por este camino. Las doncellas ignorantes de querer, y olvidar, con qualquiera disfavor se marchitan, como hizo esta doncellita, à quien yo queria mas de lo que ella pensaba.

DESCANSO X.

AL fin comenzaron à curar de melancolia à esta doncellita, aplicandole mil medicamentos, que la echaban à perder, que como era tan amable por su hermosura, y condicion, supose en todo Argel su enfermedad, con mucho sentimiento de todos. Yo sabiendo la causa de su melancolia, tambien como de mi pena, y dissimulacion, pensando como podria verla, y consolarla, propuse entre mi, que avia de decirle amores en presencia del padre, y la madre sin que lo sintiesen, y que ellos me avian de llevar para el mismo efecto. Y con esta seguridad dixè à mi amo, que yo avia aprendido en España de un gran varon unas palabras, que dichas al oido, sanavan qualquiera melancolia, por profunda que fuesse: pero que se avian de recibir con grande fee, y decirse al oido, sin que nadie las oyesse, sino sola la persona paciente. El padre me dixo: Sane mi hija, y sea como fuere. La madre

dre con las mismas añas, y deseo me pidió, que luego se las dixesse. Entré adonde las mugeres estaban, acompañando la enferma, lo más limpio, y aseado que pude, que la limpieza, y curiosidad ayuda siempre à engendrar amor: y entrando el padre, y la madre la dixeron: Hija, tén buen animo, y mucha fe con las palabras, que aquí viene Obregon à curarte de tu melancolia. Y mandando, que todos se apartassen, yo me llegué con mucho respeto, y cortesía al oído de la paciente, diciendole el siguiente ensalmo. Señora mia, la dissimulacion de estos días no ha sido causa del olvido, ni por tibieza de voluntad, sino recato, y estimacion de vuestra honra, que mas os quiero, que la vida que me sustenta: y con esto apartème de ella, y luego con un gran donayre abrió aquellos bellísimos ojos, con que alentó los corazones de todos los circunstantes, diciendo: Es posible, que tan poderosas palabras son las de España? porque avia seis días, que no se le avian oído otras tantas. Pero todo esto vino à resultar en disgusto mio, porque à la fama de la cura, que se avia divulgado, otras melancolicas de diversos accidentes, quisieron que las curasse, sin saber yo, como lo podria hacer, ni el origen de sus enfermedades, mas de lo dicho, Holgaronse todos, y alaba-

ron la fuerza de las palabras, la cortesía, y humildad con que yo las avia dicho. La doncelluela quiso levantarse luego por la fuerza del ensalmo, pero yo dixé: Ya V. m. ha comenzado à convalecer, y no es bien, que tan presto se gobierne como sana, estése, queda que yo bolveré à decir estas palabras, y otras de mayor excelencia, quando V. m. fuere servida, y Señor diere licencia. Así lo hice muchas vezes, hasta que se levantó; y aquí un testimonio, que fue decir, que tenia gracia de curar melancolia. Holgaronse de verla sana, y yo mucho mas que todos, como aquel que la amaba tiernamente. En esse mismo tiempo avia estado enferma de melancolia una señora principal moza, y muy hermosa, casada con un Cavallero muy poderoso en el Pueblo. Y aviendo estado enferma, vino à quedar con tan grande melancolia, que à nadie quería ver, ni hablar. Pues como llegó à oídos del marido la salud que avia cobrado la hija de mi amo, embióle à decir, que le llevasse allà aquel esclavo, que curaba de melancolia. Mi amo, por darle gusto, me dixo: De buena ventura has de ser, porque me ha embiado à decir Fulano, que es Cavallero de grandes partes, y que vale mucho en Argel, y con el gran Turco, que te lleve à curar à su muger de

de melancolia , que por ser gallarda , y hermosa , te holgaràs de verla. O señor (dixe yo) no me mande vuestra merced esto , que si una vez lo hice , fue por ver à vuestra merced apasionado por la enfermedad de su hija : y bien sabe , quan mal se recibe por acà lo que se dice , y hace en virtud de la verdadera Religion. Es por fuerza (dixo) el hacerlo , que importa mucho tenerlo grato. Señor (dixe yo) vuestra merced me escuse con èl , que no con todas personas hacen las palabras un misma efecto , que es necesario tener con ellas tanta fè , como tuvo su hija de vuestra merced , y esta señora no la ha de tener. Traxele otras muchas causas , escusandome , por ver si podia escaparme. El fue à hablar al Cavallero por disculparme , y y quanto mas me escusaba , tanto mas porfiaba en ello , hasta que dixo , sino queria ir , que me llevasse arrastrando à palos. Pobre de mi (dixe yo) quien me hizo Cirujano , ò Medico , de melancolias ? que sè yo de recetas , y de ensalmos ? como podrè salir agora de este trance tan riguroso ? que , ò ella ha de quedar sin melancolia , ò yo tengo de padecerla toda mi vida. Decirle amores , como à la otra , ni yo podrè , ni ella me los entenderà , ni su enfermedad es de este genero : pues decirle al oïdo cosas de Santos , y de la verdadera

Religion sera , doblarle mas la enfermedad , y à mi los palos , aunque Dios es poderoso , para hacer pan de las piedras , y de los Paganos Christianos. Al fin me resolvì con un gentil animo , llevando à mi amo por lengua , y èl ami por escorzonera. Y para mas acertar la cura , cogì debaxo de la saltambarca una guitarra , procurando con todas las fuerzas posibles salir con la cura , y para esto poner todos los medios necesarios : y asì entrando con muy desemuelto semblante , alentandome , le dixe : V. m. Señora , sin duda sanarà , porque las palabras que yo digo , solamente son para curar à las muy hermosas , y vuestra merced es hermosissima. Tengo esperanza , que saldrà bien con la salud , y yo con la cura. Recibiò bien este ensalmo , que es efficacissimo , con las mugeres. Y luego le dixe : Tenga vuestra merced grande fè en las palabras , y pongase en la imaginacion , que ya ha ahuyentado el mal. Hiciele estàr con gran fè suya , y suspension de todos : llegandome à ella , que estaba con la imaginacion muy en el caso , dixela al oïdo un grandissimo disparate , que aprendi oyendo Artes en Salamanca , y fue :

*Barbara calarent Darij
ferio Baralipton.
Calantes dabitis fopesmo
frise somorum.*

Y luego sacando la guitarrilla, le cantè mil disparates, que ni ella los entendia, ni yo se los declaraba. Fue tanta la fuerza de imaginativa fuya, que antes que de alli me saliesse, quedò riendo, y rogandome, que bolviessè allà muchas vezes, y que le diessè aquellas palabras escritas en su lengua: yo di gracias à Dios de verme libre de este trance, y busque modo para no curar mas. Pero como avia cobrado fama, si algunas vezes acudian, fingia, que me daba mal de corazon, y assi me escapaba. Mas restame por decir, los zelos que tuvo mi ama la moza, que pensando le avia dicho à la otra, las mismas palabras que à ella, estaba llorando de zelos, apaciguèla en pudiendola hablar, que como era doncella de pocos años, y menos experiencia, todo lo creía: y queriendola yo con todo el estremo del mundo, me pesaba, que mis cosas le diessèn un minimo disgusto. Dixele un dia, que sus padres estaban fuera de casa, con la confianza que de mi hacian, y aviendome dicho, que podia hablar delante de las criadas, porque no entendian la lengua. Señora mia, que desdicha nuestra, y buena suerte mia hizo, que siendo vos un Angel en hermosura, en años tierna, y en cordura, y madurez muy prudente, ayais entregado vuestro gusto, y voluntad à un hombre

cargado de años, desnudo de partes, y merecimientos? Que siendo digna de lo mejor, y mas granado del mundo, no recuteis de recibir en vuestro servicio à un hombre rendido, y subordinado à quantos daños la fortuna le quisiere hacer? que una sabandija arrojada de la furia del mar maltratado de golpes de fortuna, en misera esclavitud, aya hallado tan soberano alvergue en vuestro sencillo pecho? Que el blanco donde todos tienen puestos los ojos, y las entrañas, aya recibido en las fuyas, à quien se contentàra con ser perpetuamente su esclavo? Que presupuesto, que nunca en mi ha avido imaginacion de llegar à manchar vuestra castidad, ni el deseo se estenderà à tal: con tan grandes, y no merecidos favores, me levantò à pensar que soy algo, no siendo capaz de que vuestros ojos se humillen à mirar mi persona. Encendido el rostro en un finissimo carmin, temblandole las manos, y encogiendo el cuerpo con la fuerza de la honestidad, me respondiò de esta manera. A lo primero os digo, señor mio, que no se responder, porque ello se vino sin cuidado, ni eleccion, ni sin saber por què, ni como. A lo segundo, que no aver mirado en lo que por acà me podia estàr bien, digo, que despues que supe de mi padre, aver sido bautizado,

luc

fuego aborreci lo que por esta parte me podia venir. Y si yo fuese tan dichosa, que viniese à ser Christiana, no desearia mas de esto, y lo que tengo presente: y facendo un lienzo, como para limpiarle el rostro, se lo cubrió, como reprehendiendose de aver respondido con libertad. Quedòle como el azucena entre las rosas, y yo mudo con solamente mirar, y contemplar aquella honestidad enamorada, los efectos que hacia tan fuera del ordinario. Recogime, porque sentí venir por la calle sus padres, y tomando mi guitarra, cantè: Ay bien logrados pensamientos míos. Holgaronse mis amos de hallarme cantando, que como él tenia en el corazon las cosas de España, se regalaba con oír canciones Españolas. Echè de ver de las palabras de la doncella, y de otros accidentes, que yo avia sentido lo que yo me traía entre ojos, que me iban regalando para heredero de la hija, y de las Galeotas. Yo daba leccion al hijo, y lo instruía lo mejor que podia en las costumbres Christianas, que el padre no lo rehusaba, aunque armaba contra Christianos, haciendo grandísimos daños en las Costas de España, y en las Indias Baleares. Con esta ocasion gozaba algunos ratos de buena conversacion con la hija, y con mucha cortesía, y miramiento, sin que

pudiesse notarse cosa, que no fuese muy honesta, y limpia. Mas como estas cosas nunca se gozan, y poseen sin azares, y contradiciones, se entrò el diablo en el corazon de una vieja, cautiva de muchos años, entrefacada de dientes, de mala catadura, grande boca, labio caído, à manera de oveja, muelas pocas, ó ningunas, lagrimales llenos de alhorre, y contrahecha de cuerpo, y tan mal acondicionada, que se andaba siempre quejando de los amos, diciendo que la mataban de hambre: y porque yo no la regalaba, y no le daba lo que no tenia, dió en poner mal nombre à la sencillez de la doncella, y la cortesía con que yo la trataba, por donde los padres le pusieron silencio en hablarme con arta reclusion, y aprietito. Què le pareció à aquella maldita vieja, que congraciandose con los amos por este camino, passaria mejor vida que hasta entonces; pero no nos sucedió como pensaba, porque como el amor es tan grande escudriñador de secretos, à pocos lances dió alcance à el chisme de la esclava, y al momento hize que lo supiesse la hija, que como era tan querida de sus padres, creyeron quanto dixo contra ella, de manera, que nunca mas entrò donde estaban las mugeres, ni comió, ni bebió à gusto en el

tiempo que yo estuve allí, justo pago de el chisme. Y si todos los que le llevan fuessen mal recibidos, y peor pagados, vivirian las gentes en mas paz, y quietud. Que si los chismosos supiesten, qual dexan aquel á quien llevan la parleria, mas querrian ser entonces mudos, que habladores; y los que los oyen, si quieren estar en el caso, bien echarán de ver, que no la traen por bien que quieren al que la oye, sino por querer mal á aquel de quien la dicen, y por vengar sus odios por manos ajenas. El chisme es un congraciamiento, engendrado en pechos ruines, que dá pesadumbre al que le oye, y desacredita al que los trae. A todas las gentes del mundo es justo guardarles secreto, sino es al chismoso. A tres personas ofende el chisme, al que la dice, á quien se dice, y de quien se dice. Este lastimò á los padres, y hizo la vieja odiosa, y atormentò á la pobre doncella, y á mi me privò por entonces del regalo que me hacian, y la estimacion con que me trataban. El renegado era hombre cuerdo, y aunque usò con la hija de aquel rigor, conmigo disimulò, sin darme á entender cosa de su enojo, hasta enterarse de la verdad del caso; pero hizo que me baxasse á servicios viles, como era traer agua, y otras cosas semejantes, mas por ver mi

sentimiento, ò humildad, que por que perseverasse en ello. Yo, que le entendí muy bien, hice con grandissimo gusto, y llaneza quantas cosas me mandaba, malas, ò buenas, procurando desvelarlo del cuidado con que vivia. Que para defarraygar del pecho una sospecha, que se arremete á la honra, es necesario usar de mil estratagemas, que ni lo parezcan, ni se aparten mucho de la verdad. Mudar de alegría en el semblante, es novedad que se echa de ver: hacer mas servicios de los ordinarios, dan ocasion de averiguar la sospecha. El medio que se ha de guardar, con sola humildad, y paciencia se adquiere, y aun esse no ha de exceder el trato ordinario. Hice todo quanto se me mandaba, sin diferencia del gusto, y pesadumbre, con que antes lo haria. Iba con mucha humildad por agua á una fuente, que llaman del Babafon, agua muy delgada, y de grande estimacion en aquella Ciudad, de donde se parecen grandissima cantidad de jardines, viñas, y olivares, de grande provecho, y recreacion. Contòme un Turco, estando allí, que no se sabe de donde nace, ni por donde viene aquella agua; porque aviendola traído de lo alto de aquellos montes; y sierras dos Turcos, y dos Cautivos con inmenso riesgo, el Rey, ò Virrey que enton-

ces era, les pagò su trabajo con darles garrote, porque en ningun tiempo revelassen el secreto, con que pudieran quitarles el agua, que es provechosa à la Ciudad. Que sitiada una fuerza, el mayor daño que pueden recibir para que se rinda, ò se tome, es quitarle el agua. Y viven con tanto recato, que qualquiera Virrey procura saber alguna nueva invencion, para mayor fortificacion de su Ciudad: en tanto extremo, que el Viernes, quando van à sus Mezquitas, dexan encerradas las mugeres, y los esclavos, con gran seguridad de traycion, porque solos los hombres van al Templo, dexando bien cerradas sus casas, y seguras sus mugeres. Y parece con sola esta relacion que seria muy facil hablar à la doncella, estando encerrada por defuera, y entrando los Cautivos à servir à las mugeres, tan bien encerradas; pero no es asì, porque ellos van tan descuidados de daño secreto, ò publico, dexando tan fuerte guarda para la defensa de sus casas, que aunque el demonio pudiesse dár lugar à la execucion del deseo, seria mas facil faquear toda la Ciudad, que no hacer traycion en una casa particular. Porque dexan por guarda un genero de hombres, que ni lo son para esse efecto, ni lo parecen en el rostro, que, ò por preciarle de si:

delisimos, ò porque otros no hagan lo que aunque no se parece, se viene à parecer, de que ellos estàn privados. Son tan vigilantes en la guarda de lo que se les encomienda, que por ningun camino admiten descuido, ni engaño. Y aunque quisiera valermeme de el, por tener yà noticia, y conocimiento de la invencible entereza de estos monstruos artificiales, no quise ponerme en probarlo, antes el mismo Eunuco, ò guarda Damas me reprehendia, porque yo no queria entrar adonde las mugeres estaban, como persona, que yà estaba avifado del caso: à que yo le respondia, que yo no avia de hacer lo que no se usaba en mi tierra, ni se permitia que los hombres se mezclasse con las mugeres. Y en resolucion, yo me governè con tanta cautela con esta espia, que no hallaron en que tropezar, que era lo que mi amo deseaba: y el Eunuco (por mala condicion que tenia) estuvo siempre bien conmigo; que este genero de gentes està en la Republica muy infamado de mal intencionado, no sè si con razon, porque la libertad de que usan en no disimular cosa, antes creo que les queda de ser siempre niños, mas que de ser mal intencionados. Esto se entien-de à cerca de los que no profesan la musica, que en los que la profesan, he visto muchos

cuertos, y muy virtuosos, como fue Primo, Racionero de Toledo, y como es Luis Ongue-ro, Capellan de su Magestad, y otros de este modo, y traza, que por evitar prolixidad callo.

DESCANSO XI.

Muy contento mi amo de la bondad de su hija, y satisfecho de mi fidelidad, tornaron las cosas à su principio, y yo à la reputacion, y estimaciõ en que me solian tener. La doncelluela realmente andaba un poco melancolica, y la madre muy arrepentida de verla disgustada; de manera, que la hija se retiraba de ella, haciendose de la enojada, y regalona. La madre andaba pensando, como darle gusto, buscando modos para alegrarla, y desenojarla, porque andaba con un ceñuelo, con que à todos nos traia suspenfos, à mi de amor, y à los demàs de temor, no enfermasse de aquella pesadumbre. Al fin, como procuraban bolverla à su gusto, y tenerla alegre, dixo la madre à mi amo, que me mandasse decirle aquellas palabras contra la melancolia, que no hallaba con que alegrarla, sino con ellas. Mandómelo, y yo le dixè: Sin duda esta tristeza debe de nacer de algun enojo, y assi ferà menester decirfelo muchas vezes, para desarraygarle del pecho la ocasion de su mal, haciendole algunas preguntas, con que ref-

pondiendo ella, se fazonasse mejor su pena. Y assi fue, que me dexaron un grande rato hablar con ella, y decirle el ensalmo primero, y otros mejores, à que ella respondia muy a proposito, quedando muy contenta de averla dicho, que la verdadera salud, y contento, y gusto del alma, le avia de venir del agua del Bautismo, que su padre avia despreciado. Y despues de bien instruida en esto me apartè de su persona, aviendo hablado, y ella respondido, media hora. Alegrose la madre de lo que veia, rogòme que le enseñasse aquel ensalmo, à que yo le respondi; Señora, estas palabras, no las puede decir, sino quien huviere estado en el estrecho de Gibraltar, en las Islas de Riatan, en las columnas de Hercules; y en el Mongibelo de Sicilia, en la cima de Cabra, en la mina de Ronda, y en el corral de la Pacheca, que de otra manera se veràn visiones infernales, que atemorizan à qualquiera persona. Dixè estos, y otros muchos disparates con que se le quitò la gana de saber el ensalmo. Yo aunque tenia con esto algun entretenimiento, al fin andaba como hombre sin libertad en miserable esclavitud, entre enemigos de la verdadera Religion, y sin esperanzas de libertad, por donde el amor se iba aumentando en la doncella, y menguando en mi: como passion que

que quiere pecho , y animos vagamundos , y ociosos desocupados de todo trabajo , y virtud; pues que efecto puede hacer un amor holgazan en un alma trabajadora? que gusto puede tener, quien vive sin él? cómo puede hacer à su dama terrero, quien lo està hecho à los golpes de la fortuna? cómo saldràn dulzuras de la boca por donde tantos tragos de amargura entran? Al fin, el amor quiere ser solo , y que acudan à él solo mozos sin obligaciones, sin prudencia , y sin necesidad, y aun en estos es vicio , y dextramiento para la quietud del cuerpo , y del alma , quanto mas en un hombre subordinado à tantos trabajos , mirado de tantos ojos , temeroso por tantos testigos. Yo andaba muy triste, aunque muy servicial à mi amo, y à todas sus cosas , con tanta sollicitud , y amor , que iban las obligaciones cada dia creciendo con el amor de mis amos ; pero pesabale de verme andar triste, y sin gusto , que aunque no se parecia en el servicio , echabase de ver en el rostro. Y así , llegandose el dia de San Juan de Junio , quando los Moros , ó por imitacion de los Christianos, ó por mil yerros que en aquella secta se professan , hacen grandísimas demonstraciones de alegría, con invenciones nuevas à cavallo ; y à apie, me dixo el renegado : Ven conmigo , no como

esclavo , sino como amigo , que quiero , que con libertad te alegres en estas fiestas , que oy se hacen al Profeta Ali , que vosotros llamais San Juan Bautista, para que te diviertas , viendo tan excelentes ginetes , tantas libreas , marlotas de seda , hechas un asqua de oro , turbantes , cimitarras , gallardos hombres de à cavallo , vibrando las lanzas con los brazos desnudos, y alheñados : mira la bizzarria de las damas , tan adornadas de vestidos , y pedrerias , como favorecen con mucha honestidad à los galanes , haciendo ventana, dandoles mangas , y otros favores. Mira las quadrillas de grandes Cavalleros, que llevando por guia à su Virrey , adornando toda la ribera , así del mar , como de los rios : quan gallardamente juegan de lanzas , y despues de arrojadas , con quanta ligereza las cogen del suelo desde el cavallo. A todo esto yo estava rebentando con lagrimas , sin poderme contener , ni disimular la pena, y sentimiento, que aquellas fiestas me causaban. A que bolviendo los ojos mi amo , y viendome deshecho en lagrimas, me dixo: Pues en el tiempo, donde de todo el mundo se alegra , no solamente entre Moros, sino en toda la Christianidad , y en una mañana donde todos se salen de juicio, por la abundancia de alegría, estás limpiando lagrimas?

Quan.

Quando parece, que el mismo Cielo dà nuevas muestras de regocijo, lo celebras tu con llanto? Què vès aqui, que te pueda disgustar, ò que no te pueda dár mucho contento? La fiesta, respondi yo, es milagrosa de buena, y tan en extremo grado, que por alegrissima, me hace acordar de muchas, que he visto en la Corte del mayor Monarca del mundo, Rey de España. Acuerdome de la riqueza, y bizarría, de las galas, y vestidos, de las cadenas, y joyas, que esta mañana resplandecen en tan grandes Principes, y Cavalleros. Acuerdome de ver salir à un Duque de Pastrana, una mañana como esta, à cavallo, con un semblante, mas de Angel, que de hombre, elevado en la silla, que parecia Centauro, haciendo mil gallardias, y enamorando à quantas personas le miraban. De aquel gran Cortesano Don Juan Gaviria, cansando cavallos, arastrando galas, haciendo cosas de muy valiente, y alentado Cavallero. De una prenda fuya, que en tiernos años ha subido à la cumbre de lo que se puede desear, en razon de andar à cavallo. De un Don Luis de Guzmán, Marqués del Algava, que hacia temblar las plazas, adonde se encontraba con la furia desenfrenada de los bramantes toros. De su tio el Marqués de Ardales Don Juan de

Guzmán, exemplo de la bravura, y gallardia de toda la Cavalleria. De un tan gran Principe, como Don Pedro de Medicis, que con un garrochon en las manos, ò tomaba un toro, ò lo rendia. Del Conde de Villamediana Don Juan de Tasis, padre, y hijo, que entre los dos hacian pedazos un toro à cuchilladas. De tanto numero de Cavalleros mozos, que admiran con el atrevimiento, vencen con la presteza, enamoran con la cortesía, que como trás de esta mañana se sigue otro dia la fiesta de los toros, acuerdome de todo en confuso. Fiesta, que ninguna Nacion, sino la Española, ha exercitado, ni exercita, porque todos tienen por excesiva temeridad, atreverse à un animal tan feroz, que ofendido se arroja contra mil hombres, contra cavallos, lanzas, y garrochones, y quanto mas lastimado, tanto mas furioso. Que nunca la antigüedad tuvo fiesta de tanto peligro como esta: y son animosos, y atrevidos los Españoles, que aun heridos del toro, se tornan al peligro tan manifesto, assi peones, como ginetes. Si huviesse de contar las hazañas, que en semejantes fiestas he visto, y traer à la memoria los ingenuos Cavalleros, que igualan en todo à los nombrados, assi en valor, com en calidad, seria obscurecer esta fiesta;

y quantas en el mundo se hacen. Dixome aqui el Ermitaño : Pues como no hace vuestra merced mencion de la que hizo en Valladolid Don Phelipe el Amado, en el nacimiento del Principe nuestro Señor? Respondi yo: Porque no avia de contar yo en profecia, lo que aun no avia pasado: pero esta fue la mas alegre, y rica, que los mortales han visto, y donde se muestra la grandeza, y prosperidad de la Monarquia Española. Que si el otro Emperador vicioso hacia cubrir con las limaduras de oro el suelo que pisaba, saliendo de su palacio; con el oro que salio aquel dia en la plaza, la podia cubrir toda, como con cargas de arena. Y si para engrandecer la braveza de Roma, dicen, que en la batalla de Canas, en la Pulla, se hincheron tres moyos las fortijas de los nobles con las cadenas, fortijas, y botones de aquel dia se podian llenar treinta anegas. (esto, sin lo que andaba en las casas particulares guardado.) Estuvieron aquel dia todos los Embaxadores de los Reyes, y Republicas, esperando la grandeza de España, y la flor, y valor de la Cavalleria, que los dexò suspensos, y en extasis de ver la gallardia con que se jugò de los garrochones, rebolviendo los cavallos, que aunque herir à espaldas bueltas es mucha gala, como lo usan otras Naciones

en cazas de leones, y otros animales, este dia hubo quien esperò en la misma puerta del toril (quando con mas furia, y velocidad sale el toro) y le matò cara à cara con el garrochon, que fue Don Pedro de Barros: y aunque esto tiene mucha parte de atrevimiento, y ventura, tambien la tiene de conocimiento, y arte, que enseña la experiencia con gentil discurso. Al fin estas fiestas admiraron à los Embaxadores, y al mundo; pero mucho mas ver à un Rey mozo, Don Phelipe Tercero el Amado, siendo cabeza de su quadrilla, guiar con tan grande sazon, cordura, y valor, y enmendar muchas vezes los juegos de cañas, que los muy experimentados Cavalleros erraban: porque fue tanta la abundancia de cavallos, y quadrillas, que no pudieron caber en la plaza, y con esta confusion algunas vezes se descuidaban en el juego, que con la anciana prudencia del mozo Rey, se tornaba à la primera perfeccion, que cierto parecia ir guiado de Angeles: porque al fin fue el mejor hombre de à cavallo, que aquel dia se mostrò en la plaza. Despues acá se han cultivado grandes Cavalleros muy mozos, y muy acertados, como Don Diego de Silva, Cavallero de mucho valor, presteza, y donayre, atrevidissimo con el garrochon en las manos, y su valeroso her-

hermano Don Francisco de Silva, que pocos dias hà, sirviendo à su Rey murió, como valentísimo Soldado, y con èl muchas virtudes que le adornaban. El Conde de Cantillana, que con grandísimo aliento derriba muerto à un toro con el garrochon. Don Cristoval de Gaviria, Excelentísimo Cavallero, y otros muchos, que por no salir de mi proposito, callo. Profeguimos en vèr, en la fiesta de los Turcos, y Moros, algunos muy grandes ginetes; pero no tan grandes, como Don Luis de Godoy, ni como Don Jorge Morejon, Alcayde de Ronda, ni como el Conde de Olivares mozo. Pero fue la fiesta alegrísima, que como gente que no ha de tener otra gloria, sino la presente; la gozan con toda la libertad, que se puede desear. Ultimamente vi à mis amas, ya que la fiesta se iba acabando, que me pesò en el alma, no por verlas tarde, que la doncellita estaba hecha ojos, no àzia la fiesta, sino àzia su padre, que viendole à èl, me via à mi. No pude negar à la naturaleza el vigor, y aliento que de semejantes encuentros recibe. Hice del ignorante en su vista, y dixè à mi amo que nos fuèssimos, sabiendo lo que me avia de responder, como lo hizo, diciendo: Esperemos à mi muger y hija para acompañarlas. Baxaron de una ventana, donde estaban, y fuimos acompañandolas,

la hija temblandole las manos, y mudando el color del rostro, hablando con intercadencias. Dixole el padre: Vès aqui tu Medico, hablale, y agradecele la salud que suele darte. Preguntòme la madre, que me avia parecido la fiesta? Hasta que vi à mis señoras, respondi, no vi cosa, que aunque eran buenas, me lo pareciesen, porque la gracia, hermosura, y talle de mi señora, y de su hija, yo no lo veo en Argel. Riyòse el el padre, y ellas quedaron muy contentas, que teniendo por este camino contenta à la madre, de buena gana me dexaba hablar con la hija. Pidiòme la doncella un rosario en que iba rezando, díselo, y en pudiendo hablarla, le dixè, para que era el rosario, y que si verdaderamente entregaba su voluntad à la Virgen, le abriria camino ancho, y facil para llegar à tanto bien, como recibir la gracia del Santo Bautismo, que la doncella con grandes ansias deseaba, y que le avia yo de pedir cuenta de aquel rosario, que le guardasse muy bien, y le rezasse cada dia, y assi lo prometió hacer.

DESCANSO XII.

EN este tiempo sucedió un notable, y no usado hurto (delito castigadísimo entre aquella gente) de que se escandalizó toda la Ciudad, y causò mucha

turbacion, por ser hecho al Rey, ò Virrey, y de moneda, que tenia guardada para embiar al gran Señor. Y aviendose hecho grandes diligencias, por ningun camino se pudo sospechar, ni imaginar, quien pudiesse ser el autor, aunque un gran privado del Rey prometia grandissima cantidad de dineros, exempciones, y libertades à quien lo descubriessse. Dióse traza, que de secreto, y sin alboroto se fuesse escalando todas las casas, sin dexar salir à nadie de la Ciudad, y no aprovechando cosa, me dixo mi amo: Si supiesse algun secreto para descubrir este hurto, diciendote quien lo hizo, sin que fuesse por relacion de ningun hombre, yo te daria libertad, y dineros. Ha de saltar, dixe yo, modo para esto? con una carta echadiza, sin firma, ò con ella. Esto es lo que voy obviando, dixo mi amo, porque yendo con firma, matarán à quien la diere, y la firmarán: y si va sin firma, atormentarán à todo el Pueblo, para averiguar cuya es la letra, porque qualquiera aviso ha de llegar primero à las manos del ladrón, que à otra ninguna, porque es el mismo privado suyo: y si lo descubre algun hombre libre, le darán garrote; y si esclavo, le quemarán. Las premias que yo tengo para esta verdad, son grandes, y el conocimiento de la parte, y de su crueldad

es de muchos años, que aqui mas tiemblan de Hacer su privado, que del Rey; y así qualquiera modo de los ordinarios causará grandissimo daño en descubrirlo. Y pues siendo este el mayor enemigo que yo tengo, y aun toda la Republica, no lo descubro, ni quiero, que tu lo descubras; muy excesivos daños se han de seguir de ello. Pues dexeme vuestra merced, dixe yo, que ya tengo traza para vengar à vuestra merced, y descubrir el hurto, sin que nadie padezca, y dexeme hacerlo como yo quisiere, con darme licencia para hacerlo à mi modo. Diómela, y tomando un tordo escogido, con todas las partes que ha de tener para buen hablador: encerrélo en un aposento en su jaula, donde no pudiesse oír paxaros que le perturbassen; y toda una noche, y el día le estuve enseñando à decir: Fulano hurtò el dinero, Fulano hurtò el dinero. Dime tan buena maña, y él tenia tan buen natural, que dentro de quinze dias, en teniendo hambre, para pedir de comer, decia. Fulano hurtò el dinero. De suerte, que se servia de lo que le avia enseñado para todas sus hambres, ò sed, que se avia olvidado de su canto natural. Asegurème bien otros ocho dias, para que el tordo se asentasse bien en lo aprendido, y yo en la traza que lle-

vaba ordenada, que fue importantissima para librar à mas de cien hombres que tenian presos sobre el hurto, inocentes de la maldad, y entre ellos à muchos cautivos Españoles, y Italianos, y de otras Naciones. Y afsi, viendo que mi tordo avia de ser libertador de tantos Christianos presos, un Viernes, que avia de ir el Rey à la Mezquita, soltèlo, y dile libertad, para que èl la diesse à los otros presos. Subiòse à la torre con otros muchos tordos, y entre las algaravias de los otros, èl comenzò muy apriesa à decir: Hacèn hurtò el dinero, sin dexar de decirlo todo el dia muy apriesa, como se via en la libertad que deseaba. Fue à oidos del Rey lo que en la torre decia un tordo. Espantòse, y quando vino la hora de llegar à la Mezquita, la primera cosa que oyò, fue el nuevo canto de mi tordo, que muy à menudo decia: Hacèn hurtò el dinero, Hacèn hurtò el dinero. Assentòsele luego, que pues avia sido tan secreto, debia de tener algo de verdad, que como son agoreros en gran manera, se le puso en los castos, que el gran Mahoma avia embiado algun espiritu de los que tiene junto à si, à declarar aquel caso, porque no padeciessen tantos inocentes; pero por no arrojarse sin consejo à la averiguacion del caso, llamò ciertos agoreros, ò Astrologos, que yà sa-

bian lo que se avia cundido del tordo, y apretòles à que le dixessen lo que sentian. Echaron su juicio, y vino tan bien con el del tordo, que prendiò à su privado, y despues de aver confesado en la tortura, y hallado todo el dinero, privò al privado de su privanza, desapareciendolo con mucha aceptacion, y gusto de toda la Ciudad, que estaban mal con èl: no porque se supiesse mal, que à nadie huviesse hecho, que hasta esta maldad no se supo su malicia, sino por parecerles que todos los rigores, que con èllos usaba el Virrey, eran por consejo del privado, que esta miseria padecen los que estàn en lugares supremos, que la embidia, ò los derriba, ò los desacredita, siendo afsi, que los verdaderos privados, en llegando à la grandeza que desean, con el amor, y favor de sus Reyes, luego acuden à la conservacion de lo que han alcanzado, con acreditarse, haciendo bien à la Republica. Si bien en las grandes Monarquias no puede dilatarse facilmente esta verdad, hasta que llegue à los que pueden ser juezes de ello, para que la manifesten, sin que qualquiera se atreva à buscar autor à los daños, ò inconvenientes, que (ò por pecados de los hombres, ò por juicios de Dios, secretos à nuestra capacidad) suceden en la

la Republica. Un moderno Eitadista, alegando otros antiguos, dice, que el Principe no se ha de dar en presa à su privado, que es no hacer tanto caso de el, que le fie su conciencia, y sus acciones. Doctrina contra la misma naturaleza, porque si qualquiera hombre particular, naturalmente desea, y tiene un amigo, con quien (amandole) descanse, y le descargue de algunos cuidados con la comunicacion; por que ha de estar el Principe privado de este bien, que los demàs tienen? El Principe valeroso, prudente, y justo, necessariamente ha de tener junto à si privados de irreprehensible vida; porque sino lo fueren; ò los apartará de si, ò le mancharán su buena reputacion: pero que sea conocidamente, y con general aplauso recibida la opinion del Principe por santa, y justa, y que busquen en el privado que reprehender, tengolo por de animos mal contentos, y aun mal intencionados; y que se reciba à mal, que el privado crezca, y medre en bienes, y haciendas, que los otros no pueden alcanzar. Considerefe, que en tan opulenta Monarquia como la de España, de las migajas que se desperdician de la mesa del Principe sobra, no solamente para aumentar casas ya comenzadas, y grandes; pero para levantarlas de muy profun-

das miserias à lugares altísimos. Los grandes Monarcas, Reyes, y Principes, nacen subordinados al comun orden de la naturaleza, y sujetos à las pasiones de amar, y aborrecer; y han de tener amigos à quien naturalmente se inclinen, que las Estrellas son poderosas, para inclinar à un amigo mas que à otro, que quando estas amistades van por sola eleccion, no tienen aquella fazon, y gusto que las otras: y siendo superiores los Principes, como lon, no han de elegir el privado à gusto ageno, si no al suyo; y siendolo, tambien lo será al gusto de los vassallos, cuyo bien pende del gusto bien ordenado del Principe: y este se ha de seguir, sin quebrarse la cabeza en condenar, ni al uno, ni al otro, ni juzgar, si es malo, ò bueno; siendo la norma, por donde se han de regular los actos de la justicia, el gobierno de la Republica, y la merced de los vassallos, el premio de los buenos, y el castigo de los malos. Quanto mas, que pues tienen dos Angeles de guarda, y el corazon del Rey està en la mano del Señor, es de creer, que los inclinarán al bien publico, y paz general. Que las cosas que la ocasion ofrece, de sucesos de fortuna, no vienen, ni tienen dependencia de la voluntad, y administracion del privado, sino de los movedores del Cielo, que

son las causas segundas, à quien la primera tiene dado su poder general, sino es quando en su Tribunal se ordena otra cosa. Bueno es, que me confiese un hombre mal asentado, y peor sentido del buen modo de juzgar que comunicò treinta, ò quarenta años, al que (ò por sus meritos, ò por sus diligencias, ò por su ventura) llegó à ser privado, y que aviendolo alabado de virtuoso, apacible, y discreto, amigo de hacer bien, en viéndole privado, quando más bien puede executar su inclinacion, buelva la hoja à desdorar lo que antes doraba, y adoraba, y venido à averiguar, en que funda su desestimacion, ò por mejor decir, su poca constancia en la amistad que antes le tenia, no sabrà responder, sino que es una especie de embidia, fundada en el bien ageno, ò porque no le reparte con él, ò porque le pesa que lo tenga, ò por mal entendimiento, y peor voluntad. Los privados de los grandes Monarcas no pueden tener la memoria de todos los conocidos, basta que la tengan de los que hacen diligencia para ello, que los que son de mi condicion, no tienen razon de quejarse del privado, pues ha de nacer su bien de su cuidado, y diligencia; y no teniéndola, es la queja injustissima. Ay dos generos de privados: unos, que de principios hu-

mildes subieron à merecer entrar en la voluntad de su Principe, y estos quieren todo el bien para sí. Otros, que siendo grandes Señores, han sido muy aceptos, y muy queridos de su Rey; y estos como nacieron Principes, quieren repartir el bien con todos. Pero los unos, y los otros se han de haber con su Rey, como la yedra con el arbol, à quien se ase, que aunque siempre sube abrazada con él, sin jamás dexarle, con todo esto nunca le estorva el fruto que naturalmente lleva: y así lo hacen los privados, que comenzaron por grandes señores, que nunca le estorvan al Principe las acciones, à que le obliga el lugar en que Dios le puso. Por donde yo creo, y por las razones dichas juzgo, que parece que no se podrá engañar el Rey en la eleccion del privado; pero podría engañar el privado en la eleccion de los que le propusiere à su Rey por capaces para la administracion de los cargos, ò gobiernos, por estar en su noticia por tales, no siendolo: engañó en que como hombre se puede caer, y así le importa para la conservacion de su credito, y reputacion, vivir con cuidado, informandose de los que pueden ser jueces de ello, para que si la eleccion no saliere tan acertada como se desea, à lo menos se entienda, que no fue acaso, ni por

por amistad, ò antojo. Pero tornando à lo primero, digo, que es terrible caso, que quieran los Estadistas privar al Principe de tan grande gusto, como es la amistad del privado, à quien naturalmente se inclina: siendo asì, que la voluntad està siempre obrando, y tiene un blanco à donde mira mas que à otro, en todos los hombres del mundo, y à donde halla descanso, y alivio.

DESCANSO XIII.

Ofrece la ocasion algunas vezes cosas que divierten del intento principal, como me ha sucedido en este parentesis, dexando mi historia, y tratando cosas, que no sòn de mi profesion, mas de conforme naturaleza las dicta, y ofrece. Aviendo sucedido en mi buena suerte, salir con lo que se pretendia por el lenguaje de mi tordo, mi amo cumpliò su palabra, despues de aver cumplido el Virrey la suya: y admirandose del secreto, y prudencia, con que el renegado se huvò en aquel caso, por donde escusò el daño de tanta gente como avia presa, que sino fuera por la sagacidad suya, pereciera el primero, sino fuera por aquel camino, y muchos de los presos sin culpa. El me diò libertad con mucha voluntad, aunque contra la de su hija, que yà la vi muy inclinada à la verdadera Religion, y al hermano, à quien

yo avia persuadido la misma verdad: de manera, que ambos, à dos tenian deseo del Bautismo, aunque el padre no se daba por entendido, si lo sospechabas; porque aunque callaba, sin duda lo deseaba. Llamabase el muchacho Mustafa, y la hermana Alima, aunque despues que yo la pude comunicar, y encaminarla à la verdad Catholica, se llamó Maria. Tuve lugar de hablar con ella à solas con mucho gusto; pero no en cosas lascivas, que nunca tuve intento de ofenderla: y por ultimo la assegurè, viniendo à España, que por todos los caminos posibles la avisaria de mi estado, y la advertiria de lo que le convenia hacer, para ser Christiana, como deseaba, que enterneciendose mas con su intento principal que conmigo desfilò algunas lágrimas de piedad Christiana, y de rendida al amor honesto, con que siendo la ultima vez que la hablé, me despedí de su presencia, para lo que era comunicarla mas, y ella besando muchas vezes el rosario, que yo le avia dado, dixo, que le guardaria para siempre. Dixome despues mi amo, con muchas muestras de amor: Obregon, yo no puedo dexar de cumplir la palabra que te di, por averlo tu merecido, y por la obligacion que tengo à ser Español, y por las reliquias que me quedaron del Bautismo (y mirò al redor à ver si le escuchaba

ba alguien) que tan en las entrañas tengo, que ninguno de quantos vès en todo Argel (de los Moros hablo) te guardara fe, ni palabra, ni te agradeciera lo hecho. Y si el Rey de Argel me agradeciò, y cumpliò la promesa, que avia hecho à quien descubrièsse el hurto; es, porque es hijo de padres Christianos, donde la verdad, y la palabra inviolablemente se guarda. Y por acà esta barbara Nacion dice, que el guardar la palabra, es de Mercaderes, y no de Cavalleros. Y aunque yo te la cumplo, hagolo contra mi voluntad, porque al fin, estando tu aqui tenia con quien descansar en las cosas que no pueden comunicarse. Pero ya que es fuerza, y tu estas inclinado à no estar en Argel, como yo tenia trazado, yo mismo te quiero llevar à España en mis Galeotas, y dexarte donde puedas con libertad acudir à tu Religion. Aora es el tiempo propio, en que salen todos en corso: yo avrè de ir deshermanado de los demas, por dexarte en alguna de las Islas mas cercanas à España, que mas à Poniente no osare; porque me traen muy sobre ojo por toda la Costa, donde he hecho algunos daños muy notables: y si el Galeon en que venias, no ruviera ventura en venirle buen viento, todos veniadés acà. Aprestòse mi amo para hacer su viage, llevando algunos Turcos

muy valientes consigo, y muy acostumbrados à ser piratas, y escogiendo buen tiempo, puso la Proa àzia las Islas Baleares, dexando en las orillas à su muger, y hija muy llorosas, la una encomendandolo al gran Profeta Mahoma, y la otra llamando muy à voces, y muy desconsolada à la Virgen Maria, que como no avia cerca quien pudiesse reprehenderla, lo decia como lo sentia. Yo iba bolviendo los ojos à la Ciudad, rogando à Dios, que algun tiempo pudiesse tornar à ella, siendo de Christianos, que como yo dexaba lo mejor de mi persona en ella, iba (aunque libre) doliendome de dexar entre aquella canalla una pendra, que se pudiera desempeñar con la sangre del corazon, pues deseaba aprovecharse de la de Christo: que aunque la supe dexar muy satisfecha, y confiada de mi voluntad, llevaba entre mi una batalla, q̄ no me dexaba acudir à otra cosa, sino al pensamiento que me aquejaba por cruel, y desagradecido, me martyrizaba por ausente, y me acusaba, dexar un alma Christiana entre cuerpos Moros; pero no sè què confianza me asseguraba, que la avia de bolver à ver Christiana. Al fin caminamos con felicissimo viento: y como mi amo me via bolver el rostro à la Ciudad, decíame: Obregon, pareceme que vàs mirando à Argel, y echandola maldiciones, por

por verla tan llena de Christianos cautivos , y por esso la llamas ladronera , ò cueva de ladrones à esta Ciudad ; pues asegurote , que no es el mayor daño el que los corsarios hacen , que al fin van con su riesgo , y alguna vez van por lana , y no buelven trasquilados , ni por trasquilar. Que el mayor daño es , que por ver que son en Argel bien recibidos , muchos de su voluntad se vienen de todas las fronteras de Africa con sus arcabuzes , ò por necesidad de libertad , ò por la falta de regalos , ò por ser mal inclinados , y tener el aparejo tan facil , que es lastimosa cosa ver , que por la ocasion dicha està llena esta Ciudad de Christianos de Poniente , y de Levante , que aunque voy à hacer mal por mi provecho , no puedo dexar de sentir el daño de la sangre bautizada , que me tiene travado el corazon. Otras vezes , dixè yo , he sentido à V. m. enternecerse en esta materia , como à hombre piadoso de corazon , y de noble sangre ; pero no le veo con mudanza de Religion , ni con proposito de bolverse à la inviolable Fè de San Pedro , que professaron sus passados. No quiero , respondiò mi amo , decirte , que el amor de la hacienda , la hidalguia de la libertad , ni la fuerza de muger , y hijos , ni los muchos daños que en mi propria patria he

hecho me divierten de ello , si no preguntarte , si alguna vez me has visto curioso en saber , què doctrina enseñabas à mis hijos : que por aqui veràs , como debe estàr mi Fè en mi pecho. Y asegurote , que de quantos renegados has visto muy poderosos , ricos de esclavos , y hacienda , ninguno dexa de saber , que va engañado ; que la libertad que tienen tan grande , y las honras y haciendas , en que son preferidos à los demàs Turcos , y Moros , los detienen , siendo señores , y mandando lo que quieren , y à quien quieren , pero no saben bien la verdad. Y para prueba de esto , en tanto que el tiempo refresca en nuestro favor , te quiero contar lo que sucediò poco tiempo ha en Argel.

Ay aquí un Turco muy poderoso en hacienda , y abundante en esclavos , venturoso en la mar , y experimentado en la tierra , llamado Mami Reis , es hombre de gentil determinacion , de buen talle , liberal , y bien quisto. Yendo este en corso por la Costa de Valencia , anduvo algunos dias , sin poder encontrar presa en el agua , hasta tanto que los mantenimientos le faltaron. Vista la necesidad , saltaron en tierra èl , y sus compañeros , con mucho riesgo , y peligro de sus personas , porque encendiendo hachos por toda la Costa , los inquietaron de

mo-

modo , que se tornaron al agua, disparando algunas piezas contra la gente del socorro. Con la priesa que llevaban, se dexaron en tierra al señor de la Galeota, y à otro Soldado amigo suyo, muy valiente, que viendose perdidos, se entraron en un Molino, donde hallaron solamente una doncella hermosissima, que turbada no pudo huir con la demás gente. Amenazaronla porque no diese voces, y en viendo la Costita quieta, hicieron la seña que tenían àzia las Galeotas, y en viendo la primera noche, vinieron al Molino, y antes que tornasse la gente del rebato, cogieron al Capitan, y su compañero, llevandolos à su Galeota, juntamente con la cautiva doncella. La hermosura de ella era de manera, que dixeron, y con verdad, que tal joya, de talle, y rostro no se avia jamás visto en Argel. El Capitan dueño de las Galeotas, dixo, que estimaba en mas aquella presa, que si huviera saqueado à toda Valencia. Ella iba congojadissima, y llorosa, y él diciendole, que no fuesse desagradecida à su buena fortuna, pues iba à ser señora de toda aquella hacienda, y otra mayor, y de mas importancia, y no à ser esclava como pensaba. Pero la hermosura, y apacibilidad del rostro, acompañada con una mansa gravedad, era de modo, que se puede de-

cir, que siendo de roche, diò luz à toda la Galeota, à quien todos se rindieron, y humillaron, como à cosa maravillosa, admirandose, que Valencia criasse tan soberanas prendas. Fuèla consolandolo por toda la navegacion, que el Turco sabe hablar un poco la lengua Española, y es hombre de muy buena suerte, y talle; muy venturoso en quantas empresas ha cometido, muy rico en tierras, joyas, y dineros, muy accepto à la voluntad de todos los Reyes de Argel. Para abreviar, fuesse à desembarcar, no à la Ciudad, sino à una heredad suya, de grande recreacion de viñas, y jardines muy regalados. Ella que se viò tan obedecida de esclavos, y amigos del Turco, parece que se fue ablandando, y dexando la tristeza, que le avia causado el cautiverio. Vino, andando el tiempo, à queter bien à su amo, y à casarse con él, dexando su Religion verdadera, por la del marido, en que vivió con grandissimo gusto seis años, o siete, querida servida, regalada, llena de joyas, y perlas, y muy olvidada de aver sido Christiana. Por cuya contemplacion se hicieron, y hacian cada dia alegrissimas fiestas de cañas, y otras invenciones; porque su condicion se parecia mucho à su cara, y la cara se aventajaba à todas las de Argel, de manera, que sino se casara luego

con ella, se la quitáran para embiarla al gran Turco. Pues vi- viendo con toda esta idolatria, siendo su gusto, la norma con que todos vivian. Avia alli un esclavo de Menorca, hombre de fuerte, que como los demás comunicaba con ella: vino su rescate, y el buen hombre fuesse à despedir de ella, y preguntò- le, en què Lugar avia de residir, èl se lo dixo, y ella le mandò que viviesse con cuidado para lo que sucediesse. El que no era lerdo, la entendió, y yendose à Menorca, vivió con èl todo el tiempo que pasó, hasta que tuvo ella modo como escribirle una carta, à Menorca, en que le decia, que viniesse con un Vergantin (bien puesto) à la heredad de su marido, à media noche, para tal dia. Como llegó el tiempo, en que todos salen de Argel en corso: su marido armò sus Galeotas con trecientos esclavos, muy hombres de hecho, llevando vestidos à la Española, y fue à su ventura, azotando las olas con mucha gallardia, mirandolo su muger, y dandole mil favores desde una torre de su propia casa. El tiempo era muy caluroso, y el dia que tenia concertado en la carta se acercaba. Fingióse muy de la afligida de la ausencia, y del calor, y dixo à sus esclavos, y gente, que se queria ir à consolar à su heredad, y jardines, y llevó consi-

go, como para estàr muchos dias, algunos cofres, donde iban vestidos, joyas, y dineros, y toda la riqueza de oro, y plata que avia en su casa, donde estuvo algunos dias regalandose à sí, y à sus esclavos, y mugeres, que si antes la querian mucho, entonces la adoraban. Llegò la noche, que tenia concertada (sin averse descubierto à nadie, con tan grande sagacidad, y secreto, que ni aun por el pensamiento se pudiera imaginar su determinacion) y puesta à una ventana, aguardò hasta las doce de la noche, sin dormir, ni pegar sus ojos, que viò un bulto, que venia de àzia la mar: hizo la seña, que estava concertada por la carta, y acudiendo bien à ella el hidalgo, dixo: Ea, que aqui està el Vergantin. Entonces la determinada señora habló con toda la brevedad que pudo à sus esclavos, diciendo: Hermanos, y amigos, comprados con la Sangre de Jesu Christo, mi determinacion es esta: el que quisiere libertad, y vivir como Christiano, sigame hasta España. Respondió por todos un gran Soldado cautivo, natural de Malaga; Señora, todos estamos determinados de obedecer vuestro mandamiento; pero mirad el peligro en que os poneis, y nos poneis, que yà las torres dan aviso, y en amaneciendo quaxarán la mar de Galeotas, y nos darán caza

sin duda. A que ella respondió: Quien me puso esto en el corazón, me guiará à salvamento: y quando no suceda, mas quiero ser manjar de horribles monstruos marinos, en los profundos abismos de las profundas cabernas de el mar, (muriendo Christiana) que ser Reyna de Argel, contra la Religion que profesaron nuestros passados. Y sirviendo la hermosíssima muger de valeroso Capitan, alentó à sus esclavos de manera, que en un instante llevaron al Vergantin los cofres, y riquezas, dexando muertos à puñaladas à una negra, y à dos Turquillos, que daban voces. Juntos los esclavos (que yà no lo eran) con los que venian en el Vergantin, todos hombres honrados, y de gran pecho, se confortaron de manera unos à otros, que el Vergantin volaba con la fuerza de los remos, y el viento que ayudaba. En sabiendose el caso en Argel, que fue luego, echaron tràs ellos quarenta, ò cinquenta Galeotas, llevando cada qual su centinela en la guia, y en la entena; que entendieron dár luego con el Vergantin; mas parece, que Dios, ò lo guiò, ò lo hizo invisible; pues fuera de la diligencia dicha, su marido Mami Reis andaba por las Islas, y los unos, ni los otros dieron con el Vergantin, hasta que al amanecer se hallaron entre las

dos Galeotas de su marido, que para la tierra adentro llevaba su gente vestida à la Española. Ella, con gran presteza, y sagacidad, mandó, que los demás que iban en el Vergantin, con los esclavos, se pudiesen como Turcos, para que pudiesen huir, dando à entender, que huian de Españoles. Fue gallarda, y astuta la advertencia: porque viendo Mami Reis que huian de èl, se holgó, diciendo: Sin duda parecemos Españoles, pues aquel Vergantin de Turcos se huye de nosotros, y con grande risa celebraron la huida del Vergantin, que con esta traza se libraron, y llegaron à España, donde está muy rica, y contenta, haciendo grandes limosnas de la hacienda de su marido: y aunque en Argel sucedió otro caso semejante à este, fue con mas poder, y menos circunstancias. Yà sabes à que proposito te he contado este caso; sucedió poco tiempo hà, y sin duda, yo creo, que ninguno ay, que no tenga estampada en el corazón la primera Religion que profesò, digo, de los bautizados, si bien esta muger mostrò, mas que todos, aquel pecho varonil, y determinacion christiana. No me espanto, dixe yo, que esta señora aya tenido tan grande valor en su determinacion, que es muger de mugeres, poner por obra lo que se les pone en la testa, ni que aya ven-

cido en atrevimiento à los hombres, ni de que tuviesse traza para executar su intento, que todo esto es creible en su natural inclinacion. Lo que me admira es, que aya tenido capacidad para guardar el secreto tanto tiempo, que es mas dificultoso en las mugeres guardar el secreto, que guardar la castidad: porque ninguna se escapa de tener una amiga con quien comunica lo pasado, presente, y venidero. Que lo otro, no fue mas de encaxarsele en la cabeza que lo avia de hacer, porque carecia del discurso, que avia menester un caso tan arduo, importante, y peligroso, que se atrevia à su marido, à los corsarios, y à todo Argel, à todas las olas, y borrascas del Mar Mediterraneo, à las bestias marinas, jamàs vistas, ni conocidas en su elemento, ni fuera de el, y todo esto no fue tan grande hazaña, como no revelar todo el secreto que tanto importaba. Todo esto, dixo mi amo, es verdad, pero una cosa me hace mas contradicion, y es: Como esta, siendo doncella, no tuvo valor para huir del Molino con las demás, quando la cautivaron, y lo tuvo despues para emprender un hecho tan heroyco? A esto, dixé yo, es facil la respuesta, porque quando esta señora era doncella, con la frialdad natural, que todas ordinariamente tienen, la travò el te-

mor los miembros, y venas del cuerpo, de manera, que no pudo huir, ni aun moverse de un lugar: pero despues que se casò, y la abrigò la fuerza del calor del marido, mejorò su naturaleza, y cobrò espíritu para acometer esta empresa tan dificil. Y de todas las mugeres, de quien se hace mencion en la antigüedad, no se sabe, que fuesen doncellas, ni aun se puede creer. Pues las Amazonas, preguntò mi amo, no se dice que fuesen doncellas? No señor, respondi yo, ni en tanto que lo eran salian à las batallas, sino exercitandose, no en ocio, ni en lanificio, sino en cazas de fieras, en andar à cavallo, usando de la lanza, arco, y saeta, y para hacerse mas fieras, se mantenian de tortugas, y lagartos, y en siendo de edad para ello, se mezclaban con los varones circunvecinos: y si del concubito parian hijo varon, ò le mataban, ò le mancaban de manera, que no quedasse para exercicio de hombre: y si parian hembra, porque no fuesse impedimento para tirar el arco, le sacaban, ò cortaban el pecho diestro. (que esto quiere decir Amazonas) *Id est, sine ubere*, sin teta: pero ninguna de ellas, por si sola, hizo tan grande hazaña como esta Valenciana.

DESCANSO XIV.

Como los esclavos, y compañeros iban dormitando, tuvimos lugar, y espacio mi amo, y yo para tratar esta materia, y otras, con que se venció el sueño. Aviendo reposado un tanto dentro de dos horas descubrimos las Islas Baleares Mallorca, y Menorca, Ibiza, y otras Islas pequeñas; pero no nos acostamos à Mallorca, por el cuidado con que aquella Isla vive, hasta ser de noche: y aunque aguardamos à esto, fue menester apresurarnos, porque si bien se parecieron presto, avia bien que trabajar para llegar à ellas. Acostamonos à Mallorca, por mejor, y para, èl fue peor, porque al dispartar de un risco, estaba en èl, una centinela que dió aviso à las Galeras de Genova, que andaban por coger à mi amo, y aunque se acercaba la noche, comenzaron à batir los remos con grande furia àzia nosotros. Mi amo viendose perdido, pasóse à la otra Galeota, llevando consigo la mas granada gente que trala en ambas, y dióme à mi cargo, de mirar por la que dexaba con poca gente, confiandose, que hablando yo Español, podria responder à proposito, y tener algun remedio la Galeota. De suerte, que me dexò por estorvo, para que hiciesen la presa en mi, y se pudiesse librar. Suce-

dióme como èl lo avia pensado, porque como hombre astuto, y muy practico en toda la Costa, no se hizo à la mar, sino à la Isla, que como era quasi de noche, de caleta en caleta, se fue escondiendo, y en obscureciendo se hizo à la mar, y se escapò. La Galeota en que yo avia quedado, como no llevaba gente que bogasse, sino muy poca, y la mas ruin, fuesse quedando tanto, que las Galeras pudieron tirar una pieza, para que nos rindiessemos. Paramonos, y en llegando cerca yo, muy alentadamente, y en bien claro Español dixè: Rendidos somos. Pues à vos buscamos, dixeron las Galeras, llamandome por mil nombres infames, que realmente, como la Galeota era aquella en que siempre andaba mi amo, y hablè tan claro Español, me tuvieron por el renegado. Echaron al remo todos los Turcos, canalla, que hallaron conmigo, y ami pensando que avian dado con lo que buscaban, me maniataron, para llevarme à Genova, y hacer en mi un gran castigo. Decíame el Capitan de la Capitana: Quante volte havete scampato la vita (can renegato) adesso non scamparete, se non impiccate? Señor, dixè, mire V. S. que yo no soy el renegado que V. S. piensa, sino pobre Español esclavo suyo. Por la defenfa cargaron sobre mi tantos palos, que me obligaron à decir: Dicen que

Genova es monte sin leña, pero harta ha avido para mi agora. Rieronse dos Músicos Españoles, que traía el General en su Galera, de mi respuesta, y mas de la paciencia con que lo llevé, uno de los quales conocia yo muy bien, y entre ellos, por lo que les declaró uno de los Músicos, tambien hubo alguna risa. Yo me arrimé a un rincón maniatado, y dando gracias a Dios, que tantas vezes me veía exercitado en trabajos, y miserias. Que las desdichas nos traen a la memoria las misericordias de Dios, y no los pecados, porque las merecemos. Que si quisiésemos advertir, quanto mayores son que los trabajos que Dios nos embia, nos consolaríamos, y no nos quejaríamos de los instrumentos que Dios toma para castigarnos, que son sus invenciones tan secretas, y tan grandes, que nos ponen en cuidado, de considerar por donde nos vino el daño, y no por donde lo teníamos merecido; y es tan piadoso en el castigo, que no quiere infamarnos por lo que merecemos, sino darnos en que merecer, por lo que sufrimos, y llevar en paciencia lo que no avemos pecado, que su misericordia a todo esto se estiende, que nos exercita en lo que no pecamos, para descuento de lo que merecemos en lo que pecamos, y luego echamos la culpa a aque-

llos por cuya mano viene el justo castigo de Dios, que con lo que no avemos hecho nos castigó lo que avemos hecho, por estimar en tanto nuestra honra, que no quiere muchas vezes castigarnos por los mismos filos que nos usaban interiormente, por que no nos desconsolamos, ni le tengamos por executor cruel. Acuerdome yo agora de las desventuras que desde niño me han seguido, y no me acuerdo de los delitos de mi juventud. Viene me a la memoria, quanto bien he hecho a algunos hombres en esta vida, y que por estos mismos han venido muchos males, porque Dios toma semejantes instrumentos para confusion, y castigo de pecados cometidos con ignorancia, o con malicia. Yo estoy agora en fama de renegado, y maniatado, agraviado injustamente por un astuto, y endiablado hombre, preciso, y descomulgado, y si quiero bolver los ojos atrás, veo que merezco estos, y otros mayores castigos de la mano de Dios. A esto llegó un bellaco de un Comitre, y dandome con un rebenque, me dixo: Qué habla el perro entre dientes? Callé, porque no segundasse. El señor Marcelo Doria, que era General, movido a misericordia, dixo, que hasta averiguar quien era, no me tratasen mal. Yo, como vi la puerta abierta a la piedad, dixé: Supli-

plico à vuestra Excelencia , pues la defenfa natural es concedida à todos, se me conceda à mi; que yo se, que en sabiendo vuestra Excelencia lo que soy, no solamente padecere en manos de un tan gran Prinpe , pero espero en Dios , que me tiene de honrar mas que merezco. Yo dare en Genova , y aun en esta Galera, restigos que me conocieron en la Corte del Rey Catholico , en el tiempo que este renegado andaba haciendo mal en todas estas Costas, y serà uno de ellos el señor Julio Espinola , el Embaxador. Hizome defatar , y habló conmigo , preguntandome todo lo que deseaba saber del renegado : yo le dixè la astucia con que se avia escapado , con que satisfice algo de mi persona, y puso mucha culpa à los que no siguieron la empresa. Tornème à mi rinconcillo , (aunque no maniatado) y puseme en cucullas, las dos manos en el rostro, y los codos en las rodillas , porque no me conociesse el Musico, pensando en mil cosas. Yendo navegando àzia Genova (viendo que yà se avria dado noticia en Argel , que las Galeras de Genova corrian la Costa) passamos el golfo de Leon con una poca de borrasca, y aviendolo atravesado de punta à punta, mandò el General à los Musicos, que cantassen ; y tomando sus guitarras , lo primero que

cantaron, fue unas octavas mias, que glossaban.

*El bien dutofo, el mal seguro,
y cierto.*

Comenzò el tiple , que se llamaba Francisco de la Peña , à hacer excelentissimos passages de garganta , que como la sonada era grave , avia lugar para hacerlos, y yo à dàr un suspiro à cada clausula que hacian. Cantaron todas las octavas, y al ultimo pie que dixerón:

*El bien dutofo, el mal seguro,
y cierto.*

Ya no pude contenerme , y con un movimienro natural inconsideradamente dixè: Todavía me dura esta desdicha. Como fue en alta voz , mirò el Peña , que por venir yo tan disfrazado de cara, y de vestido , y por ser el corto de vista, no me avia conocido antes, y en viendome , sin poderme hablar palabra , humedecidos los ojos, me abrazò, y fue al General, diciendo: A quien piensa V. Exc. que traemos aqui? Aquien, preguntò el General. Al Autor , dixo, Peña , de esta letra , y sonada, y de quanto le avemos cantado à V. Exc. Que decis? Llamadle acà. Lleguème con harta verguenza , pero con animo alentado , y preguntòme el General: Còmo os llamais? Marcos de Obrgon , respondi yo. El Peña, hombre que siempre professò verdad, y virtud, llegó al General, y le dixo: Fulano es su propio nom-

nombre, que por venir tan mal parado debe de disfrazarlo: Espantóse el General de ver un hombre, de quien tenia tanta noticia, en tan humilde traje, y rodeado de tantos trabajos, y tan injustamente maniatado. Preguntóme la causa de ello, y yo con mucha paciencia, y humildad, le conté todo lo sucedido, porque el Galeon del Duque de Medina avia parado en el Final. Hizome mucha merced, particularmente trastejandome de vestidos. Y en llegando à Genova, visité à Julio Espinola el Embaxador, cuya amistad yo avia professado en la Corte de España, que certificando Marcelo Doria de esta verdad, ambos me hicieron merced de acomodarme de dineros, y

cavalgadura para Milán, pero primero quise ver aquella Republica tan rica de dineros, y antiguedad de nobles, y antiquísimas casas, descendientes de Emperadores, y de grandes señores, y de la mayor nobleza de Italia, como son Dorias, Espinolas, Adornos, de cuya nobilissima familia ay un ramo en Xerez de la Frontera, emparentado con grandes Cavalleros Españoles, y señalado con Avito de Calatrava, y las demás Ordenes: como Don Agustín Adorno, Cavallero tan virtuoso, como principal. Y como mi intento no era para allí, dispuseme para proseguir mi viage à Milán, para donde avia salido de España.



RELACION TERCERA

DE LA VIDA DEL ESCUDERO

MARCOS DE OBREGON.



O, que de cautivo, esclavo, y maltratado, tan presto me vicon dineros, y bien puesto de vestidos, deseaba ya ardentissimamente llegar, à donde mis amigos me

viesen libre, y supiesen los trabajos, y favores de que la fortuna avia usado conmigo. Y así, en aviendo visto la grandeza de aquella Republica, y tomado el descanso que tan grande cansancio pedía, cogi mi cavalgadura.

dura, y Victorino, ò mozo de mulas, y aviandome para Milán, subí por aquellas montañas de Genova, tan asperas, y encumbradas como las de Ronda. Y en aviendo pasado por San Pedro de Arenas, yá que anochezia, fue tan grande la piedra, y agua que nos cogió, que perdimos el camino en parte, donde fuera facil el despeñarnos hasta los profundos rios, crecidos con la grande avenida, yendo à dar à la furia del mar; porque los arroyos que se juntaron de la tormenta del granizo, y agua, eran bastantes para mucho mas que esto. No vimos luz, sino por los ojos del cavallo, que nos guiaba, que es la peor bestia (para caminar) del mundo, que en Italia se camina con ellos. Y con la poca gana que llevaba, se arrimaba à qualquiera arbol que topabamos, ò se arrojaba por donde se le antojaba, de fuerte, que yo me apeè, y en unos arboles, que tenian grandes troncos, y muchas ramas, travadas unas con otras, nos arrimamos hasta esperar, que, ò la tempestad cessasse, ò viessemos alguna ciardad, ò luz, que nos guiasse à salvamento. El Victorino, aunque practico en la tierra, estaba tan turbado, que avia perdido los memoriales, y yo las esperanzas de poder movernos de alli hasta la mañana. Corria el agua de nosotros por la car-

ne, como de cueros de cortidura, grandissimo rato con este trabajo; pero no pudimos gozar de la sombra de los acopados arboles, porque corria mas agua de ellos que de nosotros, que todo lo rendia el tiempo insufrible, y borrascofo. Estando en esta suspension de animo congojoso, oímos decir cerca de nosotros: Guarda la vita. Como tan cerca sonò, mirè por entre las ramas, y ví, que à las espaldas de los arboles parecia una luz, que salia de tres casas, donde el cavallo debia de aver posado otras vezes: y aunque por malos passos nos avia guiado alli. El espacio era poco, y en un instante corriendo, nos pusimos en las casas, de donde salieron con gran cuidado à ofrecernos alojamiento: y adonde no pensamos hallar agua, hallamos muy gentiles capones, que todas las Naciones estrangeras hacen esta ventaja à España, en las posadas, y regalo de los caminantes. Cenamos muy bien: yo pedí un jarro de agua, y traxeronmela de una fuente, que nacia junto à las mismas casas, caliente vaheando; hicela poner à una ventana, que aunque el tiempo no estaba tan frio, la borrasca, y granizo lo avia trocado, y en un instante se enfrió, y aun helò el jarro de agua. Bebilo, y el huesped traxo alli de las otras casas dos testigos, y vien-

viendome beber otro jarro de agua fria , les dixo : Señores, para esto os he traído , porque si este señor Español muriere de estos jarros de agua fria , no digan que yo le he muerto. Reimè , juzgando que lo decia por aborrecer el agua , ò por amar el vino , y no fue , sino por la razon , que el Hostelero dixo despues. Preguntè , como nuevo en Italia, por què razon queria que no bebiesse agua , quien casi siempre la avia bebido , y bebia? Respondiò , que las aguas de España eran mas delgadas , y de mas facil digestion , que las de Italia, que tienen mas humedad. Y es de creer que pues gente de tan gentil discurso , como la Italiana no ossa beberla sola, halla en ella algun daño. Yo conocì un Cavallero Italiano, que quando vino à España no avia bebido gota de agua , y estando en España no bebiò gota de vino , que las aguas, ora sean de rio , ora de fuente , toman la calidad buena ò mala de la tierra , ò minerales por donde passan. Las de España, por ser esta Provincia tan favorecida del Sol, y consumir las humedades con tanta violencia, son bonissimas, fuera de que ordinariamente passan por minerales de oro, como se parece en las de Sierrabermeja, que la misma Sierra està del mismo color, y son excelentissimas, ò passan por minerales de plata que son, bo-

nissimas, como las de Sierramorenna, que se verifica en los de Guadalcanal. O por minerales de hierro, como es en Vizcaya, que son saludables. Y en resolucion, no ay agua en España que sea mala, sea de fuente, ò sea de rio, que de lagunas, y lagos, ò encharcadas, ni las ay, ni las beben, antes parece que para mayor grandeza de la misericordia de Dios, una laguna, de mas de una legua, que està cerca de Antequera, que todos los años se hace sal, tiene junto à si la mejor, y mas sana agua, que se conoce en lo descubierto, que se llama la fuente de la Piedra, porque la deshace. Y en Ronda otra fuenteçilla, que llaman de las Monjas, que nace mirando al Oriente, y en un cerro, en bebiendola luego deshace la piedra, y en el mismo dia salen las arenas: y de esta se puede escribir un grandissimo volumen. Pero lo que el Hostelero me dixo fue tan verdad, que en todo el tiempo que estuve en Lombardia, que fueron mas de tres años, ni tuve salud, ni me faltò dolor de cabeza perpetuo, por el agua que bebia. Y verificòse el dia siguiente, que yendo caminando en todos los charquillos que se avian hecho del grande turbion del agua, avia animalejos, como sapillos, renaquajos, y otras sabandijas, engendradas en tan po-

co espacio, que se causa de la mucha humedad maliciosa del terruño. Y en aquellos fosos de Milan se ven unas bolas de culebras, en mucha cantidad, engendradas de la bascosidad, y putrefacion del agua, y la humedad gruesa de la misma tierra.

DESCANSO PRIMERO

Pero ya dexando esta materia, fuimos caminando por el Ginovesado, mi mozo de mulas, y yo, hasta que topamos con unos labradores, que preguntados, por donde tomaríamos el camino, que aviamos herrado la noche antes, nos dixeron un disparate para engañarnos, y que anduviésemos perdidos mas tiempo. El mozo entendió la burla, y dixo que nos engañaban. Pero yo, no tomandolo por burla, deshonorélos en mal lenguaje Italiano, y ellos que eran muchos cargaron de piedras, yo me apeé, y di una cuchillada á uno, el mozo cogió su cavallo, y dexóme entre ellos, que como era de su nación, no quiso ser testigo del caso, y ellos cargaron sobre mi, porque deslizé, y caí en el suelo, y maniatandome, dieron conmigo en el lugar mas cercano, que era muy grande, y muy poblado. Representaron la sangre del herido, y echaronme una cadena, y grillos muy pesada. Esta vez no me quise quejar

de mi mucha desdicha, sino de mi poca consideracion, que estando en tierra no conocida, quise hacer lo que no hiciera en la mia, que los Españoles, en estando fuera de su natural, se persuaden y entienden, que son señores absolutos. Yo, que no tenia de quien, ni á quien quejarme, bolví contra mi las piedras, que los contrarios podían tirarme: vine cargado de los hierros que no tuve en Argel siendo enemigos de la Fè, y de los que la profesan, sin poder bolver los ojos, á quien me mirasse de buena gana. Que por la misma razon, que pensamos ser señores del mundo, somos aborrecidos de todos. Quien va á tierras ajenas, tiene obligacion de entrar en ellas con grande tiento, que ni las leyes son las mismas, ni las costumbres semejantes, ni las amistades se guardan donde no hay conocimiento. Y es averiguada cosa, que aunque los Reynos, y Republicas se guarden el respeto, y amistad, que profesan entre si, no corre lo mismo en los particulares, que ordinariamente se desdoran, y tienen enemistades unos con otros: y tanto mas, quanto mas se ven, sin razon, ó con ella, supeditados: Eche de ver, que la paciencia es virtud corriente para todas las cosas del mundo, pero mas para tratar con gentes no comunicadas. Tiene el forastero necesidad de ser muy afable, y

comedido con crianza, y ha de perder de su derecho, en las cosas, que donde està no sabe, si son buenas, ò malas, con semblante alegre, y colera refrenada viene facilmente en el conocimiento de lo que ignoramos en las tierras cuyas costumbres no han venido à nuestra noticia. Yo me vi afligidissimo, sin ver à quien poder dar parte de mis trabajos. Llamabanme de marrano muy cerca de mi, y la mas honrada sentencia era, que me avian de dar garrote de secreto. El Carcelero parecia hombre coriente, pero no hallaba por donde entrarle, para consolarme con el. Estuve pensando, que modo tendria, y acordeme, que esta Nacion es codiciosa sobremanera, y por alli podria echar algun cartabon para mi remedio. Llevaba en la faldriquera algunos escudos, que saquè de Genova. Andaban alli dos niños del Carcelero muy graciosos, y acordandome, quan buen rostro muestran los padres à quien hace bien à sus hijos, di à cada niño un escudo: aqui abrió los ojos el padre, agradeciendole mucho, y aun muchissimo, que me dió buena esperanza de salir con lo que avia pensado. Dixome: V. S. debe de ser muy rico. En que lo echais de ver? preguntè yo. En la liberalidad, respondiò, con que aveis dado à estos niños moneda que aun los

hombres mal conocemos por acá. Pues si esto estimais, siendo tan poco, que hareis quando sepais lo demàs? y sacando dineros, díselos à el, y díxele: Porque me pareis hombre de buen discurso, os quiero decir quien soy, que de esta niñeria no teneis que hacer caso. Yo he alcanzado lo que todos los Filósofos andan buscando, y no acaban de dar con ello: pero primero me aveis de hacer juramento de en ningun tiempo descubrirme. El lo hizo solenissimamente, y con grandes ansias me preguntò, que era lo que queria decirle, y le respondi: Sè hacer la piedra Filosofal, que convierte el hierro en oro, y con esto nunca me falta lo que he menester: pero no he osado comunicarlo con nadie en Genova, porque la Republica no me estorvase mi viage, que lo hicieran sin duda, porque como esta divina invencion es tan apetecida, y deseada de todos, todos andan tràs de ella: y si saben alguno que lo sabe, ò los Reyes, ò las Republicas los detienen còtra su voluntad, porque exercite el arte para ellos à su costa, que en aviendo mucha cantidad de oro en el mundo, serà estimado en poco. Señor, dixo el carcelero, muchas vezes he oido tratar de esta materia: pero nunca he visto, ni oido decir, que lo aya nadie alcanzado en nuestros tiempos: que aunque V. S. me

vè en este oficio, que por estàr quieto, y mantener mis hijos exercito: ya he estado en España, firviendo à un Embaxador de Genova, y por lo dicho me recogì à este Pueblo donde naci. Huelgome de esso, dixè yo, porque siendo, como fois, discreto, y aviendo oïdo tratar de la materia, dareis credito à lo que vereis, con vuestros ojos. Si yo pudiesse, dixò, aprender esso, seria un valiente hombre, que mandaria à todo mi lugar, y embiaria libre à V. S. à donde fuesse servido. A lo primero dixè yo, os respondo, que consiste el hacerlo, en dár un punto, que es menester gran cuidado, para acertarlo, y assi no me atrevo à enseñaroslo: pero dexarèos con tanto oro, que no ayais menester à nadie vos, ni vuestros hijos. Y à lo segundo, que no quiero que hagais por mi cosa que en algun tiempo pueda haceros daño, que la misma arte chimica me dara modo para librarme, y esto os lo enseñarè facilissimamente, que lo vereis aunque esteis ciego, como sin culpa vuestra, y sin sentimiento vuestro me libro, y vos quedeis sin calumnia, y con riqueza, y gusto. Echòse à mis pies con grandes ceremonias, quitandome la cadena, y grillos, contradiciendoselo yo con grandes veras: y passando adelante toda la noche, para mas assegurarle en la materia, por hacer

mejor mi negocio, le dixè: Sabed, que el no aver acertado à dár el punto à la transmucion de los metales, nace de no aver entendido à los grandes Philosophos, que tratan esta materia futilissimamente, como son Arnaldo de Villanueva, Raymundo Lulio, y Gebor, Moro de Nacion, y otros muchos Autores, que la escriven en cifras, por no hacerlas comunes à los ignorantes: que yo por enterarme en la verdad de ello, he passado à Fez en Africa à Constantinopla, y à Alemania, y con la comunicacion de grandes Philosophos he venido à descubrir la verdad, que consiste en reducir à la primera materia un metal tan intratable, y recio como el hierro, que puesto en aquel primer principio suyo, y en aquella simiente de que fue hecho, aplicandole las mismas cosas, y los mismos simples, que la naturaleza aplica al oro, quando se forma, ò se vâ formando, viene à transformarse en la misma sustancia de el. Que de la propia manera, que todas las criaturas vãn imitando (en quanto les es possible) à la mas perfecta de su genero, assi el hierro, y los demàs metales vãn imitando à la mas perfecta de ellas, que es el oro; y dandole todas las calidades, que la naturaleza con la generacion del padre universal, que es el Sol, viene à mudar:

dar su naturaleza en la del oro, y esto se hace mediante ciertas sales fortísimas, y corrosivas, mirando los aspectos de los Planetas, en que yo estoy muy diestro, y enterado. Y para que veais alguna semejanza, que os persuada à esta verdad, dexad esta noche un callo de herradura, que aya sido muy pisado, y lleno del orin que recibe en los muladares, y hecho pedacicos muy menudos, ò limandolo, ponedlo en una redoma con fuego lento, en muy fuerte vinagre, y vereis lo que resulta. Hizolo puntualmente, y diòme en que reposasse aquella noche muy à mi gusto, donde pense muy bien la traza que llevaba ordenada para librarme de la prision.

DESCANSO II;

A La mañana vino el carcelero muy contento, diciendo, que descubria, que se iba el hierro convirtiéndose en un color rubio, como de oro, que la codicia lo iba llevando à la perdicion. Aì conocereis, dixe yo, que os voy tratando verdad; dile dineros para que me traxesse ciertas cosas, ò ciertos simples corrosivos, y venenosos (que no los digo, porque mi intento no es enseñar à hacer mal) y con otras cosas que les juntè, hice unos polvos que mu-

chas veces rociaba con agua fuerte, y enjugandose, tornaba à rociarlos; quedaron con un color rubio muy apacible. Hechos los polvos, y confeccionados, como yo los avia menester, à dos bellacones que estaban sentenciados à Galeras, les dixe: Las Galeras estàn en Genova, que es acercarse vuestro martyrio, si os atreveis à ponerme en una noche en tierra del Rey, yo os sacarè de aqui con mucho silencio, y sin ruido de dentro, ni de fuera. Ellos respondieron con grande determinacion: Y aun à los ombros facerem os à V. S. y antes que amanezca esterà entre Soldados Españoles. Pues estad, les dixe, mañana en la noche atentos, y en viendome con las llaves en la mano, acudid à vuestro remedio, y al mio. Alegraronse los pobres, y con grandes ansias deseaban yà que llegasse la hora. Por la mañana, dixe al carcelero, que traxesse unos crysoles, y quantos callos de herradura pudiesse hallar, que todos los avia de convertir en oro, y que à la noche, quando toda la carcel estuvièssè en silencio, entendièssè lumbre de carbon, sin que huviesse ningun testigo, que nos pudiesse denunciar. El lo tuvo tan en cuidado, que no dexò herrador, ni muladar, que no anduvièssè, y en llegando la noche, me mostrò tan-

tantos callos de herradura, que vendidos à libras podian aprovecharle mucho: encerrò su gente, y los demás presos, y los dos que me avian de ayudar, se hicieron los dormidos: encendió su brasero, y puesto en silencio todo, saqué mis polvos, y mostrefelos, y parecieronle del mismo oro. Pues mirad, le dixè, que cordial olor tienen, y echéelos en la mano, èl los llegó à oler, y yo con mucha presteza le di una palmas en la parte baxa de la mano, y saltaron en los ojos, cayendo èl de la otra parte sin sentido, y sin poder hablar: cogile las llaves, y los bellacones que vieron el caso, acudieron luego, abrièr las puertas, quedandose el pobre hombre sin sentido, y sin que nadie nos viesse, salimos de la carcel, y del Pueblo; y à la mañana, ayiendo pasado arboledas, sierras, y barancos dificultosos, me hallè en Alexandria de la Palla, entre Soldados Españoles, que metian la guarda à Don Rodrigo de Toledo, Governador de ella. A los buenos galeotes les pareció que les avia venido del Cielo la libertad, y fueronse à buscar su vida. Yo me holguè en el alma de aver salido bien con mi intento, que aunque fue à costa del pobre carcelero, por la liberrad todo se puede hacer. Yo fui esta vez como el demonio que tienta

à los hombres por la parte que mas flaca siente en ellos: que èl por la codicia, y yo por libertad nos concertamos muy bien, que es tan superior la codicia en los pechos, à donde se halla (que son muchos) que los rinde à qualquiera flaqueza. Los bienes que por merecimientos, ruegos, y comodidades no se alcanzan, en acometiendoles por la codicia, se rinden al gusto de ambas partes: los males que por violencia, y estratagemas no se pueden hacer, en mostrando la codicia su amarillo rostro, se ablanda la dureza de los pechos de hierro. Qué de fortalezas se han rendido, que de lealtades se han quebrantado, que de clausuras se han rompido, que de castidades se han corrompido, acometidas con la codicia! Todos los vicios que à los hombres traen arrastrados, dexan alguna consideracion para lo venidero, sino la luxuria, y la codicia que cojen, y ciegan todas las potencias del discurso: mas facil es de castrenar la furia de un loco por castigo, que reducir à razon la sed de un codicioso por consejo. Son los codiciosos como la esponja, que aunque chupa toda el agua, de que es capaz, ni està harta, ni se aprovecha de ella, y son tan furiosos en sus actos, como la culebra hambrienta, que à todo acomete, aunque sea un sapo, que la inche de ponzoña; que ni

miran si es licito, ò contra razon, que como sea engordar, à todo acometen, y creo es así, que tienen el castigo por sombra de su desatinada hambre. Como este miserable de carcelero, que por donde pensò ver su casa llena de oro, quedò sin ojos para verlo, Dios mire por los codiciosos, y los reduzca à la medicina, que conserva la vida, y aquieta la conciencia.

DESCANSO III.

PArtime para Milàn, temiendo, por el gran deseo que llevaba de llegar, alguna desgracia, que los desdichados han de vivir siempre con cuidado de lo que puede, y suelè suceder. Ay un rio, que passa por la Ciudad de Alexandria, que se llama Eltanar, donde vi unas azeñas movilizadas de madera, que deben de tener en el fundamento algunas ruedas para moverse, que no reparè en preguntarlo, porque no hacia à mi proposito; y aviendo esperado el Barco para passar el Pò, rio caudalosisimo, despues de averse forbido el Eltanar, entramos en èl, con unas pobres peregrinas, y al medio del rio sucediò, que por la corriente de Eltanar venia una azeña, ò molino de aquellos, que le debia de aver faltado el fundamento, y encontròse de manera con nuestro Barco, que

diò con èl patas arriba. El cavallò (como son atrevidas estas bestias para cortar el agua) se arrojò a ella; yo me así luego de la cola, y las peregrinas de mi, y el Vitorino de la postrera de ellas; y cayendo, levantando, y à vezes topando con los pies en la arena, llegamos à la orilla, donde el cavallò nos rociò por la puerta falsa, que debia de venir acebadado; pero no por esto me desasí, hàsta verme yà pisar las orillas. Hallamos allí, que avian pasado en otro Barco algunas gentes de diversas Naciones, Franceses, Alemanes, Italianos, y Españoles, y para entendernos, hablamos todos en latin; pero era la pronunciacion tan diversa la una de la otra, que hablando en muy gentil lenguaje latino, no nos entendiamos los unos à los otros, que me diò mucho que pensar, que aun en una misma lengua, y que corre por toda Europa, dure el castigo de la torre de Babilonia. Llegamos à Pavia, insigne Universidad: regalòme el Castellano, que era entonces, aunque como mi deseo me llevaba à Milàn, no parè hàsta verme en aquella maravillosa poblacion, donde tan grandes Santos ha avido, y continúan siempre los Prelados de aquel excelentisimo Templo. El que entonces lo gobernaba era el Santisimo Cardenal Carlos Borromeo, que aora dicen

San Carlos, que fue su vida de manera, que à pocos años de su muerte, le canonizaron. Lleguè à tiempo que se celebraban las exequias de la santissima Reyna Doña Ana de Austria, y aviendo buscado à quien cometer la traza, historias, y versos de la vida exemplar de tan gran señora, pudiendo cometerlas à muy grandes ingenios, tuvo por bien el Magistrado de Milàn de cometerlas al Autor de este libro, no por mejor, sino por mas deseoso de servir à su Rey, y de aprender en cosas tan graves, y de tan graves ingenios, y ofreciendoles, y dando noticia de Anibal Tolentino, excelentissimo sugeto, que lo hiciera mejor que otro en toda la Europa: al fin, por mas cercano le mandaron al Autor que la hiciese. Oile un Sermon en estas exequias al Bienaventurado San Carlos, que fue como su vida. Hallè à mis amigos muy contentos, y admirados de la brevedad, con que avia conseguido libertad, y deseosos de saber como avia sucedido, me forzaban à que lo contasse, y refiriesse una, y muchas vezes: que realmente los trabajos contados en la prosperidad, ò aviendo salido de ellos, tienen su gusto particular: que las desventuras, todo lo que tienen de males presentes, tienen de bienes passadas: son los trabajos como las

servas, ò nisperos, que quando estàn en su fuerza son asperos al gusto: pero despues de pasada su fazon, lo que tienen de asperos, tienen de suaves podridos: son como el que se vâ anegando en un rio, que vâ siempre sacando la cabeza, y haciendo todas las diligencias posibles, para escaparse: pero despues de salido bebe de aquella misma agua que le quiso ahogar. Espina el herizo de la avellana, pero despues se halla gusto en rumiandola. Holguè grandemente de ver la grandeza, fertilidad, y abundancia de Milàn, que en esto creo, que pocas Ciudades se le igualan en la Europa, aunque la mucha humedad que tiene, ò por aquellos quatro rios hechos à mano, por donde le entra tanta abundancia de provision, ò por ser el sitio naturalmente humedo: yo me hallè siempre con grandissimos dolores de cabeza, que aunque yo naci sugeto à ellos, en esta Republica los sentì mayores. Que siempre me han perseguido tres cosas, ignorancia, embidia, y corrimientos; pero los de aqui me duraron hasta bolver à España. Passè en Milàn tres años, como hombre que està en la cama contando las vigas del techo trecientas veces, sin hacer cosa que importasse, lo uno, por estar siempre indispuesto; lo otro, por lo poco que entre Soldados se exercitan

los actos de ingenio. Dióme gana de ver à Turin, y por mis pecados fue por el mes de Diciembre, tiempo en que no ay caminos, sino rios en lugar de ellos, que como hacia buen tiempo quando salí, engañème, pensando que fuera todo de aquella manera; y en llegando à Bufalores, comenzò à desfgajarse el Cielo, no con lluvia, sino con azequias de agua tan continua, que se perdiò el tiento à los caminos. Lleguè à Turin, y por aver experimentado los arroyos à la venida, estuveme dos meses allí, en compañía de otro Español, pero fueron tan grandes las nieblas, que se topaban los hombres por la calle, sin verfe, nacidas de la vecindad (segun dicen allí) del Pò, que passa por junto à la Ciudad: fuera de que por medio de ella vàn muchos arroyos de agua. Mas veo, que en España Guadalquivir passa por Sevilla, mas caudaloso que el Pò, y algunas vezes tan crecido, que baña à la mayor parte de la Ciudad, y todo el campo de Tablada està hecho un mar navegable. Y no he visto tales nieblas: y Granada tiene dos rios que la bañan, y muchos mas arroyos por las calles, y no parece esta obscuridad, ò niebla: pero dexando esto, posamos el otro Español, y yo en una hosteria, donde me vi en el mayor peligro; y en la

mejor ocasion, de ser dichosísimo, que he tenido, ni tendré en mi vida. Que estando comiendo mucha gente, esperando mi compañero, y yo que acabassen para sentarnos, un viejo, de hasta cinquenta años de edad, de proposito diò en tratar de la Religion nueva, de la Religion reformada, repitiendo esto muchas vezes; y aunque era natural de Ginebra, hablaba en buen Italiano, que por ver Españoles, le pareció alzar la voz mas de lo que avia menester. Y tràs de un brindis, y otro, decian heregias, muy dignas de gente llena de vino. Mi compañero, decíame que callasse, y ellos brindando por la salud de sus fautores, tornaban una vez, y otra à decir de la Religion nueva, y de la Religion reformada, de suerte, que me obligaron à preguntar, què Religion era aquella, y quien la avia reformado. Respondieronme, que era la Religion de Jesu Christo, y que la avia reformado Martin Lutero, y Juan Calvin. Antes de oír mas palabras, les dixè: Buena andaría la Religion, reformada por dos tan grandes hereges. Alborotòse la Hosteria, y cargaron tantas cuchilladas sobre mi, y sobre el otro Español, que sino cogemos una escalera, nos hacen pedazos. La huespeda atajò el negocio con decirles, que mirassen lo que hacian,

que estabamos depositados allí por el Duque. Sossegóse el alboroto, porque hasta entonces aun no avian negado la obediencia al Duque de Saboya, aunque la tenian negada à la Iglesia Romana. En sossegándose el rumor, me dixo aquel viejo: Por qué llamis hereges à dos varones tan santos, y que tanta gente llevaron tràs su opinion? Respondi yo: Por qué llamis vosotros santos, y reformadores de la Religion de Jesu Christo, à dos hombres, que en todo, y por todo, en vida, y costumbres fueron contra la doctrina de Jesu Christo, y de sus Evangelios, que fueron hombres libres, viciosos, deslenguados embusteros, engañadores, alborotadores de las Republicas, enemigos de la general quietud? Quiso tornarse à alborotar el viejo, y como le avian puesto por delante el temor, y respeto de el Duque, cesò con decir: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos, y estos somos nosotros. Respondile yo. Mejor dixerades, muchos son los cogidos, y pocos los llamados, porque no vienen à manos del Papa. Estraño caso! que ay gentes tan fuera del orden natural, que por sola libertad, y poltroneria se desvienen de la misma verdad, que interiormente saben, y conocen. Y que tengan hombres poderosos, que favorezcan sus errores, de suerte, que unos, y otros siguen su mal

intento. Los poderosos con decir, que siguen doctrina de hombres sabios, y los otros con decir, que tienen arrimo en Principes poderosos, como si fuesse disculpa para la execucion de tantos vicios, y abominaciones como cometen à sombra de la libertad, con que sus Maestros les hacen vivir, en cuyas arrastradas opiniones ay cosas tan ridiculas, que se echa de ver que adrede quieren errar.

DESCANSO IV.

Bolvimos de Turin à Milan; porque aunque tuve intento de passar à Flandes, no hallè comodidad, fuera de saber, que la gente de Flandes venia marchando àzia Lombardia, y por aver estado ya en Flandes con la misma gente en el asalto general de Mastric, donde me sucediò una cosa muy graciosa, que pudiera ser muy desgraciada, y fue, que en el saco de la Ciudad cogi el mas lucido quartago, de todos los que avia en una casa principal, y subiendo sobre el en cerro (como en tiempo de bulla no se mira mucho en las cosas) al tiempo que salia de la Ciudad iban tràs de mi mas de trecientos quartagos, porque la que yo avia tomado era una yegua sazónada, y sino me arrojò de ella al suelo, me dieran muchas manotadas los galanes que

la seguian. Al fin bolvi àzia Milàn, porque el compañero passò àzia Flandes, y buscando en que caminar, topè con una carroza, donde por fuerza huve de ir, aunque en compaña de quatro Ginebreses, tan grandes hereges como los otros. Determinando de callar à qualquiera cosa que oyessè decir, por donde les grangeè la voluntad de manera, que siendo muy enemigos de Españoles, me regalaron por todo el camino, diciendome mil vezes, que era muy buen compañero, que realmente como no los traten de Religion, son sencillos, y gente afable para tratar, y muy amigos de dar gusto. Fueronme festejando por el camino, y entre dos brazos del Tesin, se apartaron àzia unas arboledas, y sierra, donde dixeron que iban à vèr un grande Nigromantico, para preguntarle ciertos secretos de mucha importancia. Yo como era mozo, y amigo de novedades, holguè me por vèr aquella que tanto lo era para mi. Anduvimos un rato por aquella arboleda, hasta llegar al pie de la sierra, donde se descubriò una boca de cueva, con una puerta de tosca madera, cerrada por de dentro. Llamaron, y respondieron de dentro con una voz crespada, baxa, y con un genero de gravedad. Abriòse la puerta, y representòse la figura del Nigromantico, con una ropa de

color pardo, con muchas manchas, mapas, pintados en ella culebras, signos celestes, un bonete en la cabeza largo, y aforrado en pellejo de lobo, y otras cosas que hacian su persona horrible, como tambien lo era el lugar, y casa donde habitaba. Hablaron aquellos Cavalleros de Ginebra, informandole de su venida, y como certificados de su gran fama, venian à consultarle un negocio muy grave. El aunque al principio començè à negarfe lo, al fin acabaron con èl, con ruegos, y presentes que le dieron, que lo ablandan todo, à que se inclinasse à admitir su peticion. Mientras hablaban con èl, yo miré el cuerpo de la cueva, que estaba llena de cosas, que ponian temor, y espanto: como era cabezas de demonios, de leones, y tygres, faunos, y centauros, y otras cosas de este modo, para poner horror à los que entrassen, unas pintadas, y otras de bulto, con que daba à entender, que tenia trato, y amistad con algun demonio. Hablòles muy gran rato, diciendoles de su gran poder, y mostrò muchas joyas de diversas gentes, y de grandes señores, que le avian dado por los muchos secretos que les avia revelado. Llegados al caso, como yo miraba mas al artificio, con que tenia adornada su cueva, preguntòles como no llega-

ba yo à la conversacion. Respondieron ellos, que era Español. Dixoles el Nigromantico: No quisiera mostrar mis secretos delante de Españoles, porque son incredulos, y agudos de ingenio. A lo qual respondieron ellos: Bien podeis hacer en su presencia qualquiera cosa, porque aunque Español, es hombre de bien, y buen compañero. Resolviòse à hacerlo, y llamò à un ayudante tan fiero, y espantable, que me pareció que era algun demonio. Entramos mas adentro, donde tenia el familiar, que era un apofentillo, mas obscuro que el cuerpo de la casa, que estaba cercado con unas varandillas, y dentro estaba uno, como facistor, y sobre él un gran globo de vidrio, con un abecedario de letras grandes, escrito al rededor, y en medio del globo puesto el familiar, que era un hombrecito de color de hierro, con el brazo derecho levantado en derecho àzia las letras, que todo realmente ponía espanto. Habló con el familiar con una arenga muy larga, proponiendole la antigua amistad que avian professado tantos años, para obligarle à que con facilidad respondiesse à lo que le queria preguntar: y poniendose unos guantes muy anchos, despues de puesta la demanda, alzò la mano derecha, diciendole: Ea, presto. El familiar se rebolvió,

y señalò una letra. Quitòse el guante el Nigromantico, y escribió aquella letra, que avia señalado el familiar. Tornò à ponerse el guante, y alzando la mano otra vez, le dixo: Adelante. El familiar moviòse, señalando otra letra, y de esta manera fue preguntandole, haver escrito diez, ò doce letras, en que iba respondiendo à la pregunta, muy à gusto de los Ginebrefes. Yo, como echè de ver, que para escribir qualquiera letra se quitaba el guante, diciendo, que podia ser: y aunque sospeché que se avian de alborotar todos, determinadamente, yendo à señalar otra vez con el guante, se lo arrebatè por el dedo demostrador, y hallando una dureza muy grande en el dedo, primero le preguntè al Nigromantico: Esta no es calamita, ò piedra imàn? Quedò suspenso, y corrido, y bolviendose à los otros, les dixo: Bien decia yo, que los Españoles eran agudos, y que no queria hacer cosa delante de ellos. El secreto del caso era, que aquel familiarillo era hecho de alguna cosa muy ligera, y el bracillo era de azero, tocado aquella piedra imàn, que era tan fina, como el Nigromante diestro en señalar la letra que avia menester, con que atraía al familiar corriendo à mostrarla. Quedaron los Ginebrefes admirados, assi de la sutileza con que

aquel engañaba las gentes, como de la mia en aver conocido su embeleco. Y aunque los sentí al principio pesarosos, de que no huviesse cumplido el pronostico con la respuesta del familiar, que ellos tenían por demonio. Despues tuvieron en mucho el desengaño, y rogóles el Nigromante, que me pidiessen que no le descornasse la flor, porque con aquello ganaba su vida, sin hacer mal à nadie, y tenia reputacion de grande hombre. La invencion cierto era ingeniosísima, y muy conforme à la Filosofia natural, y podia sufrirse como por juego de Maesse Corral: pero cosas tan repugnantes à la verdad, y del trato comun, engaños tan conocidos, no es razon que permanezcan, ni se permitan. Fuimonos, dexando muy desconsolado al embustero, y escandalizados los Ginebreses del caso, me reprendieron el averlo afrentado, y defanimado. lo, para proseguir en su embeleco. Yo les dixè: No os aveis holgado de ver este secreto descubierta? Respondieronme, que sí. Yo les dixè: Pues de la misma manera se holgaràn todos los que lo supieren, porque menos importa quedar este sin opinion, y sin officio, que permitir un engaño tan estendido, y pernicioso como este. Y yo (para decir la verdad) siempre he estado, y estoy mal con estas gentes,

como son Nigromanticos, Judiciarios, y otros semejantes; aunque estos Judiciarios tengo por los peores, por estar mas bien recibidos en la Republica, y decir menos verdad. Que aunque los que tratan de la verdadera Astrologia de movimientos, estos son doctos, que saben las Mathematicas con fundamento, como es Clavijo Romano, el Doctor Arias de Loyola, y el Doctor Sedillo, Españoles, grandes varones de su facultad, que estos otros son embustersos, gente de poca substancia, de que podia traer muchos cuentos, porque de cien cosas que dicen, yerran las noventa, y quando aciertan alguna, es por yerro. Valense de mugercillas que les vienen à preguntar, como las Gitanas la buena ventura, y al fin es gente ridicula, que acaban tan miserablemente como los Alquimistas, porque quieren dar alcance à los secretos que Dios tiene reservados para sí. En estas conversaciones, y otras semejantes llegamos à Bufalora, Pueblo del Estado de Milan, donde los Ginebreses se apartaron, y yo proseguí mi viage.

DESCANSO V.

Buelto à Milan, como a quella Republica es tan abundante de todas las cosas, eslo tambien de hombres muy doctos en las

las buenas letras, y en el exercicio de la musica, en que era muy sabio Don Antonio de Londoña, Presidente de aquel Magistrado, en cuya casa avia siempre junta de excelentísimos músicos, como de voces, y habilidades, donde se hacia mencion de todos los hombres eminentes en la facultad. Tañianse vihuelas de arco con grande destreza, tecla, harpa, vihuela de mano, por excelentísimos hombres en todos los instrumentos. Movianse questiones à cerca del uso de esta ciencia, pero no se ponía en el estremo, que estos dias se ha puesto en casa del Maestro Clavijo, donde ha avido juntas de lo mas granado, y purificado de este divino (aunque mal premiado) exercicio. Juntabanse en el jardin de su casa el Licenciado Gaspar de Torres, que en la verdad de herir la cuerda con ayre, y ciencia, acompañando la vihuela con gallardísimos passajes de voz, y garganta, llegó al estremo que se puede llegar. Y otros muchos sugetos muy dignos de hacer mencion de ellos. Pero llegado à oír al mismo Maestro Clavijo en la tecla, à su hija Doña Bernardina en la harpa, y à Lucas de Matos en la vihuela de siete ordenes, imitandose los unos à los otros, con gravísimos, y no usados movimientos, es lo mejor que yo he oído en

mi vida. Pero la niña (que aora es Monja en Santo Domingo el Real) es nonstruo de naturaleza en la tecla, y harpa. Mas bolviendo à lo dicho, un dia, acabando de cantar, y tañer, y quedando todos suspensos, preguntò uno, que como la musica no hacia aora el mismo efecto que solia hacer antiguamente, suspendiendo los animos, y convirttiendolos, à transformarse en los mismos conceptos que iban cantando, como fue lo de Alexandro Magno, que estandole cantando las guerras de Troya, con grande imperu se levantò, y puso mano à su espada, echando cuchilladas al ayre, como si se hallara en ella presente. Dixe yo à esto: Lo mismo se puede hacer aora, y se hace. Replícame, diciendo: que despues que se perdió el genero enarmonico, no se podia hacer. Dixe yo: Con el genero enarmonico me parece que era imposible hacerse, porque como la excelencia de esse genero consiste en la division de semitonos, y diesis, no puede la voz humana obedecer à tantos semitonos, y diesis, como aquel genero tiene. Y assi aquel Principe de la musica, el Abad Salinas, que lo refucitó, solamente lo dexò en ún instrumento de tecla, pareciendole, que la voz humana con gran trabajo, y dificultad podia obedecerlo. Yo le vi tañer el instrumento
de

de tecla, que dexò en Salamanca, en que hacia milagros con las manos, pero no le vi reducirlo, à que voces humanas lo executassen, aviendo en el coro de Salamanca en aquel tiempo grandes cantores de voces, y habilidad: y siendo Maestro aquel gran compositor Juan Navarro. Y que se pueda hacer, y se hace con el genero diatonico, y cromatico, como aya las mismas circunstancias, y requisitos, que el caso quiere, sucederà cada dia lo mismo. Y en las sonadas Españolas, que tan divino ayre, y novedad tienen, se ve cada dia este milagro. Los requisitos son, que la letra tenga conceptos excelentes, y muy agudos, con el language de la misma casta. Lo segundo, que la musica sea tan hija de los mismos conceptos, que los vaya desentrañando. Lo tercero es, que quien lo canta tenga espíritu, y disposicion, ayre, y gallardia para executarlo. Lo quarto, que el que lo oye tenga el animo, y gusto dispuesto para aquella materia. Que de esta manera harà la musica milagros: Yo soy testigo, que estando cantando dos musicos con grande excelencia, una noche una cancion, que dice:

Rompe las venas del ardiente
pecho,
 fue tanta la passion, y accidente, que le diò à un Cavallero, que

los avia llevado à cantar, que estando la señora à la ventana, y muy de secreto, sacò la daga, y dixo: Veis aqui el instrumento, rompeme el pecho, y las entrañas, quedando admirados musicos, y Autor de la letra, y sonada, porque concurrieron alli todos los requisitos necessarios para hacer aquel efecto. No les pareciò mal à los presentes; porque todos eran doctísimos en la facultad. En estos, y otros exercicios se passaba la vida entre Poetas de Poesia, y entre Soldados de armas, donde se exercitaba, no solamente la pica, y arcabuz, sino tambien el juego de la espada, y daga, broquel, y rodela, que avia valerosos hombres, diestros, y animosos, donde se hacia mucha mencion de Carranza, aunque huvo quien daba la ventaja à Don Luis Pacheco de Narvaez. Porque en la verdadera Filosofia, y Mathematica de este arte, y en la demostracion para la execucion de las heridas, excede à los passados, y presentes. En estos, y otros exercicios loables se passò la vida en Lombardia, aunque yo irraia siempre tan quebrada la salud, por causa de las muchas humedades, que determinè bolverme à España, despues de aver visto à Venecia; y huvo buena ocasion, porque entonces iba la Infanteria, y cavalleria del estado de Milan, à recibir à la señora Emperatriz à

tierra de los Venecianos, para traerla à embarcar à Genova. Saliò aquella gallardissima gente del Estado, hasta llegar à Crema, donde recibieron à la Cesarea Magestad, como à tan gran señora se debia. En llegando alli, para proseguir mi intento, pasè de la otra parte del rio en la cavagaldura, que hasta alli avia traído de valde diciendole al mozo de mulas, que yo le pagaria el resto del camino, hasta llegar à Venecia; pero èl lo hizo tan bien, que en la primera posada me dexò plantado, sin hablar palabra, que era un Pueblecillo pequeño, donde no hallè cavalgadura, ni aun persona que me respondiesse palabra buena por ser Español, y por ir en traje de Soldado: de manera, que ni la humildad, ni el termino apacible, ni la paciencia me aprovecharon, para dexar de ir à pie, y sin compañía, por tierra no conocida, y madrastra de Españoles. Iba caminando por unos llanos, y aun de mala gana me decian si erraba el camino. Y aviendo andado todo el dia bien desconsolado, sin saber donde avia de ir à parar, yà que se ponia el Sol, vi venir atravesando el camino un Cavallero con un alcón en la mano: y como me viò, paròse en el camino, hasta que yo pudiesse emparejar con èl, que estuve buen rato, porque iba despeado, ta-

to como triste; y affigido. En llegando à èl, mostrando alguna compasion, me pregunto si era Soldado, respondile que sì, y dixome, que estava lexos de alli el alojamiento, donde yo podia llegar aquella noche, que le siguiessè hasta una caseria suya, donde me alvergeria hasta la mañana. Seguile, aunque con alguna sospecha, pero acordandome, que la gente principal siempre es acompañada de buen termino, verdad, y misericordia, quitòfeme el rezelo que podia tener con otra compañía.

DESCANSO VI.

ENTramos por unos jardines muy grandes, que estaban cerca de su caseria, aunque mal cultivados, y llenos de yerba, que la misma naturaleza criaba: à caso llegamos à la caseria, donde salieron à recibirle unos criados, llenos de silencio, y melancolia. Entramos en una casa, aunque de grande edificio, muy desordenada de cosa que pudiesse dar gusto, sino con unas colgaduras negras, y viejas, los sirvientes muftios, mudos, y callados, y todo lo de la casa lleno de luto, y tristeza. Yo estava suspenso, y embelesado de ver un aplauso tan lleno de horror, y desconuelo, y no seguro, sino sospechoso de algun daño mio. El Cavallero tenia un semblante

de hombre , que traia quebradas las alas del corazon , y no mandaba cosa à los criados de palabra , sino con solo el semblante (aunque furioso) macilento. Llamòme à cenar , de que yo tenia muy gentil gana (como dixè) estaba algo sospechoso , por mi poca suerte , de alguna novedad. Cenè con tanto silencio como el Cavallero , que estava frontero de mi , que nunca mas bien me supo el callar , porque saquè el vientre de mal año , à costa de la suspension con que el Cavallero cenò. Yo no osaba preguntarle cosa , porque el verdadero camino para conservarse los hombres , es transformarse en el humor de aquellos con quien tratan ; y como no podemos saber los secretos del corazon ageno , avemos de aguardar à que por alguna parte rompa el silencio. Que es yerro escudriñar las cosas de que no nos dan parte , especialmente con personas poderosas , cuya voluntad se gobierna con el poder , y el apetito. Al fin , acabada la cena , y echados de alli los criados , con una voz baxa , que parecia salirle de las entrañas , me dixo de esta manera : Dichosos aquellos que nacen sin obligaciones , porque pasaràn con suerte mala , ò buena , sin darles cuidado mirar por las ajenas , y desvelarse en pensar , què diràn de la suya. El pobre Soldado , en cum-

pliando con hacer lo que le toca , se vâ à descansar à su lecho. El Oficial , y todos los demàs de este genero , en aviendo acabado su ministerio , hallan descanso en la ociosidad. Mas ay de aquel , que mirado de muchos ojos , respetado de muchas gentes , rendido al parecer de muchos juicios , sujeto al murmurar de muchas lenguas , no puede acudir à la sobra de sus obligaciones. Yo he querido , señor Soldado , descansar con vos , en daros parte de mis lamentables desdichas , no porque me faltara con quien descansar , sino porque las desventuras no se han de comunicar con testigos tan cercanos , que cada dia puedan renovarlas. Que hace mal pecho , y cria mala intencion , representarse à los ojos el testigo de los daños propios. Y aseguroos , que ninguno de estos sirvientes sabe la causa de mis infelicidades , que aunque los veis andar tan amedrentados , no saben mas de lo que leen en el sobreescrito de mi rostro. Yo soy un Cavallero , que tengo algunos vassallos , y hacienda para poder passar , y vivir con descanso (si la hacienda lo puede dâr) con las obligaciones que trae consigo : naci inclinado , no à las Cortes , ni bullicio popular , que culpa la vida , y entretiene el tiempo , sino à la soledad , usando exercicios del campo , como es la

agricultura, huertas, y jardines, pesca, y caza de montería, y bolatería, en que he gastado algunos años, y toda mi renta con mucho gusto, y algunas buenas obras, usadas con caminantes. Pásè mucha parte de mi juventud sin matrimonio, teniendolo por pesada carga, y ocupacion excesiva para la execucion de mis exercicios: pero como las mudanzas en el mundo son forzofas, y el Cielo tiene dispuestas nuestras vidas con diversos accidentes, de bien en mal. y de mal en peor, ò al contrario, succidiò un dia, que yendo à caza con un alcòn en una mano, y un corazon en otra, para cebarlo, me arrebataron el mio de improvisò, dexandome en èl una idea, que ni se ha borrado, ni se borrará para siempre jamàs. Fue de esta manera, que passando à la vista de Crema, saliò por un callejon de unas huertas, uno de los mas bellos rostros, y de mayor magestad, que en sugeto mortal jamàs se le viò: quise seguirle, y al mismo punto se tornò à encerrar en las huertas. Yo admirado de tan extraordinaria, y no vista belleza, informème con gran cuidado de su estado, nacimiento, y bondad, y despues de averiguado todo, hallè que era doncella, honesta, hija de muy humildes padres. Pareciòme que no sería dificultoso el rendirla à fuerza de presentes,

promessas, y dádivas, que suelen rendir à las peñas mas encumbradas. Visítela por medio de algunas señoras, que no rehusan de usar deste ministerio, por acudir à hacer amistades, à quien las obliga con regalos. Ibanse en una carroza, en achaque de ver las huertas, y con darle muchas bacterias, nunca pudieron darle assalto à la fuerza de su honesta castidad. Vine à estremo, que no pudiendo sufrir la violencia de mi estrella, me fui en la carroza con las dueñas en su mismo trage, que en las barbas avia poca diferencia de mi à ellas, por ser mozo, y lampiño, y fue para acabarme de matar. Porque en viendome en la compaña de ellas, y cerca de su persona, de nuevo me abrasè con el encanto de sus dulcissimas palabras, pronunciadas en mi favor, en que dixo. Quien trae tal dueña consigo tan apacible, y hermosa, otras fuerzas sabran conquistar de mas excelencia, que esta triste, y humilde sabandija. Estas palabras, y ver en aquel pobre trage tanta limpieza, y asseo, tanta gallardia, acompañada de vergonzosa gravedad, con esta tan honrada resistencia, con otras mil cosas, que en ella resplandecian, me forzaron à acudir al ultimo remedio, que fue pedirle para mi esposa: y para atajar discursos de historia tan lamentable, recibila por mi mu-

ger, y recogime con ella à esta cañeria, donde vivi con tanto amor, y gusto, de su parte, y de la mia, que no sufría una hora de division. El día que iba à cazar, à la buelta la hallaba llorosa, y con unas ansias, y desconsuelos, que me regalaba el alma, y me obligaban de nuevo à quererla, y estimarla con exceso. Seis años que pasè en este gusto, bien pudieran ser embidiados de todos los passados, y presentes, que fueron tales, que solo un desagradecimiento de un pecho baxo, y mal nacido pudiera atajar tan bien fundados principios. Estaba cerca de aqui un hombrerico (aunque sin calidad) de buenas partes, no consumadas, sino apuntadas: porque sabia un poco de musica, y otro poco de poesia: preciabase de ser hombre de hecho; y en el Pueblo donde vivia, no era estimado, ni hacian caso de su persona. Traxele para guarda de la mia, y para comunicacion de algunos ratos desocupados, en que me hacia compañía. Adornèle de vestidos, dabale mi mesa, era el segundo poseedor de mi hacienda; y en resolucion, levantèle del polvo de la tierra, à ser hombre principal, igual con mi persona: antes, y despues de casado, siempre que yo iba à caza, iba en un rocin conmigo, y si se cansaba, tornabase à la

cañeria, esto era despues de casado, en el qual tiempo èl tenia lugar de hablar con mi esposa, de que yo jamás tuve sospecha, porque èl era un hombre pequeño de cuerpo, falto de facciones, dientes anehos, manos gruesas, falto de virtudes morales, inclinado à la detraction, y eizaña, aunque era así no le dexaba bolverse de la caza, hasta que yo tornasse, mas por cumplir con el mundo, que por mala satisfaccion que del tuviese. Despues de esta privacion, apareciase todas las noches que yo venia, una fantasma en los jardines, que alborotaba los perros, y espantaba à los criados. Yo, aunque venia cansado, levantabame à mirar todos los rincones de los jardines antes de bolver à mi cama, para si topaba la fantasma. Y en saliendo de mi cama, mi esposa se encerraba por de dentro, y no abria, hasta enterarse en que yo era el que llamaba, que decia, que por temor de la fantasma se encerraba por de dentro. Durò esta fantasma muchos días, y algunos meses; pero notaba, que los pocos días que me dexaba en la caza, no avia fantasma à la noche, ni yo podia imaginar donde se recogia, hasta que una noche (aviendo venido de cazar) le dixè à un criado, que se estuviese à la puerta del jardin, y tuviese gran cuenta con aque-

lla vision. Encerrème en mi aposento con mi esposa, esperando si tornaba, como las demás noches, quando comenzaron los perros à hacerse pedazos, ladrando, porque la fantasma era tan grande, que llegaba à la ventana, y tejados, levantème con toda la priesa que pude, y encontrando al criado, que avia dexado à la puerta del jardin, me dixo: no se canse V. m. que la fantasma es Cornelio su gran privado, que hace este embeleco, porque mientras V. m. sale, èl esta con mi señora haciendo traycion à V. m. el como, y por donde entra, yo no lo sè, sino es que algun demonio le ayuda; pero sè que es verdad, y ha muchos dias que passa. Fue tan encendido el furor que se me esparció por las entrañas, que arrebatandole por el cuello del jubon, le di de puñaladas, diciendole: Porque no digais à otro, y porque à mi me lo decis, despues de hecho: echele en una bodeguilla, y cerrè la puerta con la llave maestra de la casa, y del jardin, y fofsegandome contra mi condicion, abrasado el pecho, y las entrañas de celos, y deshonra, fuime passo entre passo, para llegar mas quieto: llamè à la puerta, donde estaba mi esposa, y mostrando mucho temor, preguntò, si era yo la fantasma: al fin en conociendome abrió la puerta, y viendome mudado el color (que

por mas que dissimulé me lo conociò) me dixo: Señor mio, que mudanza de rostro es essa? Maldiga Dios la fantasma, y quien la inventò, que tan inquieto os trae, y me trae. Dissimulé lo mejor que pude, diciendo que no era nada, y acostandome en mi cama, ella con sus acostumbradas caricias procurò aquietarme. con que yo puse en duda su daño, y el mio. Dormi poco, y mal, con la batalla sangrienta que traia en mi pecho. Levanteme en siendo de dia, llamè los criados de caza, y à Cornelio, con el mejor semblante que pude, fuimos al campo, y en todo el dia no hallè cosa de volateria para las aves, ni caza para los perros. Tuvelo por mal agüero; y alla à la tarde, el traydor de Cornelio fingiose malo por tornarse à la cateria, embièle, y mandèle, que dixesse à mi esposa que tenia una garza echada tres leguas de alli, y no podia aquella noche irla à acompañar; pero que en amaneciendo avia de dar sobre la garza. El fue muy contento con este recado, y yo quedè con una grande maquina de pensamientos, sobre la determinacion que avia de tomar.

DESCANSO VII.

Siendo yà bien tarde, que queria anochecer, embiè los criados à parar la garza, y

fien:

siendo de noche, vineme con todo el silencio que pude à la cañeria, y entrando por una puerta falsa del jardin con la llave maestra fuime derecho al aposento de Cornelio, y abriendolo no lo hallè dentro, sino el aposento con luz encendida. Tomè la luz, y fui por una sala que estaba pegada à su aposento, buscandole, si parecia por alli: anduve toda la sala, y fui al remate de ella, que iba à dàr à otra sala baxa, en cuyo alto estaba la estancia mia, y de mi esposa: vi una escalera arrimada à la pared que llegaba hasta mi estancia, y en el remate de la escalera abierto un boqueron: por donde cabia un hombre muy bien, que estaba tapado con un lienzo del Ticiano, del adulterio de Venus, y Marte. Hasta entonces no avia creido mi daño. Apartè la escalera de alli; con intencion que no tuviesse por donde baxar, y como un trueno acudì à mi estancia, y llamando, por cogerlos descuidados, mi esposa me vino à brir la puerta, y èl fue muy de priesa à poner los pies en la escalera, y poniendolos en el ayre, diò con su persona abaxo, quebrandose ambas piernas por las rodillas. Tornè à cerrar la puerta de mi estancia, y fui à recibir al caido, que iba arrastrando con las manos, como toro español desjarretadas las piernas, y dixele: Hà traydor ingrato à los bienes re-

cibidos, este es el pago que llevan los falsos desconocidos: y arrimandolo à un madero de la escalera, despues de averle dado muchas puñaladas, le di garrote, y con la misma furia, subiendo à dàr de puñaladas à mi esposa, se me cayò la daga de las manos, y todas quantas vezes intentè hacerlo, me hallè incapaz de mover el brazo para herir aquel cuerpo, que tan superior avia sido à mis fuerzas. Al fin, baxèla à baxo, y poniendola junto à su amante (yà que no pude hacerla otro daño) maniatela de pies, y manos, y à èl le saquè el corazon, y pusele entre los dos, para que ella viesse todos los dias el corazon, donde tan à su gusto avia vivido. Y al otro criado muerto lo traxe arrastrando, y le dixele: Veis aqui el testigo de vuestro delito. Tornè à quererla matar, y se me tornaron à desjarretar los brazos, y al fin determinè de matarla con hambre, y sed, dandole cada dia media libra de pan, y muy poca agua. Oy hace quince dias, que no ha visto luz, ni oido palabra de mi boca, ni ella me la ha hablado, con darle yo essa miseria por mis propias manos. Y à mi no me parece quince dias, sino quince mil años, y en cada dia he passando quince mil muertes. Este es el miserable estado en que me hallo, desamparado de todo aquello
que

que me puede dar consuelo, y tan rematado, que quisiera que Dios me huviera hecho un hombre desechado del mundo, desnudo de obligaciones, para irme donde jamás huviesse habitado gente. Y pues os he hecho, y dado parte de lo que nadie hará de mi boca, tambien quiero que veais por vuestros ojos, lo que tiene tan sin luz à los mios, y tan sin esperanza de bolverla à ver. Y tomando una vela con un candelero, me dixo, que le siguiesse, y passando por un pedazo de jardin, abrió la puerta, donde citaban encerradas todas sus desdichas. Representóse me luego uno de los mas horrendos espectáculos, que los ojos humanos han visto. Un hombre arrastrado, con muchas puñaladas en el cuerpo, otro despedazado, por el costado abierto, y el corazon puesto en un escalón, junto à uno de los mas bellos rostros que naturaleza ha criado. Y para mayor ocasion de dolor, sucedió, que en abriendo la puerta, se entraron träs él algunos perros, que en viendo à la desdichada de su esposa, llegaron à lamerle las manos, y rostro, y hacerle tantas caricias, que à mi se me enternecieron los ojos, y al marido las entrañas, y el alma. Viendo la ocasion de su terneza, le dixe: Señor, yo no os he hablado palabra, ni replicado à cosa que me

aveis dicho, por no aver visto en vuestra passion puerta abierta, ni por averme vos dado licencia. Pues agora, dixo el Cavallero, os la doy, para que digais todo quanto os pareciere. Y desechado todo el temor, por su terneza, le dixe estas palabras. Vos, señor, me aveis confessado, que la primera idèa, que se os entró en el alma del amor de vuestra esposa, ni se ha borrado, ni se borrará para siempre jamás. Tambien me aveis dicho, que este negocio, falso, ò verdadero, nadie lo ha sabido sino estos dos, que ya no pueden publicarlo, y la honra, ò infamia de los hombres no consiste en lo que ellos saben de si propios, sino en lo que el vulgo sabe, y dice. Porque si lo que los hombres saben de si mismos, entendiesse que lo sabe el mundo, como ellos lo saben, muchos, ò todos se irian, à donde gentes no los viesse. Vos aveis atajado con la muerte de estos lo que se podria decir. Teneis à vuestra esposa viva, y quizá sin culpa, pues en quantas vezes la aveis querido matar, no aveis podido. No os digo mas, sino que mireis la terneza que han causado las caricias, y blandura, que estos perros están usando con ella. Antes que el marido respondiessse palabra, ella alentandose, y sacando una voz cansada del profundo pecho, como si saliera de algun sepulcro, dixo: Señor

ñor Soldado , no gasteis palabras en vano , porque ni yo estoy para vivir , ni por quanto cubre el Sol , querria tornar à vèr su luz. Pero por si alguna vez espantado de tan horrible caso , os viniere à la memoria el referirlo , sepais la verdad : porque ni condeneis la crueldad de mi esposo , ni divulgueis la infamia que yo merezco. Estos dos hombres han merecido justamente las muertes recibidas. Aquel arrastrado , porque dixo lo que no viò , ni pudo vèr. Y este despedazado , no por lo que hizo , sino por lo que intentò hacer como traydor , desagradoado al mucho bien que mi esposo , y señor le avia hecho , que procediò con tantas diligencias , que yo entendì que tenia pacto con algun demonio , porque le veìa en mi propia estancia , sin saber por donde avia entrado , mas de que lo vi salir por debaxo de una tabla de pintura : y preguntandole què queria , me respondia , que venia à entretenerme por el ausencia de mi esposo , y señor. Yo no le dixè palabra mala por sus pretensiones. Lo uno , porque yo jamàs la he dicho à nadie. Lo otro , porque despues que viò mi entereza no dixo mas palabra deshonesta. Y si me culpare mi esposo , y señor , porque no le avisè de ello , dire que aun viendole con enojos muy livianos , me despulsaba , hasta

verle fuera de ellos , quanto mas decirle una cosa , que tan al alma le avia de llegar , y no tenia Reyno , ni Imperio el mundo , por quien yo manchasse mi honra , y el lecho de mi esposo , y señor : y por la piedad que en vos he conocido , y por la verdad que os he dicho , os suplico que le rogueis , que no me alargue la vida , sino que me abrevie la muerte , para que vaya presto à presentar este martyrio en la presencia de Dios. Desde el punto que comenzò à hablar la desdichada (tanto como hermosa) fueron tantas las lagrimas que derramò el marido , que viendo la ocasion , le dixè : Què os parece de esto , señor Cavallero ? A lo qual sollozando me respondiò : Que de la misma manera que os di licencia para hablar , os la doy para que hagais lo que os pareciere que me està bien. Al punto cogi mi daga , y cortè las ligaduras de aquellos hermosos , aunque debilitados miembros , que lo estaban tanto , que sin poder tenerse , se cayò sobre mi pecho , y despues se assentò en el suelo , como à descansar del gran martyrio que avia pasado. El marido se arrojò de rodillas ante ella , y besandole las manos , y pies , le dixo : Esposa , y señorita mia , pues no tengo que perdonaros , os pido perdon con toda la humildad del mundo. No pu-

do

do responder , porque con el descanso le dió un desmayo, tal, que yo entendí que quedaba muerta , y levantandose el marido con mucha priessa , traxo muchas cosas confortativas , con que la que avia quedado como azucena , bolvió en un instante à estár como una rosa, que abriendo unos suavísimos ojos, zarcos , y verdes , dixo al marido: Por qué , señor mio , me aveis querido tornar à esta desdichada vida ? Porque no se acabasse lá mia , respondió el , y cogiendola entre los dos , la llevamos à su estancia , donde fueron tan grandes los regalos , y beneficios , que se le hizo , que al fin la reservó de la muerte. De todo esto que aquella noche pasó , ningun criado fue testigo. A la mañana le pedí licencia para irme , para seguir mi viage ; no me dexó ir en veinte dias , que lo have bien menester , para el cansancio del camino , y para el horror que avia concebido de tan triste historia , y espantoso espectáculo. Que de arrebatarse de su passion , sin hacer reflexion en considerar , si pudiera ser falso , hizo aquellos homicidios , y llevaba camino de acabar con la inocente , è inculpable muger , con que viviera inquietísimo , si viviera , y ella quedara infamada de lo que no avia cometido , que el Cavallero se engañasse con tantas apariencias

de verdad , lastimado de la honra , y de los zelos , raiz de tantos , y tan exorbitantes males , no es maravilla ; pero que sea tanta la asistencia , ò pertinacia de un pecho doblado , y lleno de cautelas , que por llevar su intencion al cabo , lo que avia de gastar con quietud , lo gaste en estratagemas , trazas , y bullicios , en ofender la honra agena , y poner en peligro su vida , cosa es que espanta , que parecen estos hombres cautelosos , hechos de diferente massa que los otros. Mas parece que anduvo muy arrebatado en dar puñaladas al que le dió la nueva , y que pudiera con aquella revelacion averiguar la verdad , sin precipitarse. Mas , la misma naturaleza , que la razon le llevó à hacer aquel castigo justo , por muchas causas. La primera , y principal , porque es maldad de perversa intencion , y entendimiento corrupto , y de conciencia derramada , decir un hombre las faltas ajenas , de que no ha sido testigo. Lo otro , porque dar malas nuevas à nadie de lo que le ha de pesar , parece que es tener gusto de los males del amigo à quien lo dice. Lo tercero , porque chismosos , y congraciadores con su cizaña , tienen destruida la mitad del mundo. Ay tambien que notar aqui el gran sufrimiento de aquella tan hermosa , como agraviada muger , que quantos golpes

pes, le diò la fortuna, viendose yá à la puerta de la muerte, ni perdiò la paciencia à sus desdichas, ni el respeto à su marido. Oxalà todas supiesen, quanto les importa saber tenerla, para conservar la paz de su casa, y el amor de sus maridos, que les parece que es caso de menos honra, no dár tantas voces como ellos, siendo mas poderosos. Yo avia quedado tan escandalizado, y sin gusto de lo que avia oido, y visto, que aunque me rogaron encarecidissimamente, que me quedasse alli por toda la vida, ò por algun tiempo, no pudo acabarse conmigo; pero neguéselo, dandoles à entender, que iba muy contento, de la obligacion en que me avia echado, loando mucho al Cavallero, el valor que avia mostrado en defender su honra, y à ella la entereza, y conservacion de su reputacion. Dentro de los dias que alli estuve, echè de vèr la razon que tenia el marido de estàr muy enamorado de aquel apacible, y bello semblante; tan lleno de gravedad honesta, que cierto en la hermosura del rostro, gallardia del cuerpo, mansedumbre de condicion, suavidad de costumbres era un retrato de Doña Antonia de Calatayud. Yo, para assegurarame del todo del temor que pudieran aver concebido, y dexarlos gustosos, les di palabra de bolver à su ser-

vicio, ò à su casa en acabando mis negocios en Venecia, y con esta condicion me dexaron ir, que como yo tenia algun temor, de algun daño de su parte, ellos lo tenian de mi, porque no revelasse lo que avia visto, que todo este artificio han menester, los que son testigos de daños ajenos, y no les ha de parecer, que son señores de las personas, cuyos secretos saben. Que se ven grandes daños, y se han visto en esta maquina, sobre las personas que han revelado secretos. Al fin, yo me despedì de ellos con mucho beneplacito suyo, y regalo que me hicieron. Cogì mi camino, encomendandome à Dios, espantado de tan nuevo suceso, y lleno de tantas desdichas; pero muy contento de verme libre de tan intrincado laberinto; y loando mucho en mi la honra, y estimacion de las mugeres Italianas principales, y el recato, con que se guardan, y las guardan. Avia-me apartado yá cosa de una milla de los jardines, bolviendo atràs muchas vezes la cabeza, hasta que los perdi de vista, que me pareció que estava yá cien leguas de ellos, quando vi venir dos hombres à cavallo à toda priessa àzia mi: mirè si en todo aquel llano avia alguna poblacion, ò casa, à donde recogerme, y ampararme, y vime tan solo, que no pude tener recurso, para

huir porque yo entendí realmente que ellos se avian arrepentido en dexarme venir, aviendo sido testigo de todo lo pasado. Yo comencé à llamar à Dios en mi favor, porque quanto mas andaban los cavallos, mas crecia mi temor. Al fin, ya que llegaron cerca de mi, parecióme esperar su determinacion. Llegaron con el peor termino del mundo, y dixeron: Tengase, señor Soldado. Yo respondi: Tenido soy para lo que V. mercedes mandaren. Eran dos hombres, con dos escopetas, y unos cuchillazos de monte, con que desollaban los animales, las caras tostadas, las palabras desapacibles, como dichas à Español, que iba solo, y à pie: porque preguntandoles, qué era lo que mandaban, respondieron con la peor del mundo: No le mandamos nada, que atras viene quien se lo mandará, con que me hicieron temblar, y confirmar mi temor. Pues señores, les dixé, que ofensa hice yo al señor Aurelio, para que de este modo me trate? Él se lo dirá, respondieron. Yo dixé: Dexenme seguir mi camino, señores. Y dixo el uno: Estese quedo, sino arrojarele dos valas en el cuerpo. Yo eché de ver que no se podian llevar por humildad, y hice una cuenta entre mi. Si estos vienen à matarme, poco ha de aprovecharme la humildad, porque aqui no ay segundo lance para la dissimulacion: y sino vie-

nen à matarme, no quiero que me tengan por cobarde. Y así, en diciendo de las dos valas, poniendo mano à la espada, dixé: Pues si me tirare acierteme, sino por vida del Rey de España, que les tengo de desjaretar los cavallos, y hacer pedazos las personas, bravata de Español, dixo el uno de ellos. En esto llegaba ya el Cavallero en un gentil portante, y como vió la espada desenvaynada, preguntando qué era le respondi: No sé yo, en que se puede fundar una cosa tan injusta, como querer dar la muerte à quien ha querido dar la vida. No entiendo esse lenguaje, dixo el Cavallero. Los criados se sangraron en salud, diciendo: Señor, como nos embiasteis à detenerlo, que él queria passar adelante, y entonces le amenazamos con una pistola, y él à nosotros, con decir, que nos haria pedazos à nosotros, y à los cavallos. A lo qual respondio al Cavallero: Yo no os embié à detenerlo para hacerle mal, sino para hacerle bien, que no me espanto que à dos hombres que yendo à cavallo, y bien puestos, queriendo tratar mal à un hombre de à pie, solo, y honrado, se les atreva à esso, y à mucho mas. Apeaos vos del cavallo, y dadle essa escopeta al Soldado Español, y suba en el cavallo, y acompañadle hasta Venecia, y si os embiare luego, bolveos, y sino esperadle, y dixome

rome à mi: Señor Soldado, la confusion (causada de mis trabajos) hizo que me descuidasse de mi obligacion, y mi esposa, con su angelica condicion, enamorada de vuestra piedad, y olvidada de mi rigor, os embia en esta bolsita cien escudos para vuestro camino, y esta joya de su misma persona, que es una Cruz de oro, esmèraldas, y rubies, y queda con esperanza de tornar à vèr à quien reparò tanto derramamiento de sangre. Arrojeme à sus pies, agradeciendole tanto bien, y honra: subì en mi cavallo; llevando por mozo de mulas al que me avia querido matar. Llegè à Venecia tan rico à mi parecer, que la podia comprar à toda. Dixele à mi mozo de mulas, que me llevase à una muy gentil posada, como practico en la Ciudad, y entrando en ella, no vi la hora de echarlo de mi, porque yo lo traia de tan buena gana conmigo, como èl venia: reposè aquella noche, y à la mañana despedilo.

DESCANSO VIII.

Mirè con grande admiracion la grandeza de aquella Republica, que siendo tan rica, y de tanta estimacion, que se persuaden, à que tienen mas razon de desvanecerse, que todas las Naciones del mundo, no lo parecen en el trato de sus personas,

porque andan tan defautorizados, que quien no los conociere, no los estimarà en lo que son. Y para la vanidad suya passò un quento gracioso entre un noble Veneciano, y un Portuguès, gente idolatra de si propia, que no estima en nada el resto del mundo, y fue, que yendo yo à passar por una puentecilla pequena, que llaman del Bragadin, me detuve, porque venia un Magnifico detràs de mi: tuvele respeto, porque ellos quieren, que se le tengan: y de la otra parte de la Puente venia un Portuguès de razonable talle, mirando àzia el Orizonte, con unos guantes de nutria en las manos, y unas botas arrugadas en las piernas, muy tieso, de fuerte, que llegando al medio de la puentecilla, el Magnifico entendì, que el Portuguès le hiciera la cortesia, que era de razon, por estàr en su tierra, y el Portuguès queria lo mismo, estando en la agena. Sucediò, que llegando al medio de la puente, ambos con mucha magestad chocaron: y por no caer en el agua, el Portuguès apretò, y el Magnifico no osò ladear: cayeron los dos, el Magnifico de espaldas, que era delgado de piernas, y el Portuguès de pechos, que por poco no dieran ambos en la mar. Levantòse el Portuguès de presto, limpiòse el polvo con los guantes de nutria,

y el Magnifico las calzas de lacre, limpiandose las espaldas: y despues de limpios pararonse à mirar el uno al otro, y aviendo estado un rato suspensos, dixo el Magnifico al Portugués: E un sabi, che mi sono Veneciano, gentil huomo Patricio? Y el Portugués al mismo tono respondió: O pregunto, è vos sabedes, que eu saon Portugués fidalgo Eborente? El Veneciano con mucho desprecio le dixo: Ande el bordel, beco, cornuto. Y el Portugués dando con el pie, le respondió: Tiraybus la patife. Fue cada uno su camino, bolviendo el rostro atrás: el Magnifico, señalando con el dedo al Portugués, y diciendo con mucha risa: Non va il pozon. Y el Portugués al mismo modo decia: Ollai ò parvo. De fuerte, que yo no pude averiguar, qual fue mas fantastico, y loco de los dos, aunque està la presumpcion por el Portugués, por averse atrevido en tierra agena, y donde tan poco amados son los Españoles, que alabando à los Venecianos su Ciudad, dicen que no ay en ella calor, ni frio, lodo, ni polvo, moscas, ni mosquitos, pulgas, ni piojos, ni aun Españoles. Son tan Estadistas, que para lo que aman, y han menester, no ay encarecimiento en el mundo de que no usen: y para lo que aborrecen, no ay palabras tan

obscenas de que no se aprovechen. Llegò un noble de aquellos à comprar un poco de pescado, y con grandes caricias, y amores, le preguntò al pescador (sin conocerlo) como estava su muger, y hijos, y à èl le dixo que era muy hombre de bien; pero en no queriendo darle el pescado al precio que èl queria, le dixo, que era un cornudo, y su muger una putona, y sus hijos unos bardajes. Vi otras cosas alli, muy de notar, en razon de la superioridad, que les parece que pueden tener por su antiguedad, y gobierno. Fuime à mi posada à la hora de comer, y apenas huve llegado, quando (aviendo comenzado la comida) me dixeron, que me buscaba una señora principal en una silla, diciendo: Donde està aqui un Soldado Español? Vi, que no avia otro, sino yo: levantéme, y fui à ver que me mandaba: vi salir una muger de la silla de muy gentil talle, y muy hermosa, y no menos bien aderezada, con muy grandes caricias, palabras dulces, y regaladas; me diò la bienvenida, de que yo quedé dudoso, y confuso, entendiendo que realmente me hablaba por otro, y asì, le dixè: Señora, yo me hallo indigno de tan grande, y autorizada visita como esta: supliccos, que advirtais bien si soy à quien buscáis. Ella respondió con alegre semblan-

blante, echandome los brazos al cuello: Señor Soldado, bien se à quien busco, y à quien he hallado. Yo soy la señora Camila, hermana del señor Aurelio, de cuyas manos recibí anoche una carta, en que me manda, que os hospede, y regale, no como à segunda persona, sino como à la fuya misma, todo el tiempo que gustaredes estar en Venecia. Yo respondi: Bien creo, que de un tan excelente Cavallero me ha de venir todo el bien del mundo, y comenzando por tan gallarda, y discreta señora, avrá de suceder todo bien. Ea, pues, dixo ella, seguidme, que aunque toda esta mañana no he podido dár con vuestra posada, dexo mandado en la mia, que os tuviesen aderezada la comida, como para tal persona. Y rehusandolo yo; por tener ya hecha la costa, dixo, que avia de hacer por fuerza el mandamiento de su hermano: y así, pagando lo que debia en la hosteria, me llevó consigo, no dudando yo en lo que decia; pero fui imaginando, si à caso seria traza de su hermano, para executar en Venecia lo que no avia hecho en su cañeria. Mas ella me llevó con tanta blandura, y amor à su casa, que se me quitò qualquiera imaginacion, y sospecha. Entramos en una sala muy bien aderezada, donde hallé puesta la mesa con muchos,

y muy escogidos mantenimientos, en que me entreguè tan de buena gana, como lo avia menester; porque fuera de ser muy à gusto la comida, la partia, y reparia la señora Camila, con aquellas argentadas manos, no cessando de encarecer la voluntad, y fuerza, con que el señor Aurelio su hermano se lo avia mandado. Despues de aver comido, sacò una carta firmada de Aurelio, en que decia estas palabras: Con cuidado me dexò un Soldado Español, huesped mio, cuyas acciones descubrian ser hombre principal, no le regalè como quisiera, si bien vuestra hermana, y mi esposa le embiò al camino una bolsilla de ambar con cien escudos, y de su persona una Cruz de oro, rubies, y esmeraldas, que no pudo mas por aora, buscadle, dándole el hospedage, y regalos, que à mi propia persona, sin dexarle gastar cosa alguna en todo el tiempo que estuviere en Venecia: y si huviere de bolver acá, dadle lo necessario para el camino. Yo, con las señas de la carta, acabè de enterarme en creer, que era verdad, quanto la señora Camila me decia, y los regalos recibidos, y los que avia de recibir, eran por cuenta de aquel gran Cavallero Aurelio. Dixo-me luego, que traxesse mi ropa, ò maleta à su casa, porque en todo el tiempo que estuviere

en Venecia, ni avia de comer, ni dormir fuera de ella, ni gastar, sino à su costa. Hallème obligadissimo, y dixele, que yo no avia traído maleta, ni otra prenda, sino à mi persona gentil. Y ella mandò à una criada, que me traxesse un cofrecillo pequeño para darmele. Traxole, que era labrado con toda la curiosidad del mundo: diòme la llave de èl, y dixo que echasse alli mis papeles, y los guardasse, porque en Venecia avia mucho peligro de ladrones: holguème de ver el cofrecillo, y encerrè dentro de èl mis papeles, y dineros, y la joya, que ella se holgò mucho de ver, y le diò mil besos, por aver sido de su cuñado, à quien ella dixo, que queria infinito. Echè la llave al cofrecito, y roguèle que la guardasse. Ella dixo, que mejor estaria en mi poder, por si queria sacar dineros, aunque no los avia menester mientras estuviese en Venecia. Yo le respondi, que para averlos menester, ò no, mejor estaban en su poder que en el mio. Y al fin, porfiando (aunque ella lo escusò) le hice que me le guardasse. A la noche me tuvo muy gentil cena, autorizandola con su gallarda presencia, que realmente era muy hermosa. Passè aquella noche muy contento, por aver comido à costa de una gentil dama.

DESCANSO IX.

EN amaneciendo vino à visitarme, preguntandome, como me avia hallado, y si avia menester alguna cosa la pidiese con libertad, porque ella iba à hacer una visita à una gran señora, y que si ella no tornaba à comer, sus criados, y criadas me regalarian. No vino à comer, ni en todo el dia pareció. Esperè hasta la noche, tampoco vino. No dexè de tener alguna pesadumbre, dando, y tomando, en si podia por algun camino ser traza, ò cautela: porque ella me avia dicho, que en Venecia no me fiasse de ninguna muger, por principal que me pareciese, porque me avian de engañar: pero considerando, que aquellas señas de aquella carta, por ningun camino podia saberlas, sino del mismo Aurelio, me fofleguè. Por la mañana, como no me visitò à la hora que el dia antes, y mucho despues, preguntè à una sirviente de la casa, si era levantada la señora Camila, y respondiòme, que no avia tal muger en aquella casa, repliquèle, y tornòme à responder lo mismo. Pero otro sirviente, que debia de estàr hablando, acudiò, y preguntòme, què la queria, que estava en cierta visita de una señora enferma. Fingì, que me foflegaba con esso: y preguntandole al otro sirviente à

solas , si era aquella casa suya, me respondiò, que no sabia mas, de que avia alquilado aquella sala para un gran Cavallero Español. Callè, y fuime à la primera posada à preguntar, si conocian aquella señora, que me avia venido à buscar, ò si sabian donde vivia, y respondiòme uno muy presto : Quien os podrá decir su casa mejor que nadie, es el que vino aqui con vos, que es con quien embiasteis el cavallo, porque èl venia con ella, mostrandole vuestro alojamiento : y essa, que vos teneis por gran señora, es una ramera, que vive de hacer estafa, y engaños. Sin replicar mas palabras, me sali desesperado de verme despojado de mis dineros, joyas, y papeles, con la bellaqueria del que avia venido conmigo, que le avia dado las señas de lo que traia, por donde fingiò la carta que me mostrò: pero visto que ella misma me avia avisado del engaño que me avia de hacer, reporteme ; y fui à ver, si podia reparar el daño, à la posada donde ella me avia llevado. Y preguntandole al mozo, que avia buuelto por ella, si avia venido la señora Camila, me respondiò: Señor, aqui vino agora, y como no os hallò, se tornò à la enferma: pero mirad si la quereis algo, que yo la irè à llamar. Quierola, respondi yo, para que me dè unos papeles, en que estan las señas de mi persona, porque

tengo aqui una poliza de ducientos escudos, que cobrar de un cambio, y sin este papel que digo, no se pueden cobrar, dixo el sirviente: Pues yo irè en un instante à avisarle de esso. Mientras èl iba, yo fingi la poliza, con las señas, que en el passaporte, que traia de Milàn venian. Apenas acabè de escrivir la poliza, quando vino mi señora Doña Camila desfalada, pensando coger los ducientos escudos, con todos los demàs : y es de creer, que avria visto ya el papel de las señas, pues estava en su poder, y tendria otra llave del cofrecito. Dixole mi recado, y saquè la poliza del seno, y en mostrandofela, embiò à una criada por el cofrecillo. Tornè de muerto à vivo, y dixele à la señora que me buscasse un Cavallero, à quien diese poder, para cobrar aquella poliza, porque no queria que el Embaxador de España me la viesse, porque me conocia. Ella me traxo luego un rufianazo suyo, muy bien puesto, diciendo, que era un Cavallero muy principal. Dixele que traxesse un Escrivano, para darle el poder, y la señora Camila, por mas favorecerme, dixo, que queria que fuesse de su mano. Fueron por èl, y entre tanto yo cogi mi cofrecillo, y fui à buscar un barco en que acogerme. Dexelo concertado, y bolvi à la posada, donde hallè à la señora, y al rufio, y al Escrivano, diles

diles el poder, y la poliza, y el papel de las señas, con que quedapon muy contentos, y yo muchas: y por que ya era noche, les supliqué, que se cobrasen muy de mañana aquellos ducientos escudos, porque queria hacer un gran servicio à la señora Camila. Fuy à pagar al Escrivano, y no me lo confintió. Fueronse, y yo tornè à suplicarles, que fuesse luego por la mañana la cobranza con mucho encarecimiento: dieronme la palabra, que à las ocho estaria cobrado. Al salir de la calle assomeme, para en saliendo ellos, salir tambien yo, bolverió el gayon la cabeza, riyendose de la burla que me hacía, y como me vieron, tornè de nuevo à encomendarles la brevedad de la cobranza, de que ellos se rieron mucho, porque como antes le avia dado el cofrecillo con sencillez, creyeron que todo fuera así. En trasponiendo la calle, cogí mi cofrecillo debaxo de la capa, y fuíme à mi embarcacion; no avia andado treinta passos, quando me encontrò aquel sirviente que andaba en favor de la señora Camila, y preguntandome que à donde iba con tanta prisa, respondile que iba à llevar aquel cofrecillo a la señora, que se acababa de apartar de mi por aquella calle abaxo, y señalele una calle por donde (aunque anduviera toda la noche) no toparia con ella. Dixo: Pues yo irè à avi-

farle de ello, buelvasse à la posada. El fue por su calle, y yo derecho al barco, que me estava aguardando, con tan buenos alientos, que amanecimos treinta leguas de Venecia, y contando à los passageros algo de lo que me avia passado, dieron en quien podia ser, por el modo de el engaño, y el artificio de que usò; pero quando supieron, que avia gastado en regalarme su dinero, holgaron de saberlo, para publicarlo en Venecia. No supe si hecharia la culpa à mi facilidad en creer, ò à la fuerza de su engaño en decir, porque aunque es verdad, que es dificultoso librarfe de una cautela, engendrada de una verdad clara, y evidente; con todo esso arguye liviandad, el arroxarse luego à creerla; pero es tan poderoso el embeleco de una muger hermosa, y bien hablada, que con menos circunstancias me pudiera engañar. La facilidad en creer, es de pechos sencillos, pero sin experiencia, especialmente, si la persuasion và encaminada à provecho nuestro, que en tal caso facilmente nos dexamos engañar. Yo me vi rematado, y perdido, no sintiendo tanto el agravio de la persona, como la falta del dinero, que tanta me avia de hacer; y así no fue el ingenio quien me diò la traza, sino la necesidad, por verme pobre, y en tierra agena, y que ningun camino

licito, y facil, podia deshacer mi agravio, sino por otro engaño semejante, ó peor. Mas Dios me libre de una mentira, con tantas apariencias de verdad, que es menester ayuda del Cielo para conocerla, y no rendirse á darle credito. Aunque mirandolo bien, que conocimiento, ó que prendas de amistad, ó amor avian precedido entre aquella muger, y yo, para que tan facilmente gattasie conmigo su hacienda, y para que yo me persuadiesse, á que avia sencillez en aquel trato? La resolucion de esto es, que yo tengo por sospechosos ofrecimientos, y caricias de gente no conocida. Y es yerro sujetarse á obligaciones, cuyo principio no tiene fundamento; y así es lo mas cierto en semejantes ofrecimientos, agradecer sin aceptar, que el mayor contrario que un engaño tiene, es no rechazarlo, con darlo á entender, sino en entendiendolo, echarlo á buena parte, que el trato apacible, señorea todo lo que quiere. Y dos cosas hallo, que grangean la voluntad general, y encubren las faltas de quien las usa, que son, cortesía, y liberalidad; que ser un hombre prodigo de buenas cortesías, y palabras amorosas, y no miserable de su hacienda, siempre engendra buena sangre, y mucho amor en los que le tratan.

DESCANSO X.

Y No me arroje tanto á la navegacion, por saber que viaje avia de llevar, como por huir de aquella embustera, y su traga sangre: y así me fue forzoso alargar mi viaje mas de lo que convenia, para disponer mi camino, para donde mejor me estuviera. Topeme entre los pasajeros uno, que dixo que iba huyendo, porque le avian levantado un testimonio muy pesado, y que avia puesto agua en medio, en tanto que, ó se averiguaba la verdad, ó se deshacia el mal nombre que avia cobrado. Tengo, le dixe, por yerro notable, bolver el rostro, y dexar las espaldas, que reciban los agravios, y heridas, cuyos golpes han de dexar cardenales irreparables. Que en tanto que parece la presencia del agraviado, cada uno quiere mas poner duda en el caso, que no arrojarle á manchar la reputacion ajena. Y para la averiguacion de los delitos, el mayor, y mas evidente testigo, es huir el rostro. En poco estima su opinion, quien no teme las heridas de la lengua ausente. No ay hombre tan ajustado, que no tenga algun emulo y por no dar lugar á las afectanzas de este, no se ha de apartar de su vista, que los mal intencionados de qualquiera atomo toman ocasion para emponzoñar las intenciones del mundo, contra

Ée

quien

quien desean ver fuera de el. Con estas, y otras cosas que le dixe le persuadi à que se bolviese à Venecia, que me importò algo, porque desembarcando en el primer Pueblo que vimos (por ir costeando) me hallè cerca de Lombardia, de donde yo tomè la derrota de Genova, y èlla de Venecia, que por el buen consejo dexè de rodear mas de ducientas leguas, que ay por agua desde Venecia à Genova, à donde pensè hallar à Don Fernando de Toledo el tio; pero aviendo pasado adelante, me di aquella noche (aunque borrascofa) tan buena priesa, que le alcancè en Saona, al tiempo que se queria partir. Fui recibido alegremente, que lo avia muy bien menester, por la melancolia que traia conmigo nacida de una perpetua enfermedad de corrimientos (que siempre me ha traído corrido) à las partes hipocondricas. Venimos la buelta de España, dexando à la mano derecha la costa de Piamonte, y Francia, poco segura entonces por las Compañias que andaban de gente perdida, governada por su antojo, y voluntad, fuera de la de su Rey. No tomabamos puerto para lo necesario sino en las riberas, que mas comodas parecian, para assentar el rancho, dexando à buen recaudo, y custodia once Faluas en que veniamos. Comiamos, y buscabamos agua, y leña.

Yo avia sacado de Genova una bota de diez azumbres de muy gentil vino Griego, que me hizo gran compañía, y amistad, hasta llegar à las pomas de Marfella, que son unos montones muy altos, y pelados, sin yerva, ni cosa verde, esteriles de arboles, y de todo lo demàs, que puede dar gusto à la vista. Pues llegando à este passo (porque no fuesse sin trabajo la jornada) siendo mi Falua la postrera, encallò muy cerca de estos pomas, en una que de el batidero de las olas tenia hecho un poyo, ò bancal bien largo. Así como encallò, dixo el Arraez: Perdidos somos. Yo como sabia nadar, y vi cerca donde podia repararme, quiteme, y arrojè una saltambarca que traia, y puseme al cuello, como tali la bota, que ya llevaba poca substancia, y a quatro, ò seis brazas lleguè al poyo de la poma; entre tanto desencallò la Falua, y fueronse los Marineros, no haciendo mas caso de mi, que de un atun; y aunque les di voces, ò no las oyeron, por el ruido de las olas, ò no las quisieron oir, por no ir contra su natural costumbre, que es ser impios, sin amor, y cortesia, tan fuera de lo que es humanidad, como bestias marinas, ajenas de caridad. Yo me hallè perdido, y sin esperanza de consuelo, si no era de Dios, y de el Angel bendito de la Guarda. Considerando, que avia de ser de mi,

mi, sino era que à caso passaba por alli algun baxel, o Barco, que me socorriera en tan apretada necesidad. Estuve desde las ocho de la mañana, hasta las dos de la tarde, esperando si passaba quien me pudiesse socorrer, teniendo confianza, que aquel gran Cavallero se avia de compadecer de mi trabajo, pero los Marineros fueron tan crueles bestias, que le dixeron que me avia ahogado. Yo de quando en quando me alentaba con mi bota, hasta tomar determinacion en lo que avia de hacer. Resolvime de entregarme à la tirania del mar, bestia infaciable, fiera, y cruel, y para esto desnudeme de coletto de muy gentil cordovan, y con la punta de la daga, y dos docenas de agujetas que traygo siempre que camino, cogilo por la delantera falda brahones, y cuello tan estrechamente, que pude incharlo, sin que el viento se falliesse. Vacie la bota del santo licor que avia quedado, y hinchendola muy bien, hizo contrapeso al coletto. Hice la misma diligencia con las botas enceradas, que afitas de las ligas, ayudaban tambien à sustentar. Descalceme los valones, porque el agua se avia de colar por las fallitrueras, y quedeme con solo el jubon, y camisa, porque siendo de gamuza, no se rendiria tan presto à la humedad. Y puesto de esta manera, y acordandome que

los caminos, guiados por Dios, son los acertados, le dixede esta manera: Inmenso Dios, principio, medio, y fin sin fin de todas las cosas visibles è invisibles, en cuya Magestad, viven, y se conservan los Angeles, y los hombres, universal Fabricador de Cielos, y elementos, à ti que tantas maravillas has usado en este con tus criaturas, y que al Bienaventurado Raymundo, estrivando en solo su manto, por tantas leguas de agua guiate à salvamento, y en este mismo lugar à los Marineros, que se iban tragando las indomables olas, con solo un ruego de tu siervo Francisco de Paula, aquietao las librate de la muerte, que ya tenian tragada. Por el Nacimiento, Muerte, y Resurreccion de tu sacratissimo Hijo, Redemptor nuestro, te suplico, que no permitas que yo muera de mi elemento. Y luego dixede al Santo Angel de mi guarda: Angel mio, à quien Dios puso para guarda de este cuerpo, y alma, suplicote, por el que te criò, y me criò, que me guies, y ampare en este trabajo. Y dichas estas palabras, y afito muy bien de mi brazo, me arroje con muy gentil animo sobre el coletto, y la bota, comenzando à usar de mis quatro remos valerosissimamente, no de manera que me cansasse, porque como llevaba el Barco de viento, iba braceando poco à poco,

de modo, que no se rindiese la fuerza al cansancio. No osaba imaginar en la profundidad de agua, que llevaba debaxo de mi, por no desalentarme, ni osaba pararme, porque bien sabia yo, que mientras el cuerpo hace movimiento, no le acometen los hambrientos animales marinos: y si alguna vez sentia flaqueza en los remos, tendialos sobre el agua, fiandolo de mas del Barco, que alguna vez me consolaba con la fragancia que salia de la bota, que iba muy cerca de las narices: comenzaba à rezar; pero dexando, porque me faltaba la respiracion, que para semejante conflicto es muy necessaria. Anduve una hora, ya descansando; ya navegando, hasta que comenzó à refrescar un viento, que venia de Africa, y me traia àzia la tierra, que me era forzoso resistir, porque no diese conmigo en una poma de aquellas que tengo dichas, y me hiciesse pedazos. Pero estando en este ultimo peligro, descubri una Caleta, con que respiré con nuevo aliento, y caminando, ò navegando àzia ella, el mismo viento Meridional, me ayudo milagrosamente. Ya que llegaba tan cerca, que descubri muy bien toda la Caleta, vi à la orilla de ella un hombre merendando, que me dió nueva fuerza con verle, y que comia. Pero de la

misma manera que yo me alegrè, y esforcè con verle, èl se espantò de mi, entendiendo que fuesse alguna vallena, ò monstruo marino. Vino una ola tan grande, que me llevò tan cerca de la Caleta, que hice pie, y al mismo punto el hombre espantado echò à huir à la tierra adentro. Y un lebrei que con èl estaba, saltò al agua contra mi, y lo pasàra mal, sino fuera por la daga, que siempre me acompaño, porque picandole con ella, saltò en tierra, y fuesse huyendo tras su amo. En las Caletas siempre està fofegada el agua, y como yà hacia pie, sali à tierra, hinquè las rodillas ambas en ella, dando gracias à la primera causa: pero puestos los ojos en la merienda que el otro avia dexado, mireme con mi bota, y coletos, cosidos con el jubon, y las botas enceradas, que tambien hacian su figura, y no me espantè, que me tuviara por cosa mala. Arremetì con un pedazo de pan, y otro de queso, que avia dexado con un jarro de vino, y sacando el vientre de mal año, jurarè, que en mi vida comi cosa que mas bien me supiesse. Pero estando con el jarro en la boca, vinieron diez, ò doce hombres, *cum fustibus, & armis*, que los avia movido el huidor, à matar la vallena; y como no la hallaron, preguntaronle al buen hombre que donde estaba, y à mi si

la

ta avia visto. El quedó confuso, yo respondi en Italiano: que no osé en Español, que allí no avia llegado vallena, ni otra cosa que pudiesse parecerlo, sino yo, del modo que me veían, y que aquel hombre avia huido, por dexarme la merienda. Rieronse de él, dieronle matraca, llamandole de borracho, y otras cosas, en lengua Francesa, con que rieron harto, y à mi me tuvieron lastima de verme tan mojado, y desnudo. En el mismo tiempo venia una Falúa con doce remeros, por mandado del Maestro de Campo à buscarme, porque les dixo que avia de ahorcar al Atraez, sino me llevaban vivo, ò muerto. Hiceles señas con la vo-
ta, que era la mayor, que yo podia dar para mi conocimiento, y su gusto, y luego dieron la vuelta à la Calera, à donde me hallaron puesto al Sol, mas affigido que perro manteado, temblando, y encogido. Echaronme en la Falúa, todos admirados de verme vivo, aviendo passado tal trabajo, en tantos años de edad, que ya tenia cerca de cincuenta. Llevaronme à Marsella, donde aquel gran Cavallero, amado, y conocido de todo el mundo, me acarició, y regalò, aunque como aquel trabajo me cogió en años crecidos, siempre me durò, y todos los Inviernos me resiento de aquella humedad, y frialdad. Pareciyo en esto à un escarabajo,

que estando en compañía de un caracol, recogido por miedo del agua, confiado en sus alillas, se determinò de bolar à buscar lo enjuto, y en levantandose, dixo el caracol: Allà lo vereis, y le dio una gota gruessa, y lo arrojò en el arroyo de la creciente: confiado yo, en que sabia nadar, y los otros no, arrojeme al charco de los atunes, como dice Don Luis de Gongora, donde me pudiera suceder, lo que al escarabajo, si Dios no lo remediara, que para una bestia tan cruel, y desleal como el mar, no aprovecha saber nadar: que echarse un hombre en el mar, es echarse un mosquito en la laguna Urbion. Los animales de la tierra, están enseñados à tratar con un elemento, fiel, amigable, suave, y apacible, que donde quiera dà acogida, y sustenta al cansado: pero el mar ingrato, tragador de los bienes de la tierra, sepultura perpetua de lo que en él se esconde, que se sale à la tierra à vér si puede llevarse à dentro lo que està en la orilla, hambriento animal de todo lo que puede alcanzar, assolador de Ciudades, Islas, y Montañas, embidioso enemigo de la quietud, verdugo de vivos, y despreciador de muertos, y tan avariento, que estando lleno de agua, y de peces mueren en él de sed, y de hambre, que puede hacer, sino destruir à quien de él se fiare? Y así parece, que con
sola

sola la mano de Dios puede hacerse, lo que estos dias passados sucediò en la toma de la Mamora à Don Lorenzo, y al Capitan Juan Gutierrez, à este, que nadando, y sin ayuda, y con muchos años à cueftas quitò à cinco Moros un Barco, en que iban, y à Don Lorenzo, que aviendo nadado toda la noche azotado de las levantadas olas, llegando al Barco donde pudiera descansar de tan inmenso trabajo, alentandose con fuerzas sobrenaturales dixo: Que no queria entrar en el Barco, porque recogiesen à otros que venian à tràs mas necesitados que èl, y passò adelante. Caso es pocas veces, ò ninguna visto. Yo llevè mi trabajo, y una reprehension por el atrevimiento, porque la confianza me pudo costar la vida, que yo realmente, por mostrar que sabia nadar, y que tenia animo desvanecido para atreverme, fuè causa de arrojar me tan sin consideracion, aunque de las cosas tan arrevatadas dà poco lugar el discurso: pero mejor fuera aguardar la fortuna de todos, que anticiparme con la mia, que tan poco favorable me ha sido, que quando la vanidad engendra el atrevimiento, ha de ser en los que tienen experiencia en su buena fortuna: pero de què importancia me podia ser à mi cobrar fama de nadador, no siendo renacuajo, ni del fin, ni aviendo

de ser Marinero? Ella fue vanidad, temeridad, y disparate.

DESCANSO XI.

Legamos à España, desembarcamos en Barcelona, Ciudad hermosa en tierra, y en mar, abundante de mantenimiento, y regalos, que con oír hablar en lengua Española, parecian suaves, y substanciosos: y aunque los vecinos tienen nombre de ser un poco asperos, vi que à quien procede bien, le son apacibles, liberales, acariciadores de los forasteros, que en todas las Republicas del mundo quieren que el forastero, con el buen proceder, obligue à la amistad. Si el que no es natural parece humilde, y vive sin perjuicio de los naturales, tiene grangeada la voluntad de todos, porque junto su buen termino con la soledad que padece, engendra piedad, y amor en los pechos naturales. Todos los animales de una misma especie se llevan bien unos con otros, aunque no sean conocidos, sino son los hombres, y los perros, que teniendo mil buenas propiedades, con que suelen admirar, tienen esta propiedad baxissima, que todos muerden al pobre forastero, y le matan si pueden. Y esto mismo corre por los hombres, si el advenedizo no es como debe ser, entrando en jurisdiccion agena: y lo que

que mas ofende à los naturales, es, solicitarles las mugeres, que en lo que mas se ha de remirar el huesped es en esto, que basta teniendo agrado, para llevarse los ojos de la voluntad de todos tràs de si. Muchos se quejan de Pueblos donde han estado fuera de su Patria, mas no dicen la ocasion que dieron para ello: Alaban sus tierras de madres de forasteros, y no miran por què camino les han obligado, para tratarlos bien. Yo sè decir, que en toda la Corona de Aragon hallè padre, y madre, y en Andalucia grandes amigos, sino son de la gente perdida, que solamente tratan de hacer mal: estos en todo el mundo son enemigos de la quietud, reboltofos, inquietos, levantados, y sobervios, enemigos del amor, y la paz. Mucho me divierto para llegar à Madrid, que deseado lo tenia. Lleguè, y hallè muchos amigos deseosos de verme: hice asiento con un gran Principe, muy amigo de Musica, y Poesia, que aunque siempre huì del escuderaje, me fue forzoso acudir à el. Entrè en su gracia muy de improviso, fui muy privado, y favorecido suyo; y como yo venia harto de passar trabajos, viendome con demasiado regalo, acometiome la poltroneria, y engordè tanto, que comenzò la gota a martirizarme Di en tener pajarillos, y entre ellos en regalar à un pardillo, muy su-

perior à los demas en su armonia, aunque su consonancia muy concertada. Haciale abrigar en mi aposento de noche, donde una de ellas senti toda la noche crugir cañamones, contra la costumbre de los pajaros. En amaneciendo fui à mirar mi pajar, y hallè en compaõia suya un ratoncillo, que de lo mucho que avia metido de los cañamones, hizo tanta barriga, que no pudo tornar à salir. Dixe entre mi: Este ratoncillo por aver comido tanto, ha buscado su muerte. Yo voy por el mismo camino, que si un raton con sola una noche de regalo ha engordado tanto, yo que todos los dias como, y ceno mucho, y muy regaladamente, què fin pienso tener, sino la enfermedad que he cogido, y alguna apoplegia que me acabe presto? Quitème las cenas, que con esto, y el exercicio me he conservado, que realmente esto de comer à costa agena, engorda demasiadamente, porque se come sin miedo, y quien no se vè à la mano en esto, està muy peligroso para una enfermedad. Han de comer los hombres mantenimiento, de que sus estomagos sean capaces, porque sino, ò serà forzoso bomitar la comida, ò poner en peligro la vida, como la perdiò el raton. Fuera de que los demàs miembros del cuerpo tienen embidia al estomago, porque todos han de tra-

ba-

bajar, porque el solo engorde, quando sino pueden llevarlo à cuestras, le dexan caer, y dãn con el en la sepultura. Yo vi, que iba camino de esto, y retirème à comer poco, y cenar nada, que aunque al principio se lleve mal, con la costumbre se puede alcanzar todo. Miren los que engordan mucho, el peligro en que se ponen, que ni la edad siempre es una, ni los mantenidos de una calidad, ni los que los dãn de una misma intencion, ni el tiempo corre de una misma manera. El que nació gordo, que siempre sea gordo, no es maravilla, que yà estãn enseñados sus miembros à sufrirlo; y traerle à cuestras; pero el que nace flaco, y delgado, y en breve engorde, sospecha pone su duracion, y su vida. Como pase enmienda en mi comer, y beber de noche, fuesse consumièdo la gordura un poco, y yo sintiendo mas agil para qualquiera cosa. Que ciertamente la poltroneria manca, y tulle los hombres. Con esto me tornè inquieto, que fue causa, que el Principe à quien servia, con la ayuda de los congraciadores, se entibiò en favorecerme, y yo en servirle, que los señores son hombres sujetos; no solo à las estrellas, pero tambien à sus pasiones, y apetitos: y quantomas superiores son, tanto mas presto se cansan de las acciones de

sus criados, que quien los sirve, es necesario que renuncie su voluntad, y se ajuste con la del Principe: y es razon, que quien se dispone à servir, sacrifique su gusto, à quien le dà su hacienda; porque todos quieren ser bien servidos, aunque he visto muchos señores, de tan piadosa condicion, que llevan con mucho valor, y paciencia los descuidos de los criados; pero lo contrario es lo mas ordinario.

DESCANSO XII.

CON este poco caso que me vino hacia de mi, tenia libertad para passarme de noche, no para cosas illicitas, porque ni yo tenia edad para esto, ni mis trabajos me avian dexado tan holgado, que pudiesse acudir à cosas de mal exemplo, ni es razon que en ninguna edad se hagan, sino à tomar un poco de fresco, que las noches de Verano en Madrid son para esto aparejadas. Ibamos todas las noches unos amigos, con nuestros rosarios rezando, no àzia el prado, por huir el mucho concurso de la gente, sino à calles solas, que por mucho que lo sean, siempre ay la gente, que basta para compania. Alexamonos una noche, hasta llegar cerca de Leganitos, dixome mi amigo: Parad aqui que vais cansado, al fin fois ya viejo. Pique-me, y dixele: Quereis, que cor-
ra.

ramos una apuesta, y veremos, quien está mas viejo? Ríose, y dixo que sí. Pusimonos en orden para la carrera, y aun en esta sencillez hallò el demonio en que perseguirme. Estaba un mozo à la puerta de su casa (que así lo entendimos) y dímosle, que nos tuviese las capas, y las espadas, en tanto que passabamos la carrera: apenas comenzamos à correr, quando dixo una muger: Ay que me han muerto, por una gran cuchillada, que le dieron en el rostro, y apenas diò ella el grito, quando se aparecieron dos, ò tres Alguaciles, y como íbamos corriendo, asieron de mi, que iba delantero en la carrera, y luego del otro, que ay muchos Tribunales en Madrid, y en cada uno mas varas que dias tiene el año, y con cada vara cinco, ò seis vagamundos, que han de comer, y beber, y vestir de su ministerio. Asieronnos como à hombres que iban huyendo por delito. Pidieronnos las espadas, señalamos la casa donde las dexamos; el mozo se avia acogido con ellas, y las capas, porque no vivia allí. Como nos cogieron en la mentira (que no aviamos dicho) llevaronnos à la muger herida, y con el coraje que tenia de su agravio, dixo, que quien se le avia dado echò à huir: y como nosotros íbamos corriendo, aunque no huyendo, asentòseles à los Alguaciles, que sin duda era-

mos nosotros. Llevaronnos à la Carcel de la Villa, sin espadas, ni capas, donde yo entrè con toda la verguenza del mundo, que no la tuve para desafiarse al otro con mis años, y la tuve para entrar en la Carcel sin capa. El alboroto fue mucho, el delito fonò malísimamente. Porque dos hombres, no niños, ni de la primera tixerera, acometieron una hazaña como aquella contra una muger miserable. Y el mismo que lo avia hecho, como despues con buenos indicios averigué, vino tras nosotros; y los Alguaciles, que si fueran como deben, no se precipitaràn à hacer un borron tan infame, y si pusieran los ojos en la justicia, y no en el provecho, averiguaràn el caso, como à ellos les valiera algo la prision, y à mí no me pusieran en mal nombre. Si ellos tuvieran consideran, miraràn que dos hombres que iban sin capas, sin espadas, sin sombreros, sin daga, ni cuchillo, ni otra cosa ofensiva, y corriendo parejas, no avian de salir de su casa, para una cosa como aquella, tan desapercibidos, no pareciendo en toda la calle instrumento con que se pudiera aver hecho. No preguntaron palabra à nadie en toda la calle, para averiguar la verdad, como lo hacen siempre. Y dado que los Alguaciles quisieran justificar la causa, la priesa que les daban ayudantes, no dexà-

ran hacer cosa buena, por no hacer novedad en su costumbre. Al fin nos echaron grillos, y fue la causa el Theniente, que informado de los Alguaciles como quisieron, vino à la Carcel con intento de darnos la tortura, mas como oyò las razones que arriba dixe, y como apartandonos, hallò que concertabamos en el dicho, estuvo perplexo, y no se determinò à cosa. Echaronnos grillos, que estuvimos dos, ò tres dias con ellos. Fuesse siguiendo la causa, y como no se hallò el delinquente, por el indicio de ir corriendo, quando se diò la cuchillada, nos llevamos allà tres meses: echaronnos en un calabozo, donde estaba un preso antiguo, bermejo, de mala digestion, con unos vigotazos que le llegaban à las orejas, de que se precia-ba mucho; porque eran tan gordos, y zurcidos, que parecian cabos de cyrio amarillo. Este tenia de fuerte supeditada la Carcel, que no se hacia entre los presos mas de lo que él queria. La gente menuda temblaba de él, y le servian con mucha puntualidad, y à otros no osaban hacer un mandado, porque él no gustaba de ello, y si lo hacian, torciendose el vigote, decia: Pues por vida del Rey, si me enojo, que al picaro, y à ellos les dè mil palos. De manera, que el trato que estaba fuera del cala-

bozo, no se podia vivir, que realmente era Marcial, y ocasionadissimo para que se perdies-sen todos con él. Estuvo dos, ò tres dias enfermo, y no saliendo del calabozo, gozamos de paz, y quietud, que todos se holgaban de ello, mas en saliendo tornò à su ruin costumbre. Yo me vi tan rematado, que determinè de hacer, que en muchos dias no saliesse del calabozo, y comunicandolo con mi compañero, dixo: Mirad lo que haceis, no sea la prision mas larga de lo que pensamos. Y preguntandome, como avia de hacer para que no saliesse fuera, respondile: Cortandole un vigote. No os pongais en esse peligro, dixo él, por amor de Dios. Yo no os pido, le dixe, consejo, sino ayuda. El tenia costumbre siempre de dormir boca arriba soplando, por no estragar la grandeza de sus vigotes. Hice amolar muy bien unas tixeras largas, y dexèlo acostar à él, y à todos los demás del calabozo antes que nosotros, que nos traia tan sujetos, que en acostandose no se avia de mover nadie. Cogi al primer sueño las tixer- ras, y alumbrandome mi compañero, dile una gentil tixerada, con tanta sutileza, que le llevó todo el vigote, y él no despertò, y de todos los presos nadie me sintió sino mi compañero, que le diò tanta tentacion de

de risa, que por poco recordàra, que como le quedò el otro tan grande, parecia Toro de Hercules, con un cuerno menos. Dormimos aquella noche, y yo me hice del enfermo, queixandome de la mala cama; pero levantéme quasi junto à él, ò primero, con mi rosario en la mano rezando, por verle como llevaba el negocio. En subiendo arriba, miraronle todos espantados, sin decirle palabra. Pero èl dixo en saliendo: Ola picaros, dad acá agua de manos. Vino un picaro con un jarro calderesco, echòle agua, y lavòse las manos. Luego acudiò al rostro, y levantandolo, tomò el vigote intacto con la mano derecha, luego bolvió à tomar agua, y fue à asir el otro con la izquierda, quatro, ò cinco veces, y como se hallò sin èl, fue tan grande su corage, que sin hablar palabra, metiò el otro vigote en la boca, y se lo comiò, entrandose en el calabozo. Yo dixè, como èl lo pudiesse oír: Esto ha sido muy gran bellaqueria, la mayor del mundo, que à un hombre tan honrado, le ayan ofendido en lo que mas se miraba, y estimaba. Estas, y otras cosas le dixè, con que le pude quitar la sospecha, que pudiera tener de mi. Pero mirando lo que es razon digo, que un hombre que està en superior grado, se estime, y haga respe-

tar, vaya en horabuena; mas que un desdichado, que està én medio de su infelicidad, en el cieno de la tierra, que es la Carcel, siendo soberbio, merece que una hormiga se le atreva. Què tiene que ver prision con soberbia? necesidad con valentia? hambre con desvanecimiento? La Carcel se hizo para sujetar coleras, y malas condiciones, y no para inventar agravios: aunque ay algunos barbaros tan remontados, que, ò por desesperacion, ò porque los tengan por valientes (siendo acá unas ovejas) se hacen en la prision leones, en lugar à donde con mayor humildad, y ansias de corazon se ha de clamar à la misericordia, sea justa, ò injusta la prision. El se acabò de quitar la barba azafranada. Y como una desdicha sigue à otra, en este trabajo le llamaron à visita, para ver su negocio. Dixo un Procurador: Está en el Noviciado, que se ha entrado Frayle Motilón. Trayganle, dixo el Theniente. Subiò por fuerza, y con toda la verguenzá, y humildad del mundo, porque debia de tener la valentia en los vigotes, como Sanson en el cabello. Afsi como entrò, fue la risa en la sala tan grande, que el Theniente le dixo: Bien pareceis afsi, y bien aveis hecho, porque no tengan que rapar en las galeras. A que el

respondió: V. m. habla como Juez, que nadie se me atreviera à decir esso. Leyeronle su causa, que era sobre aver dado una puñalada à un miserable en la casa publica, delante de diez, ò doce testigos, y nombrandolos, dixo el agressor: Mire V. m. que testigos son los que juran contra un hombre tan principal como yo, quatro corchetes, y quatro sellencas. Dixo el The-niente: Pues queriades que estuvieffen para testigos en essa casa el Prior de Atocha, ò algun Frayle Descalzo? No arguis bien. Tornaronle à encerrar en el calabozo, y de alli adelante le llamaban el Padre Fray Rapado. A nosotros nos echaron libres, pero gastados. No quiero yo alabar lo que hice, porque bien sè, que no se han de hacer males, aunque de ellos resulten bienes; pero tambien sè, que es menester que perezca uno, porque no perezcan todos. Quitar de entre nosotros à quien nos escandaliza, permitido es. El que se estima, estimefe, mas no ha de ser con superioridad impertinente: los fanfarrones con tyrania, tienen à todo en mundo por contrario. Los hombres ocasionados à los muy humildes hacen salir con rebeses que no pensamos, Yo he visto siempre, que estos habladres sobervios, que quieren supeditar à otros, en hablando-

les recio un hombre callado, y llano, se rinden à callar. Que son como las ruedas del coche, que mientras van por piedras van haciendo ruido, mas en llegando à lo llano, luego van con mucho silencio. A este desfatinado desvanecido, fue necesario por algun camino humillar-lo, y ninguno pudo ser mas à proposito, que privarlo de tan inmenso cuidado, como traia con aquellos rabos de zorro.

DESCANSO XIII.

SAlimos de la Carcel al cabo de tres meses, porque dimos muy gentiles descargos; pero tan gastados, que no teniamos tràs que parar, porque para poder comer el dia siguiente, yo fui à vender unas botas escuderales, y mi compañero una maleta ratonada, que es muy de escuderos, por no tener un cofre, guardar los pedazos de pan en semejantes halacenas, recetaculo de ratones. Estando vendiendo nuestras prendas, embiò Dios à un hidalgo muy bien puesto, y doliendose mucho del testimonio que nos avian levantado, dixo, que cierto gran Cavallero, que avia sabido nuestra desgracia, le embiaba à que supiese lo que se avia gastado en nuestra prision, y que movido con entrañas de misericordia, le avia dado en doblones lo que dixesemos

mos que nos avia hecho de daño. Yo conocile, pero antes de declararme, le dixè: Señor, esta obra de Dios viene, que sabe nuestra necesidad, que es tanta, que vendemos nuestro ajuar para comer oy. Lo que nos cuesta seràn cien escudos, poco mas, ò menos; y en diciendo esto sacò cinquenta doblones, y nos los diò. En viendolos en mi mano, dixè: Esto es quanto à la costa, pero quanto al gusto que V. m. recibì de la venganza, y el disgusto que nosotros passamos, que satisfacion puede aver? que bien le conoci aquella noche que nos fue siguiendo hasta la Carcel. Respondiò cuerdamente. El prenderos fue desdicha vuestra, el pagar es obligacion mia. Como yo no os di la desdicha, no puedo satisfacerla; y si todos los desdichados tuviesen recurso à satisfacion, no serian desdichados. Yo como tuve ventura para no padecer, tengo piedad para compadecerme: otro pudiera ser, que no miràra lo uno, ni lo otro. Muchas desdichas suceden à los hombres por secretos juicios de Dios, de que no podemos pedirle quenta. Las desdichas no estàn en nuestra mano, ni estuvo en la mia, hacer que fuessedes aquella noche corriendo, que esso fue voluntad vuestra: Y os sè decir, que me pesò en el alma del hecho, no por la cuchillada, sino por vues-

tro trabajo. La desdicha fue, que la cara de la otra, y la carrera de vuestros piès cayeron en un dia. Aveis sido tan prudente en esta desdicha, que os he tenido embidia, que quien se acuerda, y pacientemente en la adversidad, es señor de sus acciones, y las desdichas le acometen con temor. Y si como puedo satisfacer el daño, pudiera poner la fortuna debaxo de vuestros piès, yo os hiciera felicísimos, pero ya que en esto no lo fuisteis, fuisteislo en cortar el vigote al otro, saliendo bien de ello. Que como vos, por discurso bueno aveis hechado de ver mi travessura, yo por vuestro dissimulo conoci la vuestra. Aunque el hidalgo habló tan bien, yo estaba tan contento, y alborotado, con ver en mis manos aquel metal, tan semejante à la luz del Sol, que no supe replicarle, sino agradecerle, y estimar su cordura, igual con su piedad. Yo me hallè tan har-to de trabajos, y desventuras, que determinè de dexar la Corte, despues de aver andado algunos dias de mala vètura, sirviendo del escuderaçe, q̄ tan forzoso me ha sido, aborreciendolo como à una culebra. Fuime à despedir de un Cavallero amigo, que no avia visto muchos dias avia, y hallandole muy melancolico, y desgraciado, le preguntè que tenia. Respondiome, que ni podia dormir, ni comer, ni tomar descanso

en cosa. Pues si haceis, dixe, lo que yo os enseñare, sanareis de todas estas tres cosas. Como, si lo harè, respondió, aunque cueste todo mi mayorazgo. Pues levantaos mañana en amaneciendo que yo os llevarè donde cojais una yerva, que os sane de todos estos males. Levantóse, ò hícele levantar de mañana, y mandò poner el coche: yo le dixe que no haria la yerva provecho, sino iba à pie, y dexando el coche, le llevè àzia San Bernardino, Convento de los Recoletos Franciscos, diciendo, que estaba la yerva allí, y que la avia de coger con sus manos. Hícele andar de manera, qua iba jadeando, como podenco con sed, y tanto, que de cansado, se assentò en el camino. Preguntèle, si descansaba. Respondiò que sí: pues sabeis, porque aveis descansado? porque os cansasteis: y en las sillitas de descanso de vuestra casa no descansais, porque no os cansais. Hícele llegar à San Bernardino, y bolver à su casa à pie, con muy buena gana de comer. Comió, y bebió con gana, y luego se acostò, y durmiò muy bien. dixele luego: Quien no se cansa, no puede descansar; y quien no tiene hambre, no puede comer, quien no tiene falta de sueño no puede dormir, no se queixe, quien no hace exercicio, de males, y enfermedades que le vengán, que la poltrone-

ria es el mayor enemigo que tiene el cuerpo humano. El exercicio à pie restaura los daños causados de la ociosidad. Los cavalleros mas exercitados, son mas de dura, y briò. El pescado del mar Oceano, es mejor que del Mediterraneo, porque està mas azotado por aquellas cabernas ondas de las olas mas continuas, y furiosas: los hombres trabajados estàn mas enjutos, y para mas que los holgados; y asì son todas las cosas, que un hombre que trabaja mas que otro, es mas poderoso, entiendese con igual capacidad. Holgòse mucho, y de allí en adelante diò en hacer exercicio à pie por la mañana, y por la tarde, con que se hallò muy bien, y con entera salud, y agradeciòme la estratagemas de que usè, para quitarle de la ociosidad que le tenia impedido, sin gusto, y sin salud, y hizome un grande regalo. Anduve por Madrid algunos dias, donde fui Ayo, y Escudero del Doctor Sagredo, y su muger Doña Mergelina de Aybar, hasta que los dexè, ò me dexaron.

DESCANSO XIV.

Determinè de quitarme de tanto ruido, como el de la Corte, y buscar quietud en tierra mas templada, que es Castilla, yendome al Andalucía, donde los Gentiles pusieron la quietud.

quietud de las Almas Bienaventuradas, à su modo de creer, diciendo, que en passando el rio Lereo (que aun todavia conservava el nombre de Guadalate) se olvidaban de las cosas de la tierra, y todo lo demàs pasado, que la excelencia del temple, abundancia de regalos, apacibilidad de Cielo, y tierra, les hizo dar en este error; que los mas templados son mas aparejados para la conservacion de los viejos, y como me hallè con dinerillo, compré una mula, que me la dieron barata, por tener esparrabanos en los pies, y un ojo pasado por agua, pero caminaba razonablemente, con que fui mi camino encomendandome à Dios, y al Bendito Angel de la Guarda. Iba solo, porque por no caminar à gusto ageno, se puede un hombre ir à pie, que es cansada cosa, aver de paràr yo donde el otro quisiere, y no quando yo fuere cansado, ò se me antojare paràr. Al fin, como me vi con dinero, quise caminar à mi modo. Hacia muy grande calor, y aviendo salido muy de mañana, para hacer medio dia en la Venta de Darazutan, fue tan excesivo el fuego que entrò con el dia, saliendo de aquellas matas unas exhalaciones abochornadas, que me abrafaban el rostro, que me quedara mil veces, si hallara lugar aparejado para ello. Vi la Venta desde lexos,

aunque se parece poco por los chaparros, y arbolillos que la encubren, me parecia que al mismo passo, que yo llevaba, ella se alejaba de mis ojos, y la sed se me aumentaba en la boca: no crei, que pudiera llegar à ella, hasta que oí musica de guitarras, y voces que salian de la misma Venta: aora, dixè, no me puedo engañar, y entrando, hallè mucha gente que iba, y venia, haciendo medio dia. Alentème con ver una tinaja de agua, de que siempre he sido muy apasionado. Refresqueme, y puseme à oir la musica, que siendo ella de suyo manjar tan sabroso al oido, es de creer que en aquella soledad, llena de matas, y apartada del poblado, pareciera mucho mejor su melodja, que en los Palacios Reales, donde ay otras cosas, que entretienen. Como el calor estaba en su punto, y la Venta muy llena de gente, fue menester la suspension, que la musica pone, para poder llevar la siesta con algun descanso, que esta facultad, no solamente alienta el sentido exterior, pero aun las pasiones del alma mitiga, y suspende: y es tan señora, que no à todos se da por grandes ingenios que tengan, sino a aquellos à quien naturaleza cria, con inclinacion aplicada para ello, pero los que nacen con ella, son aptos para todas las demàs ciencias, y assi avian de enseñar à los

niños esta facultad, primero que otra, por dos razones; la una, porque descubran el talento que tienen: la otra, por ocuparlos en cosa tan virtuosa, que arrebatara todas las acciones de los niños con su dulzura. Aunque un Autor moderno inadvertidamente dice, que los Griegos no enseñaban à los mozos el primero tono, como sino fuera el mas grave que muchos de los otros, fue por ignorar la facultad que quiso decir, que no les enseñaba musica lasciva, que como por el oido entran en el alma las especies: si es honesta, y grave, la suben à la contemplacion del sumo Hacedor: si es deshonesta, con demasiada alegria, la ponen en pensamientos lascivos. Y es tan juez el oido de esta facultad, que me acuerdo, que un mozo que cantaba con mucha alegria, vino à enfordecir, y pidiendole despues que cantasse, teniendo la voz tan buena como de antes, hacia tan grandes disparates, que se reian todos los que le oian cantar, que realmente el oido es la clavija de la voz humana. Estos Musicos cantaron con tanta gracia, que despues de aver comido, se passo la fiesta alegremente. Sacò uno de ellos un demostrador, para vér que hora era, encareciendo mucho la invencion de los relojes, al qual dixé, que lo mismo que él avia hecho con el demostrador, se

podia hacer con hincar una pajá, ò palillo en el suelo, mirando los dedos de sombra que hacia, y con una vasija de agua (faltando el Sol) haciendole un muy sutil agujerito, y señalandole las horas con lo que và menguando, y otras invenciones que se pueden hacer. Passòse lo demás que restaba, para caminar en alabar cada uno su profesion, y las invenciones à que mas está inclinado, tomando ocasion de la invencion de los relojes. Tratòse de la Astrologia; de la Musica, de la invencion de la memoria artificial, porque se hallò un Cavallero Oidor de Sevilla, que hacia milagros con ella. Dixo un Escudero viejo, que estaba en un rincón espulgandose: Todas quantas invenciones han dicho vuestras mercedes, no tienen que vér con la invencion de la aguja: rieronse todos, y èl corrido, con mucha colera, dixo: Sino les parece que es así, haganme merced de echar un remiendo con un pedazo de Astrologia. A lo qual dixo el Licenciado Villaseñor: Cada uno alaba aquello, de que se halla mas capaz: este señor Escudero puede hablar de esta materia, porque usa mas del ministerio del agujero. Yo no soy fastre, respondió, sino un Escudero tan calificado, y tan antiguo, que todos mis passados, desde Nuño Ráfura, y Lain Calvo, han servido à los Condes de

Lemos. Y si agora voy à pie, es porque tengo mis cavallos dandoles verde en las puentes de Eume. Y con esto echò sobre la guarnicion de la espada, unas calzas viejas, y poniendosela al ombro, cogiò las del martillado. Bien es, dixe yo, que cada uno se precie de lo que profesò. Que en Madrid avia un Verdugo, que industriandole à un muchacho suyo en una horca, que tenia en su casa, como ahorcària à un hombre suavemente, y no pegandosele al muchacho la profesion, y aborreciendola, le dixo el Verdugo: *O* llevete el diablo, que no se te puede pegar cosa buena, pues yo te pondrè à zapatero, y morderas el zumaque. Ya que nos queriamos partir, dixo el Oidor: Cierto que me dixeran ayer, que buscaba cavalgadura para venir este camino Marcos de Obregon, hombre de buen gusto, y partes, à quien yo deseo conocer, Asi es, dixe yo, yo le vi buscar en que venir. Conocelo V. merced? preguntò el Oidor Don Hernando de Villaseñor. Yo respondi, si señor, y es grande amigo mio: subimos à cavallo, ò à mula, y fueme preguntando, si sabia algunas cosas del señor Marcos de Obregon. Yo le dixe unas redondillas muy nuevas, tanto, que no avian pasado de mis manos à segunda persona, y en oyendolas de espacio, me

me las repitiò luego el Oidor de memoria. El se admirò de las coplas, y yo mucho mas de su memoria. Fuile diciendo muchas cosas, y el refiriendome las luego. Confesòme que era memoria artificial, pero que para aprenderla, era necesario tenerla muy buena, que sin la natural se aprendia con mucho trabajo, y dificultad. Yo le dixe, por cierto la memoria es cosa, que parece divina, pues las cosas passadas las tiene presentes: pero yo la tengo por verdugo de los hombres desdichados, porque siempre les està representando los malos successos, los agravios passados, las desdichas presentes, y las sospechas de lo venidero, y la desconfianza que tienen en todas las cosas, y siendo la vida (como es breve) se les abrevia mas con la continua representacion de las infelicidades: y así estos tales mejor les seria el arte del olvidar, que el de acordarse. Quantas vidas avrà costado la memoria de las ofensas, que sino se acordaran no se vengaran? Quantos borrones se han hallado en muchas mugeres por la memoria de los favores, y desfavores? Tener buena memoria natural, es excelentissima cosa; pero gastar el tiempo en buscar dos, ò tres mil lugares, pudiendolo gastar en actos de entendimiento, no lo tengo por muy acertado, porque para la memoria sirve la

estampa, las imagenes, los colofos, estatuas, escrituras, edificios, piedras, señales de peñascos, rios, fuentes, arboles, y otras cosas sin número, y para el entendimiento sola la naturaleza lo da, y lo enriquece con la leccion de los Autores graves, y comunicacion de amigos doctos. He visto muchos Autores, que escriven de esta memoria artificial, y no he visto de otros obras en que se ayan esmerado, y dexado por ellas nombres de sus grandes ingenios, que aunque Cicerón, Quintiliano, y Aristoteles tocan algo de esta materia, pero no hacen libros de ella, como cosa inferior al entendimiento. Y assi Don Lorenzo Ramirez de Prado Cavallero muy docto en las buenas letras, assi de Poesia, como de Filosofia, tiene muy sujeta la memoria artificial, que hace milagros con ella; pero no por principal objeto, sino por curiosidad: porque à quien le sobran tantas partes, no le faltasse esta. Y la historia que cuentan de aquel gran Poeta lirico Simonides, que aviendo caido una casa sobre muchos combidados, y estando de suerte desfigurados, que nadie los conoció, él dixo en que lugar estaba cada uno, nombrandoles por sus nombres. Yo entiendo que fue acto de memoria natural, y no artificial, porque un hombre que iba à ce-

mer, y brindar al banquete, con la libertad que entonces se usaba, no se avia de parar muy de espacio à poner imagenes, ni figuras en lugares imaginados, naturales, y artificiales, ni acordarse cargando la imaginacion de mas carga de la que el vino les ponía, en tiempo que tan pocos aguados se usaban, y aviendo sido aquel mismo dia, yo creo, que sin artificio se hizo. El Autor de este libro aviendo salido de casa de sus padres niño estudiante, bolviendo con cañas à ella, conoció, y nombró por sus nombres à todos los que avia dexado niños, hallandolos con barbas, y cañas, y ningun nombre, ni costumbres dexó de decir, de quantos venian admirados de verle. Y no se dice por cosa de admiracion, que Cineas, Embaxador del Rey Piro, en dos dias que estuvo en Roma, conoció, y nombró por sus nombres à todos los moradores de ella. Mitridates, Rey del Ponto, negociaba con veinte y dos Naciones que tenia sujetas, en el propio lenguaje de ellos. Julio Cesar en un mismo tiempo leía, escribía, dictaba, y oía cosas importantísimas, y por esso se hace particular mencion de ellas. Que hombres ordinarios ay algunos que hacen milagros con la memoria natural. En Gibraltar avia un conecedor de Don Francisco de Aunada Mendoza, llamado

Alonso Matheos, que à treinta mil bacas que avia en la Sanceda, las conocia à ellas, y à sus dueños, y las nombraba por sus nombres, dando acadà uno la que era suya: y à todos los vandoleros que venian de diversas partes, de una vez los conocia, y sabia los nombres. Todo esto he traído, para que no parezca memoria artificial la de Simonides, y para que sepan, que con solo exercitarla, se aumenta, y crece, como se ve en estos conocedores, que siendo hombres toscos, muchos hacen lo mismo que el dicho. Y en Madrid anda un gentil hombre, llamado Don Luis Ramirez, que qualquiera comedia que ve representar, và à su casa, y la escribe toda, sin faltarle letra, ni errar verso. Pero ay diversas maneras de memoria, unas que se acuerdan de las palabras, y otras que se acuerdan de las cosas, como es Pedro Mantuano, que de infinitas historias que ha leído, no solamente no se le han olvidado; pero en qualquiera tiempo, que le pidan, ò que se ofrezca tratar de alguna de ellas, las tiene tan presentes, como quando las iba leyendo, y los nombres propios contenidos en ellas, y de los versos todos los que ve à segunda no se le olvida ninguno. A todo esto el Oidor estuvo callando, y loando mucho la que yo avia mostrado, y así dixo, que la artificial mas era para

una ostentacion, que para estar siempre cansandose en ella, y con ella. Y tornando à mis alabanzas, sin conocerme dixo, que deseaba mucho conocer à Marcos de Obregon; lo uno, porque eran vecinos en los Pueblos, porque èl era de Cañete la Real, y Obregon natural de Ronda. Y preguntome, que traza de hombre tenia, y que trato, y que proceder, y le respondi: La propeccion, y traza de su persona, es de la misma manera que la mia, y el trato, y proceder del mismo que el mio, que como somos tan grandes amigos, yo le sigo à el, y èl à mi. Por cierto si èl tiene, dixo el Oidor, semejanza à la apacibilidad que vos aveis mostrado, con mucha razon tiene el nombre que le dà el mundo. El Oidor por todo el camino me fue regalando, de manera, que descubrió la nobleza heredada, y adquirida en aquel viage, en su animo bondad, y liberalidad. Ibamos por toda Sierramorena, mirando cosas extraordinarias, que como es tan grande, ancha, y larga, que atraviesa à toda España, Francia, è Italia, hasta que se và à enttar en la mar por la canal de Constantinopla, aunque con diversos nombres, avia mucho que ver, y notar en ella. Topamos en un arenalillo una culebra con dos cabezas, de que se admirò el Oidor, diciendo,

que lo avia oido decir, y hasta entonces no lo avia creido. Ni aun agora lo creo, dixè yo, que un cuerpo tenga dos cabezas: y notè, que no se movia bien, ni huia de las bestias. Dixole à un mozo de mulas que le dièse con la vara, y èl lo hizo así, y en dandole bomitò un sapo, que avia ya tragado, hasta la cabeza que estaba por tragar, con que se deshizo el engaño que deben tener muchos. Así debèn ser, dixo el Oidor, muchas cosas que nos dicen, que nunca las vemos, como es lo de la salamandra. Yo estaba, le dixè, incredulo en esto, hasta que à dos personas de credito, y bondad les oí decir, que junto à Cuenca, en un Pueblecito que se dice Alcantuz, aviendose caído un horno de vidrio, hallaron pegada al mismo mortero donde batèn las llamas del fuego, una salamandra. Y por ser persona de fe, y credito lo creí, y no se han engañado los que lo traen siempre por comparacion.

DESCANSO XV.

COMO el hombre naturalmente es animal sociable, que apetece la compañía, el Oidor se hallò tan bien con la mia, que no se sufrió un punto de division, en todo el camino que pudimos ir juntos. Tenia, y tiene muy gallardo entendi-

miento, con que movia de lo que se ofrecia à la vista muy gentiles questions, à que yo le respondia lo mejor que pude, y supe. Y si algun hombre de traza se nos juntaba de su misma profesion, le sacaba preguntas, ò daba ocasion que se las hiciesen, à que respondia gallardamente. Pegòsenos un Clerigo de un Pueblecillo de por alli cerca, y yendo caminando ibarezando sus Horas en voz que lo pudiesen oir los alcornoques, y robles, de fuerte, que nos interrumpia la conversacion, y èl cumplia mal con su obligacion. Preguntòle el Oidor: No se podria dexar esto para la noche, para que se hiciese con el silencio, y devocion que se requiere? O señor, respondió el Clerigo, diónos la Iglesia esta pensión, que aun caminando avemos de rezar: por qué no ordenaria, que yendo un Clerigo cansado, y pensando en sus negocios, y en el fin que han de tener, no rezará caminando? Respondió el Oidor: Porque la Iglesia no cria à los Clerigos para correos, sino para rezadores. Bien respondió està, dixo el Clerigo, y quedó con esto muy satisfecho. Topamos un muchacho medio rapado, que por no andar tanto como las calvaaduras, en alcanzandole, preguntòle el Oidor: A dónde vas, mozo? El respondió: A la

vejéz. Oidor. No digo, sino que camino llevas? Muchacho. El camino me lleva à mi, que yo no llevo à él. Oidor de què tierra eres? Muchacho. De Santa Maria de todo el mundo. Oidor. No te digo, sino en que tierra naciste? Muchacho. Yo no naci en ninguna tierra, sino en un pajar. Oidor. Bien juegas del bocablo. Muchacho. Pues siempre pierdo, por bien que juego. Oidor. Este muchacho no debe ser parido como los otros. Muchacho. No he sido parido, sino me parieron. Oidor. Quiero decir, pues no dices donde naciste, no debiste de salir de madre. Muchacho. Pues soy yo rio para salir de madre? Oidor. A fé que no tenis la lengua muy ruda. Muchacho. Si fuera ruda, no la traxera tan cerca de las narices. Oidor. Tienes padre? Muchacho. Antes por no tener muchos vengo huyendo, porque me metieron Frayle, y avia tantos Padres, que no podia sufrirlos. Oidor. Y es mejor andar como correo? Muchacho. Por huir de la correa, bien puede ser un hombre corteo. Reimonos mucho con el muchacho, y en llegando cerca de una Ventilla, que està junto à un arroyo algo profundo, entre dos cerros, nos dixo el mozo de mulas: Aqui avemos de parar, porque nos daràn buen recaudo, y la Ventera es muy hermosa, y aseada, y si passamos

adelante, avemos de caminar de noche mas de tres horas. El hizo fuerza, prometiendonos camas, que à lo que pareció, la Ventera era su conocida, mas de lo que fuera razon. Entramos en la Venta, y luego se presentó la huespeda muy boquifruncida, vestida de un colorado obscuro, y una ropa encima de lienzo blanco, llena de picaduras, y preguntòme el mozo de mulas: Què le parece à V: merced? Yo le respondi: Pareceme assadura con redaño, y dixo el Oidor: Està vestida de Virgen, y Martyr. Bien dice V. m. dixè yo, mas està la castidad por defuera, y lo martyr por de dentro, y como ay muchas matas por aqui, està muy rota la castidad. Cada uno habla como quien es, dixo la Ventera. Bolvi la oja, porque la vi corriendo del apodo, y el mozo de mulas enojado, y le dixè: La verdad es, que V. m. està muy aseada, y hermosa, que tiene cara, no para aqui, sino para estàr muy bien empleada. Quedò muy contenta, que era facil de condicion, y sacònos muy buenas perdices, con que cenamos. Ella muy contenta (despues de averle dicho que lo hacia como Cortesana) nos dixo: Camas avrà para vuestras mercedes, aunque para el friecillo que por aqui hace, ay pocas mantas. Dixo el muchacho fraylesco. De estas no faltaràn, que con las que ha
he-

hechado el mozo de mulas, se puede abrigar Burgos, y Segovia. No se burle conmigo, dixo el mozo de mulas, que le harè ver estrellas à medio dia. Pues fois vos la Epiphania? dixo el muchacho. Respondiòle el otro: Soy la puta que os pariò, y aun por esso, dixo el muchacho, sali tan grande bellaco. Dixeronse muy graciosas cosas el muchacho, y el mozo de mulas, con que se pasó buen rato. El Oidor preguntò al muchacho: Di por tu vida, de donde eres? Yo, señor, respondiò, soy Andaluz. de junto à Ubeda, de un Pueblo que se llama la Torre de Perogil, inclinado à travessuras, y como por ser pequeño el Pueblo, no podia executarlas, hurte à mi padre quatro reales, y fuime à Ubeda, donde mirando las casas de Cobos, estaban jugando turrón, y con la codicia del comerlo, pufeme à jugar los quatro reales, y aviendolos perdido, sin probar el turrón, arrimeme à un poste de aquellos soportales, que están allí cerca, y estuveme hasta que ya era de noche, desconsoladísimo: llegó un viejo, preguntòme. Què hacis aquí gentil hombre? Respondi: Tengo este poste, porque no se caiga, porque lo pregunta? porque sinoteneis, dixo, donde dormir, allí ay un banco de un tundidor, y os podeis acostar en aquella borra. Y essa bor-

ra, dixe yo, podrá borrar mis borrones, y deidichas. Pues tan temprano os quèxais de ellas, dixo el buen hombre? No quiere, que me quexe respondi yo, si deide que sali de casa de mi padre, todo ha sido infelicitades. De donde fois, preguntò? De muchas leguas de aquí, respondi yo. Mirad hijo, dixo, para los hombres se hicieron los trabajos, y quien no tiene animo para resistirlos, en ellos perece, que comenzando tan temprano à sentirlos, se os haràn mas facil quando seais hombre: los que se andan ovachones, no tienen experiencia de cosas; y assi nunca estiman el bien que el trabajo habilita à un hombre, y le hace capaz para todas las cosas: yo sali de en casa de mis padres de vuestra edad, y por mi virtud he llegado à tener un oficio muy honrado de Almotacén de esta Ciudad. Bien adelante ha pasado, dixe yo, no se deshaga de él; pero quien no tiene blanca cómo podrá passar tan adelante? Si fois de tantas leguas, dixo como decis, no es maravilla aver gaxado, y pasado trabajos. Donde es vuestra tierra? En la Torre de Perogil, respondi, ríose, y dile. Parecele que para contar trabajos es poco tiempo? Assi como sali, que fue de noche, me colè en una viña, donde meri tanta uba llena de rocío, que sino buscàra por donde salir, rebentàra, y no pudiera llegar à Ubeda,

y yà que lleguè con este trabajo, me sucedió jugar quatro reales que traia, y quedarme sin dineros, y con hambre, y mucha sed, sin posada, y cama. Pues id, dixo allí, y la hallareis. Fui, y acomodando la borra tendime sobre ella, parece que descansè un poco, y à media noche fue tan grande la mudanza de la serenidad en borrasca, y viento, que pensè no llègar à la mañana, porque el ayre furioso entraba en el banco, haciendo polvo de la borra, para los ojos, y charco de agua para todo el cuerpo: y sobretodo, los cochinos que andaban passeandose, y buscando la vida por aquellas calles, acudieron à los bancos de los tundidores, à repararse de la tempestad, y pensado que estaba solo el mio, entraron gruñendo una docena de ellos, hociendo en la borra, que ainas no borrarán toda mi cara; pero sufrilos, y alhaguèlos, por el abrigo que me causaban, y aunque con ofensa de las dos ventanas, lleguè a la mañana, no muy limpio, ni oloroso, pero con algunos palos, porque el mozo del tundidor, antes de amanecer, llegò à echar los cochinos con una varilla de fresno de tres dedos de gordo, y pensando que daba en ellos, pegaba tambien en mis espaldas, con que se me quitò el sueño, y la pereza. Pafè mi trabajo, aun-

que èl no se me pafè, porque èl siempre iba de mal en peor, que adonde quiera que iba, ò me buscaba el mal, ò yo le buscaba à èl: que muchachos mal inclinados, en tanto son buenos, en quanto la fuerza les hacen que no sean malos. Fuime de Ubeda à Cordova, donde topè un Frayle mozo, que iba à estudiar à Alcalá, y diciendome si queria acompañarle, le dixe, que de muy buena gana, porque comia, y dormia muy bien de limosna, que por los Pueblos, y Ventas le daban: agradòle tanto mi bachilleria, que me alabò mucho en un Monasterio de su Orden, donde me dieron el Hábito con mucho gusto. La restacion de hambre que passan los Novicios, aunque la oia decir, no la creia, hasta que la experimentè, que quando acababamos de comer, cogiale al Restolerò un panecillo, para comer entre dia: pero la segunda vez que lo hice, me lo cogieron tratandome mal. Usè una traza muy buena, que hinqùe cinco, ò seis clavos por la parte de abaxo, en las tablas de mi cama, y en cogièndo el panecillo, iba corriendo, y espetabale en un clavo de aquellos; venian detrás de mi, y como no lo hallaban, echaban la culpa à otro. Pafè de esta manera algunos dias, con que almorzaba, y merendaba à mi gusto, y otros por mi culpa lo

padecian: y estuviera hasta oy secreto, sino fuera por una travesura que hice contra el Maestro de Novicios, que aviendole embiado un tabaque, ò canafillo de unas tortas hermosísimas de vizcochos, le cogidos en bolviendo la cabeza, y fingiendo que iba à otra cosa, fui en un instante, y espetelas en los clavos: bolvi muy mesurado, puseme à leer, echò menos las tortas, y fue de presto à mi cama, miròme todo el cuerpo, y los librillos, y no hallando lo que buscaba, quiso ver si estaban debaxo de la cama, metiendo la mitad del cuerpo, y al fin dixo: Aqui no ay nada, vamos à otra parte: estaba yo yà muy seguro, y muy contento; pero al tiempo que fue à sacar la cabeza de debaxo de la cama, topò con el colodrillo en un clavo de aquèllos, y como se lastimò, mirò lo que era, y hallò en los clavos sus tortas, y mis panecillos. Asieronme, poniendome el cuerpo como tablilla de pintor, mire V. m. si es mejor la correa que el correo. Dexaronme aquella noche (à su parecer) que no podria bolver sobre mi; pero yo cogi mi hatillo, y avianome àzia el camino, embiaron tras mi dos mozos, que servian al Monasterio, como Donados, y por saber la tierra mejor que yo, cogieronme la delantera tan de mañana, que quando sali los

vi de lexos puestos en lugar que no tenia remedio, sino que me avian de coger; pero como la necesidad es tan grande trazadora de remedios, hallèlo en un colmenar que estaba junto al camino, y así como los vi entrème en el colmenar, derribando mas de veinte colmenas, y poniendome entre ellas, sin hacer movimiento poco, ni mucho (porque las abejas no acometen sino à quien lo hace) y entrando ellos à acometer, las abejas por defender su jurisdiccion, los recibieron con sus armas, al tiempo del asalto de las murallas, y como ellos se defendieron con las manos, quanto mas jugaban de ellas, tanto mayor numero de abejas acudia. Alborotado el exercito, y puesto en arma, desampararon las tiendas de la retaguardia, y viniendo à socorrer laanguardia, fue tan grande el concurso, que les hacian sombra à los pobres verdugos. Yo, vista la batalla, que por mi se avia trabado, y viendo la seguridad con que podia escabullirme, con el mayor silencio que pude me sali à gatas del Real, por entre unas jaras, que para encubrirme estaban mas espaldas que las abejas para mis contrarios, que entrandoseles por las muñecas, y pescuezo, no les daban lugar à la defensa. Aunque lo primero que hicieron fue cargar tan increíble numero à la fren-

frente, y ojos, que en un momento los cegaron de manera, que quando quisieron salir, y à no acertaron ni veian por donde. Acudiò el dueño del colmenar à fofsegar sus soldados, armado con sus armas defensivas, y hallò de suerte à los miserables mozos, aporreados, y llenos de chichones, que en lugar de reñirles el daño hecho en su real, huvo de sacarlos muy lexos de la gente alterada, y colerica, porque no los acabassen de matar. Seis dias ha que vengo huuyendo de los azotes que me avian de pegar si me cogieran. Entretuvo el muchacho toda la gente de la Venta con sus sucesos con gusto, y rifa. Yo le dixè: Al fin hallaste misericordia en las abejas, que à aver sido sin daño de tercero, fuera el mas feliz suceso del mundo: pero como tenemos mas obligacion à nosotros propios naturalmente q̄ à los otros, buscamos remedio para nuestros daños en los agenos, aunque ha de procurar un hombre su bien sin mal del proximo, porque lo demàs es contra caridad. Dixo el muchacho: Sea como fuere, que siempre oì decir, que tiene un hombre obligacion de guardarse à si propio, que un cordero matò à un lobo por huir de èl, en una trampa que avia puesto el pastor, muy encubierta de yerva, con una culebra muerta, puesta encima.

Viò el lobo que venia muy determinado à cogerlo, y corriendo el cordero àzia donde estaba su pastor, quando llegò à la trampa, viò la culebra, y espantòse de ella, diò en la trampa, y quebròse las piernas. Y si un cordero sabe defenderse con daño ageno, por què no lo hará un hombre? Con esto se fue cada uno à su cama, espantados de la bachilleria del muchacho.

DESCANSO XVI.

SAlimos de la Venta, y aun- que gustaramos llevar al muchacho con nosotros, èl andaba tan poco, que el Oidor le diò dineros para que se fuesse à su espacio. Yà que avia salido à puerto de claridad, ù de seguridad, y admirandome de la diversidad de los ingenios, dixè: Quan pocas esperanzas se pueden tener de estos muchachos, que muestran en sus principios agudeza, y bachilleria, que no les queda profundidad para las cosas de veras, y de substancia. El entendimiento capàz de las cosas, nunca anda vacilando, ni variando en cosas de poco momento: que à los principios, para conmigo dà mayores esperanzas el que comienza mas callado, que no el que descubre con loquacidad todo quanto tiene en el alma. Que siendo el entendimiento la mas principal

Hh

par-

parte de ella, y no siendo ella habladora, tampoco lo será el buen entendimiento. Quando un hombre está ya sazonado, y habilitado el ingenio en las veras, y con la experiencia, bien enterado en la verdad, que sea loquaz, tiene caudal para serlo: pero que no teniendo esta capacidad bien fundada, sea hablador, y atrevido, ni creo en él, ni en quien hiciere caso de él: pero con todo esto, estos que hablan mucho, son para la soledad del camino de provecho, porque si los oyen entretienen, y sino los oyen, dan lugar; à que mientras hablan, piense cada uno en su negocio. El Oidor disputò un rato muy doctamente del entendimiento, la memoria, y la imaginativa, que no es para este lugar, y todo el camino me fue preguntando por cosas de Marcos de Obregon con grande aficion. Llegamos à Cordova, donde fue forzoso el apartarnos, y me rogò encarecidamente al apartarnos, que le dixesse el deseo que tenia de conocerlo, y que si algun tiempo fuesse à Sevilla, fuesse derecho à su casa. Y con esto llegando à la Puente de Guadalquivir, dividimosnos cada uno por su camino, y en avierdonos apartado cosa de cien passos, yo le dixere recio, que lo pudiesse oir: Señor Oidor, yo soy Marcos de Obregon: y picando con toda la priessa possi-

ble, cogi el camino de Malaga, ù de Gibraltar, que à uno de estos lugares era mi viage. El Oidor quiso bolver à llamarme, y como yo me di priessa, fue diciendo à sus criados: No en valde me hallaba yo tan bien con la compania de este hombre, que cierto le he cobrado un amor, sin saber quien era, que haria qualquiera cosa por él. Yo me avie à una de estas Ciudades, de cuya templanza yo tenia satisfacion, que para la vejez son apacibles, por el poco frio que hace en ellas, y por la variedad que tienen consigo los Puertos de mar, por la cercania, y correspondencia que tienen con Africa, fuera de tener lugares acomodados para la soledad. Lleguè à Malaga, en tiempo que avia llegado el mismo dia el Vergantin de el Peñon, de que era Capitan Juan de Loxa, muy valiente Soldado, que avia recibido, y dado muchas heridas à Moros, y Turcos, y traia una presa muy apacible. Fuile à ver, por ser muy amigo mio, y dandonos los parabienes cada uno de la venida del otro, me dixo, que avia topado con un Barco muy trabajado de una borrasca, y avia cogido con él una doncella Turca, y un gentil hombre, que debian de ser hermanos, ella muy hermosa, y el mozo de gallardo talle, y algo Española los, tanto que se avia

espantado, por ser nacidos en Africa, y hijos de infieles. Roguele que me los mostrasse, por tenerlos muy guardados, para hacer un presente de ellos. El me dixo antes: Pues aveis estado en Argèl, quiero que sin veros los oygais hablar, por ver si tratan verdad. Entrò donde estaban, quedandome yo à la puerta, y dixoles: Contadme la verdad de vuestra historia, yà que es forzoso vuestro cautiverio, para que conforme à esto os haga el tratamiento que merecen vuestras personas. Estaba el mozo muy triste, y la doncella desecha en lagrimas, suspiros, y sollozos, consolandòlos su amo, el mozo dixo de esta manera: Que la privacion de la preciosa libertad nos trayga tristes, y affigidos, la misma naturaleza lo pide; que carezcamos de nuestra tierra, padres, y regalos que poseemos, por fuerza se ha de sentir; que dexassemos hacienda, esclavos, y grandeza de nuestra voluntad, soledad nos causa; pero que no consigamos el intento à que venimos, nos arranca el corazon del pecho. Mi hermana, y yo (que lo somos cierto) nacimos en Argèl, somos hijos de un Español, que del Reyno de Valencia se pasó à Argèl Casòse con nuestra madre, que es Turca de nacion. Es nuestro padre cosario, que trae por la mar dos

Galeotas fuyas, con que ha hecho mucho mal à Christianos. Entre los Cautivos que robò en España, vino uno, à quien nuestro padre nos diò para Maestro de la lengua, y letras Españolas, que como nos encarcia tanto las cosas de su tierra, nos encendia en amor, y deseo de ver, y haver lo que tanto estimaba. Este esclavo Español se diò tan buena prisa en la doctrina que nos enseñò, que dentro de pocos dias teniamos aborrecida la que aviamos mamado en la leche, y abrazada en el corazon la del Bautismo. Si yo nombraba à Jesus, mi hermana à su Madre Maria: no teniamos otra comunicacion sino esta. Hicimos voto en voz de vivir, y morir en la Religion Christiana. Dìonos palabra este esclavo de buscar modo como nos bautizassemos. Han pasado yà ocho años que fue à su tierra, y al cabo de estos nos dixeran, que en saliendo de Argèl, lo avian cautivado las Galeras de Genova, y le avian muerto, entendiendo que era nuestro padre. Desconfiados yà de su aviso, o venida, determinamos de buscar por otra parte remedio. En este tiempo, como yà mi hermana tenia edad para tomar estado, y yo era el Mayorazgo de aquella hacienda, concertò nuestro padre con un Turco muy rico, que tenia hijo, y hija de

nuestra edad, de trocar, y casar hijo con hija, y hija con hijo, y avia sido este deseo general de todo Argel, porque aunque tenia mi hermana, y yo libertad con riqueza, nunca nos vió nadie con resabios de tales, que si bien eramos estimados, ella por su mucha hermosura, y yo por sucesion de mi hacienda, nunca nos embaneciò de manera, que olvidassemos la libertad Christiana que nos enseñó nuestro Maestro, y (por brevedad de nuestras desdichas) viendo tan cerca nuestros casamientos, por donde aviamos de borrar de nuestra alma los ardientes deseos que conservabamos en el pecho, mi hermana, y yo aguardamos, à que nuestro padre hiciese una jornada àzia Levante, para traer alguna presa, con que enriquecer mas nuestro nuevo estado. Y en echando las Galeotas al agua, nos fuimos à una heredad, y comunicando el caso con quatro esclavos Españoles, dos Turcos, y seis Italianos practicos en toda la Costa de España, y estando mi madre segura, y descuidada, por estar mi hermana en mi compañía, cogimos al anochecer un Barco, y con todo el silencio del mundo, batiendo los remos fuertemente, nos dimos tan buena priessa, que al amanecer descubrimos la Costa de Valencia; pero yendo con esta buena suerte, nos vino un viento

de àzia Levante, que nos hizo baxar la vela, y nos echò àzia Poniente con tanta furia, que no fuimos señores del Barco, porque venian sobre nosotros tan levantados montes, y breñas de agua, que mil vezes nos vimos debaxo de las olas sumergidos; y como yo, y mis criados llevabamos el cuidado puesto mas en salvar à mi hermana, que à nosotros propios, una vez esperando un peñasco de agua que venia à tragarnos, tendiòse ella de bruces sobre el suelo del Barco, y à quatro que se pusieron à resistir la fuerza, porque no llegasse à ella, se los sorviò la ola, y nunca mas parecieron. Rendimonos à lo que el Cielo ordenasse, despues de aver atado à mi hermana de fuerte, que no se la llevassen las olas, aunque padeciese naufragios el Barco, y à los que llevaban los remos en las manos, se los arrancò de ellas el sobervio viento, dexandoles los brazos mancos. Yo viò, que solo Dios podia socorrernos, mandèles que no hiciesen defensa, porque el Barco sobre aquellas poderosas olas andaba como cascara de nuez, siempre encima, aunque una vez, viendo que se bolvia boca arriba, yo me abracè con mi hermana, que me valiò la vida, por que à los demàs que iban sueltos, los volò, sino fueron à dos, que se asieron à los dos bordes del Barco. Vino à soffegarse un po:

poco el viento, pero las olas movidas del Levante inexorable, quedaron por dos dias en su fuerza, andando sin gobierno, cinco, ò seis dias, sin poder comer lo poco que nos avia quedado, como ni tenia remos, ni quien los go vernasse, acordème que aquel nuestro ayo, ò esclavo, nos dixo, que los que se encomendaban à Dios, tomando el sagrado Bautismo, avian de passar los trabajos con mucha paciencia, y esperanza, y consolamonos con esto. Mi hermana buelta en sí, comenzò con muchas veras à rezar en un Rosario, que le avia dexado Marcos de Obregon, (que así se llamaba nuestro Maestro) y en esto descubrimos vuestro Barco, no con intento de ponernos en defensa, que aquellos dos Turcos, que vuestro valeroso brazo matò, los tratamos ya con zelo de bautizarle: llegamos à tierra de Christianos, donde suplicamos à Dios nos dè paciencia, y nos cumpla nuestro deseo. Acabò su razonamiento, y la hermana no el llanto que avia comenzado desde el principio del cuento. El Capitan piadoso, y enternecido, les dixo: Si lo que aveis contado con tanta terniza es verdad, yo os darè libertad, y todas las joyas que tengo vuestras, y les dixo: Conocereis à Marcos de Obregon, si lo veis? Respondiò la doncella: Como lo avemos de ver si es muerto? Di-

xo el Capitan: Salid à fuera, y mirad si es alguno de los hombres que estàn à. Alborotaronse confusos entre esperanza, y temor, y la doncella con mayor turbacion, porque el amor hizo memoria de lo passado, y la Religion le facilitò su ardiente deseo de ver à quien los avia enseñado, salieron à fuera, y en viendome se arrojaron à mis pies, llamandome padre, Maestro, y señor, quedè en extasi por algun espacio, sin poder hacer otra accion, sino admirarme, afirmando, que quanto avian contado era verdad: en fofegandome de la subita alteracion, llorè tiernamente con ellos, que tambien el contento tiene sus lagrimas piadosas, como el pensar congojosas. El Capitan quedò espantado del caso, y avicendoles consolado con sus palabras, y mi presencia, les dixo: No quiera Dios que yo captive à Christianos, libertad teneis, y vuestras joyas, de que yo he sido, no poseedor, sino depositario, veislas aqui (entre las quales vi un Rosario, que yo le avia dado à la doncella) usad de la libertad Christiana, pues tan venturosos aveis sido en llegar à executar vuestro soberano intento. La alegria que yo senti, en ver aquellas dos prendas, que en mis trabajos, y cautiverio me alentaron, y consolaron, y me bolyò (si se puede decir) à

la mocedad pasada, que el pecho con alegría entretiene la vida: y el alegría fundada en bien, engendra paz en el alma. Hable grandes ratos con ellos de mis trabajos, y sus consuelos, que siendo pasados, bien pueden traerse à la memoria, pues causan (à la medida del pasado mal) la presente alegría. Los virtuosos mozos cobraron tanta en verme, que se les borrò del rostro la tristeza del trabajo pasado. Dimos orden en su vida, con ayudarles à cumplir lo que tanto deseaban: y fue la mudanza de sus acciones exteriores tan conocida, que nos diò exemplo de vida à todos. Aviaronse à Valencia, à conocer los parientes de su padre, donde vivieron con tanto consuelo del alma, que tuve nueva, que acabaron sus vidas con grande exemplo de virtud Christiana.

DESCANSO XVII.

Pareciòme, que para la quietud que yo deseaba, el bullicio de Malaga, y las ocasiones de la tierra, y mar con el apacible trato de la gente, siendo yo conocido en ella, no se podia hallar à la medida de mi deseo, y la execucion del intento principal, fuime à la Saucedá de Ronda, donde ay lugares, y soledades tan remotas, que puede un hombre vivir mu-

chos años sin ser visto, ni encontrado, si èl no quiere. Pusome en camino un buen hombre, y porque no passasse sin trabajo, llegando à la Sabinilla, se desembarcaron dos Vergantines de Turcos, saltaron en tierra, y cogieron pescadores, y baqueros, quantos hallaron derramados por alli; porque aunque avian hecho ahumadas, no las echamos de ver, hasta que dimos en manos de los Moros, que nos maniataron, y llevaron à los Vergantines; pero de verse tan señores de la tierra, descuidaronse, hinchendo las panzas de vino, de lo que hallaron en una hacienda de pesca, de manera, que todos, ò la mayor parte se emborracharon: dan sobre ellos la gente de Estepona, y Casares, y los demás que vivian cerca, viniendo al rebato, cautivando, y matando, se escaparon muy pocos. Los que estabamos en los Vergantines maniatados, pedimos à las guardas, que si querian vivir, nos desataassen, y echassen en tierra, lo qual hicieron, y les valiò para poderse aviar, porque desatando à un baquero con los dientes, hombre de fuerza, y animo, cogiò un remo, como si fuera una vara de medir, y jugando de èl, hizo que nos desataassen à todos, y echassen en tierra. Afligime de nuevo, acordandome de mis trabajos de mar,

mar, y tierra, que aunque han sido muchos, siempre hallé piedad, y misericordia en ellos, como en este, que viendome un hombre anciano en edad, aunque robusto, y fuerte en las acciones de hombre de valor, vecino de la Villa de Casares, que decian ser un Habrahan en piedad, porque su casa, y hacienda era siempre para hospedar peregrinos, y caminantes; llegósse à mi, y dixo: Aunque siempre la piedad me llama à semejantes cosas, aora parece que me hace mas fuerza que otras vezes, viendoos afligido, y con edad: idos conmigo à mi casa, que aunque es pobre de hacienda, es abundantissima de voluntad, y nadie ay en ella, que no se incline à piedad, tan entrañablemente como yo, no solamente mi muger, y hijos, pero criados, y esclavos, que tanto tiene el hospedage de bueno, quanto tiene de concordia en el amor de todos. Como es el nombre, preguntè yo, de quien tanta piedad usa conmigo? que fuera de la caridad, que tanto resplandece en vuestra persona, ay en mi otra fuerza superior, que me abraza el pecho en amores. Yo, respondiò, soy un hombre no conocido, por partes que en mi resplandezcan, contento con el estado en que Dios me puso, pobre, bien intencionado, sin envidia al bien acre-

no, ni de las grandezas que suelen estimarse: trato con los mayores con sencillez, y humildad, con los iguales como hermano, con los sugetos como padre. Alegrome quãdo hallo mis baquillas cabales, castro mis colmenas, hablando con las abejas, como si fueran personas que me entendiesen: no me pongo à juzgar lo que otros hacen porque todo me parece bueno: si oygo decir mal de una persona, mudo conversacion en materia que les pueda divertir: hago el bien que puedo, con lo poco que tengo, que es mas de lo que yo merezco, que con esto passo una vida quieta, y sin enemistades, que destruyen la vida. Dichoso vos, dixè yo, que sin andar contemporizando las pompas, y sobervias del mundo, aveis alcanzado lo que todos desean poseer. Pues como aveis caminado à tan quieta vida? El respondiò: No desprecio lo propio, no embidio lo ageno, no confio en lo dudoso, no reparo en recibir lo que viniere sin alteracion de animo. Quien tal estado alcanza, dixè yo, bien es que publique su nombre. No es mi nombre, dixò, de los conocidos por el mundo, sino à la manera de mi persona, llamome Pedro Ximenez Espinel. Diòme un aldabada en el corazon, pero sosseguème, prosiguiendo en la conversacion, para entretener el camino, hasta

llegar al lugar: y preguntete, y con esta vida tan segura teneis algunas pesadumbres, que os inquieten? Par Dios, señor, respondió, sino es quando no hallo la hacienda bien hecha, ò la comida por aderezar, no tengo pesadumbre, y esta con leer en el Memorial de la vida Christiana de Fray Luis de Granada, se me quita, como por la mano. Quantos Philosophos, dixe yo, han procurado esta sencillez, y no la possayeron, con quantas observaciones han tenido en los preceptos de la Filosofia moral, y natural. No me espanto, dixo el buen hombre, que como la mucha ciencia engendra en los hombres algun desvanecimiento, sin humildad no se puede alcanzar esta vida, que como yo soy ignorante, abracème desde mi niñez con la virtud de la paciencia, y humildad que conoci en mis padres, y heme hallado bien con ella, pero pues aveis andado por el mundo, podrá ser que ayais conocido por allà un sobrino mio, que ha muchos años que no sabemos de él, que segun nos han dicho anda en Italia; y à quantos hospedo en mi casa, fuera de ser la obra buena, en parte lo hago por saber de mi sobrino. Como se llama? preguntè, y respondiòme con mi propio nombre. Si le conozco, dixe, y es el mayor amigo que tengo en el mundo. El es vivo, y està en España, y bien

cerca de aqui, donde sin andar mucho le podreis ver, y hablar. Holguème en el alma de conocer mi sangre, y tan bien fundada en las virtudes morales, y Christianas, que pudiera yo imitarle, si fuera tan puesto en la verdad de las cosas como era razon. El se holgò de las nuevas que le di, aunque por entonces no me di à conocer, hasta que huve mudado estado. Que realmente la carne, y sangre, y tan cercana como esta, tiene algo de estorvo para la execucion de los intentos buenos, que apetecen soledad. De todos los valerosos hombres en Religion tenemos noticia, que han huido à los desiertos de la compañía de parientes, y amigos, que pueden ser impedimento para los buenos fines. Las potencias del alma en la soledad estàn mas desembarazadas, y libres. Obras de ingenio no quieren compañía: El vicio tiene menos fuerza, quando las ocasiones son menos: las mas excelentes obras de varones señalados se han fraguado en las soledades: y quien quisiere adelantarse en las cosas de virtud ora sea en exercitarla, ora sea en escribir de ella, se hallarà mas facil, y prompto para semejantes acciones. Y aunque la soledad por si no es buena, no està solo quien à Dios tiene por

compañero.

DES=

DESCANSO XVIII.

Y Para acortar razones, lleguè à la Saucedá, donde lo primero que encontrè, fueron tres baqueros, con muy largas escopetas, que me dixeron: Apeese del macho. Yo les repliquè: Mejor me hallo à cavallo, que à pie. Pues si tan bien se halla, dixeron ellos, comprenoslo. Effenria, dixeyo, quedar sin macho. y sin los dineros que no tengo, Quien son vueffas mercedes, que me venden el macho, que yo comprè en Madrid? Despues lo sabrà, respondieron, y aora apee-se. Cierto, dixeye, que me huelgo, porque no he visto mas mala bestia en mi vida, maliciosa, ciega, y llena de esparabanés, y con mas años à cueffas, que una palma vieja: tropieza cada momento, y se arroja en el suelo, sin pedir licencia: sola una cosa tiene buena, que si le ponen un alholi de cebada, no se menearà hasta tener sed. Pues con todas effas faltas le queremos, dixeron. Al fin me baxè de ella, y rindiendoles las faltriquetas, como no hallaron substancia en ellas, dixeron, que avian de desollar el macho, y meterme en el pellejo, sino les daba dineros. Pues soy yo cofre, les dixeyo, para que me quieran aforrar del pellejo del macho?ò quieren abrigarme por el frio, que me ha

causado el temor de ver las escopetas? Con el buen animo que conocieron en mi, se defendieron del ruin, que ellos tenian: y porque al mismo tiempo venian otros cinco, ò seis furiosos por afir à un hombre que se defendia de ellos valerosamente, dando, y recibiendo heridas, à los quales mandò su caudillo, que no le matassen, porque tan valiente hombre seria bueno para su compaña, mas èl (con valeroso pecho) dixoyo, que no queria sino que le matassen, si pudiesen. Por què? preguntò su cabeza, aquietandoles, y fofegando à èl. Porque à quien tal desdicha como à mi le ha sucedido, no ha menester vivir. Mirè al hombre, y pareciendome que era el Doctor Sagredo à quien yo avia comunicado en Madrid, aunque con trage diferente, porque èl era Medico, y allí venia como Soldado desgarrado, pero siempre hombre muy de hecho: y asì, no me determinè en que fuesse èl mismo. Soflegaronse, y èl con grandes ansias reprehendia la piedad de los falteadores porque no le mataron, y con ardientes suspiros clamaba al Cielo, diciendo: O rigores de las estrellas, desdichas entrañables solamente mias, mudanzas de fortuna, Planetas, verdugos de mi quietud, y fofiego, que avien dome librado de tan inmensos

peligros, por mares. y tierras no conocidas, me viniese à tragar la furia del mar mi dulce compañía, mi regalada esposa, pues de averme seguido, y acompañado en tan importunos trabajos, y que fuesse yo para tan poco, que no me arrojasse en las levantadas olas para acompañar en la muerte à quien me acompañò en la vida. Tantas ternezas dixo, que moviò à compasión à la mas mala canalla que avia en el mundo en aquel tiempo, que en avito de baqueros andaban trecientos hombres robando, y salteando à quien no se defendia, y matando à quien se defendia. Juntaronse à consejo cosa de ciento, que se hallaron allí con el caudillo, para tratar de cierta sospecha que traian, de que su Magestad queria remediar aquel fuego que se iba encendiendo, con tan exorbitantes daños como se descubrian en toda la Andalucía cada momento: y juntamente sentenciar, que avian de hacer de muchos, que tenian en cuevas presos. Y entretanto nos pusieron al Doctor Sagredo, y à mi, con otros dos, en una cueva, facil para entrar, y para salir imposible, aunque tenia bastante claridad, que por entre la espesura de los encumbrados arboles entraba en la cueva. Y viendome en aquella afliccion, por no estar en triste silencio, le

preguntè: Señor, yà que estamos en un trabajo, y padeciendo un mismo agravio, os suplico me digais, si sois el Doctor Sagredo? Alborotòse, y replicòme: Quien sois vos, que me lo preguntais, y donde me conocisteis? Yo soy, le respondi, Marcos de Obregon. No lo acabè de pronunciar, quando echandome los brazos al cuello, me dixo: Ay padre de mi alma! yà murió vuestra querida, y regalada; yà murió mi amada esposa; yà murió Doña Mergelina de Aybar; yà murió todo mi bien, y mi compañía. Yà no soy el Doctor Sagredo, sino una sombra del que solia, hasta que llegue la disolucion de este miserable cuerpo. Ay mi consejero leal, y quan mal me aprovechè de vuestra doctrina, para verme agora en la soledad que me aflige, y atormenta el alma, sino es que el inmenso Dios tràs tantos infortunios, sea servido de ponerme en esta mazmorra con vuestra compañía, para que muera con algun alivio, y refrigerio, que despues que de ella me apartè, se apartò de mi todo lo que podia estarme bien. Pues como, y quando, dixè yo, y donde murió aquella prenda tan amada vuestra, y alabada (por su hermosura) de todo el mundo? Ninguna fuerza pudiera aver tan grande para mi en lo descubier-to, como la vuestra para con-

tar desdichas , y que tanto me atormentan la memoria. Pero pues no sabemos el fin que nos està guardado en esta esquivada prision, y estando tan cierto, que renovar mis desventuras à quien las ha de sentir, y no burlarse de ellas, puede aligerar tan pesada carga , tomarè el principio de lo que fue mi total ruina.

DESCANSO XIX.

Luego que (por mi desgracia) sali de aquella Reyna de el mundo Madrid, ò madre universal, en el primer Pueblo adonde lleguè, vi tocar caxas, que hacian gente por mandado de Felipe Segundo, para ir à descubrir el estrecho de Magallanes: y como yo naci mas inclinado à las armas que à los libros, di con ellos à un lado: y con el animo alterado, arrimandome à un Capitan amigo mio, echè mi caudal en armas, y en vestidos de Soldado, que no le parecieron mal à Doña Mergelina, que con ver, que ella gustaba de ello, me inclinè mas à seguir aquel modo de vida, llevandola en mi compañia, por quererlo ella, y por desearlo yo, que muchos hombres casados fueron à la misma jornada, porque la intencion de su Magestad era poblar aquel estrecho de vassallos suyos, y pluguiera à Dios me lo estorvára, que yo tenia mi voluntad tan su-

bordinada à la suya; que sin su beneplacito, no me arrojàra tan inconsideradamente à profesión tan llena de miserias, y necesidades. Embarcamonos en San Lucar, (que voy abreviando) y llegando al golfo de las Yeguas, fue tan desatada, y terrible la tormenta, que nos sobrevino, que por poco no quedàra tabla en que salvarnos, pero por la prudencia de Diego Flores de Valdès, General de la Flora, bolviendo las espaldas à la tormenta, tornamos à invernar à Cadiz primera vez, de donde salimos, y con grandes incomodidades llegamos à la costa del Brasil, invernando segunda vez en San Sebastian, à la boca del rio Ganero, muy ancho, y estendido Puerto. Estuvimos allí algun espacio, admirandonos de ver aquellos Indios desnudos, y tanta abundancia de ellos, que bastàra para poblar otro mundo. Solian desaparecerse algunos de ellos, sin saber que se hacian: y un valeroso mancebo mestizò Portuguès, y Indio, determinòse de buscar el fin de tantas personas, como faltaban, y abrazando una rodela de punta de diamante, y una muy gentil espada, se fue por la orilla del hanchó mar: viò de lejos un monstruo marino, que estaba esperando algun Indio, para cogerle, y que llegando cerca, puesto en pies el monstruo, porque antes estaba de rodillas, era

tan grande, que el Portuguès no le llegaba al medio cuerpo, y quando el monstruo le viò cerca, cerrò con èl, pensando llevarle adentro, como hacia con los demas. Pero el valeroso mozo, poniendo la rodela delante, y jugando de la espada, defendiòse lo mejor que pudo, aunque las conchas de la bestia marina eran duras, que no le pudo herir por alguna parte. Los golpes que el monstruo le daba, eran tan pesados, que no los offaba esperar, hasta que diò en ponerlo delante la punta del diamante, apuntando à las coyunturas de los brazos, por donde el monstruo recibió tanto daño, que se iba defangrando; y aviendo durado en esta pelea grande rato, al fin cayeron ambos muertos. Fueron à buscar al animoso mozo, y hallaron uno caído à una parte, y otro à otra. El Capitan Juan Gutierrez de Sama, y yo vimos el cuerpo del espantable monstruo, y otros muchos Españoles, con grande admiracion. El mar por alli tiene muchos baxios, y muchas Islas, en una de ellas vimos una sierpe, de las que por acà nos pintan para espantarnos, que tenia el hocico à manera de galgo, largo, y con muchos dientes agudísimos: alas grandes de carne, como las de los murciélagos, el cuerpo, y pecho grande, la cola como una viga pequeña, enroscada,

dos pies, ò manos con uñas, el aspecto terrible. Encaramos quatro escopetas àzia ella, porque estaba en una fuente, que por el remanente ibamos à buscar para beber. Yo fui de parecer, que quando la matalsemos, ella mataria à alguno de nosotros, y así la dexamos, porque ella en viendonos se entrò por la espesura del monte, dexando un rastro muy ancho, como de una viga. Mas como no me importaba, ni importa para mí discursos, no digo muchas monstruosidades que vimos. Seguimos desde allí el camino, o viaje del estrecho, por el mes de Enero, y Febrero, quando allà comienza el Verano con muchos vientos contrarios, oponiendonos à recias corrientes, que, ò por cerros altísimos, y canales que ay debaxo del agua, ò por vientos furiosos que la mueven, nos hacian tentas contradicciones, que muchas naos padecieron tormentas, y algunas naufragio, sin poderse socorrer unas à otras. Entre las que padecieron naufragio, fue la que llevaba à mi esposa, y à mí, que aunque soltaron piezas, ò no nos oyeron, ò no pudieron socorrernos, sino fue una que iba à vista de la nuestra, que compadecidos los Marineros (contra su costumbre) de nosotros, acudieron à tan buen tiempo, que pudo salvarse la ropa, y las per-

sonas, antes que del todo se hundiese. Los Soldados, y Marineros, despues de averse anegado nuestro Navio, y passado al otro, acudieron à regalar à la mal lograda de mi esposa, que aunque era tan varonil, el temor de la tragada muerte la tenia turbada, y assi fue parecer de todos, que no siguiessimos la Armada, hasta vér que la gente huviesse respirado del trabajo passado. Descubriõse una Isla despoblada, à donde con algun trabajo pudimos arribar. Reparamonos del cansancio, y trabajo, hicimos agua, que la hallamos muy buena, y algunas frutillas, con que nos refrescamos, y dentro de quinze dias nos hicimos à la vela, siguiendo la Flota, que no pudimos alcanzar. Llegamos à vista del estrecho, despues de aver andado perdidos mucho tiempo. Descubrieronse grandes, y altas sierrras, con muchos arboles, frutales, y infinita caza, segun supimos de pobladores, que dexò alli la Armada, aunque ni saltamos en tierra, ni nuestra cabeza lo consintió por bolver à seguir la Flota.

DESCANSO XX.

EStando esperando viento para bolver la proa, vimos venir muchísimas aves en aquella parte del estrecho, donde

avia unos hombreçitos, pequeños de estatura (porque en la otra son altísimos, y membrudos, que casi las aves se señalan reaban de la tierra, de manera, que los hombreçitos huian de ellas) nos vino un viento tan poderoso, que nos hizo passar el estrecho, sin poderle resistir, con grandes daños del Navio, porque siendo la orilla muy llena de baxios, ibamos casi arrastrando por el arena las anclas, fuera de no està el estrecho llano, como el de Gibraltar, sino haciendo combas, y senos, y topando en las anclas, que avia dexado la Armada por alli. La presteza del viento fue tanta, y tan sin pensar, que no tuvieron los Marineros traza para defender al Navio. Passamos de la otra parte, con todos estos peligros de golpes, que el Navio daba, y durò tanto, que nos rompiò las velas mayores, aunque las demàs se amaynaron, dexaron el trinquete de proa, para que la inmensa furia del ayre nos llevasse adonde quisiessse, sin poder dár bórdos, ni vér lugar, adonde pudiessemos tener recurso, ni socorro. Al fin anduvimos seis meses perdidos, faltando yà todo lo necessario para conservar la vida, atrojados, y sacudidos de las olas por tan inmensos mares, de nadie conocidos, ni navegados, perdida la esperanza, y el gobierno, sin fa-

ber àzia donde caminabamos, dispuestos cada dia para ser manjar de monstruos espantables, fuera de nuestro elemento, y acabas ya comida, y bebida, de fuerte, que no avia quedado cuero de maleta, que no huviesse sido dulcissimo mantenimiento de su dueño (si se las dexaban comer à solas) con un temor horrible, de imaginar la sepultura que teniamos abierta en las no habitadas cabernas del profundo mar, ò en las hambrientas entrañas de sus indomables bestias. Creyendo que yà todo el mundo huviesse tornado à ser agua otra vez por el diluvio general, comenzaron todos à decir en un grito: Tierra, tierra, tierra, porque descubrimos una Isla, de tan altos riscos cercada, y ellos adornados de tan levantados arboles, que parecia alguna cosa encantada, y apenas la descubrimos, quando en un instante se desapareció, no por arte Magica, sino por la fuerza de una corriente, que nos arrebatò el Navio contra nuestra voluntad, sin ser poderosos para resistirlo, hasta que la misma corriente nos echò à un lado, entre unos remolinos tan furiosos, que tuvimos por cierto que se tragàra el Navio, y à nosotros con él; pero bolviendo en sí los Marineros, y no aviendo perdido el tiento donde se descubrió la

Isla, pareció les, que dando bordos con el trinquete, llevando siempre à vista la corriente, sin acercarnos à ella, podiamos tornar à cobrar la Isla; pero yo fui de opinion, y parecer que amaynasen el trinquete, y con los dos Barcos que iban amarrados en la popa, llevassemos el Navio à jorro; porque si la corriente arrebatasse uno de los Barcos, seria facil de volver al Navio; mas si arrebatasse el Navio, tornariamos à perder el tiento, y aun las vidas, y encomendandonos todos al Bendito Angel de la Guarda, con grandísimas plegarias, y oraciones, y bogando los Barcos aquellos que mas robustos, ò menos flacos avian quedado, por la falta de los mantenimientos, y remudando de quando en quando, porque todos se alentassen con la esperanza de ir à buscar tierra, pusimos en la gavia, ò en lo mas alto del arbol mayor un hombre muy bien atado, que fue se descubriendo con grande vigilancia, y avisando lo que pareciesse que se descubria, y al cabo de dos dias, al punto que yà nos parecia que aviamos perdido el camino de nuestra salud, tornamos à ver aquellas altísimas, y tajadas peñas, mas empinadas que el Calpe de Gibraltar, pero llenas de tan proceros, y vistosos ramos, que alentò de manera à todos mis compa-

pañeros, que fue menester quitarles los remos de las manos; porque con las ansias, y encendidos deseos, que tenian de llegar à tierra, por poco dieran otra vez con el Navio en la corriente, y con las personas en la ultima miseria de la desesperacion. Pero dandoles una grande voz, les dixè: Compañeros, yà que Dios nos ofrece, tràs de tantas desventuras, hambres, y trabajos, ocasion en que se conozca quanto puede la industria junta con el valor de los pechos que tanto tiempo han estado firmes, siendo terrero de increíbles golpes de fortuna: si agora nos faltasse la cordura, y sufrimiento, para con prudencia considerar, quanto mas cercanos estamos de la muerte, que en todo el tiempo, que nos ha traído la fortuna jugando con nuestras vidas, no seria ya culpa suya, sino nuestra, precipitarnos en tan evidente peligro como el que avemos tocado con las manos, y visto con los ojos. Y siguiendo mi parecer en lo que tanto nos importaba, fuimos acercandonos à la Isla con tanto tiento, que aunque diéramos en la corriente con alguno de los Barcos, con la mucha atencion que todos los Marineros de conocimiento llevaban, no se recibiera daño, que no fuera facil de reparar. Caminamos tanto, y tan atentamente, que veniamos à hallarnos menos de

media legua de la Isla, y muy cercanos à la corriente, que al parecer de los mas experimentados, comenzaba sobre la Isla muy poco trecho, y se estendia por ambos lados de manera, que dexaba la entrada imposible, y la Isla inaccesible, como le dimos el nombre. Y aunque la corriente no era tan estendida, como en lo que por nuestro daño aviamos visto, era mucho mas furiosa, por ser en aquella parte mas angosta. Al fin, estando suspensos, y sin consejo sobre lo que se avia de hacer, yo dixè resolutamente: *Allí ay tierra, y riesgos? pues aquí ha de aver lo uno, y lo otro.* Y determinadamente hice arrojar el ancora, y à poco trecho aferrò de suerte, que todos quedamos muy contentos, y con esperanza de salvamento. Hecho esto, pedí todos los cabos, sogas, y matormas, de que avia abundancia, tambien como de polvora, porque no se avia ofrecido lance, en que gastar lo uno, ni lo otro, y atadas fuertemente una foga con otra, vino à ser tanta la cantidad, que podia el Barco llegar à la Isla, y echando en el cinquenta compañeros, y los mas fuertes que me parecieron, con sus arcabuzes, frascos, y frasquillos, bien llenos de polvora, y yo por Cabo de ellos, avisando en el Navio, que aunque nos arrebatasse la corrien-

te , fuessen dandonos cabo , y alargando con mucho tiento las maromas , hasta ver en que parabamos , nos dexamos llegar , guiandonos el Bendito Angel de la Guarda , y arrebatandonos la corriente , sin recibir el Barco otra alteracion , sino ir con mucha furia à poco trecho nos hallamos en un abrigo , ò seno , que hacia la Isla por aquella parte , tan sossegado , que si era grandísima la furia de la corriente , no era menos mansa , y quieta la playa , ò puerto donde nos arrojò . Con este no pensado suceso fuimos bogando , arrimados al levantado risco , para buscar alguna entrada , y luego vimos à la puerta , que hacia el encorbado abrigo , un idolo de espantable grandeza , y mas admirable hechura , y de novedad nunca vista , ni imaginada : porque su grandeza era como de una torre de las ordinarias , sustentabase sobre dos pies tan grandes , como lo avia menester la arquitectura del cuerpo : tenia un solo brazo , que le salia de ambos ombros , y este tan largo , que le passaba de la rodilla gran trecho : en la mano tenia un Sol , ò rayos de el , la cabeza proporcionada con lo demás , con solo un ojo , de cuyo parpado baxo le salia la nariz con una sola ventana : una oreja sola , y essa en el colodrillo : tenia la boca abierta , con dos dien-

tes muy agudos , que parecia amenazar con ellos : una barba salida àzia fuera , con cerdas muy gruesas : cabello poco , y descompuesto . Pero aunque pudiera espantarnos esta vision para no passar adelante , como ibamos buscando la vida , y se avia de hallar en tierra , caminamos àzia el idolo , por donde estaba la pequeña entrada para la Isla , de nadie jamas vista , ni comunicada , y al punto que llegamos el Barco à la entrada , salieron dos altísimos Gigantes , de la misma hechura que tengo pintado el idolo , y cogiendo el Barco cada uno de su lado , fue tanto el espanto nuestro , y la violencia suya , que sin poder nos valer nos vaciaron en una cueva , que estaba al pie del idolo : y à un pobre compañero , que tuvo animo para disparar el arcabuz , le cogió un Gigante de aquellos , ciñendolo con la mano por medio del cuerpo , y lo arrojò tan lexos , que le vimos ir por encima del agua grande trecho , hasta que cayó en el mar . Yo tuve advertencia de amarrar el Barco à un tronco de un arbol que estaba cerca de la entrada , antes que llegásemos à ella , que despues nos fue de mucha importancia , no previniendo el daño que nos avia de venir , sino porque el Barco no se fuesse àzia la corriente .

DESCANSO. XXI.

Los Gigantes (así como nos echaron en la cueva) taparon la boca, dexando caer un troncon de un arbol, que estaba en la parte superior, pendiendo, à manera de puerta lebadiza, que hizo con el encaxe, y golpe temblar no solo la cueva, y el idolo, pero por un resquicio; ò ventana, que salia à la mar, la violencia del viento movido levantò tan grandes olas en ella, que sentimos nuestro Barco dár muy grandes golpes, por la grandeza, y pesadumbre suya, porque no creo, que me engaño en decir, que tenia el tronco treinta varas de circunferencia, y de alto mas de sesenta, era de una materia tan maciza, y pesada como la mas dura piedra del mundo. Los Gigantes, con el gran servicio que avian hecho à su idolo, comenzaron à baylar, y danzar, y hacer sonos descompuestos, y desconcertados, en unos tamboriles roncós, y melancolicos, que mas parecian ruido echo en boveda, que son para baylar. En tanto que ellos estaban atentos à sus juegos, y entretenidos à costa de nuestras vidas, nosotros llorabamos la desventura nuestra, y la fuerza del hado que con tal violencia nos avia tratado, y traído à punto, que ya que nos parecia aver-ha-

lado algun alivio à tan continuos, y incessables trabajos, nos avia puesto à morir de hambre, y sed entre cuerpos muertos, de los que sacrificaban à su infaciable idolo; pero como no se ha de perder el camino en qualquiera adversidad, si los trabajos son la piedra del toque del valor, y del ingenio, luego se me representò el modo de podernos valer en tan apretado passo, adonde el animo, el ingenio, y la presteza avian de concurrir juntos en un instante. Y como estaban atentos, y divertidos en sus fiestas, y realmente era gente sencilla, y les pareció que con aquel lance, y con tenernos encerrados en tan obscura sepultura, no avria mas memoria de nosotros. Pudimos (aunque con trabajo) venir à la execucion de mi intento, que fue de este modo. Tomè las cuerdas que me parecieron necessarias, y con los huesos blancos de aquellos muertos que avia mas descarnados, tomando los mas pequeños, hice una escala, con que pudiessemos llegar al resquicio que tengo dicho, que no pudo hacerse sin mucha dificultad, porque como todo era peña viva, no diò lugar à que se pudiesen hacer agujeros para subir à poner la escala; mas como la necesidad es tan grande maestra, y no iba menos que la vida, en hallar modo para poner la escala, tomé un hueso de un

espínazo bien descarnado , y por el agujero metí una cuerda , y juntando los dos cabos que se quedassen debaxo , con la mayor fuerza que se pudo , probamos todos à títar el hueso àzia la ventana , ò resquicio , y un mozo recio , criado en las montañas de Ronda , tuvo tan buen modo , traza , y fuerza , que acertó à colar el hueso por el resquicio , de manera , que quedó atravesado , ò encallado , entonces atando la escala à un cabo de aquellos , y tirando por el otro , llegó la escala à lo alto , y teniendo mis compañeros del cabo que avia quedado abaxo , yo subí con mucho tiento por la escala , y la asseguré de manera , que todos pudimos subir al resquicio , y baxar al Barco. Hallada esta ingeniosa traza , tomé la polvora de todos los fraquillos , y mientras mis compañeros subian , y baxaban al Barco , hice una mina debaxo de los pies del idolo , que avia muchos huecos donde hacerla , y dexandola bien atacada , con menos de un palmo de cuerda encendida , subí por la escala , y salté en el Barco , y desviandonos con los remos à donde no nos pudiera el daño alcanzar , apenas nos pusimos à mirar lo que passaba , quando dió la mina tan espantable trueno , que alborotó las aguas , y resonó el ruido por la mayor parte de la Isla , y

el idolo dió tan increíble caída sobre los danzantes , que hizo pedizos docena y media de ellos. Los demás viendo que aquel en quien tenian confianza , les avia muerto los compañeros , diéron à huir , metiéndose la Isla adentro , y dexando desamparado todo el sitio que nosotros aviamos menester , entramos dentro , dexando el Barco bien amarrado , y todos à un tiempo nos arrojamos , y besamos la tierra , dando inmensas gracias al Fabricador de ella , por avernos dexado pisar nuestro elemento. Y aunque nos espantó el estrago que avia hecho el idolo , y nos pudiera detener el espectáculo , que teniamos delante de los ojos , viendo cubierto el suelo de aquellos exorbitantes monstruos , como vimos la tierra escombrada de ellos , y la hambre , y sed hallaron en que exercitar su oficio , arremetimos à unos arboles frutales excelentísimos , y à una alegrísimas fuente , que nacia al pie de un peñasco , muy cercada de ojos , mas claros que los de la cara. Yo fui à la mano à mis compañeros , estorvandoles , que no encharcassen en fruta , y agua , porque no se corrompiesen , y lo que buscabamos para la vida , nos acarreasse à la muerte : y mirando à un lado , y otro , vimos un Gigante de aquellos , sobre quien avia caído el idolo , vivo , pero quebrado , y las piernas de suerte ,

que no podia menearse, y haciendole señas, que nos dixesse donde avia mantenimiento, nos señaló con la nariz, que no podia con otra cosa, una cueva, que tenia la entrada llena de arboles muy verdes, y muy espesos, tanto que la hacian dificultosa, à lo menos para los naturales, que para nosotros no, y supimos despues, que nadie podia entrar alli, sino quando se huviesfen de sacar mantenimientos para la Republica, ò el comun, so pena de no comer de ellos en cierta cantidad de tiempo. Al fin entramos en la cueva muy ancha, y clara por dentro, y con muchos apartamientos, donde avia cecinas de pescado, y carnes suavissimas, muchos tassajos bien curados, y una fruta mas gorda, y mas sabrosa que avellanas, de que usaban en lugar de pan; y otros muchos mantenimientos, de que cargamos el Barco, y hinchendo una docena de cueros de agua dulce, y fria, embiamos à los compañeros, que yà nos tenian por muertos, con que todos se alentaron, comiendo, y bebiendo del mantenimiento, y agua fria dulcissima, tornaron dando orden, que dexando en el Navio alguna guarda, para las mugeres de los que avian yà estado en la Isla, los demás en los dos Barcos se viniessen à ella, usando siempre de los cabos, y sogas, que de otro

modo no podia ser: y bien llenos los estomagos de comida, y los frascos de polvora, y cuerdas, se passaron à nuestra compania.

DESCANSO XXII.

INterumpieron la relacion que iba dando el Doctor Sagredo, unos Portugueses, que venian de la Vendeja, con quatro cargas de lienzo, por una tienda, à su parecer, segura de los salteadores, por ser muy nueva, y como ellos la sabian mejor que los Portugueses, dieron con ellos à la boca de nuestra cueva: de manera, que turbados del no pensado encuentro, se arrodillaron diciendo: Por as chagas de Deus naon matedes, como à patifes, nen tomades venganza en nosas parvuifadas, que fez à Santa Forneyra à os Castelhanos. Soffegad os mentecatos, dixo el caudillo, que no queremos, sino que nos vendais el lienzo à como os ha costado. De muyto boavuntade, dixeron ellos, y sacando el libro de caja, donde venian escritos los precios, cada salteador pidió lo que avia menester: y mandando el caudillo que pagassen el dinero antes de tomar el lienzo, de que yo me admirè, que usassen de tanta piedad con los Portugueses. Tomaron su dinero, y desenfardelando, para medir el lienzo,

y tomando la vara para medir, dixo el Caudillo al Portuguès: Aqui tenemos nuestro contraste, y medida, como Republica libre, y no medimos con las varas que por allà se usan, sino con las que acá tenemos, y pidiendo la vara para medir el lienzo, le traxeron una pica de veinte y cinco palmos, conque ellos midieron, y dieron à cada uno las varas que avia pedido, que les debió de salir à quartillo por vara, con que ellos quedaron riyendose, y contentos, y los Portugueses callaron, y se fueron descargados del peso que traian. Reimonos nosotros, sino fue el Doctor Sagredo, que prosiguió su cuento, diciendo: Antes que la fortuna diesse buelta à la rueda de nuestra prosperidad, nos dimos tan buena maña, que dexamos con el faco la cueva casi vacia, nuestro Navio lleno, no solo de frutas secas, y frescas; pero de mucho pescado seco, carne cecinada, y muchas botas de agua, y otros licores que bebian aquellos Gigantes de mucho gusto, y substancia; pero no fue tan seguro, que à los fines no nos sobresaltassen los Gigantes, porque como hallamos la tierra sin contradiccion, y el cansancio, y trabajo de la mar pedia reposo en tierra, tomamoslo de manera, que nos dormimos en los descansos frescos de aquella cueva, que ella era de manera apacible por

las salas, y remanfos que tenia llenos de comida, y à trechos unas fuentecillas heladas, que aunque estuviéramos muy descansados, nos obligara à sentar alli nuestros tabernaculos. Duramos dos dias en este regalo, y fresco, hasta que al tercero, estando hasta como entre las doce, y la una festeando, sentimos tan gran ruido, y alboroto de gente, y tamboriles, que recordamos todos, diciendo: Arma, arma, porque venia toda la Isla llena de Gigantes sobre nosotros, y acudiendo à los arcabuzes, no hallamos cuerda encendida, ni fuego en que encenderla, ni hombre que huviesse sacado del Navio pedernal, eslabon, y yescas, comenzaron à decir: Perdidos somos, pero yo, antes que el temor tomasse posesion de los corazonès, con la imposibilidad de la defensa, por verse encerrados, y no poderse aprovechar de los arcabuzes, di orden, que la mayor parte de ellos, quitassen de aquellos maderos, que dividian un apartamento de otro, y lo pusiessen à manera de trampa, en que tropezassen, despues de aver rompido la dificultad de los arboles, que como arriba dixè, hacian la entrada muy dificultosa à los Gigantes, y los demàs tomamos unos palos muy secos, cada uno dos, que eran unos de moral, y otros de yedra, y de cañasja,

ò como mas à mano se hallaban, y fregando el uno con el otro fuertemente, à poco espacio vinieron à humear, sacando lumbré, y nosotros à encender las cuerdas, y aprovecharnos de los arcabuzes, y tuvimos demasiado tiempo para todo, porque su intento no fue venir sobre nosotros, que yà nos tenian por mas que muertos, sino à ver el estrago que su idolo avia hecho, que los que avian escapado de él, avian ido à dar cuenta à su Governador, (que llamaban todos Hazmur) y trayendolo con mucha magestad, sobre quatro muy grandes vigas, en una silla hecha de mimbres, à manera de cesto, le mostraron hecho pedazos à aquel en quien adoraban, y los que él con su caída avia despedazado, y destripado; y no supieran que estabamos alli, si el mismo Gigante derrengado, que nos mostró la cueva, no se lo dixera, lo qual sabido, arremetieron à la boca de la cueva, tirando peñascos, desgañando, y arrancando de los arboles que les estorvaban la entrada, aunque el que llegaba primero, ò tropezaba, y caia en las trampas, ò los derribabamos con las balas, porque aunque hubo opiniones, que les tirásemos al ojo que tenian solo, porque sin él no podian atinar à la boca de la cueva, la mia fue que cebando los arcabuzes con dos balas, se les

tirasse à las piernas, porque el tiro del ojo no era tan cierto como estotro, y todos caian, sirviendonos de saetera, y trincheira, así los maderos que aviamos puesto, como los arboles espesos, que estaban à la entrada: y aunque las muchas piedras, ò peñas que arrojaban, pudieran hacer gran daño en nosotros, como perdian la fuerza en los arboles, quando llegaban à las trampas, hacian muy poco, ò ninguno, fueles tan mal, que admirado su Governador de tan grande novedad, mandò que se retirassen del mal que hacian, y que recibian de la cueva, pareciendole, que pues el idolo avia caido con tan gran espanto, y los que tenian por muertos, herian à los vivos, debia de aver alguna fuerza superior, que causaba tan grande daño en ellos. Al punto le obedecieron, y se fofegaron con caída de algunos de ellos, y ningun daño nuestro, y haciendo demostraciones de paz, y de amistad, el Governador mirando al Cielo, y alzando àzia él la mano, nos diò seguro, que podiamos manifestarnos libremente, y estar sin recelo, hablando; y dando razon de quien eramos, y de nuestra venida alli, y fue al mejor tiempo del mundo, porque si mas tardaran, se nos acabara la municion, y con grande animo salimos muy en orden, hechas tres hileras, y las

las caxas sonando en sus puestos, con gentil correspondencia, y ayre. Fué tanto el gusto de aquella sencilla gente (à lo menos de los que no estaban heridos) que en oyendo el son, y orden de las caxas, se les cayeron las duras armas de las manos, mirando con admiracion grande, y alegria à su señor, que siempre se avia estado en la silla, en hombros de los que le avian traído à cuestras, y èl quedò como suspenso, y admirado de ver en tan pequeña gente dos brazos, y dos piernas, y las demas partes del cuerpo dobladas, y mucho mas del animo, y traza con que procediamos: y haciendo alto en la boca de la cueva, nos paramos à ver aquella espantosa gente llena de pieles de animales, y de plumas de muchos colores, y la gravedad de su Governador, respetado, y temido, y obedecido en sus mandamientos. Aviendo considerado el modo con que podiamos hablar en nuestra defensa, con las señas mas naturales, y semejantes à la verdad, que pudimos declarar lo que sentiamos: dexadas proligidades, y señas, y las demàs dificultades que por entonces se allanaron, el Governador nos preguntò tres cosas. Si eramos hijos de la mar? y si lo eramos, cómo eramos tan pequeños? y siendo tan pequeños, cómo aviamos osado entrar entre gente tan grande como la

fuya? A lo primero respondimos, que no eramos hijos de la mar, sino del Dios verdadero, superior al fuyo, y como tal los avia castigado, porque viniendo maltratados del mar à pedirle hospedage, nos avian querido matar. A lo demàs respondimos, que la grandeza no consiste en la altura del cuerpo, sino en la virtud, y valor del animo, y con èl offamos entrar en su tierra, y passar todas las aguas del furioso mar; y que los hijos de Dios, Fabricador del Cielo, y de la tierra, no temian los peligros que les podian suceder de las manos de los hombres, especialmente sino adoraban aquel, que era Señor universal sobre todas las dignidades del Cielo, y de la tierra, y criador del mismo Sol, à quien ellos adoraban. Aqui mudò la conversacion, como oyò decir, que el Sol tenia superior, y preguntò à que fin avia sido nuestra venida? Respondimos la verdad, refiriendo algunos de nuestros trabajos, y acordándole la obligacion que tenian unas criaturas à otras (en razon de ser hijos de Dios) à socorrerse, y ampararse en las necesidades, y desventuras, y que esto le pediamos, como à hombre que tenia lugar supremo, y le avia puesto Dios para juzgar las causas de premio, y de castigo. Dio muestras de admirarse de nuestra respuesta, y la fuya fue, que le avia

avia parecido muy bien lo que aviamos dicho; pero que el no podia (sin avisar al Rey de la Isla de tan gran novedad) recibirnos, y ampararnos, porque tenia pena de la vida, si lo contrario hiciesse: y suplicandole, nos concediesse licencia para embiar al Navio quatro compañeros (que para todos, ni la quiso dar, ni nosotros desamparar la puerta de la cueva) diciendo, que iban por mantenimiento de los de nuestra tierra, y con la mayor diligencia que pudieron, entraron en el Barco, haciendo señas al Navio, que tirasse de los cabos. Entre tanto el Governador despachò un correo al Rey de la Isla, à darle noticia de lo que passaba. El correo era un perro de que usaban para las diligencias importantes, que metiendole en la boca un cañuto atravesado, y dentro unas hojas de arbol muy anchas, con las cifras de lo que avisaban, bien arrolladas las hojas, las ponian en el cañuto, y al perro le ponian un barboquexo bien apretado, para que no se le cayesse el cañuto, ni se parasse à comer, ni beber, de suerte, que solo le quedaba la boca libre para carlear, ò resollar, y no para otra cosa, y en teniendolo bien puesto, le despachaban con quatro palos, con que le hacian llegar mas presto à su querencia, que debian ser quatro leguas: y

en viendolo venir, le salian à recibir al camino, y regalandolo con comida, y bebida, hacian con otro perro lo mismo, de manera, que la estafeta podia caminar cien leguas cada dia; pero tenia pena de sacrificarle al idolo, el que le estorvasse el viage al perro, ò le estorvasse que llegasse à su manida, ò mansion, ò descansadero, donde avia siempre perros de las Ventas mas vecinas, à quien trataban mal, porque pudissen con mas amor acudir à sus querencias. Mientras mis compañeros fueron al Navio, el Governador mandò que no los dexassen entrar en la cueva, sin ver lo que llevaban, ni à nosotros salir de ella, con pena que si alguno saliesse le matassen, y estaba nuestro remedio en la venida de los compañeros, porque avian ido por polvera, y balas, que nos avia quedado muy poco de ambas cosas, lo qual asseguraron, con mandar el Governador, que no se quitassen seis guardas de junto à la boca de la cueva de noche, porque de dia todos lo podian ver. Fuenos forzoso, quando los compañeros venian, decirles, que se tornassen al Barco, hasta que diessemos traza para que pudiesen entrar, y pensando, como quitaríamos las guardas de noche, dixeles, que en oyendo algun movimiento, ò ruido, entrassen con toda la pries-

priessa que pudiessen ; y para esto, de dia , quando las guardas se quitaron de su puesto, estando la gente descuidada, derramè por el suelo, donde se sentaban, polvora, rebuelta con algunas chinias menudas, y hice desde alli, hasta nuestro puesto, una reguerita de la misma polvora. En llegando la noche, se pusieron las seis guardas en su lugar, y estando los unos sentados, y los otros tendidos sin calzones (porque no los usaban) dimos fuego à la reguerita, y llegando en un instante à la polvora que tenian debaxo, les abrasò aquella parte de manera que con las chinias, y la polvora, muchos dias no se podian sentar. Ellos, y los demas, con su sencillez, entendieron que el fuego avia salido de la tierra, y fueron todos temerosos, y admirados, à contarlo à su Governador, y entonces los companieros, con otros dos que avian quedado en el Navio, entraron con mucha priessa, trayendo seis costalillos de polvora, y balas, con que nos animamos, y pusimos en defensa para lo que nos pudiera suceder. Pasamos la noche con cuidado, haciendo centinelas, y atrincherandonos de nuevo con los maderos; pero como ellos no entendieron que el daño era de la parte de dentro, no hicieron diligencia contra nosotros: A la mañana al tiempo que el Sol sa-

lia, se pusieron todos mirandolo, y con una musica de haullidos, y cañas le hicieron la salva, con muy pocas palabras, y muchas vezes repetidas.

DESCANSO XXIII.

BOlviò el perro, ò correo, con su cañuto en la boca, en que venia escrito con sus señas, que no nos dexassen en la Isla, porque gente que tenia los miembros doblados, tambien tendria la intencion doblada: y para la conservacion de la paz, que siempre avian professado, no podian sustentarla, si forasteros se apoderaban de su tierra. Que si en su Republica avia alguna alteracion, teniendo quien les acudiesse, seria el daño mayor. Que en tanto se conserva la paz, en quanto los inquietos no tienen quien los favorezca, y que no aviendo obediencia de los inferiores à los superiores, no puede aver paz. Que si los alborotadores de ella no tuviesen quien se les allegasse, vivirian en quietud, y sosiego. Que los animales de una misma especie tienen paz unos con otros; pero si son de diferente especie, nunca tienen paz, y así haríamos nosotros con ellos. Que lo que avian siempre guardado para sí, sin comunicacion agena, no era bien, que forasteros entrassen à gozarlo. Que no podia

dia aver buena amistad con gente de diversas costumbres, para vivir en paz: Y que aviendose de administrar justicia con igualdad, aviamos de ser tan favorecidos como los naturales, y luego entrarían las enemistades à inquietar la paz. Y así mandaba, que no nos admitiesen en la Isla, pero que nos dexassen ir con seguridad. Con esta respuesta nos la dieron para la salida, pero con tanta priessa, que no nos consintieron estar medio dia en la Isla. Salimos con mas priessa de la que nos dieron, adivinando lo que avia de suceder; porque apenas estuvimos en el Barco, quando entraron en la cueva, y como la hallaron sin mantenimientos, acudieron à la orilla del mar, arrojando piedras, y peñascos sobre nosotros, tan espesos, que si el Barco no fuera tirado, y ayudado del Navio, nos hundieran mil vezes. Llegamos, y hallè à mi esposa, y à las demás mugeres del Navio tan deseosas de vernos, como si huviera muchos años que estabamos ausentes. Y sossegados en nuestro Navio, como los Marineros se avian refrescado, y no avian estado ociosos, hallamos las velas remendadas, xarcias, y obras muertas reducidas à mejor estado, y todo quanto era necesario reparado, y con el viento que à los Marineros les pareció, salimos de aquella Isla

inaccesible, y con mantenimiento que bastò para dàr una buelta al mundo, que para no ser prolixo, al cabo de un año, con hartos trabajos, nos venimos à hallar cerca del estrecho de Gibraltar, donde fue mi mayor desdicha, y desventura; porque como nuestro Navio venia maltratado de tan continuos movimientos, y trabajos, como avia sufrido, llegó un Navio de Infieles, y à vista de Gibraltar, nos cañonearon à su salvo, de suerte, que nos huvimos de rendir, y matando algunos de los compañeros, lo primero que hicieron, fue entrar dentro, y llevarse à mi esposa, y un pagecillo que nos servia, con otras mugeres de los compañeros, y como fue à vista de Gibraltar, y la gente tiene valor, y piedad, acudieron con toda la presteza possible à nuestro socorro, en diez, ò doce Barcos, llevando por cabeza à Don Juan Serrano, y Don Francisco su hermano, que diò una cuchillada à un valeroso caudillo, como la de Don Felix Arias, que le cortò el casco de hierro, y le abrió la cabeza, de que cayò muerto en el agua, que nos importò la vida; pero à mi esposa la muerte, porque los enemigos se retiraron del daño que nos iban haciendo, recogiendo-se à su Navio con las mugeres. El que avia robado à Doña Mer-
gelina, enamorado de su hermo-

fura, quiso forzarla, y huyendo de el delante de mis ojos asióse con las xarcias, y cayó en la mar, sin ser focorrida de los hereges. Llegò la noche, y la gente de Gibraltar, llenos de piedad, y misericordia, nos echaron en tierra, y nos alvergaron, con regalados aloxamientos en casa de Don Francisco Ahumada, y Mendoza, y estos tornaron à ver, si podian destruir aquellos enemigos de la Fè, y de la Corona de España. Partime ayer de Gibraltar, deseando mas la muerte que la vida, aunque no tan de espacio como va esta. Acabò su relacion el Doctor Sagredo, y haciendo las exequias de su muger con lagrimas, los dos que estaban con nosotros, quisieron consolarle, ayudandole à llevar su pena muy pesadamente, porque querian por fuerza que se alegrasse, ignorancia de gente que sabe poco, que mucho mas se consuela un desconsolado, en decirle que tiene razon de estarlo, que no con querer, que con la reciente passion muestre contento; que quieren forzar al paciente à que dance, y bayle el cuerpo, teniendo-lo casi sin alma, con razones barbaras, y consuelos tan pesados como ellos, que es como hacer, que un rio buelva su corriente atrás. Las afficciones de los atribulados, y tristes se han de aligerar, con darles à enten-

der con el semblante, que les alcanza parte de su tristeza, y que les sobra la ocasion para estar tristes, que teniendo quien los ayude à sentir, yà que del todo no se consuelen, à lo menos vase templando la passion. A dos generos de gente no tengo por acertado que se oponga nadie, siendo fresco el accidente, à los colericos, y à los tristes, que es venir à ser muy mayor el daño en ambas personas. A un cierto Juez, no muy sabio, acabando de cenar se le antojò de azotar à un hombre honrado, y aviendo mandado encender hachas para la fiesta, como la Ciudad se alterasse, y diessen voces sobre el caso, el se encendia mas, de modo, que llamò al verdugo, con gran determinacion de hacerlo, por la contradicion que le hacian. Estando yà del todo perdido: llegò un hombre de buen discurso, y le dixo: Bueno es, que teniendo tanta razon el señor Corregidor, le vayan à la mano. Castiguelo V. m. que todos se holgaràn de ello; pero porque estos no le pongan en la residencia esta determinacion, llame V. m. un Escrivano, y haga un poco de informacion. Satisfizole al Juez esto, y al segundo testigo que se tomò, se le fue la passion, y alteracion del cerebro, que estas dos passiones no admiren contradicion, sino templanza.

DESCANSO XXIV.

COMO los baqueros , ò vandoleros andaban con la sospecha dicha , ni querian soltar à los que tenian en cuevas , ni dexar passar à los que iban siguiendo su viaje por que no hallassen testigos tan cercanos , pareciendoles que no tenian bien averiguados sus delitos. Hallaron un pagecico muy hermoso , que venia solo , y aviendolo asido cerca de nuestra cueva , le quisieron atormentar , porque dixesse con quien venia , y por que se avia adelantado de la compañía , creyendo , que lo avian echado para descubrir tierra , y que los amos serian , ò gente rica , ò que viniessen à hacerles daño , que despues no pudieran escusar. Negando el page lo que le pedian , le mandaron que se desauddasse , para forzarle à confessar la verdad. El con mucha desemboltura , y gracia les preguntò , quien era el caudillo , ò cabeza de aquella Compañia. Dixole Roque Amador : (que asì se llamaba) Yo soy , por que lo preguntais? Preguntolo , dixo el page , porque tengo tan grandes informaciones de vuestra justicia , y gobierno , que no aveis jamàs hecho injuria à quien os trata verdad , y con esta confianza os dirè quien soy. Como aquellos vandoleros , ò baqueros , tenian

aquella Saucedá por defensa , sagrado , vivian como gente que no avia de morir , sujetos à todos los vicios del mundo , rapiñas , homicidios , hurtos , luxurias , juegos , insultos gravísimos : y como por ser grande , que tiene aquella dehesa diez , y seis leguas de travesia , y por algunas partes tan espesa de arboles , y matas , que se pierden los animales por no acertar à sus habitaciones , no tenian temor de Dios , ni de la justicia , andaban sin orden , y razon , cada uno siguiendo su antojo , sino era quando se juntaban à repartir los despojos de los pobres caminantes , que entonces avia mucha quenta , y razon. Llegò un bellaconazo en camisa , y zaraguelles , despues que avia jugado lo demàs , y renegando de su fuerte , con mucha furia hizo suspender el tormento del page , diciendo : Maldiga Dios à quien inventò el juego , y a quien me ensenò à jugar , que unas manos que saben derribar un toro no sepan hacer una fuerte? Mas deben de estàr descomulgadas , pues echan contra mi treinta pintas en favor de un medio gallina , ò medio liebre. Ay alguien que se quiera matar conmigo? Ay algun diablo con sus pies de Aguila , que se me ponga delante , para que ya que no me ayuda à jugar , me ayude à matar? Que no llege blanca à mis garras , que no me la agarren lue-

go? Ni me basta usar de trampas, ni aprovecharme de fullerias, para que no vaya todo con el diablo? Voto à tal, que tengo de ir à jugarme à las Galeras, quizá por aquí, ó me llevará el diablo, ó tendré mas ventura. Mas alzábame con la zurda siempre que yo tomaba el naype, que tengo hechos mil juramentos de nunca parar à momo, y me los pone siempre el diablo delante. Y con el barato que yo le di, ha entrado en bueltra, para defollarme cerrado, mas puso al lado otro tan grande gallina como él, que desea siempre que yo pierda. De que se rien? Soy yo algun cornudo? Mienten quantos se rien. Riense, dixo el caudillo, de los disparates que decís. Callad, y pues sabeis, que sois desgraciado, no juegéis, ni digais blasfemias, que los haré dar tres tratos de cuerda. Harto mejor será, dixo él, darme tres escudos para probar la mano, y dar de comer à mi moza, que le he jugado quanto traxo à mi poder. Vicio endemoniado, mas que todos los que exercitan los hombres, que el jugador nunca está quieto, si pierde, por desquitarse, si gana por ganar mas. Este acarrea la infamia, la poca estimacion de la buena reputacion, la miseria que padecen muger, y hijos, ser miserable en lo necesario, por guardar el dinero para el juego, y envejecerse en él mas

presto de lo que avia de ser: y quando mucho grangea, es alcanzar que los tahutes conocidos vayan à jugar à su casa donde (si los puede acarrear) sufre desvergüenzas de todos, que le abrafan el alma: que como la mayor parte de ellos son hombres sin obligaciones, se arrojan à decir qualquiera libertad, y en no sufriendolas con callar, no buelven à darle el provecho: pero son tan grandes poltrones los que dan en este trato de la gente ordinaria, y que por comer, y beber viciosamente, echan la honra à las espaldas: que los Cavalleros, y los que tienen renta, y hacienda segura, el tiempo que han de estar ociosos, despues de aver cumplido con sus obligaciones, jueguen, no es culpable, porque evitan otras cosas de mas daño, y escandalo: pero el que tiene quatro reales para mantener su casa, juegue ciento, como se puede llevar, sin que lo paguen las joyas, y vestidos de la pobre muger, y la desnudez, y hambre de sus hijos, y dar en otras cosas peores, como este desventurado, aborrecido aun de aquellos que le acompañaban en sus delitos, robos, homicidios, y fuerzas? Acabó este sus queixas, y llegando se la noche, con que se dexó por entonces la averiguacion del page, le pusieron en un apartamiento

dentro de nuestra cueva, porque no fuese à dar soplo à los que pensaban venir con él, mandandonos que no hablásemos con él palabra, ni le aconsejásemos cosa, so pena, que nos matarian. El page estuvo toda la noche suspirando, y si alguna vez se dormía, recordaba con grandísimas ansias, y nosotros no teníamos osadía para preguntarle de qué se quejaba, ò qué tenía. Como ellos andaban de paso sobre la sospecha, que no les importaba menos que la vida, recogíanse de noche adonde no los pudiesen hallar, que avía bien donde hacerlo: y de qualquiera ruido de personas, ò animales se recelaban, y recataban. En amaneciendo fueron à visitar las cuevas, donde tenían presos, ò recogidos à los pasajeros, y viniendo à la nuestra, nos hallaron como nos avian dexado, sin aver hablado palabra con el page, à quien llamaron primero que à nadie, queriéndole apretar à que dixese lo que le avian preguntado. El page con mucha cortesía, y donayre, dixo: Señor Roque Amador, ayer pregunté, qual era la cabeza, y caudillo de esta compañía, porque siendo vos, tendria mi partido seguro, por el buen nombre que teneis. Que no es hazaña para vos, atormentar una sabandija,

tan sola, y miserable como yo, ni manchar vuestra opinion, empleando vuestro valor en lo que mas os puede desdorar, que aumentar vuestro nombre. Si rigiendo, y gobernando gente tan desgobernada, cobrásteis la fama, que teneis en toda la Andalucía, que pareceria aora, si aniquilásteis este credito, con abatiros à una presa tan humilde un aguila tan valerosa? Mas gloria es conservar la ya adquirida, y grangeada con valor propio, que no ponerle en duda, y aventurar lo que ya es vuestro. Vos os aveispreciado siempre de justicia, y verdad con misericordia, no será justo aora, que conmigo solo os falte. Estabamos en la cueva muy atentos, oyendo la retorica con que el page hablaba: y el Roque amador, movido de las buenas palabras del page, aseguróle, que no recibiria daño ninguno, diciendo la verdad. Yo estaba confuso, porque me parecia conocer la voz, y habla del page; pero no di en quien pudiese ser. Aviendo hablado con aquella blandura Roque, dixo el page: Pues si alguna compasión ha llegado à vuestro piadoso pecho de mi tristeza, y soledad, dadme palabra por vos, y por vuestros compañeros, de guardar (como naturalmente debéis) mi persona, sin agravio, ni en secreto, ni en publico. A

esto dixo aquel picaronazo : Ea for page, desnudefe, que aqui no entendemos de retoricas, ni atangias, sino de meter un poco de plomo en el cuerpo de quien no trae dineros. Dixo el page con donayre : Si es tan pesado como vos, el diablo podrá digerirlo : que ya yo me acuerdo, averos visto à vos, ò à otro que se os parecia, asfateado en Sierramorena. Riòse Roque, y le dixo : Oyete bestia, que el page habla muy bien : y à vos os digo gentil-hombre, que os doy palabra por mi, y por mis compañeros, no solamente de no agraviaros, mas de favoreceros, y ayudaros en todo lo posible. Pues con essa confianza, respondió el page, hablarè como con un pecho lleno de valor, misericordia, y verdad. Y estando nosotros muy atentos à lo que pasaba, habló el page de esta manera : Si yo no me consolara con saber, que no foy la primera persona que ha padecido desventuras, y trabajos, y desgracias sin gracia, con la que resplandece en vos, me animarà à contar mis desdichas : pero como la fortuna tiene siempre cuidado de levantar caidos, y derribar levantados, no siendo yo la primera, que ha sufrido sus encuentros, y mudanzas, me animo à hablar con libertad, Sabed, que yo no foy

hombre, sino muger desventurada, que despues de aver seguido à mi marido por tierra, y mar, con increíbles daños de hacienda, y persona, y aviendo navegado hasta todo lo descubierto, y mucho mas, padeciendo grandes naufragios, por regiones no conocidas, por misericordias que Dios usò con nosotros, nos venimos à hallar en el estrecho de Gibraltar, donde viendo nuestra salvacion cierra à vista de tierra, bien deseada, nos acometiò un Navio de Infieles, viniendo el nuestro desmantelado, y casi sin gente, los mantenimientos tan gastados, que à su salvo cogieron las mugeres, asiendome à mi primero, y à un pagecillo que me servia, matando à todos los que se defendieron, y à mi marido con ellos. El Capitan del Navio, enamorado de mi, quiso por buenas palabras, inclinarme à su gusto, y à que ofendiesse la pureza, y castidad, que debia à mi muerto esposo : no le respondì mal, porque no quiesse usar de la fuerza, que sin defensa podia. Yo llamando al page debaxo de cubierta, le puse mis vestidos, y vestime los suyos, que son los que traygo puestos. Tenia el muchacho muy buen rostro, y en saliendo fuera, quiso el Capitan acometerle, pensando que fuesse yo ;

pe-

pero dando à huir el page con los vestidos, y las xarcias del Navio, enfascandose, cayò en la mar, y undiendose luego no parecio mas. Sobre la desdicha de la pèrdida de mi marido, y la pèrdida del page, yo me avia tiznado el rostro, porque se quedasse con la fè de lo que avia visto, y no me conociesse. La piadosa gente de Gibraltar, con el valor que siempre ha professado, acudieron à nuestra defensa, y aviendo estado en ella dos dias con sus noches, no se apartaron hasta rendirlos, y dár libertad à los que avian prendido, y queriendo hacer lo mismo de ellos, despues de renernos en los Barcos, diciendoles que se diessen à prision, para traerlos à la Ciudad, dieron fuego al Navio, y desde alli abrasados baxaron derechos al infierno. En Gibraltar, informandome del camino que avia de llevar para Madrid, me dixeron, que avia de passar por la Saucedá, y llegando à Ronda me encaminarian en èl. Estabamos los quatro, y particularmente el Doctor Sagredo, y yo como atonitos, y sospechando que fuesse sueño, ò ilusion de algun encantamiento, ni determinados de creerlo, ni resueltos de desconfiar en la verdad. El Roque Amador, con gran piedad de las lagrimas, que al fin de su cuen-

to derramò la bella muger, la consolò, y ofreciò encaminarla con mucha seguridad, y darle dineros para su viaje, preguntandole como se llamaba, porque historia tan estraña no se quedasse sin memoria: ella respondió, diciendole la verdad, como en todo: Llamome Doña Mergelina de Aybar, y el malogrado de mi marido, (que no era Soldado, sino Medico) se llamaba el Doctor Sagredo. El Doctor Sagredo que se oyò nombrar de su muger, medio ahogandose con la subita alteracion, y gusto dixo: Vivo es, y en su compañía dormisteis esta noche. Roque Amador, espantado del caso, mandò sacar los que estabamos en la cueva, y preguntandole, qual era de aquellos el que avia hablado? Ella retirandose atrás, como espantada, respondió: Si no es alguna sombra fantastica de causas superiores; este es mi marido, y este es Marcos de Obregon, à quien tuve por mi padre, y consejero en Madrid. Pues todos tres os podeis ir en buen hora, y aunque no sea dinero ganado en buena guerra, veis aqui parto con los tres algo de lo que à otros se les ha cogido, que el aver detenido à todos estos presos, no ha sido por hacerles mal, sino porque nuestros contrarios no se encontrassen con ellos, y avian-

do-

donos à todos los demas , y rogandolos que no dixessen , de averlos encontrado. Doña Mergelina con muestras de grande agradecimiento ; dixo al caudillo: No tengo con que serviros el bien que de vuestras manos me ha venido , sino con deciros lo que oi en Gibraltar , à quien os quiere mal , que el Licenciado Valladares trae orden de dar gran premio , y perdonar qualesquiera delitos , à quien os entregare en sus manos : y junto con esto vinieron à ellas los pregones , y vandos , que mandò echar aquel gran Juez. Con que juntando à Cabildo à sus compañeros , los hizo una grande oracion (que tenia entendimiento para ello) .y la conclusion fue , que todos pensassen aquella noche , lo que podian hacer para su defensa , tomando el consejo que mejor pareciesse. Fueronse à sus alojamientos , y mientras ellos pensaban aquella noche lo que les avia encargado , el Roque Amador , como astuto , se acogiò à Gibraltar , y en el Barco de la vez se pasó à Africa , dexandolos à todos suspensos , y engañados.

DESCANSO XXV.

COMO quedaron sin cabeza , y sin gobierno , dispararon , huyendo por diversas partes , cessando los insultos que antes

hacian ; aunque prendiò con grandes astucias el Juez à ducientos de ellos , de que hizo exemplar castigo. Nosotros nos venimos seguros à Madrid , sin tropiezo ninguno , pareciendome (como es verdad) que en ella ay gente que professa tanta virtud , que quien la imitare hará mucho. Acabada mi ultima relacion , el Ermitaño dando grandes muestras de admirarse de lo que avia oido , dixo que yà se podia passar por la puente , quizà cansado de averme escuchado tanto tiempo : despedime de èl , y passàndo la puente , vi tantos arboles arrancados de raiz como avia traido Manzanares , y algunas vallas destripadas , de las que solian alancear , muchos animales ahogados , otros muchos mirando aquellos , admirandose del diluvio , y tempestad tan arrebatada , y repentina. Todas las huertas anegadas , las Isletas cubiertas de arbolillos , que casi avia llegado hasta la Ermita de San lldo Labrador , y con la arena , y arboles hechas algunas represas , que hasta aora dexaron el rio dividido por muchas partes.

DESCANSO ULTIMO,
y Epilogo.

YA cansado de tantos golpes de fortuna por mar , y por tierra , y viendo lo poco que

que me avia durado la mocedad, determinè de asegurar la vida, y prevenir la muerte, que es el paradero de todas las cosas, que si esta es buena, corrige, y suelda todos los descuidos cometidos en la juventud: y para instruir, y divertir à esta, quise escribir los sucesos de mi vida, y lo hice en language facil, y claro, por no poner en cuidado al lector para entenderlo. Dixo muy bien el Maestro Valdivieso, con lagallardia, y claridad de su ingenio, à un Poeta que se preciaba de escribir muy obscuro, que si el fin de la historia, y poesia, es deleytar enseñando, y enseñar deleytando, como puede enseñar, y deleytar lo que no se rinde, ò à lo menos ha de poner en mucho cuidado al lector para entenderlo? Si se hallaren algunas inadvertencias, atribuyase à mi poca erudicion, y no à mi buen deseo, que advirtiendome de ellas, con mucha humildad recibirè la correccion de qualquiera, que con buena intencion me quisiere enmendar, que quien ha querido enseñar à tener paciencia, mal cumpliria con sus preceptos, si le faltasse para oír, y recibir la correccion fraterna, que sin ella, ni opusiera el pecho à las olas, y crueldades del furioso Tridente, ni ablandara la inclemencia de los salteadores, ni reduxera à buen termino los impios, y con-

tinuos trabajos de la esclavitud, ni atraxera à mi favor la grandeza elevada de los poderosos, ni gozara de la gran cortesia de los principes, ni sujetara tantos, y tan inmensos torvellinos, como trae consigo la fragilidad humana, sin la divina virtud de la paciencia: que quando no aya hecho otro efecto en mi, sino librarme del pernicioso vicio de la ociosidad, que tan estendida he visto por todos los estados de los hombres, me bastara tener, y aver sacado gran fruto de mis trabajos; y si la juventud advirtiese bien los hijos que va criando la ociosidad, (tomando exemplo en los daños agenos) ni rehusarian los peligros de la soldadesca, ni vendrian à miserable servidumbre, ni se sujetarian à las necesidades que ven padecer, y traer arrastrados à varones de buenos nacimientos, rendidos à mil baxezas, que pudieran remediar à su salvo con buen tiempo: de criar los hijos, consintiendolos andar ociosos, vienen los padres à ver exorbitantes delitos que no pueden remediarse, sino con mucha infamia, ò con mas hacienda de la que poseen. La ocupacion es la grande maestra de la paciencia, virtud en que aviamos de estar siempre pensando, con grande vigilancia, para resistir las tentaciones, que nos atormentan dentro, y fuera. Al

fin, con ella se alcanzan todas las cosas, de que los hombres son capaces. Que aunque aya calidad, bienes temporales, y abundancia de humanos favores, sin esta virtud no se puede llegar al colmo de lo que se desea, y si à la paciencia se allega la perseverancia, todò lo facilita, y todo lo enseña. Al pobre à que passe su vida con quietud, y mejore su estado. Al rico à que conserve lo adquirido, sin apetecer lo ageno. Al gran Cavallero, à que no se contente con la sangre que de sus passados heredò, sino passar à delante. Al prodigo, à que se ajuste con lo que tiene, y puede tener. Al miserable, y avariento à que entienda, que no nació para si solo. Al valiente, y arrojadizo, à que refrene los impetus que tanto mal acarrear. Al cobarde, à que se tenga por virtud en el, lo que es falta de animo. Al que se vè en trabajos, à que los lleve con aliento, y suavidad. Què no hace la virtud de la paciencia? què furias del mundo no sujeta? què premios no alcanza? Pero si un flematico sabe ayrarse, y executar con vehemencia los impetus de la colera, por què un colerico no sabrà templarse, y perseverar en los actos de paciencia? Tenemos exemplos presentes, y vivos de esta verdad muchos, y para imitar. Mas con

uno solo se verá lo que puede la excelente virtud de la paciencia. Quien pensará que de una tan gran colera con sangre, riqueza, y juventud, como la que tuvo en sus primeros años el Duque de Ossuna Don Pedro Giròn, vinieran tan admirables virtudes, como las que tienen espantado el mundo? Que aviendo sido un furioso rayo de colera, impacientissimo en los tiernos años de su mocedad, sujetasse con grande paciencia su robusta condición, à servir en Flandes con tantas ventajas, que templasse la furia de los amotinados, y pudiese su valeroso pecho à recibir los mosquetazos, conque querian escalar, y saquear su casa? Què paciencia no tuvo, con templanza, y justicia, governando à Sicilia? y què valor sin ella, bastara para la execucion de sus soberanos intentos, echando por mar, y tierra tan poderosas Armadas que ha enfrenado la potencia de los Turcos, haciendo temblar à los demas enemigos, con que ha sido amado, y temido de las gentes, à quien ha governado, y gobierna? Preguntando à Don Francisco de Quevedo, Cavallero de gallardissimo entendimento, como se hacia respetar con tanta mansedumbre este gran Principe? Respondió, que con la paciencia, que aunque en la gen-

gente humilde, y ordinaria engendra algun menosprecio, en los Principes, y Governadores engendra temor, amor, y respeto: pero esto quedese para grandes historias, que no puede caber en tan pequeño discurso. Jorge de Tobàr, à quien yo conosci en sus primeros años, por hombre que tuvo brios, y valor para en cosas honradas perder la paciencia, con ella misma adquiriò grandes virtudes morales, que le pusieron en lugares dignos de tan grande sugeto, como ha parecido, usando de grande verdad, valor, y entereza en los actos de la justicia distributiva: pero qué excelencias no se hallaràn en la divina virtud de la paciencia? O virtud venida del Cielo! Dios nos la dè por su misericordia, y ami, para que imi-

tando la virtud de mis compañeros en este recogimiento, sepa asegurar la vida, y prevenir la muerte. Y para la execucion del buen intento, si yo supiera aprovecharme de èl, me puso Dios por vecina à una tan grande señora, como Doña Juana de Cordova, Aragon, y Cordova, Duquesa de Sessa, cuya virtud Christiana, valor propio, y heredado, y cortesia general puede servir de norma, y dechado, à qualquiera que desee perfeccion Christiana, en cuya disciplina se criaron tales hijos, como Don Luis Fernandez de Cordova Duque de Sessa, Cavallero adornado de muy superiores partes, muy dado à leccion de las buenas letras, gran favorecedor de ellas, y de los que las professan.

